

Obras de Víctor Pérez Petit

LA LIBERTAD DE TESTAR Y LA LEGÍTIMA (agotada) . . .	1 Vol.
ZOLA — (agotada)	1 "
LOS MODERNISTAS (2.ª edición)	1 "
CERVANTES (agotada)	1 "
GIL — (novelas y cuentos)	1 "
JOYELES BÁRBAROS (sonetos)	1 "
TEATRO I: COBARDE (3 actos)	
CLARO DE LUNA (1 acto)	
YORICK (4 actos)	1 "
TEATRO II: EL ESCLAVO - REY (3 actos)	
LA RONDALLA (3 actos)	
EL BAILE DE MISIA GOYA (1 acto)	1 "
TEATRO III: LA LEY DEL HOMBRE (3 actos)	
MANGACHA (3 actos)	
NOCHE BUENA (3 actos)	1 "
TEATRO IV: EL PRÍNCIPE AZUL (3 actos)	
LOS PICAFLORES (3 actos)	
LA ROSA BLANCA (3 actos)	1 "
CIVILIZACIÓN Y BARBARIE	1 "
EL PARQUE DE LOS CIERVOS — EL HIJO DE LA MUERTE	1 "
CUENTOS CRUELES	1 "
LAS ALAS AZULES (versos)	1 "
HIPOMNEMO (crítica)	1 "
EQUIVOCADOS (novela)	1 "
LA CIUDAD DEL ESPÍRITU	1 "
LA JÓVEN AMÉRICA	1 "
RODÓ	1 "
EL LIBRO ÍNTIMO	1 "

VICTOR PEREZ PETIT



RODÓ

SU VIDA - SU OBRA

MONTEVIDEO

Imprenta LATINA, calle Florida número 1528

1918

*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito de
acuerdo a la ley.*

A la juventud de mi patria,

que tiene el respeto de sus grandes hombres,
dedica este libro de recuerdos, que es también
un tributo de admiración, quien se honra con
haber sido un amigo fraternal de José Enrique.

V. P. P.

UN PASEO NOCTURNO

Era una noche de los primeros días de Agosto de ese fatídico año 1914 que abrirá en los anales de la historia de la humanidad como un tremendo surco de sangre. La guerra europea, el inaudito conflicto que nunca juzgamos pudiera producirse, acababa de estallar. Los telegramas que casi sin interrupción se recibían de todas partes del mundo, nos detallaban la inmensidad de la catástrofe. Vivíamos en una tensión de nervios que confinaba con la hiperestesia. Con la imaginación nos representábamos las espantables escenas de desolación y de muerte de que íbamos a ser testigos,—enormes masas de gentes masacradas, mujeres y niños arrojados a la noche y el hambre, hogares en ruinas humeantes, gloriosas capitales en escombros, fantásticas hecatombes en los mares, toda la civilización convulsionada de pronto por el estallido frenético de los instintos animales;— y acaso, centuplicando el horror de semejantes cuadros, todavía no rebasábamos el límite protervo que muy luego alcanzaron en la realidad. Mas, lo cierto es que en aque-

los primeros días de angustia y de pavor, los que hemos tenido la triste ventura de ser espectadores de la más horrenda de las tragedias de la historia, vivíamos una vida desorbitada e incoherente, espoleados por lo desconocido trágico que se nos avecinaba.

Esa noche, concluída mi labor en el gran metropolitano que era entonces "*El Tiempo*" — diario cuya dirección y redacción venía desempeñando desde seis años atrás, — y después de echar una ojeada al postrer telegrama recibido y de impartir mis últimas órdenes al señor secretario de redacción, me retiraba a mi domicilio con un principio de fatiga tras la ruda tarea periodística. Hacía un frío penetrante; las calles de la Ciudad, a esa hora avanzada, estaban oscuras y desiertas. Caminaba, pues, apresuradamente, repasando en mi memoria los diversos asuntos que interesaban al periódico para cerciorarme de que no había incurrido en algún olvido, cuando al llegar al cruce de las calles Uruguay y Andes una persona alta y escueta, encogida dentro de su gabán, las manos en los bolsillos, la barba hundida en el pecho, se cruzó a mi paso. Le reconocí en seguida.

—Adiós, Rodó.

—Hola, Pérez. ¿De donde sale? ¿del diario? ¿qué noticias tiene de la guerra?

Mi noble amigo, como yo, como tantos otros que veneramos a Francia, andaba medio enfermo con la inesperada calamidad que se le había echado encima. Acomodé mi paso al suyo y seguimos andando juntos mientras le instruía de los últimos informes telegráficos recibidos en "*El Tiempo*". Poco a poco, naturalmente, nos enfrascamos en el comentario de los sucesos.

Conversar con Rodó cuando él tenía agrado en hacerlo con su interlocutor, era un verdadero placer. Así como su característica urbanidad movíanle a aceptar el

tema más trivial que suscitara el primer recién venido, pues su bondad ingénita nunca le permitió hacer pesar su superioridad sobre nadie, así también cuando se platicaba en la conversación de un íntimo amigo daba suelta a las alas de su espíritu y entonces solían ser sus discursos altas lecciones de una moralidad y bellezas poco comunes. Platicando con él, más de una vez he gozado de horas extraordinarias, que son acaso las más bellas que he vivido en mi ensueño de arte. Un común amigo, que solía oír, silenciosamente, nuestras elucubraciones, nos dijo cierta vez: "El Gobierno debía subvencionarles a ustedes la conversación". Esta "boutade", sino a mí, era rigurosamente aplicable a mi amigo: oyéndole, siempre se aprendía algo hermoso y bueno. En los ya lejanos tiempos de la *Revista Nacional* nos veíamos con Rodó todos los días, ironara o cayeran chuzas, ora en su escritorio de la calle de los Treinta y Tres, ora en mi casa, a las veces en la de los hermanos Martínez Vigil, en la calle Médanos, — si acaso no nos lanzábamos los cuatro a la calle y vagábamos horas y horas enseñando y discutiendo como poseídos. Cualquiera tema o lance era materia de interminables disertaciones, y de un suceso baladé sacábamos partida en ocasiones para altas especulaciones filosóficas. Ahora, en los últimos años, "los cuatro mosqueteros" nos veíamos menos, solicitados cada cual por sus apremiantes tareas. Daniel peleaba a brazo partido con la pobreza; Carlos se agotaba frente a su mesa de redacción de *La Tribuna Popular* en un esfuerzo de todas las horas; Rodó "politiquaba"; yo atendía *El Tiempo*, mi bufete de abogado y mis estrenos en los teatros de Buenos Aires. Mas siempre que la suerte nos reunía hallábamos pretexto para una larga caminata, por parajes solitarios, durante la cual pegábamos la hebra al capítulo de los recuerdos o nos enfrascábamos en alguna

disertación sobre arte o filosofía: de política pocas veces hablábamos, pues no nos resultaba el tema.

Aquella noche, acompañé a Rodó hasta la puerta de su casa; una vez allí, resolvió él acompañarme hasta la mía; y como no era el caso de dejar en el aire nuestra plática, desde mi casa nos volvimos los dos para buscar albergue en un café nocturno,—en el café Suizo. Esto de acompañarnos mutuamente de una casa a otra y andar así rodando a deshoras por media Ciudad era un resabio de nuestros viejos tiempos, de los buenos y queridos tiempos de la *Revista Nacional*. Y aquella noche conversamos de la guerra y de los grandes hombres.

No recuerdo bien como vino al caso, pero en cierto momento de nuestra conversación dije yo:

—Dentro de cien años, los hombres que vivan sobre la tierra acaso nos envidien el haber sido testigos presenciales de esta inmensa guerra que va a ensangrentar el continente europeo.

Rodó guardó un instante silencio y repuso:

—Explique eso.

—¿No se le ha ocurrido a usted nunca representarse lo que habría pensado si hubiera vivido en Bizancio, en tiempos de Teodora, cuando las gresecas sangrientas del Hipódromo, — o en Flandes, cuando andaba por allá el Duque de Alba encendiendo hogueras, — o en París, en las jornadas del terror, cuando los nombres de Dantón y de Marat hacían temblar de espanto?

Súbitamente, mi compañero irguió su busto, echó sus manos al aire en una contorsión japonesa, y se metió de lleno en mi asunto. Seguía yo mi elucubración, reviviendo aquellos remotos tiempos, procurando meterme en la piel de uno cualquiera de aquellos hombres desaparecidos para siempre, actores de las grandes tragedias de la historia. Siempre — desde mi pasaje por el aula que en la Uni-

versidad regenteaba el doctor Miguel Lapeyre — me había parecido tarea muerta e infecunda tratar la historia a la manera de los antiguos dómines: toda esa nómina de nombres propios, todo ese catálogo de sucesos, toda esa cronología fría y escueta, antojábaseme cosa de necrópolis. La verdadera labor del historiador, en mi sentir, consistía en resucitar los siglos desaparecidos, en animar las gentes muertas, en hacerlas moverse ante nuestros ojos con sus gestos habituales, en su ambiente natural. Emilio Gebhart, el admirable artista que nos ha legado tantos y tan hermosos trabajos de evocación histórica — *L'Italie mystique, Moines et Papes, Conteurs florentins du moyen âge, Les jardins de l'histoire, Les siècles de bronze*, etc., — realiza para mí, como ninguno, aquel ideal. Es ésta, bien lo sé, una concepción artística de la historia; pero, reflexiónese un poco, y se advertirá que no excluye la labor paciente y meticulosa de los husmeadores de polvorientos archivos y de los míopes intérpretes de estelas funerarias. Al contrario, para hacer revivir el pasado es imprescindible documentarse formidablemente, reunir infinitos pequeñísimos detalles, saber provocar luminosas síntesis. Solo así se ponen ante los ojos del lector hombres de carne y hueso que gesticulan y se mueven; sólo así se levantan de entre el polvo de los siglos las ciudades desaparecidas con sus perfiles familiares; sólo así se nos hacen sentir las costumbres, los sucesos, las modalidades de tiempos que siempre habíamos ignorado. Y algo de esto — muy mal y muy ligeramente, por supuesto — iba yo haciendo en mi elucubración, al procurar representarme las sensaciones y las ideas de los contemporáneos del Duque de Alba y de los fieros directores de la revolución francesa. — Rodó, que me oía interesado, apoyaba mis frases, añadía algún de-

talle, suscitaba nuevos recuerdos; más, de pronto, deteniéndose, formuló muy grave:

—Hola; pero nosotros estamos filosofando al revés.

—¿Cómo, al revés?

—Está claro. Nosotros vivimos los tiempos pasados, pero con nuestro criterio de hoy. Miramos todo eso, desde lejos, como espectadores. No somos verdaderos contemporáneos.

—¿Y usted cree que en aquellos tiempos no habría hombres de nuestra capacidad mental?

—Los habría, ¿quién lo duda? Pero vivían su época! estaban envueltos por su ambiente; conocían a los que con ellos se codeaban. Nosotros, en vez, contemplamos el cuadro con un par de gemelos. Hay en esto una diferencia substancial. La distancia, en el tiempo y en el espacio, es la que crea esa perspectiva moral que es el juicio histórico. El contemporáneo de un héroe le ve cumplir una hazaña, y sólo acierta a decir, a lo sumo: “¡Cómo se ha hecho matar ese loco!” Pero nosotros, un siglo o dos después, fuera de la atmósfera de aquellos actores, desde nuestro palco de espectadores, aislamos al héroe y en la cámara oscura de nuestros gemelos descubrimos la verdadera magnitud de su acción gloriosa. Y por eso sentimos una admiración por el héroe, que aquel su contemporáneo no pudo experimentar. Lo interesante, pues, no está en revivir, con nuestros sentimientos de hoy, los siglos idos, sino en colegir lo que pensaban los hombres que los vivieron. ¿Se habrán dado cuenta, en realidad, los hombres del imperio bizantino o los de la revolución francesa de los inmensos dramas en que fueron actores? ¿Cómo vieron y juzgaron a sus hombres? ¿Qué pensaban de Jesús los que le rodeaban? Los mismos discípulos del Maestro, ¿pudieron aquilatar su grandeza, imaginar lo que llegaría a ser su nombre en los siglos? No me diga

usted que podían, porque sobre su mentalidad tenemos un dato decisivo: para hacerse comprender de ellos, el Nazareno tenía que hablarles por parábolas. Su pensamiento estaba, pues, muy arriba de su siglo. ¿Cómo habría de comprenderlo su siglo? Y esa es la historia de Galileo, la de Giordano Bruno, la de Colón, la de todos los grandes hombres. En nuestros mismos tiempos, tan comprensivos; ¿no se repite indefectiblemente el caso? “No hay gran hombre para su ayuda de cámara”, — y todos somos “ayudas de cámara” para nuestros contemporáneos. ¿Qué cosas no se le han dicho a Víctor Hugo? ¿qué cosas no se le han dicho a Emilio Zola? Pues vaya usted imaginando lo que diremos de los primeros actores de esta gran tragedia que ahora comienza. Cada cual tomará partido según sus naturales simpatías: usted, yo, veremos con amor a los héroes franceses, porque nos representan la nación de la libertad, de la cultura; otros, que los habrá, aplaudirán a los alemanes, porque les cautiva la fuerza física e incontrastable. Y por apasionarnos así, justamente, es que no nos será dado contemplar toda la grandeza trágica de esta hora. En cambio, los que vengan dentro de cien años, la abarcarán con una sola mirada, vistiéndola de una belleza sobrehumana con su propia fantasía, — y entonces, acaso, todavía se digan: —¡felices los que vieron de cerca tan tremendo drama! Y siempre ignorarán que ellos lo ven mejor que nosotros.

He traducido muy mal, lo sé, las disquisiciones de mi noble amigo; y no me atrevo a seguir condensando lo que luego añadió sobre los grandes hombres que pasan, poco menos que inadvertidos, para los mismos que les están más cerca. Para no seguir desluciendo palabras que en sus labios eran como un evangelio de moral, trunco aquí el hilo de mis recuerdos y salto a la broma con que nos despedimos esa noche.

Habíamos caído de acuerdo en que los más grandes hombres, a veces, que viven en una misma época y, como quien dice, codeándose los unos con los otros, con toda su grandeza y apesar de todo su talento, se desconocen y hasta experimentan celos y rivalidades de pigmeos. Rodó ilustraba la moraleja con el caso de Voltaire y de Rousseau. Pero, de pronto, me salió con esto:

—Nosotros dos tenemos más genio que aquellos *infelices*, porque nos apreciamos. Pero es preciso defenderse contra la versatilidad de los humanos fallos. Nadie nos conoce como nosotros nos conocemos mutuamente. Además, usted sabe que hay períodos de auge y de depresión en la fama de los escritores. Hoy se prefiere a Voltaire, mañana se antepone a éste Rousseau; luego torna Voltaire a ser el preferido y así sucesivamente. Hugo ha sido un rey: más tarde estuvo de modo zaherirle; ahora su gloria vuelve a reverdecer. Es necesario que la posteridad nos conozca bien para que nos aprecie. Hagamos un pacto.

—¡La gloria! ¡La posteridad!—exclamé yo. — Usted conoce *La Machine a explorer le temps*, de Wells. Dentro de un millar de años, todos los bichos de nuestros museos y todos los librotos de nuestras bibliotecas estarán reducidos a polvo, y nuestro nombre habrá naufragado en el olvido. Soñar con la gloria, confiando en la posteridad, es colocar a interés nuestro capital intelectual para percibir los réditos dentro de mil o diez mil años. Nos van a entrapar el pago, amigo mío.

—No importa. Celebremos el pacto, siquiera para dejar certificado que cruzamos la vida como dos buenos amigos. El pacto es este: el que sobreviva, hará la biografía y el elogio del otro.

—Aceptado,—le contesté riendo. — Lo malo es que

voy a ser yo quien escribirá la biografía. ¡Lo que yo ganaría si usted escribiera la mía!

¿Quién iba a decirme, aquella noche, que antes que concluyera el drama europeo mi pobre amigo iría a extinguirse para siempre en tierras lejanas, — en esa vieja y sagrada tierra del mediodía de Italia donde se abrieron las primeras flores de nuestra latinidad? ¿Cómo habría de haber imaginado que antes de tan poco tiempo me viera puesto en el trance de cumplir, con toda fe y devoción, lo que sólo por juego amistoso juramos aquella noche?

RODO Y NUESTRO MEDIO LITERARIO

En el escenario de las letras uruguayas y aún en el más vasto e importante de las letras sudamericanas, por el que han cruzado figuras de tan alto relieve que muy poco o nada tienen que envidiar a los más robustos artífices del viejo mundo — recordad, solamente, los nombres de Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, Rufino J. Cuervo, José Martí, Juan Montalvo, José Joaquín Olmedo, Juan Carlos Gómez, Clemente Zenea, Olegario Andrade, Juan B. Alberdi, Rafael Pombo, Julián del Casal, José Eusebio Caro, Jorge Isaacs, Guillermo Matta, José P. Varela, Ricardo Palma, Rubén Darío, Francisco Bilbao, Salvador Díaz Mirón, Manuel González Prada, J. Zorrilla de San Martín, José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Guillermo Valencia, Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez ¿y para qué citar más? — el nombre de nuestro José Enrique Rodó es timbre de honor que a todos nos dignifica y enorgullece. Durante veinte años, ese nombre se ha repetido con admiración y respeto desde el Plata hasta el Ande y el mar Caribe, y quince repúblicas hermanas se han disputado el honor de ofrendarle sus más premurosos rendimientos. Durante

veinte años su nombre ha sido la bandera del ideal latino y su *Ariel* como un evangelio de los nuevos espíritus contra el utilitarismo que descendía avasallante de las comarcas del septentrión. Durante veinte años ha sido la antorcha que ha flameado sobre nuestro orgulloso continente hasta hacer volver la vista a los mismos que siempre nos contemplaron con cierto dejo de indiferencia al través de la inmensidad atlántica. Las más altas palabras de noble elogio, las más consagratorias y definitivas, cayeron como un deshojamiento de rosas sobre la testa de nuestro incomparable artífice, y esas palabras no palpitaron tan sólo en labios de sudamericanos ilustres, sino que las vimos caer, graves y justicieras, de los labios de don Juan Valera, de Leopoldo Alas (Clarín), de Miguel Unamuno, de Salvador Rueda, de Luis Araquistain, ¿de cuántos otros aún? Todos los hombres más representativos de nuestra estirpe española — que en este punto, españoles y sudamericanos somos unos, — rindieron en su día pleito homenaje a José Enrique Rodó; y el Uruguay pudo vanagloriarse así de poseer un hombre más grande que sus fronteras.

Es que este hombre ilustre nos honraba un poco a todos. Excelso por su entendimiento privilegiado, la luz de sus predicaciones morales y artísticas persistirá por luengos años en nuestro mundo después de su muerte, como persisten a través de la inmensidad los rayos del astro que se ha extinguido en un hueco profundísimo del cielo. Era grande e imponderable por los sentimientos de su corazón. ¿Y quién más que un espíritu todo bondad y todo esplendores podía dejar caer sobre "la muchedumbre que pasa" esa simiente espiritual que parece descender de las estrellas en un movimiento de manos evangélicas? Corazones enteros y nobles los han habido siempre en este pícaro mundo, a las veces ca-

lumniado por este respecto; cerebros fecundos y soberanos también los ha habido para indicarnos a la grey la buena ruta de nuestra salvación; pero ya no ha sido cosa tan frecuente que en un mismo ser se cobijaran corazón y cerebro de tan encomiables calidades. Y cuando el caso se ha dado, como en el de José Enrique Rodó, la obra ha sido una obra definitiva y total, bella por su resplandor, buena por su enseñanza.

Rodó, ante todo y por sobre todo, es un apóstol intelectual. Más grande que su lenguaje, que es un lenguaje de dioses, porque su perfección verbal, única y alucinante, habla a las almas más que con vocablos humanos con músicas extraterrenas; más grande que su lenguaje, repito, es su prédica, su prédica profunda y grave, luminosa y regeneradora, que parece un salmo a la vida, un cántico de la esperanza, una clarinada de victoria. Y más grande todavía que su prédica, impregnada de algo así como de un misticismo laico, más grande todavía es su espíritu, que un día ambicionó, en un vuelo gigantesco de cóndor, escalar las cumbres invioladas de nuestro mundo para dictarnos desde allí las grandes palabras regeneradoras, las bellas palabras que siempre bajan de lo alto, tal que una anunciación, para resucitar nuestra abatida fe y poner en el fondo de las almas fatigadas un nuevo perfume de esperanza. Apóstol, en la más generosa acepción de la palabra, amó al Hombre y proclamó la Vida. No quiso extraviarse por las rutas de lo incognoscible ni distraer su tiempo en metafísicas sobre las primeras causas, y por eso su filosofía fué esencialmente humana, fundamentalmente moral. Vivió en la tierra, y a pesar de todos los dolores, celebró la gloria del vivir; fraternizó con esta larva que es el ser humano, y a pesar de sus máculas, halló en él una

esencia espiritual. Y su canto fué entonces un himno, y su himno una bendición.

Por eso es tan grande, por eso es tan querido, por eso todas las voces se han concertado a fin de entonar su loa. Andrés González Blanco, un joven y eruditísimo escritor español, que posee además un muy bello talento, ha escrito en un su libro titulado *Escritores representativos de América*: "Nacido en un pueblo joven y quizás el más virgen a las letras de toda la muy virgen América, en un país sin tradiciones literarias, destaca José Enrique Rodó sereno, solo, enhiesto, con la majestad de un noble, en la literatura de su patria."

Comparto con el ilustrado crítico hispano la apreciación justísima que hace respecto de Rodó; pero, se me ha de permitir que corrija, siquiera sea brevemente y de pasada, ese grave error que encierra la afirmación de que nuestro país es un país "sin tradiciones literarias". El señor González Blanco, sin duda para abonar su aserto y evidenciar que conoce nuestras cosas, escribe luego el párrafo que voy a transcribir. Ya se verá luego que sólo ha podido decir todo eso informado erróneamente o por textos defectuosos e incompletos. "La tradición literaria del Uruguay, país formado de repente, — dice nuestro autor, — era bien escasa y magra. Tal cual bella poesía, la *Epístola a Doricio* de Bernardo P. Berro, o la *Oda a la Libertad* de Juan Carlos Gómez, el gran propagandista político; alguna que otra flor de antología consignada en el *Parnaso oriental o guirnalda poética de la República Uruguaya* (Montevideo, 1835); resíduos de viejos epigramas y fáciles octavas reales de las *Toraidas* de don Francisco Acuña de Figueroa; alguna canción sentimental del malogrado Adolfo Berro, muerto en flor, a los veintidós años, como los amados de los dioses, según la sentencia plautiana; tal vez cualquier oda o silva

a la usanza metropolitana, de Bartolomé Hidalgo, Carlos Gómez, Heraclio Fajardo, el coronel Bermúdez o algún otro de los que citan los hermanos Amunátegui en su interesante repertorio crítico-americano (*Juicios críticos de algunos poetas hispano-americanos*, Santiago de Chile, 1861); recuerdos de algunos de los emigrados argentinos, que huyeron del tirano Rosas, como Florencio Varela, Rivera Indarte, y entre los cuales destacaba el gran poeta José del Mármol; vestigios de enseñanza doctrinal del pedagogo don Marcos Sastre, del naturalista don Dámaso Larrañaga, del historiógrafo don Andrés Lamas; erudición un poco a la violeta del polígrafo don Alejandro Magariños Cervantes; — esto era todo lo que ofrecía la corta historia del Uruguay para nutrir el espíritu de Rodó, niño..."

Como se ve, hay casi tantos errores como incisos. La tradición literaria del Uruguay, breve, sí, pero intensísima y digna de más cuidado y atención, no es tan nula o insignificante según lo entiende el simpático autor de *Elogio de la Crítica*. Sin duda, le han inducido a error, el sumario *Juicio crítico* de los hermanos Amunátegui que menciona casi por única autoridad y la lectura de algunas "antologías" de esas tan desmañadas y sin conciencia que por aquí nosotros mismos solemos escribir. Sirva esto de excusa al señor González Blanco, quien en otros trabajos literarios se ha revelado un estudioso concienzudo y un atinadísimo crítico: aquí, en el Uruguay, se han hecho "antologías" del mismo modo que se hace política, — alabando los santos de nuestra devoción y partiendo por el eje a los santos que no son de nuestro credo; eso, si no los silenciamos por completo, sistemáticamente. Hasta creo que existe una "antología" hecha expresamente para enaltecer, en las notas, un solo nombre y colocar todos los demás a sus plantas. ¿Qué

mucho, pues, que los extraños nos juzguen después, equivocadamente, por semejantes libracos?—Procuraré, pues, enmendar los errores que he hallado en el párrafo transcrito, y en esta tarea no tendré, naturalmente, ningún mérito sobre el crítico español, pues siendo cosas de mi país, fuerza es al fin y al cabo que las conozca mejor que él.

Dejando aparte la primera aserción de que nuestro país se "formó de repente" — pues nadie ignora que las luchas por la independencia, iniciadas en 1810 por el general Artigas, solo terminaron en 1828, después de la cruzada de los Treinta y Tres, — hay que advertir, desde luego, los siguientes errores: 1.º, Juan Carlos Gómez es una de las más altas y robustas mentalidades del Uruguay, y escribió infinitas cosas superiores a su *Oda a la Libertad*, que solo refleja una de sus modalidades, la del poeta; 2.º, Francisco Acuña de Figueroa no sería un donoso poeta, pero fué indiscutiblemente el más fecundo y el más satírico de todos los poetas americanos, con una verba y facilidad que sólo tienen par en las de Quevedo, siendo sus *Toraidas*, justamente, de lo más flojo producido por su númen; 3.º, Adolfo Berro no es un mero caucionero sentimental, sino un poeta hecho y derecho, de un marcado romanticismo como era de rigor serlo en su tiempo; 4.º, Bartolomé Hidalgo no escribió a la usanza española, sino más bien a la usanza criolla, y es harto sabido que fué el primero entre nosotros en dar carta de ciudadanía en las letras patrias al númen gauchesco con sus *Diálogos patrióticos entre Chano y Contreras*; 5.º, el poeta argentino autor del formidable anatema contra Rosas no se llamaba José del Mármol, sino José Mármol; 6.º, Marcos Sastre no fué un simple pedagogo, sino un escritor incomparable, que nos legó en *El templo argentino* páginas de una belleza descriptiva

que aún se recogen en los textos de lectura como modelos; 7.º, el P. Dámaso Larrañaga no fué tampoco un vulgar naturalista, sino un verdadero sabio, un espíritu cultísimo, un hombre superior a su época, uno de los verdaderos astros de primera magnitud de nuestra intelectualidad, cuyas obras, doctrinas, enseñanzas y fundaciones constituyen el legítimo cimiento de su altísima gloria; 8.º, don Andrés Lamas es otra cumbre eminente en nuestro escenario y no se cumple con él ni se le hace justicia citándosele así de pasada y en montón; 9.º, don Alejandro Magariños Cervantes no era un erudito a la violeta, porque jamás presumió de erudito; y 10.º es de hacer notar, finalmente, que nuestro crítico ignora o parece ignorar que además de los citados, y a veces colocados más altos que algunos de ellos, están los poetas Antonino Lambertí, Matías Echoty, José Gervasio del Busto, José Sierra Carranza, Juan Zorrilla de San Martín, Rafael Fragoiro y Carlos Roxlo, y están los prosistas y poetas, historiadores y polemistas, juriconsultos y naturalistas, periodistas y pedagogos don Eduardo Acevedo, Melchor Pacheco y Obes, Pedro Bustamante, Prudencio Vázquez y Vega, José Pedro Varela, Carlos María Ramírez, Francisco Bauzá, Agustín de Vedia, Angel Floro Coata, Julio Herrera y Obes, Domingo Aramburú, Luis Melián Lafinur, Pedro Hormaeche, Anacleto Dufort y Alvarez, José Batlle y Ordóñez, Eduardo Acevedo Díaz, Daniel Muñoz, Samuel Blixén y algunos otros aún que omito por no parecer pesado. Todos estos actuaron y vivieron antes que Rodó, y cada uno dejó su huella en el cielo de nuestras letras nacionales; y si hubiéramos, todavía, de completar el cuadro, podríamos mencionar como contemporáneos del insigne maestro, años más, años menos, a Carlos Reyles, Javier de Viana, Julio Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Delmira

Agustini, Carlos Vaz Ferreira, María Eugenia Vaz Ferreira, Angel Falco, Emilio Frugoni, Guzmán Papini, Carlos Martínez Vigil, Eduardo Ferreira y otros, y otros, y otros aún que si no forman ambiente, que si no constituyen una verdadera tradición literaria, yo no sé, en verdad, que pueden constituir y formar con su amor a las artes, con su dedicación constante, con su obra brillante, varonil y reverenciada.

He dicho, y vuelvo a repetirlo, que Rodó es altísima cumbre en nuestra literatura, acaso la más alta de nuestras cumbres; todo cuanto en su honor se diga será todavía poco para sus merecimientos; yo mismo emprendo ahora la tarea de demostrar que es el más grande de nuestros pensadores y el más perfecto y admirable de nuestros estilistas; mas, no creo que para ensalzarle a él sea necesario rebajar la intelectualidad de mi país y negarnos de una plumada verdadera tradición literaria. Somos, por lo contrario, de los que nos enorgullecemos de poseer, entre las naciones de Sud América, y a muy justos y saneados títulos, una cultura ambiente y una tradición literaria como pueden haberla los grandes centros de Chile, Venezuela y Colombia: por algo se ha denominado a Montevideo la "Atenas del Plata". Y para corroborar esto, que no es presunción, sino realidad, basta mencionar los tres ciclos de nuestra evolución intelectual: la época de la Defensa, la del Ateneo del Uruguay y la de la Revista Nacional.

En otras naciones, la glorificación de los grandes hombres se hace en virtud de sus propias excelsitudes y no a costa de la reputación de sus colegas y compatriotas. ¿Por qué ha de padecer excepción esta sabia y equitativa regla en nuestro caso? Grandes y admirables son, en Francia, verbigracia, Rabelais, Racine y Corneille, Rousseau, Voltaire y Diderot, Víctor Hugo, Taine y Zola;

pero, ¿empequeñece algo a su justa nombradía el que a su alrededor pululen y brillen con subidísimos quilates Molière, Bossuet y Saint-Simon, D'Alembert, Buffon y Montesquieu, Chateaubriand, Lamartine y Jorge Sand? ¿El hecho de que éstos sean artifices estupendos, perjudica a la excelsitud de aquéllos? ¿No es más admirable la nacionalidad que en vez de tener un genio solo, aislado, único, luce pléyades fulgurantes de poetas y prosadores? ¿Y no resultan tanto más grandes los hombres de excepción cuando elevan su sien, no sobre montículos insignificantes, sino sobre verdaderas montañas? Soberbio es, sin duda, el Mont-Blanc reinando sobre el Monte Rosa, el Pilatus, el Rigi-Kulm, el Faulhorn, el Gornergrat; pero, inmensamente más soberbio y soberano es el Chimborazo,—para escalar cuya cima, en un remedo de los titanes, habría que echar el pico de Tenerife sobre la mole del San Gotardo — más augusto es el Chimborazo que taladra los arrabales del cielo para vigilar el monstruoso rebaño de los Andes, entre esas otras cumbres imponentes que se denominan el Altar, Sangai, Pichincha, el Antisana, el Nevado de Sorata, el Aconcagua, el Tupungato, el Illimani, el Descabezado...

Ya no creo, por lo demás, de ningún modo, que el juicioso crítico que es González Blanco haya pretendido zaherir a nuestra patria. Según he dicho, la aseveración que impugno se ha basado en datos erróneos o en informaciones deficientes. Pero, de todos modos, había que relevar ese error. Hecho esto, fácil me será tratar la segunda parte de su apreciación sobre Rodó, — y, sobre este punto, estaré de pleno acuerdo con el autor de *Los Contemporáneos*.

¿Qué influencia ha tenido el medio ambiente sobre Rodó? Rotundamente y sin vacilaciones podemos afirmar que ninguna. No porque carezcamos de tradición lite-

raria, sino porque en el Uruguay, como en los demás países de América, toda la cultura es fundamentalmente europea y siempre, en todas las épocas y bajo todos los climas, hemos ido a la zaga de los maestros de allá y rumbo según nos condujeron las grandes corrientes del arte contemporáneo. Los escritores uruguayos, como los vecinos de allende el Plata, como todos los demás de los pueblos del Pacífico, han sido clásicos en la época del coloniaje y durante la iniciación de la independencia, porque clásicos eran los maestros que nos brindaron su palabra nativa; y más tarde fueron todos románticos cuando, con el aura de la revolución, nos llegó el genio de la Francia libre e igualitaria; y más tarde aún, todos se convirtieron al naturalismo y al decadentismo cuando de Francia todavía nos llegó el recio verbo de Zola o los acentos panidas de la siringa de Verlaine. La cultura europea ha sido siempre la cultura sudamericana. Lo que se diga del Uruguay podrá siempre repetirse a propósito de los demás países. Con Haeckel y con Darwin fuimos al positivismo de Spencer, después de haber sacrificado en los altares católicos y de haber defendido las ideas espiritualistas de Caro, Cousin y Jouffroy: no hay más que recordar los nombres de la época de oro del Ateneo, — Prudencio Vázquez y Vega, espiritualista, y Manuel Otero, liberal. Con Lamartine y Musset fuimos románticos, y varios de los poetas recordados por el señor Andrés González Blanco conocían mejor a estos vates franceses que a los españoles Espronceda y Zorrilla. Con Zola nos convertimos luego al naturalismo, y bastaría recordar las primeras novelas de Carlos Reyles y Magariños Solsona para evidenciarlo. Y con los modernistas, predicados por Rubén Darío, y si no fuera demasiado presunción, por el que habla, nos volvimos reverentes hacia la moderna Lutecia.

Pero, en el caso de Rodó había una circunstancia particularísima que conviene recordar. Aquí y en toda América, hemos tenido siempre poetas, noveladores, dramaturgos y críticos; pero nos han escaseado los ensayistas de enjundia filosófica. Esa tradición sí que verdaderamente nos falta. En toda la América, acaso no puedan citarse más que los nombres de Emerson, de Montalvo, de Alberdi, de Agustín Alvarez. Tierras tropicales, todo luz y esplendor, todo fuego y vida, la imaginación ha reinado sobre la meditación, flor nívea de los países brumosos, sin sol, graves y melancólicos. Ante los fastuosos escenarios de nuestras selvas imponentes, el hombre sueña y canta; frente al sudario de las nieves y a las brumas que envuelven los cuerpos y las almas, hablándonos de cosas eternas y terribles, en la comarca septentrional, el hombre se encierra en su hogar y medita. Un cielo azul y límpido invita a salirse por los prados para reír en el aire embalsamado y cantar a los ecos de los montes lejanos; un cielo gris y húmedo, mueve al retraimiento, a la melancolía, a las reconcentradas reflexiones. D'Annunzio trova en Italia; Kant filosofa en Koenigsberg. — Nuestros hombres no podían ser, pues, excepción. Pero, Rodó lo fué.

Espíritu meditativo, profundo, serio; "alma solitaria" que diría Hauptmann; estudioso de gabinete más que rondador de carreteras, — vivió más su vida interior que la vida externa que el común de sus compatriotas vivimos. Fué siempre un reconcentrado, — tan reconcentrado, que muy pocos son los que podrían alabarse de haberse acomado a su alma para hurgar en ella. Fué siempre un exágeta, un razonador, un psicólogo; y fué, por sobre todo eso y antes que nada, un moralista: un apóstol, le he llamado antes. Cultivó el arte, el arte del buen decir, porque lo tenía en la sangre, porque nació

er el "don", porque amaba reflexivamente los bellos modelos, porque era él mismo todo un artista incomparable; pero, antes que crítico, como le suponen y juzgan muchos erróneamente, fué un ensayista. Faltábanle cualidades que son características en el verdadero crítico: no tenía el temperamento. Su bondad ingénita, excluía la severidad; su eclecticismo, la discusión de doctrina particular; su tolerancia, la comprobación de las más graves faltas. Gustábase la crítica, pero no hubiera practicado jamás ninguna otra que la del elogio. Era un alma singular y noble, altruista y benevolente, que, por lo mismo que amaba a todos, se horrorizaba con la sola idea de que pudieran malquererlo. Una frase de censura, por injusta e inmotivada que fuera, como no podía menos de serlo aplicada a él, artista de tan raras perfecciones, le hería en lo más vivo del corazón. Si hubiera tenido los enemigos literarios que tuvo aquel otro purísimo estilista que fué Racine, hubiera muerto de desesperación. Y siendo esto así, cumplía a la letra la máxima cristiana: no desees para otros lo que no quieras para tí.

Han errado, pues, de medio a medio los que han visto en Rodó un crítico literario, lo mismo que han errado crasamente los que le comparan con Flaubert por el ecidado estremoso que ponía en la redacción de sus escritos. ¿Por qué compararle con Flaubert si no tiene ningún punto de contacto con él? ¿Porque pulía y limaba hasta el cansancio la forma literaria? Pero, entonces habría que compararle con todos los que han tenido el culto acendrado del estilo, y aún, extremando las cosas, con los más avisados gramáticos y puristas. No; ni por la materia, ni por nada, se parecía a Flaubert. Leyó y admiró a este autor; pero no fué de sus autores predilectos. Yo he sido testigo de sus lecturas en el período de su iniciación literaria, que fué cuando recién cayeron

en sus manos los volúmenes de *Madame Bovary* y *Salammbó*; yo he visto durante largos períodos sobre su mesa de trabajo sus libros favoritos; yo he perseguido alguna vez al través de las páginas de éstos esas acotaciones y signos que son la más espontánea confesión de nuestro espíritu. En Flaubert admiraba al observador y al evocador, al novelista que lo mismo nos presenta un rincón de nuestra sociedad burguesa que el gran lienzo coloreado de un momento de la historia de Cartago; y reconocía el esfuerzo, la virtud con que trabajaba su estilo, el pudor, la paciencia con que perseguía la expresión fiel, el entusiasmo y la ardencia con que daba caza a los vocablos. Pero tengo la firmísima persuasión que leído una vez aquellos dos libros, no los volvió a releer. No era, pues, en su ánimo, un verdadero maestro el insigne autor de *Buvard et Pécuchet*. En cambio, durante meses enteros le he visto pasear por todos lados a Montaigne y a Marco Aurelio, y volverlos a coger una y otra vez, y releerlos, y echárselos todavía al bolsillo, para reanudar luego la lectura por cualquier página y en cualquier sitio, en sus paseos solitarios, en el escritorio de su hermano Eduardo. Durante mucho tiempo también, y aun hasta estos últimos años, le he visto engolfarse en la lectura de Renán y ensañar con él y vivir en su comunidad espiritual, como en una especie de éxtasis; y cuando tornaba de uno de estos viajes "ideales", luminosas las pupilas de visiones extraordinarias, hinchado el corazón de misteriosas fragancias, era para hablarnos con un cariño suave de su Renán. Recuerdo ahora que cierta vez, para hacerme compartir su deliquio y conociendo que a la *Historia de los orígenes del Cristianismo* había dedicado yo uno de mis primeros trabajos literarios, me regaló cuatro o cinco volúmenes de Renán: *Morale et critique, Mélanges religieux et historiques,*

Mélanges d'histoire et de voyage, Caliban. — Y con una cordialidad menor, pero siempre entusiastamente y con profunda sinceridad, le he visto leer y releer sin fatigarse, con verdadero deleite, a Guyau, a Anatole France, y a don Juan Valera.

Había, sin embargo, un texto que veneraba por sobre todos los otros y que parecía ocultar celosamente a sus más íntimos amigos, lo mismo que el enamorado oculta a todos la querida que le enajena todas las facultades. Ese texto sagrado, escondido como en un tabernáculo, que él leía a solas, que encerraba prontamente apenas entraba un desconocido en su cámara, era de Platón, ¿Por qué no ha hablado Rodó del griego divino en sus *Motivos de Proteo* con la particular delectación con que lo ha hecho de Marco Aurelio, Leonardo de Vinci, de Goethe, de Shakespeare? (1) Nunca me lo he explicado. ¿Y por qué esa rarísima manía de ocultarnos a todos nosotros, sus compañeros, un filósofo que todos leíamos y admirábamos? — Alguna vez, intrigado, llevé la conversación hacia el sublime autor de los diálogos, que es también uno de mis autores predilectos, sino el preferido entre todos, y entonces me expresó su juicio rayano en la exaltación. Y luego, nada más; continuó ocultando su Platón. Sólo pude cerciorarme, por dos veces, que releía el *Timeo*, y otra, el *Phédon*.

Tales fueron los directores espirituales de Rodó, por lo menos los más constantes. Leyó mucho, estudió inmensamente, divagó un poco por todas las literaturas (conocía a maravilla la española de los siglos clásicos y la sudamericana del Río de la Plata), revolvió archi-

(1) Sólo en *Ariel* se hallará una mención particular y entusiasta, aunque brevísima, del inmortal filósofo, cuando recuerda "los dialoguistas radiantes de Platón", que "sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo."

vos y bibliotecas; — mas siempre tornó al hogar de sus amores y se envolvió en la atmósfera suave de sus autores predilectos.

Sobre un espíritu amasado de tal suerte, nada podían influir los escritores que le habían precedido en el Uruguay. Estos eran, tanto en la prosa como en la poesía, o "imaginativos" o "sensitivos", hijos del mundo exterior que obrara directamente sobre su sensorio o sobre su cerebro. Rodó, en cambio, todo dado a la meditación, buscaba a los autores que invitaban a ella, y eran éstos, en realidad, los que podían hablar, íntima y simpáticamente, a su espíritu hermano. Hay un detalle que diferenciaba a Rodó de todos nosotros: cuando nuestras correrías juveniles nos conducían a las afueras de la ciudad o a la ribera del Río, nosotros admirábamos el paisaje o la marina; él, para reparar en ellos, tenía que ser solicitado por nosotros, pues generalmente tenía sus ojos vueltos hacia dentro. Y si, como acontecía también, tomábamos pie en un cuadro hermoso de la naturaleza para una especulación espiritual, nosotros "pintábamos", él "moralizaba": quiere decir que mientras los unos traducían su emoción en artistas simplemente, buscando alguna frase, alguna metáfora, un mero adjetivo para individualizar la puesta del sol que nos ofrecía la bahía de Montevideo o el trozo de paisaje descubierto en un hueco del Prado, el otro derivaba de su impresión sensorial un ejemplo o una conclusión relacionada con el ser psíquico, o a lo sumo una comparación de orden moral.

Entre todos los artículos publicados con motivo de la muerte del celebrado escritor que he tenido ocasión de leer — todos ellos muy ditirámicos y justicieros, pero algunos bastantes vacíos de ideas, — hay uno, el de *La Nación* de Buenos Aires, que encierra una apreciación exactísima. Como ella coincide en un todo con mis ante-

riores distingos sobre el carácter de "pensador" que tiene el autor de *Ariel*, quiero reproducir aquí un párrafo de ese artículo: "La obra literaria de Rodó, — dice, — que comprende unos quince o veinte años de trabajo, es ante todo obra de pensador. Rodó escribía porque sabía y meditaba. Jamás tomó entre sus dedos perezosos la pluma sin obedecer a un imperativo de su razón sublevada ante el error o la injusticia, o de su alma embesada en la contemplación de la belleza. El estado de espíritu, diremos así, previo, anterior, a la tarea de la forma, se advierte en todas sus páginas. Saben que ello es digno de ser notado y señalado como un rasgo esencial de esa naturaleza selecta, cuantos soportan el espectáculo de innumerables casos opuestos en la literatura americana, las acumulaciones de palabras, frases, períodos, párrafos, artículos, libros tal vez, sin otro objeto ni más fondo que esa fatal tendencia a aparentar en el mundo de las letras y que podría definirse como el rastacuerismo de nuestra vida intelectual. Rodó nunca supo de tales tentaciones, nunca habló por hablar, nunca se preocupó de hallar una forma sino cuando tuvo una idea con que llenarla, o, mejor dicho, no concebía aquella con anterioridad a esta otra. De la divisa del maestro francés "nulla dies sine linea", él no habría sabido que hacerse si su sensibilidad, su potencia de observación, su caudal de ideas no le hubiese dado de continuo, señalándole rumbos y metas, la materia prima indispensable. Y era un admirable escritor. El encanto de su prosa, sobria, en la expresión, abundante en desarrollo, era capaz de subsistir bajo el enorme peso del vacío. Pero éste no se hallaba, y ni sugerencias del ritmo, ni gallardías de giro lograron llevarlo a ninguna trivialidad. Por eso mismo, tal vez, no produjo mucho en cantidad. Parecía fácil y espontáneo; pero, a poco que se le observara, comprendíase

que no le eran desconocidas las torturas del estilista para realizar, no aquella impresión ajena, sino su propio ideal de precisión y de fecundidad dentro de una suprema elegancia."

El juicio es exacto. No puede hablarse con más verdad. Y causa verdadera satisfacción leer un elogio, razonado de esa suerte, después de todos los elogios triviales y anodinos que se suelen leer, todos los días, sobre hombres y casos. Rodó ha tenido innumerados adoradores, infinitos panegiristas; pero si fuéramos a solicitar de unos y otros la razón de su entusiasmo y aplauso, acaso no nos sabrían ofrecérsola. En todos los tiempos y lugares ha habido los que leen, entienden y aplauden, y los que después de haber leído, se quedan completamente a oscuras, pero no dejan por eso de aplaudir. En el caso de mi noble amigo he podido hacer numerosas comprobaciones de esta índole. De cada veinte personas que he interrogado, tal vez una sola ha podido decir sensatamente por qué admiraba a Rodó. Es que la obra de nuestro genial escritor no estaba al alcance de todas las inteligencias; pero nadie quiere pasar por tonto, y, después de todo, tanto oían repetir el nombre de aquél, que ellos también entraban en el afán de hacer coro.

No es un reproche éste que hago a mis compatriotas, porque el mal es universal. Anatole France, en *Le jardin d'Epicure*, tiene una página admirable a este propósito: "Las obras que todo el mundo admira son las que no examina nadie. Se las recibe como una herencia preciosa, que se pasa a los demás sin mirar. ¿Creeis verdaderamente que existe conciencia en la aprobación que prestamos a los clásicos griegos, latinos y aún a los mismos clásicos franceses? ¿Es verdaderamente libre el gusto que nos inclina hacia tal obra contemporánea y nos aleja de cual otra? ¿No está, en realidad, determinado por mu-

chas circunstancias extrañas al contenido de la obra, entre las que la principal es el espíritu de imitación, tan poderoso en el hombre y en el animal? Ese espíritu de imitación nos es necesario para vivir sin gran extravío; lo poseemos en todas nuestras acciones y domina en nuestro sentido estético. Sin él, nuestras opiniones en materia artística serían más contrarias todavía de lo que lo son. Es en virtud de él que una obra que ha hallado por cualquier razón algunos sufragios, recoge luego otros más numerosos. Los primeros solamente eran libres; los restantes no hacen más que responder a aquellos. No tienen ni espontaneidad, ni sentido, ni valor, ni carácter alguno. Y, sin embargo, por su número, forman la gloria. Todo depende del comienzo, pequenísimo. Así es como se ve que las obras despreciadas al nacer, tienen poca fortuna de gustar algún día; y que, por lo contrario, las obras célebres desde el principio, conservan por mucho tiempo su reputación y son estimadas aún después de haberse hecho ininteligibles. Lo que prueba, sobre todo, que el acierto es un puro efecto del prejuicio, es que cesa con él."

Las palabras del admirable ironista francés — uno de los autores favoritos de Rodó, como he dicho antes — pueden ser aplicadas a gran número de los admiradores de nuestro escritor. Sin duda alguna ha tenido éste, como base inconvertible de su justa reputación, el juicio y la opinión de autoridades indiscutibles en la materia. El primero, entre todos, Leopoldo Alas; aquel ceñudo y sabio crítico que no dispensaba elogios al primer recién venido y que bajo el pseudónimo de *Clarín* fustigó sin piedad a todas las medianías y nulidades literarias. Leopoldo Alas, cuando Rodó recién iniciaba su carrera, descubrió en él al estúpido artífice que habría de ser; y ese juicio que entonces virtió, revelando la perspicacia y buen

sentido del crítico, fué la primera consagración del escritor uruguayo. Luego vino, también del exterior, el aplauso de Salvador Rueda; y en seguida ya fué un turbión de elogios, de cartas admirativas, de artículos encomiásticos, que empezaron a difundir y a popularizar el nombre de Rodó. La publicación de *Ariel* coronó súbitamente el éxito fulminante de nuestro compatriota y por toda la América latina se extendió la lumbre de su gloria. Entonces, los maestros, los directores espirituales, las verdaderas autoridades empezaron a sentenciar. Nunca autor americano ha tenido un acéropago más ilustre; ninguno otro tampoco, un fallo más honorífico, unánime y consagrador. Cristóbal de Castro, Rafael Altamira, Martínez Sierra, Miguel de Unamuno, Luis de Araquistain, Azorín, Rubén Darío, Samuel Blixén, el Arzobispo don Mariano Soler, Rafael Barret — ¿para qué amontonar nombres si toda la intelectualidad española y americana tendría que ser citada aquí? — unieron sus alabanzas, confirmando aquel primer juicio de *Clarín*. Desde entonces, la gloria de Rodó fué indiscutible. Pero la mayoría del público, si bien aplaudía, continuó ignorando a Rodó. Contribuyó, él también, a la glorificación; mas de la manera inconsciente que comenta Anatole France en el pasaje transcrito de *Le jardin d'Épicure*. Y esto, tratándose de Rodó, que debe ser hondamente amado y comprendido es imperdonable. Días atrás, hablaba con un señor comerciante, que tiene una espantable fortuna: "Dígame, señor Pérez Petit, ¿qué lástima la muerte de Rodó! ¿parece ser que tenía mucho talento?" Otro día, hallándome en la Librería Serrano, entró un hombre del pueblo: "¿Quiere hacerme el favor de cambiarme este libro por una novela cualquiera? Ayer compré este aquí." El libro era *Ariel*; Serrano estuvo á punto de desmayarse. Y tuvo entonces una frase que resume lo que venía di-

ciendo: "Todos estos admiran a Rodó sin haberlo leído. Sería más hermoso que lo leyeran."

A hacer consciente esa admiración del pueblo es que tiende esta obra de divulgación. Yo desearía que hasta el más humilde obrero, hasta el ciudadano más apartado de la filosofía y de las letras, por una racional comprensión del hombre y de su obra, aplaudiera a Rodó con la justicia y la honestidad de los intelectuales.

III

PRIMEROS AÑOS—LA REVISTA NACIONAL

José Enrique Rodó nació en Montevideo el día 15 de Julio de 1872. Fueron sus padres don José Rodó, español, oriundo de Cataluña, radicado en el Uruguay desde años atrás, y doña Rosario Piñeyro y Llamas, de una patricia y acomodada familia del país. El matrimonio, que asentó su hogar en la casa ubicada en la calle de los Treinta y Tres, casi esquina a la de Buenos Aires (hoy señalada con el número 1287), tuvo siete hijos: José, el mayor, muerto de tífus, como nuestro malogrado escritor, a los veintiún años, en una casa-quinta, propiedad también de sus padres, del camino Larrañaga (la misma que luego fué del general César Díaz), joven despejado, inteligente, docto en latín, amante de la lectura y del estudio; Alfredo, el segundo, que aún hoy vive, periodista y autor de un volumen interesantísimo de anécdotas sobre el doctor Julio Herrera y Obes; Eduardo, Rosario, Isabel, Julia y el menor José Enrique — a quien se dió este nombre en memoria de su primer hermano fallecido y por haber nacido el día de San Enrique y Camilo.

El ambiente familiar no pudo ser más favorable al futuro creador de *Ariel*. Casa honesta, grave, en buena posición de fortuna, bien vinculada socialmente, fué desde la primera hora un templo y una escuela para el niño. Don José Rodó, comerciante y curial en sus jóvenes tiempos, había sabido estrechar amistad con las personas más representativas de nuestro medio. Trabajó en unión de Florencio Varela, fué íntimo amigo de don Alejandro Magariños Cervantes, de quien poseía en su biblioteca todas las obras, entre ellas *Caramurú*, con fraternales dedicatorias, jugaba al billar con nuestro poeta Francisco Acuña de Figueroa, cultivó largamente el trato de Vicente Fidel López, y estuvo ligado a todos los personajes argentinos que vinieron emigrados a Montevideo el año 1840. Hombre culto, atento al movimiento intelectual que se había iniciado dos años antes con tan inusitado brillo en Montevideo, poseía en su biblioteca las valiosas colecciones de los hoy tan reputados periódicos *El Comercio del Plata* y *El Iniciador* — ambos reflejo fidelísimo de toda nuestra vida intelectual, — así como obras de Sarmiento, Echevarría, Juan María Gutiérrez, Juan Carlos Gómez, Alberdi, Acuña de Figueroa, Magariños Cervantes, etc. Un viejo ejemplar del Códice español, las Siete Partidas, era, según informes de la familia, una de las lecturas favoritas de José Enrique; así como una antigua edición del Dante, ilustrada por Doré, le deleitaba particularmente con sus románticos grabados.

La señora madre de nuestro escritor, de cultura y educación religiosa, como lo fueron todas las damas de aquellos tiempos, vivió dedicada constantemente a sus hijos, a quienes aleccionaba con la virtud de su ejemplo, con el calor de su cariño y con su sencilla piedad, no exagerada y aparatosa, sino sincera y profunda. Pertenece a una

familia de claro nombre en nuestra sociedad. Un su hermano, don José Domingo Piñeiro, fué varias veces senador y diputado, y durante el gobierno del doctor José Ellauri alcanzó a desempeñar la Presidencia del Honorable Senado. Otros parientes han figurado con brillo en nuestros salones y son recordados con afecto por sus viejos conocidos.

Los primeros cinco o seis años de José Enrique se deslizaron así, tranquilos y sonrientemente, en la casona familiar de la calle de los Treinta y Tres o en una hermosa quinta de recreo que su señor padre poseía en Santa Lucía. En aquellos tiempos, este pintoresco paraje distante de Montevideo unos 60 kilómetros, alcanzó gran favor entre las familias pudientes de la Capital, y constituía un lujo poseer en él una propiedad de recreo para pasar en él la estación veraniega. El detalle puede tener su importancia, pues que nos revela que Rodó niño vivió en íntimo contacto con la poesía de la naturaleza, que es tan esplendorosa en la vecindad del río Santa-Lucía y en los montes cercanos de Juan Chazo y Melgarejo.

En el entretanto, aprendía a leer a los cuatro años, bajo la dirección de su hermana Isabel y recibía más tarde, en su casa, lecciones particulares del viejo y conocido maestro don Pedro José Vidal. Los domingos era conducido a oír misa por un tío paterno, don Cristóbal Rodó, persona también de fortuna y apreciada en nuestra sociedad. El señor Hugo D. Barbagelata, prologuista de los *Cinco Ensayos* de Rodó editado por la "Biblioteca Andrés Bello" que dirige con tanto acierto Rufino Blanco Pombona, dice refiriéndose a este período de la vida de nuestro escritor: "Allá en sus cortos años fué niño mimado, de casa antigua y rica. Educóse en la primera escuela laica y libre que existió en su país, y sólo en el hogar recibió esa enseñanza católica que nuestras madres

dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y de preceptos morales. Los que le predijeron seguro porvenir, le recuerdan aún cuando de la mano de su tío don Cristóbal, vera efigie de Muley-Habas, iba camino de la iglesia, moviendo su cuerpo sobre sus delgadas camillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello blanco de encajes, el que realizaba un sombrero que el tierno adolescente echaba con donaire hacia atrás para dejar descubierta la frente en la que acaso bullía aquel *algo* misterioso de Chénier.”

Algunos reveses de fortuna disminuyeron el patrimonio de don José Rodó y algún tiempo después, respetado y bien quisto por todos, moría en esta Ciudad, cuando José Enrique contaba 14 años de edad. Era, en ese entonces, nuestro escritor, un jovencito alto, de rostro vivaz e inteligente, sumamente respetuoso, bien criado y culto. En la “Escuela Elbio Fernández”, donde había ingresado hacía algún tiempo, muy pronto se señaló a la atención de sus maestros por su seriedad y contracción al estudio. Sus antiguos condiscípulos, algunos de los cuales ocupan hoy posición respectable, tales como los doctores Luis Alberto de Herrera, Ildefonso García Acevedo y J. J. Gomensoro, el señor escribano Pedro Tuboras, Enrique Lerena Joanicó, etc. — se hacían lenguas de la dulzura de su carácter, recordándole siempre con hondo afecto. Tanto se destacó a su paso por aquella escuela que cuando sus condiscípulos quisieron honrar a uno de sus profesores, el señor José Gugliucci, regalándole un libro de Sainte-Beuve, fué José Enrique el escogido por todos para redactar la dedicatoria.

Esto evidencia que ya por aquella fecha — que era el año 1883 — las letras le solicitaban con especial atracción. Pero, existe aún un dato más elocuente, revelador de la temprana vocación literaria del joven Rodó. Helo aquí.

Con otros tres compañeros, fundó un periódico juvenil que imprimió bajo el nombre de *Los Primeros Albores*. Yo conservo un ejemplar, del número 2, que luce en su primera plana:

Agosto 6 de 1883 Montevideo Año I—Núm. 2

LOS PRIMEROS ALBORES

Periódico quincenal

Director: F. Herrera. — Administrador: J. Guglielmetti

Redactores

J. E. Rodó y M. Beretta

Alumnos de la Escuela “Elbio Fernández” (Clase C)

En este periódico juvenil, José Enrique empezó a descubrir su marcada inclinación hacia las bellas letras. Sobre todo, llama la atención la índole de los temas que escogía para sus pininos literarios. Con el número 1 había iniciado un estudio sobre la eminente figura de Benjamín Franklin, el inventor del pararrayos. Pero, feo y trabajador, no se concretaba a escribir un artículo para *Los primeros albores*. Mientras Fernando Herrera elucubraba sobre “La Pampa” y el hoy inquieto pintor Milo Beretta se distraía con problemas aritméticos con caídas hacia los juegos de ingenio, Rodó tomaba a

su cargo la "Gacetilla" del periódico y además escribía otros artículos de más pretensiones. Y he aquí otro detalle bien sugestivo por cierto: en este número 2 que poseo, además del citado artículo biográfico sobre Franklin, el joven Rodó consagra otro a "El Centenario de Bolívar". Juzgo interesante reproducir aquí ese breve trabajo del escritor que, andando los años, había de ser el más alto y brillante panegirista del soberbio soldado de la independencia sudamericana.

"El Centenario de Bolívar"

"El 24 de Julio de 1883 será un día glorioso en los anales de la historia americana, historia que consignará en sus páginas el justo regocijo con que los pueblos, los pueblos del antiguo continente acudieron en ese día á celebrar en masa el centenario del prócer de su libertad, el inmortal Bolívar.

"Los inspiradores acentos del poeta, las dulces armonías de la rítmica se unieron en ese día con las palabras elocuentes de los oradores, para agregar nuevas flores á la brillante diadema que ciñe la frente del valeroso héroe de Junín.

"Estos tributos pagados por la posteridad al guerrero más grande de su siglo, son honrosos, no sólo para él, sino también para los que lo dirigen; pues prueban que el reconocimiento es un sentimiento innato en el corazón de los que se honran en llamarse sus descendientes; de los americanos en fin.

"Sin embargo, ¿quedarán con esto suficientemente pagados los esfuerzos del inmortal libertador?

"Creemos que no.

"Celébrense en buena hora los festejos tributados á su memoria; pero no basta esto. Continúese la obra por

él comenzada — no se desperdicien sus esfuerzos — H-mansen, en fin, los hierros que aún sujetan á varios pueblos de la América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero, y entonces podremos decir: "Hemos pagado á Bolívar la deuda con él contraída. Sigamos bendiciendo su memoria.

José E. Rodó."

Este trabajito, naturalmente, no puede ser visto como una obra maestra, ni mucho menos: es un mero escrito escolar. Pero, si atendemos a la edad de su autor, fuerza nos será reconocer que asombran la seriedad del concepto y la buena redacción. Muchas personas mayores acaso no expresen su pensamiento por escrito con tanta claridad. Sobre todo, es digno de advertir la admiración que ya sentía el joven Rodó por el héroe de Junín y la seguridad de juicio que revela al parar su atención en un soldado que, efectivamente, es el más grande de América. Mientras otros niños, en esa temprana edad, se sugestionan con héroes más teatrales o con figuras más pintorescas, el futuro creador de *Ariel* repara en Bolívar, en el mismo personaje que celebrará más conscientemente en la plena madurez de su juicio.

Después de permanecer tres años en la escuela "Elbio Fernández", la abandona para ingresar en la Universidad. Aquí adopta un plan de estudios libres un tanto desordenado, marcándose con mayor relieve las inclinaciones naturales de su espíritu. Cursa de preferencia las materias que tienen relación con las letras y se resiste un tanto a las de orden científico. La historia le seduce; pero la química le espanta. No obstante, es un buen estudiante, de fácil comprensión y de mucha retentiva. Aprende sin esfuerzo y sólo sus preferencias le mueven a obtener mejores notas en el bachillerato en letras. Pero,

a medida que avanza en sus estudios y se hace más mo- cido, tórnase más tímido. Era lo que podría denominarse "un refractario a los exámenes". Estudiaba tan bien como el mejor estudiante todo el curso, dominaba a perfección la materia, y, no obstante esto, cada vez se le hacía más dura y temible la prueba de los exámenes. No podía dominar sus nervios; tenía miedo de no poder responder a los examinadores. "La idea de que pudiera salir rechazado", me confiaba cierta vez, "me llenaba de espanto. Si eso me hubiera sucedido creo que me hubiera muerto de vergüenza". — Hay estudiantes, — todo el mundo sabe esto, — de un desparpajo admirable: sin poseer rudimentos de la materia cuyo examen van a rendir, se presentan ante el tribunal examinador y con mucha facilidad de palabra y buena dosis de osadía, salen del paso. Rodó, buen y concienzudo estudiante, desconfiaba de sí mismo y temía al examen; de ahí que su bachillerato empezara a prolongarse en demasía. Finalmente, hubo de abandonarlo. Caso curioso: el que iba á ser, antes que nada, un lógico admirable y un profundo moralista, al abocarse el curso de filosofía no gustaba más que de la metafísica: la lógica y la moral no pudo aprenderlas.

Fué entonces cuando abandonó decididamente las aulas universitarias y sufrió la influencia del primer "hecho revelador" — como el mismo habría de denominarlo en sus *Motivos de Proteo*. Huroneando en la biblioteca de su señor padre, tropieza con *El Iniciador*, aquel periódico que tan fielmente refleja en sus hojas el gran movimiento intelectual realizado en nuestro país en 1838 con la afluencia de ilustres emigrados argentinos. En los números de *El Iniciador*, en efecto, está acaso lo más fecundo de la obra de don Andrés Lamas y de Miguel Cané, de Juan María Gutiérrez, Alberdi y Félix Frías. Para

un espíritu estudioso y juvenil, este periódico, así como *El Nacional* y *Comercio del Plata*, constituye una alta lección de energía y de idealidad. Es como un vivo ejemplo de lo que puede una voluntad viril y consciente al servicio de una sólida y nutrida inteligencia. *El Iniciador* de 1838 es, en cierto modo, lo que fueron en 1881 los *Anales del Ateneo* y en 1895 *La Revista Nacional*. Toda el alma de una generación está allí; toda su fé, todo su ensueño, toda su vida espiritual. El despertar romántico que venía a substituir al viejo reinado del clasicismo, encuentra ambiente propicio en sus páginas. La gloriosa época de Rivadavia es reemplazada por la no menos gloriosa de la Defensa. Antaño se luchaba contra un virrey; ahora se lucha contra un tirano. Y los nuevos paladines, entusiastas y decididos, no traen nuevos amor a su causa que sus nobles antecesores. El ideal político se funde con el literario; la revolución que interesa a la democracia se hermana con la que atañe a la literatura. Así resultan del mismo vigor, de la misma noble entereza, de igual trascendencia el artículo de propaganda de Miguel Cané respecto de la educación popular, que el juicio literario del mismo escritor sobre la personalidad de Mariano José de Larra; así tenía el mismo brío, idéntica finalidad reformadora la sátira costumbrista de Alberdi que la crítica noble y atildada de Juan María Gutiérrez.

La acción fecunda y enorme de *El Iniciador*, y, particularmente, la obra en él acumulada por el último escritor mencionado, conmovieron hondamente el espíritu juvenil de José Enrique Rodó. Recordemos aquí, ahora, lo que éste nos dice en cierta parte de *Motivos de Proteo*: "Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer á luz aptitudes ignoradas como la lectura. Obstáculo á la acción del ejem-

plo es la distancia que, en el espacio ó en el tiempo, aleja á unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo, dando á la palabra medio infinitamente más dilatado y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya aptitud es la acción, el libro, sumo instrumento de autoridad y simpatía, es, aún con más frecuencia que el ejemplo real y que el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad." Esta acción estimuladora la halló nuestro escritor recorriendo las hojas de *El Iniciador*; y más de una vez nos ha hablado del nuevo mundo de ideas que le rodearon cuando su espíritu se dilató por ellas. ¡Hacer un periódico semejante! ¡Reunir en un haz, como flores, todas las inteligencias dispersas de una generación! ¡Ser el centro de la cultura nacional e irradiarla a todos los puntos cardinales de América! ¡Y por qué no? ¡No había en este Montevideo de 1895 un manantial tan vivo de juvenil inteligencia como en el Montevideo de 1838? — Pero, sobre todo, el "anch'io" del Correggio para nuestro Rodó, fué la obra de Juan María Gutiérrez. Recordad la fe, la adoración, el hondísimo cariño con que Rodó, allá en los comienzos de su carrera artística, nos habla de este escritor: "Gran condición del pensamiento de Gutiérrez es ese espíritu de fecunda y luminosa serenidad, el horizonte amplísimo en que se dilatan sus admiraciones y entusiasmos, no limitados nunca por exclusiones de gusto personal ni por intolerancia de escuela, su capacidad para comprender todas las formas de lo bello dentro del arte literario ó identificarse con los más diversos estímulos de inspiración." ¡No os parece que Rodó, al trazar este retrato, se ha pintado él mismo? ¡No véis como realza en Gutiérrez sus propias características? ¡No advertís con que inconsciente simpatía admira en el otro las modalidades de su íntimo espíritu?

Si Gutiérrez fué para Rodó lo que Rafael para el Correggio, lo que Beethoven para Wagner. Al descubrir las cualidades del espíritu del sereno y pulcro escritor argentino, el futuro autor de *Ariel* halló la esencia de su propio espíritu. ¡Recordáis cómo Gutiérrez evoca aquella Lima colonial, con que verdad y justeza, con que arte tan personal y sugerente que no parece sino que estamos viéndola? Pues ved como, andando el tiempo, nuestro Rodó evocará en su estupendo estudio sobre *Montalvo*, las ciudades de Ambato y de Quito, con el mismo poder de visión evocadora y acaso con un arte aún superior en verdad y colorido al de aquél.

Es este uno de los momentos culminantes de la vida de nuestro escritor. Apenas deserta los claustros universitarios, concibe su primer ensueño de gloria. Aspira a la luz con todas las ansias de su ser. La lectura de *El Iniciador* y el examen de los donosísimos artículos de Gutiérrez le revelan su vocación. Entonces empieza a estudiar de verdad; a leer desahogadamente,—primero todos los libros de la biblioteca paterna; luego, los que él mismo adquiere en las librerías. Poco a poco, va dominando uno de los más bellos períodos de nuestra historia literaria y el más estrechamente vinculado al de la cultura argentina. Ya veremos como sus primeros escritos son el fruto obligado de estas primeras lecturas.

A medida que descubre su yo, se hace más reconcentrado. No se le ve en paseos ni teatros; sale poco de su casa. Es un joven que ignora las distracciones y volubilidades de la juventud. Tiene muy pocos amigos: los hermanos Martínez Vigil, Juan Antonio Zubillaga, Juan Feo. Piquet, Félix Bayley (1), tal vez uno ó dos más.

(1) Félix Bayley, aquel excelente y originalísimo amigo que nos acompañó durante los mejores años de nuestra juventud y que luego, hasta la fecha, hemos perdido absoluta-

El tiempo le resulta breve para su afán de lectura; ¿cómo había de malgastarlo en inútiles amistades y en aún más inútiles conversaciones? Sólo busca aquellas almas que, como la suya, tienen sed y hambre de vida espiritual. Recordad, también, lo que se nos dice en *Motivos de Proteo*: "La conversación, ese común y sencillísimo instrumento de sociabilidad humana; con que los necios ponen en certamen su necesidad; con que los frívolos hacen competencia á los ruidos del viento; con que los

mente de vista, es una persona que merece ser recordada de un modo particular aquí. ¿Recordáis esa bella página de *El Mirador de Próspero* que se intitula "Los que callan"? Pues en ella parece haber hecho Rodó el retrato de aquel extraño muchacho. Estudioso, reconcentrado, espíritu agudo, criterio elevadísimo, sentimiento profundo, — todo lo reunía nuestro amigo para destacarse, si lo hubiera querido, con relieves propios, en nuestro escenario intelectual. Cursó el bachillerato en nuestra Universidad alcanzando las más altas y honrosas notas. El doctor Miguel Lapeyre, catedrático entonces de Historia Universal, recuerda aún hoy el estupor que experimentó cuando al preguntarle por "algunas" de las batallas dadas por Napoleón I, el día del examen, nuestro amigo le expetó la friolera de sesenta y cinco sin vacilar un punto. En literatura y en filosofía no tenía muchos condiscípulos que le aventajaran. El curso de Historia Americana lo estudió conmigo, así como el de Gramática Castellana, en quince días, y obtuvo en ambos exámenes la nota de sobresaliente por unanimidad. Lo que no sabían los catedráticos es que él hubiese podido repetir al pié de la letra, de memoria, desde la primera hasta la última frase de los textos de Barros Arana y Díaz Rubio. Memoria prodigiosa, inteligencia altísima, criterio sano y razonador, todas las materias y problemas los abordaba con éxito. Poseía además una extraña sensibilidad y un rarísimo don para desentrañar el lado cómico ó bello de las cosas. Sentía el arte profundamente. Y con todo esto, nos desorientaba a veces con sus rarezas, sus originalidades, sus desplantes, que nos movieron a llamarle, amistosamente "el loco Bayley". No quería publicar sus originalísimos escritos por que "no tenía el derecho de comprometer el apellido de su familia." Viajaba con nombre supuesto; tenía incidentes infernales con el primer desconocido que encontrara; a veces desaparecía semanas enteras sin que su propia familia pudiera dar cuenta de él; daba unas bromitas que no se sabía si acoger riendo ó pegarle un tiro en justa compensación. Era un muchacho franco, rudo, impulsivo, y a la vez, tímido, vergonzoso y amable. Pero leed "Los que callan" de Rodó. Allí está trazado su retrato como yo no pudiera hacerlo mejor.

malvados tientan los ecos del escándalo; la conversación, ocio sin dignidad casi siempre, es influencia fecunda en sugerencias, que acaso lleguen á fijar el superior sentido de una vida, cuando vale para que entren en contacto dos *espíritus*."

Conversando, precisamente, con Daniel y Carlos Martínez Vigil, con Félix Bayley y con Eduardo Pueyo, otro espíritu bien preparado, sub director entonces de la Biblioteca Nacional y autor de un compendio de gramática, surgió entre ellos la idea de fundar una Academia Nacional, cuyo fin, semejante al de la Española, sería velar por el lenguaje. El propósito, que provocó largos é interesantes debates entre los entusiastas y soñadores contertulios, se llevó hasta redactar un acta de fundación, que suscribieron aquellos y algunos otros pocos muchachos, que hallaron momentáneamente en esa gestión un derivativo a sus ansias de trabajar, de hacer algo... Por lo demás, la idea no fué más adelante; mas ello se debió a que los incipientes académicos descubrieron ser más práctico fundar una revista literaria que reunirse en cóncave para vigilar la limpieza y esplendor del idioma.

Así, pues, abandonada la idea de la Academia, Rodó, Daniel y Carlos Martínez Vigil, esta vez sin el concurso de los otros mencionados anteriormente, dieron en considerar la pobreza de nuestro ambiente literario que no propicia la vida del libro y que toda la del periódico la reduce al comentario de la envenenada política. Entonces alguien manifestó que la nueva generación tenía necesidad de una revista propia, que fuera libre palenque de sus especulaciones espirituales. Pero, ¿cómo arribar a ello si faltaba el elemento esencial, el dinero?— Esa noche, Rodó tornó a su casa pensando más que nunca en *El Iniciador*.

Este tema fué abordado en subsiguientes conversaciones. Cada vez la idea de fundar un periódico literario se arraigaba más en el ánimo de aquellos tres muchachos. Un buen día, Rodó se decidió:—"Hay que hacer esa revista. Pero nosotros somos elementos poco menos que desconocidos; necesitaríamos a nuestro lado otro joven que ya tuviera cierta nombradía en el ambiente y que nos prestara así su apoyo."

Daniel Martínez Vigil me indicó a mí, pero al cabo se inclinaron hacia Benjamín Fernández y Medina. Había publicado algunos libros de cuentos y de versos, escribía en los diarios, polemizaba, era "conocido", en fin. Fueron a verlo, piloteados por Víctor Arreguine; le expusieron sus propósitos. El les contestó que lo pensaría y que daría luego su contestación. Pero, evidentemente, en este caso el autor de *Cuentos del Pago* estuvo desacertado; por lo menos, no supo adivinar lo que valían por sí mismo sus aspirantes a co-redactores. Con mucha habilidad y diplomacia dió en sacarles el cuerpo. Ni en su casa, ni en el diario en que entonces escribía, *El Bien*, ni en parte alguna, nuestros novatos pudieron darle palmada, como vulgarmente se dice. Desalentados, renunciaron a él y aceptaron el primer consejo de Daniel, es decir, verme a mí.

Yo me había iniciado en la crítica militante, un poco a lo *Clarín*, arremetiendo duramente contra todos los que consideraba malos escritores, y en poco tiempo esa campaña constante, ruda, combativa me había dado mucha notoriedad. Se me odiaba cordialmente (aún todavía hay muchos que no me perdonan aquellas críticas y que hacen lo inimaginable porque mi labor literaria pase inadvertida o se la desprecie redondamente); pero se me temía y respetaba. Además había publicado una novela, *Gil*, y hecho representar un drama, *Cobarde*. Como

Rodó no me conocía personalmente, los hermanos Martínez Vigil se ofrecieron de mediadores.

En frecuentes entrevistas, celebradas ora en la casa de Martínez Vigil, ora en la redacción de *Montevideo Noticioso*, que dirigía J. A. Zubillaga, quedamos todos de acuerdo. Yo también había tenido el propósito, más de una vez, de fundar una revista, — primero, una revista literario-histórica, con Carlos Travieso y Arturo Santana; después puramente literaria, con Juan Torrendell. Pero, la falta de editor, había dado siempre al traste con todos mis deseos. Júzguese, pues, si recogería con entusiasmo la idea de aquellos compañeros. Sin más rodeos ni ambages, discutimos el formato de la publicación, el nombre que le pondríamos, el tipo en que sería impreso, la elección de materiales, etc. Quedó desde luego establecido que todo el material debería ser inédito; que los trabajos irían siempre firmados, excluyéndose los anónimos y los rubricados con un pseudónimo; que se concedería a los colaboradores la más amplia libertad para exponer sus ideas y doctrinas, no exigiéndole más que la cultura de la forma; finalmente, que procuraríamos reflejar en nuestra publicación todo el movimiento intelectual del país, sin distinción de círculos o banderías, sin reparar en simpatías o antipatías personales; y hecho esto, propender a la más estrecha vinculación espiritual de todos los pueblos de América.

El día 5 de Marzo de 1895, sin ninguna clase de "reclame", sin que la prensa misma hubiera dicho una sola palabra respecto de su aparición, modesta y calladita vió la luz pública *La Revista Nacional de literatura y ciencias sociales*. Entró al estadio de la prensa sin heraldos ni toques de trompeta, sin que se conociera su incubación, sin una mano amiga y protectora que la recomen-

dara al respetable público y limpiara de obstáculos su camino y la ayudara en sus primeros pasos.

¿Qué impresión causó *La Revista Nacional* en el público y en la prensa? ¿Qué juicio mereció el primer número repartido? ¿Cuál era su mérito real? Recorramos los diarios y periódicos de aquella fecha y obtendremos plena satisfacción para nuestra curiosidad.

El Día, con el título de "Un acontecimiento literario", decía que "dado los caracteres que la publicación reviste, puede con razón calificarse su aparición como un verdadero acontecimiento literario", agregando luego que *La Revista Nacional* "llega en un momento oportuno, cuando la falta de una publicación de su género más se hacía sentir para estimular las aficiones literarias, que andan de capa caída."

El Siglo, en un suelto no menos elogioso que el que acabamos de mencionar para los cuatro redactores de la publicación, exhortaba a toda la clase culta de la sociedad montevideana para que dispensara a la revista la acogida que se merecía.

La Tribuna Popular declaraba que "una publicación de esta índole, seria, bien atendida, dedicada exclusivamente á cuestiones literarias y sociales era una necesidad sentida en nuestro país, y merecen por lo tanto ser alentados sus iniciadores á fin de que la revista viva una vida próspera y larga.—El primer número—agregaba—viene repleto de materiales escogidos é inéditos, suscripto por firmas conocidas, que constituyen por sí solas una garantía de la bondad de la publicación."

La Nación se expresaba en términos parecidos, así como *Montevideo Noticioso*, *El Ejército Uruguayo*, *Caras y Caretas*, *L'Unión Francaise* y *L'Italia*.

El Herald, por su parte, uno de los periódicos más caracterizados de la época, decía: "La redacción está

compuesta de jóvenes inteligentes, activos y enérgicos. Esto salvará á la Revista. Es una cosa averiguada que cuando una publicación de ese género se la entrega á literatos—á esos literatos que creen conmovér al mundo con la hinchazón roja de una hipérbole ó con los conceptos paliduchos de una pasión llorosa, de luto, entonces las revistas que llevan en sus entrañas aquellos acentos y estos crespones están destinadas á cantar el último acto de la *Traviata*: mueren ojerosas, fijando la vista opaca en un punto indeterminado del espacio, mientras la vida se les escapa entre breves suspiros y la carraspera legendaria. Pero aquí no se trata de unos cuantos enfermos de fantástico romance, sino de jóvenes de filo y púa; de espíritus vigorosos y bien nutridos que no aparecen en el mundo tristemente plateados por un rayo de luna—el más zozco de todos los rayos—sino armados caballeros de una cruzada que viene á servir la causa del buen escribir y del bien decir nacional."

El Noticioso, *El Telégrafo Marítimo*, *La España* y casi toda la prensa del interior de la República se produjeron en términos parecidos e igualmente elogiosos.

Como se vé, la acogida no pudo ser más risueña y halagadora para los directores de la *Revista Nacional*. El primer paso estaba dado, el más difícil, acaso, y no sólo se había triunfado, sino que se habían excedido los límites del éxito en una medida que no lo soñarán los cuatro compañeros.

Pero, lo que no sabía la prensa, lo que ignoran todos aún, son las luchas, los afanes que exigieron la presentación de aquel número y la de los que le subsiguieron. Hubo que vencer la apatía invencible de nuestros hombres de letras: todos prometían original, pero nadie escribía una línea. Es verdad que no se pagaban las colaboraciones. Fué necesario arrancar poco menos que a la

fuerza los artículos, asediando a los escritores, visitándolos veinte veces cada uno, convenciéndolos de que no se trataba de un proyecto efímero, pidiéndoles casi de rodillas una humilde página. Hubo que pelear con la gente de imprenta, con los tipógrafos, con el corrector, con el maquinista, con el regente del taller y hasta engolfarse en la enojosa tarea del reparto. Durante un par de meses, aquella vida fué casi imposible; pero quince días antes de la aparición del primer número la cosa se trocó en un infierno. El día 5 de Marzo lo vimos amanecer, porque no nos acostamos, preocupados con la última corrección de las pruebas, el tiraje y el reparto. Nosotros mismos ayudamos a plegar los números. Cuando nos retiramos a nuestras casas, a las 5 1/2 de la mañana, un sol alegre ponía suaves pinceladas rubias sobre la modorra grisásea de la Ciudad.

Mas, ¿qué importaban tales sacrificios? Eramos jóvenes, teníamos un hondo respeto por el arte y soñábamos con la gloria. Aspirábamos hacer una publicación seria; queríamos revelar lo que llevábamos dentro de nuestro espíritu: lo que nunca nos imaginamos, esto es la verdad, es que nuestra humilde publicación iba a imponerse a América en la forma en que luego se impuso.

Nuestro esfuerzo bien valía la pena de ser bien recibido. La juventud de pasadas generaciones había tenido campo propicio para sus especulaciones literarias en periódicos y revistas de la índole de *La Revista del Plata*, *El Iniciador*, *La Bandera Radical*, *Los Anales del Ateneo* y la *Revista Universitaria*. Pero, desde la fecha de estas últimas publicaciones, nada había surgido que respondiera a los anhelos de los nuevos escritores. La política parecía absorberlo todo. Los periódicos cerraban sus puertas a los soldados del ideal. Cualquier trabajo de crítica, la más breve poesía, un cuento o narración que

no enviara a un diario, era tenido en menos,—y sólo por excepción, como en mi caso, los directores de las hojas de publicidad admitían en sus columnas un artículo literario. No era, pues, una mera galantería aquello de que la *Revista Nacional* "venía á llenar un vacío". La motilla periodística era entonces una rigurosa verdad.

El primer número de *La Revista Nacional* había aparecido prestigiado con las firmas de Manuel Bernárdez, Orestes Araújo, Elías Regules, Luis D. Desteffanis, Víctor Arreguine, José P. Massera, José Espalter, Eduardo Ferreira, Tomás Claramunt, Francisco Pissano, María Eugenia Vaz Ferreira, etc., etc.: Era un número realmente valioso. Pero, los cuatro directores de la Revista, obtenido aquel primer triunfo, debían cuidar muy mucho de no dormirse sobre sus laureles y hacer todo lo posible para superarse a sí mismos en los números sucesivos. Por esto mismo, y dado lo perentorio del tiempo, el número 2 de la publicación dió más trabajo que el número inicial. Teníamos todos el propósito de ofrecer al público diez firmas nuevas, es decir, que no hubieron aparecido en el número anterior, y para lograrlas había que vencer la apatía criolla de nuestros escritores y recorrer media ciudad en su procura.

—Ahora hay que hacer trabajar las piernas,—adujo uno de los redactores, algo refractario a que nosotros escribiéramos artículos demasiado largos;—ya tendrán tiempo de hacer trabajar la cabeza.

Y Rodó, que se gastaba unas bromitas e ironías que parecían sinapismos, adujo con su aire inocentón:

—Lo dejaremos trabajar primero a usted; nosotros ya lo haremos más tarde.

No hubo más remedio que ponerse a la obra. Y vuelta entonces a las visitas, a las cartas reiteradas, a subir y bajar escaleras, — un trajín endemoniado de que sólo

pueden hacerse cargo los que han pasado por algo semejante. Yo perdí una tarde entera detrás de una colaboración del eximio poeta Juan Zorrilla de San Martín; es decir, no perdí la tarde, porque la verba admirable de aquel donosísimo ingenio me reveló muchas cosas bellas de su espíritu; pero el hombre, que estuvo atentísimo conmigo, me retuvo tres o cuatro horas en su casa y al cabo me dejó partir sin la anhelada colaboración. A Martínez Vigil le acontecía algo parecido con otro poeta fecundísimo, Carlos Roxlo: inútiles eran todas sus epístolas; el hombre no quería favorecernos con sus letras. Y es realmente curioso este hecho: en nuestra revista, andando el tiempo, colaboraron todos los escritores de alguna nombradía en el país y los más aplaudidos y celebrados de toda Sud América; sólo los nombres de Zorrilla de San Martín, Carlos Roxlo, Eduardo Acevedo Díaz, y algún otro tal vez, no aparecen en sus índices. Continuamos, pues, como he dicho, nuestras correrías a la caza de originales, y después de otra brega formidable con los cajistas, el regente, el maquinista y el repartidor, pudimos presentar el número 2 con estos nuevos colaboradores: Santiago Maciel, Orosmán Moratorio, Guillermo P. Rodríguez, Arturo Giménez Pastor, Alcides De María, Pedro Ximénez Pozzolo, José Antonio Mora, etc.

Al día siguiente, la prensa volvió a mostrársenos favorable. De todos los juicios vertidos, tiene especial valor el de *El Heraldo*, que decía esto: "Ya hemos hablado en otra ocasión de esta importante publicación nacional. Hoy hemos recibido su segundo número, y, francamente, nos ha sorprendido satisfactoriamente la riqueza y la seriedad de sus materiales. Aún cuando no leemos revistas del terruño, porque siempre fueron, y lo son aún, simples viveros de pavadas, fomentadas al calor de espíritus que se alimentan con los jugos ácidos de sus ro-

mantidismos ojerosos, esta vez ojeamos la *Revista Nacional* en atención á los jóvenes que la sustentan, y nos encontramos con que, según nuestro humildísimo concepto, jamás hemos tenido otra igual. — El número de hoy es, sin exageración, magnífico. Es el caso que nuestro público le preste á esa revista todo su apoyo; es necesario que esa página periodística viva para honor de nuestra civilización y cultura intelectual. — Al escribir así no nos mueve ninguna afección personal: no tenemos el placer de conocer, ni de vista siquiera, a sus redactores. Nuestra sensación en este caso es sincera, es vivo reflejo de la impresión favorable que nos ha causado su lectura."

La protección del público que demandaba cordialmente *El Heraldo*, empezó muy pronto a ponerse de manifiesto. Apenas apareció el N.º 2, nos vinieron, de *motu-propio*, numerosos suscriptores. Como eran muchos los que nos solicitaban el N.º 1.º, que habíamos agotado en razón de la propaganda, tuvimos que pensar en una reimpresión. Y esa reimpresión la hicimos conjuntamente con el N.º 3, poniendo a prueba toda nuestra resistencia física. ¡Cálcúlese si estaríamos contentos con tamaño éxito! Ya nos creíamos unos tentados!

Sin embargo, no todo eran flores. Tienen particular interés estos dos casos que voy a referir. Un distinguido magistrado, que llegó a ser miembro del Superior Tribunal de Justicia, fué de los que voluntariamente concurrió a hacerse anotar como suscriptor de la Revista. Al propio tiempo nos enviaba un libro sobre administración y organización de justicia para que nos ocupáramos de él. Así lo hicimos en la sección bibliográfica del N.º 2, y recuerdo que fui yo el que redacté la nota, bastante extensa y elogiosa que apareció

allí sin firma. Pues bien: aparecido el número, nuestro suscriptor, con el que contábamos hasta el último día de la existencia, se nos borró de golpe y porrazo. Fué un desencanto terrible para nosotros. ¡Cómo! Todo un señor magistrado, hombre de años ya, serio y bien conceptuado, no se había suscripto a nuestra revista más que para obtener un benévolo aplauso, lo mismo que cualquier tinterillo de esos que pululan por las imprentas? Para jóvenes, un tanto cándidos, era aquella una lección de "aprovechamiento propio" bastante terrible. — Y he aquí el otro desengaño, no menos cruel. Nuestro repartidor, que lo era el señor Miguel Santana (consigno complacido su nombre porque nos ayudó con su pericia y conocimientos a conquistar nuevos suscriptores y en todo momento se condujo correctísimamente), fué a ver, como a otros muchos, a un conocido y reputado jurisperito, que había sido nuestro maestro en la Universidad y que más tarde arribó a ser Ministro y personaje respetable, para ver si quería anotarse como suscriptor. Bueno, pues, ¿saben ustedes lo que le respondió nuestro hombre? Esto: — "A robar a los caminos". — Francamente; se nos podía tildar de ilusos; pero confundirnos con los sujetos de Sierra Morena tal vez era un poco exagerado.

Para preparar el N.º 3 tuvimos que luchar con nuevas dificultades. Las personas que habían colaborado en los números anteriores no podían ser molestados tan pronto; por otro lado, persistíamos en nuestro propósito de continuar presentando nuevas firmas. Además, como he dicho, tuvimos que vigilar la reimpresión del N.º 1, que se había agotado, y que nos reclamaban los nuevos suscriptores. Vivíamos una vida incoherente. Durante el día andábamos a la pesca de

los presuntos colaboradores; por la noche, corregíamos "pruebas" como unos desesperados. Abandonábamos nuestras tareas a las 4 o las 5 de la mañana, y salíamos a la calle como halucinados. Recuerdo que en uno de esos días, Carlos Martínez Vigil, que estaba empleado en la Biblioteca Nacional, se marchó a su puesto sin haberse acostado. Y ocurrió entonces el caso extraordinario de que sentado ante su mesa de trabajo, para catalogar un libro, más dormido que despierto empezó a corregir las faltas que en la primera página de éste se le habían escapado al impresor. Y, ¡cosa curiosa!, cuando más tarde, bien despierto, advirtió con sorpresa que había garabateado en los márgenes del papel sus correcciones tipográficas en vez de catalogar el libro, pudo verificar que todas las correcciones de letras, acentos y puntuación estaban hechas con rigurosa fidelidad gramatical.

Apareció, al cabo, el N.º 3, y en él halló el público las firmas de Antonio E. Vigil, Adela Castell, Federico Escalada, etc., aparte de los artículos de los redactores. Entre estos últimos, destacábase un admirable trabajo crítico de José Enrique Rodó sobre la personalidad de Juan María Gutiérrez. En el primer número, nuestro incomparable escritor había debutado con una crítica sobre *Dolores* de Federico Balart, — artículo que tenía escrito desde 1894 y que por corteza de carácter no se había atrevido nunca a enviar a ningún periódico. En los números 2 y 3, publicó su estudio sobre Gutiérrez, y con él, así como con ese otro estudio sobre el *Americanismo literario*, inserto en los números 9, 11 y 17, revelaba a las claras cuales habían sido sus primeras lecturas y sus primeras admiraciones. Poco después, su hermoso artículo sobre Juan Carlos Gómez, inserto en el número 6, y su profundo

y vidente estudio sobre *El Iniciador de 1838*, publicado en los números 34, 37 y 38, habían de ratificar más acabadamente todavía la profunda huella que en su espíritu juvenil abrió la lectura de los libros y periódicos descubiertos por él en la biblioteca paterna.

A raíz de la publicación del número 3 de la *Revista Nacional*, sus redactores recogieron una amarga decepción. Como si se hubieran ya fatigado de prestarle atención, o les molestara su insistente visita periódica, casi ningún diario acusó recibo del ejemplar repartido. Poco después, a nuestros oídos, por diversos conductos, empezaron a llegar rumores extraños y malevolentes. Los enemigos personales de los redactores de la *Revista* se ponían en campaña, procurando el desprestigio de los unos y de la otra: ¿Quién era ese señor Daniel Martínez Vigil que aparecía entre los redactores? Un rabioso que se había hecho conocer con un discurso lleno de bilis en un aniversario de Quinteros. ¿Quién era José Enrique Rodó? Un desconocido. ¿Quién era Carlos Martínez Vigil? Otro desconocido. ¿Quién era Pérez Petit? Un desafortunado que había "rajado" a medio mundo. Por lo demás, la *Revista Nacional* ya estaba dando las boqueadas: los suscriptores se borranaban; los buenos literatos no querían colaborar en ella; los redactores tenían rencillas entre sí. La falsedad de estas aseveraciones es hoy evidente: ni los muchachos que dirigían la publicación dejaron nunca de ser buenos compañeros; ni la suscripción disminuyó, antes, por lo contrario, se duplicó y hubo que buscar nueva casa impresora, a partir del número 5, y aumentando ésta cada vez más fue menester al fin ocurrir a la tipo-lito "Oriental" de los señores Peña e hijos; ni los buenos literatos cesaron de escribir en ella, según puede verse en el sumario de los 60 números repartidos en un plazo de cerca de tres años. Pero la campaña contra la Re-

vista seguía a la sordina. En varias redacciones de diarios se le hacía el vacío dejando de anunciar su aparición. Para contrarrestar esa campaña desleal — hoy hay que decirlo en honor de la verdad, — los propios redactores de la publicación escribieron varios sueltos que llevaron a periódicos amigos, pidiendo por favor su inserción. Entre otros sueltos de esta índole, hay uno que apareció en *La Tribuna Popular* a raíz de la aparición del número 10, que fue escrito, entre bromas y veras, con el concurso de los cuatro interesados. Al leer aquel suelto pintoresco, resultado de la combinación de cuatro estilos diferentes, decía Rodó, con su buen humor proverbial, jugando con el apellido del propietario del periódico amigo: "Este suelto es de un estilo lapidario."

La guerra a la sordina contra la *Revista Nacional* duró algún tiempo, hasta que empezaron a llegar voces del exterior aplaudiendo a sus redactores. Primero fue Enrique Gómez Carrillo, quien se dirigió al que esto escribe; luego, Ricardo Palma, el celebrado autor de las *Tradiciones peruanas*, que envió sus letras a Daniel Martínez Vigil; luego, Clarín a Rodó; luego, Eduardo de la Barra a Carlos Martínez Vigil. Después, ya fueron legión los que desde todos los países de América enviaban sus entusiastas saluciones a la *Revista Nacional*. De la Argentina, de Chile, del Brasil, del Perú, del Ecuador, de Venezuela, de Centro América, las más celebradas inteligencias, las reputaciones más valiosas, mandaban sus libros, sus colaboraciones, sus voces de confraternidad literaria. Y entonces, aquí, en Montevideo, se empezó a tratarnos con otra consideración y nuestro periódico fue imponiéndose cada vez más.

Pero, para llegar a esa meta, ¡cuántos sacrificios no fue menester realizar! Escribíamos sin descanso, febrí-

cientemente, como desesperados, porque a veces, a última hora, no teníamos material inédito suficiente para llenar las 48 columnas del número — ha habido vez en que yo, por ejemplo, he publicado hasta tres trabajos en el mismo número de la Revista, una crítica, una novela y un estudio jurídico (véase el número 14); — luchábamos sin sosiego por obtener colaboraciones; pugnábamos como poseídos porque fuera lo más esmerada posible la corrección tipográfica. En este último punto éramos inexorables con los tipógrafos. Un sencillísimo acento, colocado indebidamente o dejado de colocar, nos conmovía más que un terremoto. Daniel bramaba como una fiera, despertando los ecos de la casa, por una simple letra invertida. Rodó, en más de una ocasión, hizo parar la máquina, ya comenzado el tiraje, a las tres de la mañana, para hacer colocar una “coma”, cuya ausencia reparaba en los primeros pliegos tirados. Esta escrupulosidad la tuvo siempre, como pueden certificarlo en la Litografía de Peña, donde se imprimió su *Mirador de Próspero*. La anécdota vale la pena de ser referida. Estaba pronto para ser tirado el 5.º pliego, según me parece. Por la tarde, al retirarse Rodó de la imprenta quedó convenido en que no se daría comienzo al tiraje hasta que él volviera por la noche. Imagínese su contrariedad cuando al llegar, a la hora convenida, advirtió que la máquina estaba ya funcionando.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que se me esperaría?

—Es verdad; pero como tenemos trabajos de apuro...

—No importa; podría haber algo que corregir.

—Todas las correcciones indicadas por Vd. en la prueba han sido hechas. Hasta hicimos una que se le escapó, — añadió el corrector.

Rodó sintió una especie de escalofrío.

—¿A mí? ¿Se me ha escapado una...? ¿Y usted la ha hecho? ¡A ver! ¡Páre la máquina! ¡A ver, un pliego, pronto! ¡Páre la máquina!

Le trajeron el pliego. En la penúltima línea, la palabra “nosotros”, que al principio Rodó había dejado dividida así: “nos-otros”, había sido dividida por el corrector en el plomo de este otro modo: “no-sotros.”

—¡Lo vé, usted! ¡Es una barbaridad! ¡Ustedes me van a poner en ridículo! ¡Hay que corregir esto, como yo lo había dejado! ¡Páre la máquina! ¡Y al canasto todos los pliegos que se han tirado!

Carlos no era menos celoso en este punto de la buena corrección. Cuando imprimía su folleto *Sobre lenguaje*, advirtió que se le había escapado, nada menos que en la primera página del primer pliego, un “he aquí” por un “he ahí”. Fué tan honda la conmoción que no había modo de conformarlo. “Si eso sale a luz pública de ese modo, estoy deshonorado para siempre,” — nos decía. Era en vano que le adujéramos que podía salvar la falta con una “errata” al final del libro. “No, eso no se salva así,” replicaba angustiado; ¡“los gramáticos verán el error, no la errata.” — “Y bien, corrija á punta de pluma, como lo hacen muchos”, aconsejaba otro. Y Daniel, furibundo, tronaba: “Eso es, y en la portada del libro haces poner: — corregido a uña por el mismo autor.”

Aquella noche, Carlos no quiso ir a dormir. Deseaba permanecer en pié para presentarse en la imprenta a primera hora, así que abrieran la puerta, para mandar inutilizar el tiraje y disponer otro nuevo. Estaba tan decidido, tan apesadumbrado, que Rodó resolvió acompañarle en su vigilia. Anduvieron rondando toda la noche por las desiertas calles de la Ciudad, comentando interminablemente el caso, hasta que apuntó el nuevo día. Cuando la imprenta abrió sus puertas, allí estaban nues-

tros dos jóvenes. Hicieron la corrección, se hizo el nuevo tiraje, se inutilizó el primero, y recién entonces respiró el autor. Con la reimpresión del primer pliego le salió más caro el libro; pero es lo que él decía: "Estas cosas no se pagan con todo el oro del mundo."

Con estas preocupaciones y cuidados, imagínese la cara con que nos recibían en la imprenta cada vez que aparecíamos con un rollo de "pruebas" en la mano. A Carlos lo miraban como a un enemigo mortal. En la tipografía de *L'Italia*, cuando la Revista se imprimió allí, había un italiano, el señor Devoto, si mal no recuerdo, que no hacía más que decir "¡Corpo de un cane!" Rodó se empeñaba en convencernos de que aquel hombre debía haber sido mordido por un perro en su adolescencia. Para abonar su aserto, hacíamos reparar que cuando caminaba, llevando entre las manos una galerada de plomo, se miraba los talones. — "¿Ven ustedes? Busea el perro" Y el italiano decía que la única persona formal entre nosotros cuatro, era Rodó.

En la corrección, Carlos nos daba cruz y raya a todos. Prueba que cayera en sus manos, aún después de haber pasado por la de sus compañeros, salía acerbillada de garabatos y enmiendas. El siempre hallaba nuevos errores; sus ojos los pillaban en todos lados, en los rincones más disimulados, bajo todos los disfraces: "Esta no es una e, es una e con el "ojo" roto! — clamaba de pronto; y así era, en efecto. — Corría de un lado para otro, explicando a los cajistas sus correcciones; y de pronto, exarcebado con la mala voluntad de éstos, cojía él mismo las pinzas y poníase a corregir en el plomo. Porque ha de saberse que el autor de *Sobre lenguaje* es un hábil tipógrafo; más de una vez, en horas de apuro, cojía un componedor, se plantaba frente a la caja y allí se despachaba él solo párrafos enteros. Cierta noche, al conducir una "forma" mal "justificada" se fueron al

suelo cuatro páginas de la Revista. ¿Han visto ustedes alguna vez un "empastelamiento"? Es algo que lo vuelve a uno estúpido. Ante aquel hacinamiento de letras negras en el suelo, nos quedamos con los brazos colgando. Es lo irremediable; no hay nada que hacer. A quien había que oír en aquella ocasión, era al regente. Parecía una fiera. Allí nadie se entendía. Responsabilizábanse los unos a los otros, no queriendo ser nadie culpable: el regente censuraba al maquinista por no haber apretado bien las roscas; el maquinista, entre dos ternos, argumentaba que el regente había dejado "fuertes" las columnas de composición; los tipógrafos argüían que eran los conductores que le habían dado un golpe á las "formas"; los conductores replicaban, — y las voces crecían, y el plomo seguía en el suelo, naturalmente. Daniel se cogía la cabeza; Rodó, que tomaba todo con gran filosofía y no perdía su buen humor, concluyó por decirme: — "Yo voy a sentarme en una silla y a sacarme los botines para reirme a gusto." — Pues bien; esa noche, Carlos, más práctico que todos, cogió un componedor y empezó a rehacer el original empastelado. Allí le sorprendió la madrugada. Pero el número no se imprimió hasta tres días después.

Aparte de todos estos trabajos, teníamos aún que enviar nuestra correspondencia. Cuando la *Revista Nacional* empezó a imponerse en los demás pueblos de Sud América, aquella adquirió verdadera importancia. Cada uno de nosotros tenía sus amigos y responsables a quien agradecer un libro o una colaboración; cada uno debía contestar las infinitas cartas que recibía. Pocos habrá que posean la cantidad y variedad de autógrafos que nosotros poseemos. De este hecho normal tomaron justamente pie los señores Rodó y Carlos Martínez Vigil para darme una broma que quiero consignar aquí — pues entiendo que con todos estos pequeños detalles que voy

apuntando, se formará cabal idea el lector del carácter de mis compañeros de la Revista.

Entre mis corresponsales se contaba el señor José Pardo, literato argentino, que dirigía la revista *América*. Yo acababa de publicar un extenso artículo sobre *Literatura Extranjera*, de Enrique Gómez Carrillo; y habiéndome solicitado aquél una colaboración, le ofrecí la reproducción de este estudio. En autos de la cosa, mis dos amigos fraguaron la epístola que va a leerse. Fueron a la casa de Peña, hicieron imprimir en un pliego de carta el membrete "América", y luego, con mucho cuidado, escribieron lo siguiente:

AMERICA

Buenos Aires, 30 de Mayo de 1896.

Sr. Dr. D. Víctor Pérez Petit.

Montevideo.

Distinguido señor:

La redacción de la revista "América" á la que pertenecemos tiene por misión el contribuir, en la medida de sus fuerzas, á estrechar la relación moral é intelectual de nuestros pueblos del Plata. Tal es el vivo anhelo que, unido á la alta estimación en que lo tenemos, nos decide á dirigirnos á usted solicitando de su benevolencia que se sirva remitirnos algún trabajo original que llene la condición de inédito. Al cumplir nosotros con tal designación que tiene tanto de honrosa y grata, protestámosle nuestra admiración.

De usted quedamos affmo. S. S. S.

Ramón Vilardebó.

José Pardo.

P. D. — Respecto al juicio sobre Gómez Carrillo, sentimos que pasado tanto tiempo desde que apareció, parece el transcribirlo demasiado inoportuno. — Sin embargo, no dudaremos, y muy de nuestro agrado será darle cabida en nuestro periódico en caso de ordenarlo usted.

Vale.

Rompí el sobre, que venía con su sello correspondiente, y leí la carta sin sospechar — ¡pobre de mí! — la broma de que era objeto. Rodó y Carlos me felicitaron muy cordialmente por la distinción de que era objeto; y visto que se me requería un trabajo inédito, empezaron á dilucidar que clase de colaboración debía enviar a la revista *América*. Rodó opinaba que escribiera un artículo crítico; Carlos insinuó la idea de que enviara una composición en verso, en octavas reales, por ejemplo. Yo, aunque me avergüence en decirlo, no sospechaba nada. De pronto soltó Rodó esto:

—No me parece bien, en octavas reales.

—¿ Por qué ?

—Porque Pérez no sabe lo que son las octavas reales.

Entonces me tocó el turno de protestar:

—¿ Cómo, que no sé lo que son octavas reales ?

—No lo sabe, — me replicó Rodó. — Dígalo, si sabe.

—Una octava real es una estrofa compuesta de ocho versos endecasílabos, cuyos rimas se distribuyen así: el 1.º verso es consonante del 3.º y 5.º; el 2.º, del 4.º y 6.º; el 7.º y 8.º, pareados.

—Muy bien, — arguyó mi contrincante, — usted sabía, teóricamente, lo que es una octava real; pero si se encuentra alguna por ahí, no la reconoce.

—¿ Qué no la reconozco ? — repliqué ya picado. E iba a recitarle cuanto sabía de memoria de *La última la-*

mentación de Lord Byron, de Núñez de Arce, cuando él me contó la palabra, aduciendo:

—No hay que ir a España a buscar octavas reales. Lea esa carta.

—¿Qué tiene que ver?

—Sáquela y léala.

Desdoblé la pícara carta de José Pardo y Ramón Vilardebó y empecé a leer:

“Distinguido señor: La Redacción.”

—Es un endecasílabo perfecto, — advirtió Carlos con convicción.

—Es una casualidad, — aduje a mi vez adivinando ya la broma y no queriendo dar mi brazo a torcer.

—Siga leyendo, — replicó Rodó implacable.

No había otra cosa que hacer. Seguí leyendo:

“Distinguido señor: La Redacción de la revista “América” a la que pertenecemos, tiene por misión el contribuir en la medida de sus fuerzas á estrechar la relación moral é intelectual de nuestros pueblos del Plata. Tal es el vivo anhelo que, unido á la alta estimación en que lo

tenemos, nos decide á dirigirnos á usted, solicitando de su benevolencia que se sirva remitirnos algún trabajo original que llene la condición de inédito. Al cumplir nosotros con tal designación que tiene tanto de honrosa y grata, protestámonle nuestra admiración. De usted quedamos afmos. S. S. S. S.

José Pardo

Ramón Vilardebó

P. D. — Respecto al juicio sobre Gómez Carrillo, sentimos que, pasado tanto tiempo desde que apareció, parezca el transcribirlo demasiado

inoportuno. — Sin embargo, no dudaremos, y muy de nuestro agrado será darle cabida en nuestro periódico en caso de ordenarlo usted.

Vale.”

Como se vé, toda la carta, inclusive la posdata, está en verso. Eran tres octavas reales, como tres piedras de sillería — que diría Martínez de la Rosa. La rareza de los consonantes, contruídos a veces con la conjunción de varios vocablos o desconyuntados hábilmente por una división de sus sílabas, me había desorientado por completo. Tuve que declararme vencido.

Así, con estas burlas amistosas, un tanto diferentes de las que se gastan hoy, alegráramos nuestros días de febriciente trabajo. He de consignar aún otros casos, porque élos son reveladores de nuestro carácter en aquellos buenos tiempos de la *Revista Nacional*. Y al entrar en tan mínimos detalles, que podrían ser tildados de inútiles por algún crítico rijoso, harélo bajo el sabio consejo de altas e insospechables autoridades. Recordad lo que nos dice Plutarco, maestro en el arte de trazar biografías: “Las hazañas más gloriosas no nos proporcionan siempre los datos más ciertos sobre la virtud o los vicios de los hombres. En ocasiones, una cosa más o menos importante, una expresión, una chanza, nos hace conocer mejor los caracteres y las inclinaciones, que las batallas en que han sucumbido cien mil hombres, las grandes derrotas de ejércitos, o los sitios de ciudades.” Por lo demás, si yo necesitara aquí una documentada y plena justificación, no tendría más que reproducir las páginas que Samuel Smiles consagra en *El carácter* a comentar las “biografías”. No hay hecho fútil, ni burla más o menos acertada, que no pueda tener su interés para los que saben adivinar un hombre al través de ellos. Recordad lo que en aquel bello libro se nos dice de la

cojera de Walter Scott y de Lord Byron, o de las jorobas de Scarron y de Pope. Recordad la importancia y trascendencia que se concede a las revelaciones más íntimas hechas por los libros de "memorias". Recordad en fin, con cuanto encarecimiento se celebra la biografía de Johnson escrita por Boswell: "No desdeña referir una multitud de pequeñas circunstancias. Por eso se disculpa al informar al lector de que, cuando viajaba Johnson, "llevaba constantemente en la mano un gran bastón inglés de encina." Gracias á Boswell, nos podemos imaginar lo que era Johnson; sabemos cómo se vestía, cómo hablaba y cuáles eran sus preocupaciones. Le pinta con todas sus debilidades, lo que en él no ha sido obstáculo para que haga un maravilloso retrato: la imagen más completa de un hombre que jamás se haya dibujado con palabras."

Disculpado así por tan graves autoridades, he de narrar una serie de anécdotas que, no por ligeras o fútiles, dejarán de hacer bien en el retrato que voy haciendo de mi ilustre amigo. El más leve toque del pincel suele ser necesario para la entonación total de una figura al óleo.

IV

LA REVISTA NACIONAL (continuación)

Gregorio Martínez Sierra, el donoso artífice de *CanCIÓN de Cuna*, tuvo el capricho de representarse al autor de *Ariel* después de leer esta obra. He aquí el retrato que nos ha trazado su fantasía: "Sobre su persona podemos acumular todas las imaginaciones simpáticas: podemos suponer la palabra vibrante, el acento efusivo, los ojos soñadores, la frente grave, la sonrisa grata, la amable juventud y la madurez no menos llena de amabilidad, la lozanía del ingenio y la sal de la moderación, ya que así nos le muestra su obra, que es lo único que de él conocemos."

El señor Crispo Acosta, que con el pseudónimo de Lauxar ha publicado un interesantísimo y bien documentado volumen rotulado *Motivos de crítica hispanoamericanos* se hace cargo de aquel retrato fantástico de Martínez Sierra y replica: "Es curioso este retrato porque está hecho de acuerdo con la obra y a pesar de eso no corresponde con el escritor. Rodó era ya entonces como se le puede ver en alguna fotografía de la época, de expresión adusta y reservada; sus facciones duras, sus ojos de mirada aquilina, todo su rostro decía una intención

única: la de no entregar a nadie fácilmente el secreto de su espíritu. Sus maneras entonces como ahora, encerraban en la más cumplida cortesía, el cuidado celoso de guardar contra la indiscreción ajena, el fuero de su intimidad. Tiene su vida como el rey hospitalario de *Ariel*, dos partes diferentes: una está en lo que libra al público, en sus obras, en su acción social y política; otra, en su existencia privada. No se le encuentra sino solo en las calles de Montevideo. Pasa entre sus conciudadanos, extraño a todos, descollante por su estatura, la cabeza erguida, el mentón casi apoyado en el cuello, los brazos largos y pendientes; las manos abiertas, con la rigidez altiva de una indiferencia que no mira a nadie porque a nadie busca."

¿Cuál de los dos autores tiene razón? ¿Qué retrato tiene más parecido con el original, el de Martínez Sierra o el del doctor Crispo Acosta? Me parece que será muy fácil reconciliar a ambos, mediante una brevísima distinción.

Desde luego, cabe hacer notar que el autor de *Mamá* ha visto a Rodó al través de su lectura de *Ariel*, sin conocerlo en persona: lo ha retratado, pues, espiritualmente. En cambio, nuestro compatriota el doctor Crispo Acosta, ha retratado al Rodó que todos veíamos circular por nuestras calles; particularmente al Rodó de los últimos años. ¿No se podría hacer uno de los dos retratos, y obtener así el verdadero?

Yo creo que sí. El Rodó de la época de *Ariel*, es decir, de pocos años después de la *Revista Nacional*, era un joven alto, delgado, un sí es no es desgarbado, que andaba ya con el cuerpo tieso, los brazos caídos, las manos abiertas — aquellas manos flácidas y muertas que al ser estrechadas se escurrían frías como algo inanimado, — un hombro bastante caído, la cabeza rígida sobre el cuello echado hacia adelante; pero tenía el rostro juve-

nil y movable, no endurecido por una mirada aquilina, sino más bien dulcificada por otra de míope que en los momentos de regocijo se encendía y vibraba detrás de los vidrios de sus lentes; apuntábase un bozo casi rubio, que más bien le deslucía el rostro que no se lo agraciaba; su expresión no era adusta, sino solamente grave, por lo menos en público, toda vez que en privado, en el seno de la amistad, su carácter retozón le inclinaba frecuentemente a risa, y entonces era de ver su modo peculiar de reírse, — una risa de todo el cuerpo, viboreante, en zig-zags, las largas piernas echadas por un lado, los brazos por otro, el cuerpo agitándose sobre la silla; — y si había algo de reservado en su ser, ello estaba en la frente, una frente ámplia, que aún más lo parecía porque peinaba sus cabellos hacia atrás, una frente tersa, fría, detrás de la cual ya se anidaba un pensamiento propio, altivo, una voluntad de conquistador, reflexivo y sereno.

Martínez Sierra, juzgando por la gracia helénica con que está trazado el *Ariel*, se lo representó como un bello doncel ateniense, pero si acertó en la parte espiritual de nuestro biografiado, se equivocó en cuanto a su físico; y Lauxar, por su parte, habiendo conocido a Rodó en estos últimos años y no habiéndole tratado en su primera juventud, le ha prestado rasgos que sólo acusó su persona en estos últimos años, pero que acaso ya estaban en embrión en los de aquélla.

Ahora, si a este retrato físico de José Enrique Rodó debiera agregar, para completarlo, las calidades que en aquel entonces tenía su espíritu, fácil me sería la tarea: bastaría reproducir la semblanza literaria que en el mismo año 1895 publiqué en un periódico de Montevideo. He aquí algunos de aquellos conceptos que hoy volvería a suscribir. Entre todos los escritores jóvenes y entre los más instruidos, no conozco otro que como él

escriba más correctamente y posea un mayor caudal de conocimientos sobre literatura americana. Sus estudios de crítica, publicados en su mayor parte en la *Revista Nacional*, delatan una inteligencia poderosa y bien cultivada, un criterio sereno, tolerante, ecuánime, un pensamiento razonador y clarovidente. Su estilo límpido, diáfano, de una tersura marmórea, nos dice claramente que nadie como él conoce el lenguaje. Sin temor de que se me tilde de exagerado y sin incurrir en las gratuitas alabanzas a que tan aficionados se muestran los chismosos de café y los "ratas de imprenta" puede compararse ese estilo con el de don Juan Valera. Castizo en el decir, un sí es no es ático en la forma, maneja el lenguaje con verdadero primor, desarrollando su pensamiento en largos párrafos fluídos y sonoros, donde la naturalidad y la sencillez corren parejas con la elegancia y la pulcritud. Pule y corrige sus páginas con una paciencia única, persiguiendo los gazapos que pudieran habersele deslizado en los momentos de irreflexiva inspiración con una tenacidad implacable de cazador furtivo, y no se encontrará seguramente en ninguno de sus escritos una de esas elocuciones que tuercen y martirizan el idioma, un gangoso galicismo, una deshonesto falta de concordancia o de régimen, un simple vocablo impropio o malsonante. Por esta corrección de su estilo y por la seriedad de sus ideas, ha merecido el sincero aplauso de Leopoldo Alas — ese señor Clarín, de un paladar tan exigente que ha desconchado a media humanidad literaria.

Sus conocimientos son vastísimos, en historia, en literatura, en filosofía; pero en lo que nadie le pondrá el pié delante es en su dominio de la literatura española y de la americana. Parece mentira que en aquella cabeza de muchacho joven aniden tantas ideas y tantos conocimientos. Pero él es modesto, apenas mete baza en las discusiones y parece refractario a lucir lo que sabe: por

eso nunca se le apreciará en lo que vale realmente, a menos que se le trate en la intimidad. Sin embargo, para el observador, una simple frase, un pensamiento como dicho al acaso, una cita oportuna, una reflexión atinadísima, más de hombre grave que de muchacho inexperto, revelan todo el poder de su excepcional inteligencia y toda la hombría de su carácter.

Es un poco indolente y parece que escribiera siempre de mala gana. Es que tiene el temor y el respeto de la forma. Parece escritor fácil por la donosura de su estilo, pero nadie imagina la lidia incruenta a que se entrega para hilvanar sus párrafos. Y tiene el modo más original de escribir. Hace su artículo, estudio o ensayo mentalmente: distribuye el plan, combina las grandes líneas, apunta las ideas generales. Andando por la calle, medita. A veces, sobre un punto determinado, le ocurre una observación: la anota en el papel de un sobre que lleva en el bolsillo. Pasando luego por un escaparate, por ejemplo, una joya le sugiere una imagen: se detiene y la apunta en el puño de la camisa. Otro día, descubre el adjetivo adecuado que inútilmente había andado buscando y llena el hueco que dejara en una de sus apuntes, trazadas rápidamente en el dorso de una tarjeta de visita. Y sigue reflexionando. Al fin se decide a trasladar al papel su artículo; escribe entonces, a grandes rasgos, dejando espacios en blanco, que rellenará luego con todas las notas y apuntes que tiene en el puño de la camisa, en el dorso de la tarjeta, en el papel del sobre, en el reverso de un libro, en cualquier parte en fin. Concluido este primer esbozo, empieza el trabajo de "cimentación", como él dice: expungar del escrito todo lo que huelga y agregar todo lo sólido que falta. Ya está el trabajo en pié, bien cimentado. Luego, ¿está concluido? No; ahora es que empieza la labor del artífice; ahora viene lo más rudo de la tarea, el minucioso examen gra-

matical, la elección de los vocablos sinónimos, el pulimento de la frase, la substitución de unos calificativos por otros, el pequeño golpecito que da suprema elegancia a todo un cuerpo escultural. Las páginas se llenan de textaduras, de enmiendas, de entrerenglonaduras, de líneas que suben y bajan para alcanzar los márgenes del papel y señalar un texto agregado. A poco, todo aquello parece un geroglífico, el mapa de un pensamiento incoherente, un capricho infantil. A veces, cuando la labor ha sido ruda y muy numerosas las enmiendas, el escritor no tiene más remedio que sacar otra copia de las páginas más trabajadas. ¿Ya está todo concluído? Todavía no. El artículo va a las cajas, es cierto, pero los señores cajistas no sospechan lo que les aguarda. Cuando Rodó se lleva una "prueba" a su casa, nadie sabe lo que va a suceder. La gesta de la forma se reanuda en el silencio de su gabinete, y el papel empieza a llenarse de signos, de garabatos, de letras, de frases enteras corregidas o rehechas. Da a corregir aquello y pide "prueba de 2.ª" Para arrancarle luego esta segunda prueba, hay que perseguirlo como a un deudor desconfiado. Nunca se decide a entregarla, porque siempre tiene alguna duda, o busca una nueva corrección, o teme haber descuidado algo. Así anda con el bendito papel en el bolsillo días y días. Al cabo, se decide a devolverlo a las cajas. Entonces, con el consiguiente estupor de todos, pide "3.ª" — El tipógrafo le da la tercera prueba porque no puede darle un tiro. Es verdad que ya en este período no abusa. Hace correcciones fundamentales, nada más, lo que se le ha ocurrido en sus paseos solitarios, repasando en su memoria el texto del escrito. Porque a fuerza de leer y releer, de corregir y enmendar, de pensar siempre en lo mismo, ha concluído por aprenderse de memoria todo su trabajo. Con estas últimas correcciones, devuelve la prueba a la imprenta. Entran las formas en máquina,

fuge el motor, se pone en movimiento todo el herraje y empieza a salir el papel impreso. ¡Gracias sean dadas a Dios! Ahora si está todo concluído.

No; todavía no. Falta un detallecito. Rodó hace parar la máquina hasta que haya concluído de leer las diez y seis páginas del pliego. Compara el texto con la última prueba, relea las páginas, examina si los tipos marcan bien o no. A veces pilla un "espacio" que se ha subido o una letra algo gastada: entonces exige la corrección en el plomo, sobre la misma máquina. El maquinista reniega entre dientes, el tipógrafo entre dientes reniega, y el impresor se marcha porque en el Código Penal el artículo 317 condena a 12 años de Penitenciaría al que da muerte a un hombre. Por fin, todo queda pronto y empieza el tinaje ensordecedor. Rodó coje el pliego definitivo para volverlo a leer a solas en su casa, y se va dejando caer esta frase estupendo:

— ¡ Con tal que no se nos haya escapado algo con estas precipitaciones!

Como carácter — decía en aquella mi semblanza de 1895 — Rodó es el polo opuesto de Daniel Martínez Vigil: frío, sereno, contemporizador, no obra sino después de maduras reflexiones y no se deja arrastrar nunca por los primeros arrebatos de la pasión. Con la sensatez y la parsimonia de un viejo, todo lo mide y todo lo pesa antes de determinarse por un extremo; pero, tomada una resolución, luego resulta más inflexible y terco que aquel tureo Kerabán, de Julio Verne. Mas, ya no es la pasión quien lo guía, sino el cerebro, la convicción que en su espíritu se ha hecho, la conciencia de su deber únicamente. Con todo, restuelto y encastillado en sus ideas, Rodó es siempre bueno, cultísimo, sencillo, sin intransigencias injustificadas ni rencores para nadie: por eso no debe tener enemigos, y el que llegare a odiarle sería un estúpido o un malvado.

Es también retraído para con los extraños, un poco por timidez y otro poco porque cultivaba "la vida interior". Es modesto, ya lo he dicho; no pretende ser más que nadie. Y, sin embargo, yo no sé de quien le aventaje en méritos. Con lo que él sabe y escribiendo como escribe, podría ser un gran escritor en nuestro país, superior cien veces a los que por aquí gozan de indiscentible fama; pero, no conoce la "pose", ni se da "bombo", ni busea el aplauso de los tontos, ni adula a los gacetilleros expendedores de patentes de literatos, y por eso podrá un día, el día en que se haga justicia a sus méritos, enorgullecerse de haber llegado a la cumbre sin otra ayuda que la de sí mismo. (1)

Con legítima satisfacción puede decir hoy que este juicio mio del año 1895 ha sido plenamente ratificado por las más grandes personalidades de la crítica contemporánea y por todos los pueblos de América.

He hablado ya por dos veces, según creo, de la timi-

(1) — Tiene su interés, para la historia de la *Revista Nacional*, que brevemente bosqueje en el texto, reproducir aquí lo que el señor Juan Antonio Zubillaga dice en su obra *Crítica literaria* sobre los otros tres fundadores y directores de aquella publicación: "Daniel Martínez Vigil, estudioso prestigiado por la espontaneidad y el calor de su palabra, que ya en esa época anunciaba al verbosísimo tribuno que en él debía prevalecer sobre el literato, hasta merecer, como otro insigne orador contemporáneo, que se dijera a su respecto que sus mejores versos, artículos y libros serían siempre hablados, pues cual por mágica virtud de su elocuencia todo volviase discurso en su labios. — Víctor Pérez Petit, que, desde sus primeros ensayos, había dejado ver en él, a través del carácter inexorable de sus juicios, al erudito conocedor de todas las literaturas, y al crítico sagaz que más tarde, tanto o más que con su labor de poeta, novelista y dramaturgo, habían de darle personalidad propia y descolante en nuestro ambiente literario. — Y Carlos Martínez Vigil, que, ya en aquellos días de juventud, poseía magistral conocimiento de la literatura clásica española, y de la gramática castellana, a cuyos superiores estudios dedicaría después muy serios trabajos, en los momentos que para el cultivo de sus gustos intelectuales le dejaran libres sus tareas de ilustrado juriconsulto y honestísimo periodista."

dez de Rodó. Esta era grande en su primera juventud; luego, andando los años y cogido por el torbellino de la política y de la vida social, se hizo más "atrevido"; más siempre en su contextura espiritual guardó cierto temor de "muchacho grande". De esto que aquí digo, lo conocemos sus íntimos reiteradas pruebas. En los tiempos de la *Revista*, por ejemplo, no había forma de hacerle coger un tranvía. Cuando por excepcionalísimo caso se le veía pasar en alguno, tened por cosa ciertísima que había subido a él en el punto de partida y que no se apearía hasta el punto extremo de parada. Por no subir a un tranvía caminaba leguas a pie. ¿Y sabéis por qué? Sencillamente, porque no sabía treparse al vehículo cuando éste estaba en marcha, según lo hacen entre nosotros la generalidad de las personas, y a él le daba mucha vergüenza tener que mandar parar el coche. Sólo empezó a vérselo con alguna frecuencia en los tranvías desde el cambio de la tracción a sangre por la eléctrica; entonces, como es obligación de los conductores parar en las bocacalles, él pudo subir sin que padeciera su amor propio. — Otro ejemplo. En aquellos tiempos nos veíamos y visitábamos a diario. Pues bien; siempre que Rodó, acompañado por otro naturalmente, se presentaba a la puerta de la casa de un amigo, lo primero que preguntaba era "si estaba la familia". Si estaba, ya era sabido, no entraba; prefería esperar en la vereda. Cierta noche nos hallábamos en casa de los Martínez Vigil, engolfados en no recuerdo que endiablada discusión literaria. De pronto, entró a la biblioteca una de las señoritas hermanas de aquéllos para decirnos que se hallaba de visita en la casa una señora que tendría especial agrado en conocernos personalmente. Sabiendo que los cuatro estábamos reunidos, había deseado aprovechar la coyuntura. Daniel contestó: — "Bien, es señora de confianza, tráela aquí; estaremos

mejor que en la sala". — Y bien, ¿no se imaginan ustedes lo que aconteció? Apenas hubo vuelto la espalda la gentil mensajera, ya estaba Rodó abriendo la puerta de salida y pronunciando una épica disparada. Daniel salió tras él, llamándole. Y Carlos, que se había quedado conmigo, exclamó, arrastrándome en su huída: — "¡Ah, no! Yo sólo no sufro "latas"... — A saltos, entre exclamaciones, risas y llamadas, descendimos la escalera; pero, como Rodó no se detuvo sino dos cuerdas más allá de la casa, a dos cuerdas de distancia fuimos todos a celebrar el animado cónclave. — Todavía hoy estoy representándome el estupor de las gentes de la casa cuando al penetrar en la sala de la biblioteca la hallaron vacía. — Otra vez, al ir a entrar en un café, como Rodó y Daniel fueran delante, y yo con Carlos, que íbamos detrás, prefiriéramos ir a otro café, dimos una voz, llamado: — ¡Rodó! — Rodó salió espantado del café, y durante toda la noche no hizo más que repetir: — ¡Qué grito! ¡pero qué grito! — Y ya nunca, jamás, quiso volver a entrar en aquel café. Le parecía que todos iban a mirarle curiosamente.

¿Fue esta misma timidez la que le retrajo siempre del trato con las mujeres o era en realidad un poco misógino? No he podido nunca averiguarlo. Lo cierto es que yo no le he conocido más que dos aventuras en su vida, y las dos muy platónicas por cierto. He aquí la primera.

Nuestro amigo era particularmente rehacio a penetrar en las salas de espectáculos. No sé de qué artes se valió Daniel que una noche logró conducirle a un teatrillo, el denominado "Pabellón Nacional", que entonces había en la calle 18 de Julio, donde años atrás estuvo ubicado el Cementerio Inglés y dónde, durante la presidencia del doctor Williman, se empezó a construir el proyectado Palacio de Gobierno. Roto el hielo, volvió

nuestro amigo allí una y otra noche para oír a aquella deliciosa tiple de zarzuela que fué Lola Millanes. La gracia andaluza y los ojos de infierno de la saladísima mujer, cautivaron a Rodó, y entonces concurrió como un abonado a su butaca. Todas las noches ocupaba su asiento, con Daniel, en el teatrillo, y allí fantaseaba sobre la aplaudida tiple. Un buen día, le confió a su compañero que le había escrito una poesía a la dama de sus pensamientos; el otro quiso leerla, y Rodó se la envió, rogándole particularmente que no la mostrara a nadie. Porque esto es lo más curioso del caso: la había escrito para desfogar su entusiasmo; mas nunca procuró mi deseo que la conociera la interesada. Daniel, por una infidencia amistosa, envió esa poesía a un periódico ilustrado, *La Carcajada*, que la publicó en su número 1.º, de fecha Enero 4 de 1897. Como entiendo que Rodó no ha escrito más versos que el soneto "Lecturas", publicado en el tomo II, pág. 55 de la *Revista Nacional*, el soneto a Carlos Reyles, que luce a la cabeza de *El Terruño*, de éste escritor, y las mencionadas cuartetas, voy a reproducir aquí la composición, que, por lo demás, es muy hermosa.

A.....

De pié sobre la escena, desatada
En ondas la profusa cabellera,
Alta la sien, radiante la mirada,
Como jovial emperatriz impera!

Una purpúrea flor se abre sangrienta,
Como en copa de ébano, en la cima
Del casco negro que su frente ostenta
Y un acerado resplandor anima.

Suena su voz, y en nuestra mente cruza,
Como en un dulce sueño, al escucharla,
La hechicera visión de la andaluza
Que imaginó Musset para adorarla!

Cada rayo que vibra atravesando
De sus pestañas por el tul sedoso,

Es un hilo de luz que va bordando
El tejido impalpable del ensueño.

Y a cada giro de su cuerpo afroso,
Las vueltas del mantón, batiendo el aire,
Semejan el ondear, raudo y glorioso,
De un pendón en las justas del donaire.

En la ficción el arte ha modelado
Su espíritu. Es ficción su vida entera.
¡Quién su fingido amor, su amor soñado,
En real amor transfigurar pudiera! (1)

La aventura no pasó de aquí. Probablemente aquella retozona y graciosísima Lola Millanes, que tan trágica muerte tuvo en el naufragio del "Sirio", años después, se fué de la vida ignorando que había despertado un ensueño en una de las más bellas y grandes almas contemporáneas.

El otro inconcluso amor de Rodó fué una distinguidísima niña porteña. A la vuelta de un corto viaje a

(1) — Háse dado, también, a publicidad en los *Poemas de Noguera* (Año IV, N.º 40, Montevideo Mayo de 1917), y reproducido luego en el periódico metropolitano *La Razón*, una bella composición titulada "Los mejores ojos", con la firma de José Enrique Rodó. A título de curiosidad la reproduzco aquí:

"Ojos azules hay bellos,
hay ojos pardos que hechizan
y ojos negros que electrizan
con sus vívidos destellos;
pero, fijándose en ellos
se encuentra que, en conclusión,
los mejores ojos son,
por más que todos se alaben,
los que expresar mejor saben
lo que siente el corazón".

Esta décima o espinela nunca ha sido de Rodó, ni nunca la publicó él como suya. No sé a quien atribuir la superchería, bien inocente por lo demás pues el verdadero autor de esos versos es conocidísimo. Es éste, don César Conto, y su composición "Los mejores ojos", paráfrasis de un copla popular, puede leerse en su libro *Versos*, editado por la casa Garnier de París en 1891, página 290. —

Buenos Aires, donde había ido con Carlos para descansar de las fatigas de la *Revista Nacional*, hallaron en el vapor a dos hermosas señoritas. Es el caso de creer en la avasalladora influencia del mar sobre el corazón humano. Desde la primer mirada, Rodó quedó flechado. Carlos, por acompañarlo, inició un flirteo con la segunda niña. Y aquella fué una noche de poesía y de amor. Al día siguiente, muy tempranito, mis dos amigos estaban en tierra, esperando el desembarco de las que les habían robado el corazón. Tras una regular espera descendieron al fin las jóvenes, acompañadas por un caballero que conocía Carlos. ¿Quiénes podían ser las dos encantadoras desconocidas?

Para averiguarlo, las siguieron, y así fueron a dar hasta una casa de la calle Cerrito. Conocido el nido, no había, por el momento, para que permanecer allí. Cada uno se marchó a su casa. Mas apenas caía la tarde, en esa hora melancólica del crepúsculo que parece preferida de los enamorados, volvieron ambos a la calle Cerrito, a contemplar las cerradas celosías. Porque el hecho fué que ni aquel día ni en los subsiguientes pudieron tener la fortuna de contemplar a sus adorables tormentos. Y he aquí que llegan los días de Carnaval. Una noche, en el corso, ven cruzar en carruaje a las niñas, y, sin vacilar, empiezan a seguir las al través de la hirviente y alborozada multitud. Después de un buen rato de persecución, y siendo ya cerca de las doce de la noche, planean entre los dos un movimiento estratégico. — "Lo más práctico para hacerles advertir nuestro interés — aduce Carlos — es ir a esperarlas a la puerta de su casa". — "No hay tiempo que perder, — responde Rodó, — el corso está por concluir y en cualquier momento regresan allá". — Ambos abandonan el corso y van a estacionarse frente a la casa de sus presuntas novias.

Un reloj lejano suena las doce y cuarto, — ya deben

llegar. Suena, luego, la media, y luego la una. ¿Se habrá prolongado tanto el corso? Puede ser; la gente que se divierte no mide el tiempo con la avaricia del que espera. Rodó diserta y filosofa al respecto; Carlos le hace callar a cada vehículo que se acerca. Suena la una y media. — “A dormir tienen que venir”, — reflexiona Carlos; y establecida esta gran verdad, ambos se sientan sin más ceremonias en el cordón de la vereda. Y suenan las dos. — ¿“Qué es eso? ¿Las dos ya? ¿Entonces estas señoritas no duermen?” — dice Carlos — “En todo caso, no duermen en su casa” — agrega amargamente Rodó. Y tras otra espera de un cuanto de hora más, ambos se retiran a sus respectivos domicilios, con una dolorosa espina clavada en el alma.

Al día siguiente, cambio de táctica. En vez de ir a la calle Cerrito al atardecer, van a las once de la mañana. ¡Inspiración genial y feliz! Apenas han transcurrido cinco minutos, sale de la casa el caballero aquel que acompañaba a las niñas la vez pasada. Carlos, por medio de un gran movimiento envolvente, de una notable estrategia, se hace el encontradizo con él. Saludos. Preguntas. — ¿“Vive Vd. aquí? Le he visto entrar otra vez con unas señoritas que venían de Buenos Aires”... — ¡“Ah, si es verdad! Vd. también venía de Buenos Aires”... ¿“Son hermanitas suyas?” — “¡No, señor, no! Amigas de mi familia. Una es argentina y la otra, uruguaya. Viven allá por el Cordón...” Etc., etc.

Cuando se cercioraron que habían hecho “el oso” a las paredes, mientras las jóvenes habitaban en el otro extremo de la Ciudad, los dos amigos tuvieron para reírse una semana entera. Pero la risa produjo en cada uno un efecto diferente: en Carlos, un redoblamiento de pasión; en Rodó, la muerte de su ensueño. Carlos buscó a su desconocida y la halló. Rodó, no: su idilio de una

noche había terminado para siempre. Y desde entonces, no lo he conocido conatos de lios amorosos.

He hablado también de su carácter jovial y bromista en el seno de la amistad. En corroboración de esto, puede mencionarse la carta en verso que he reproducido en el capítulo anterior. Pero, conservo en la memoria muchos otros ejemplos, dignos de ser hechos públicos. En medio de las luchas y afanes que debíamos afrontar, para llevar a cabo la obra de la revista, siempre encontrábamos un momento propicio para dar suelta a nuestro buen humor juvenil.

Aquellas bromas y juegos con que mutuamente nos asaltábamos, aquellas inocentes burlas con que a las veces flechábamos a extraños, sin ánimo de zaherirles o perjudicarlos y sí sólo por reír un rato o hacer un chiste o redondear cuatro versos disparatados, eran como oasis floridos obiertos en el campo inmenso y fatigoso de nuestra febriciente tarea. Véase un ejemplo:

Carlos Martínez Vigil mantenía una interesantísima polémica en la *Revista Nacional*, sobre acentuación ortográfica, con el notable escritor y gramático chileno Fidelis del Solar. Es uno de los temas más interesantes que honran la Revista, como que era tratado por dos adversarios de excepcional preparación y de igual caballerosidad. Un día, como un aerolito que cae del cielo, llegó a nuestra redacción una carta que desde Tacuarembó enviaba a Carlos un joven que, por lo visto, deseaba terciar en la polémica. No habría habido inconveniente en ello siempre que del texto se hubiera desprendido la competencia de su autor. Pero es el caso que éste, con una irreflexión propia de sus pocos años sin duda alguna, proponía, como transacción, algo verdaderamente risible: que se acentuaran todas las palabras o que se suprimieran totalmente los acentos. La carta nos causó inmenso regocijo y estábamos todavía comentándola,

cuanado Rodó ya esbozaba la idea de una broma a su oficioso autor. — “Hay que contestar esa carta”, — afirmó. — ¿“Cómo, — replicamos, — enviando a un euer-no al joven taquanembotudo?” — “No, señor, — explicó entonces aquél; — hay que decirle, muy seriamente, que nos felicitamos de la preparación en asuntos de gramática que revela poseer un joven que vive lejos de los grandes centros intelectuales; que ello nos ha sugerido la idea de fundar una “Academia ortográfica”, con miembros correspondientes en el interior de la República, y que para hacerlo, contamos desde luego con su oficiosidad y buen consejo.”—No hubo más que hablar. Se envió la carta; el colaborador contestó muy convenientemente; se le volvió a escribir, y así, durante un par de meses, nos entretuvimos con un cambio de epístolas descomyuntantes. Ya habíamos comunicado, al fin, a nuestro corresponsal, que contábamos con casa, que la habíamos amueblado, que el Reglamento estaba aprobado y elegidos los miembros de la Academia: sólo nos faltaba designar los corresponsales de los departamentos y en esa tarea estábamos: ¿no nos podría él indicar cuáles eran en su villa las personas más competentes en gramática? El joven, vislumbrando ya su propia designación, nos remitió una carta entusiasta, enajada de elogios, diciendo que aparte de él, si él algo valía, acaso no había en Taquanembó más que el Inspector Departamental señor Casas que valiera para el puesto. ¡Y aquí de la respuesta de aquellos locos!

—¡Hombres como Casas, amigo mío, hombres como Casas son los que necesitamos nosotros para llevar a feliz término nuestra Academia!

Así, al cabo de dos meses, terminó aquella broma. He aquí otra:

El doctor Angel Floro Costa había publicado una de

sus célebres “Monipeas”. Un par de días después, combinados Rodó y Carlos, me preguntan:

—¿Ha leído Ud. el artículo del doctor Floro Costa?

—Tenía el propósito de leerlo y no sé cómo lo he extraviado.

—Pues valía la pena de leerlo. Le da una manteada a Carlos Reyles que lo deja hecho albondiguilla.

Yo me encalambriné enseguida. Tenía gran estimación ya en aquel entonces por Reyles y había escrito un artículo elogioso sobre su novela *Beba*. ¡Demasiado lo sabían ellos!

—¿Tienen ustedes el diario?

Rodó hizo como si fuera a buscarlo y volvió diciendo que no lo encontraba. “Pero, agregó, en el café lo hallaremos”. Fuimos al café. Naturalmente, habían advertido al mozo que no lo encontrara. — “En la casa de Peña está con seguridad”, — arguyeron. Pero allí, prevenidos, tampoco apareció el diario: lo habrían roto o extraviado. — “Vamos a casa”, — propuso Rodó. ¡Claro! También allí se había perdido. Entonces Carlos, adujo: — “¡No vamos a estar perdiendo el tiempo en buscar eso! En resumen, lo que dice el artículo es esto y esto”. — Rodó corrigió algunos términos, envenenando la situación.

—Mañana yo le contesto al doctor Floro Costa, — aduje.

—No se meta con él, — replicó Rodó, mefistofólicamente; — es un polemista temible.

—Yo le contesto mañana, — insistí enardecido — Quiero conocer bien el ataque, nada más; las palabras exactas no me importan.

Entre los dos precisaron entonces el supuesto cargo a Reyles, que era injurioso; pero todavía agregaron para excitar mi amor propio:

—Piénselo bien; no vaya por lana y salga trasquilado...

Me marché enseguida y esa misma tarde escribí mi artículo. Era un sinuapismo.

Pero, he aquí que esa noche, en vez de reunirme a mis amigos, me largué al teatro. Esto trastornó sus planes y los convirtió de bromistas en embromados. Era necesario dar conmigo para evitar que esa noche entregara el artículo a algún diario y apareciera al siguiente, provocando quién sabe que serie de complicaciones entre ellos, el autor de *Nirvana* y yo. No habiendo concurrido al café a la hora de costumbre, donde me esperaron en vano, echáronse a recorrer media ciudad para hallarme. Fueron a mi casa, a la de cada uno de ellos, volvieron al café, recorrieron los sitios que frecuentábamos, y allá, a la una de la mañana, cuando se decidían a volver a mi casa, pues querían impedir a toda costa la publicación de mi artículo, me encontraron en una esquina esperando el tranvía.

—¿Y el artículo? — clamaron los dos.

—Aquí lo tengo; mañana de mañana lo llevo a *La Tribuna Popular*.

—Hay que leerlo ahora.

—Vamos a leerlo en el café.

Lo leí; festejaron buen rato mi tremenda filípica, y de pronto, sin rodeos, me aconsejaron que no lo publicara,

—¿Por qué? — inquirí.

—Porque el doctor Floro Costa no ha escrito nada contra Reyles. Es una broma nuestra.

No salían mejor parados nuestros amigos y conocidos. Es verdad — replicarán éstos — que tampoco salía bien librada la poesía. Pero hay que tener en cuenta que los versos que les aplicábamos los hacíamos en menos tiempo del que tarda en santiguarse un cura loco, metiendo baza cada cual por su lado. Por otra parte, según

he dicho, no había maldad en nuestros juegos poéticos y sólo los hacíamos por reír un momento.

Íbamos, una noche, por la calle Juncal. — “Miren ustedes qué apellido”, — dijo Carlos señalando el letrero de una casa de comercio. Todos leímos: “Vivo”. Poco después, al doblar por la calle 25 de Mayo, observó Rodó: — “Y este otro: “Ganzo”. ¿Qué me dicen?”

Sopló la Musa y resultó esto:

En las comerciales riñas
No hay un negociante manso,
Si Vivo lo agarra a Ganzo
Lo despluma, como hay viñas.

Otra vez iba Rodó con Carlos hacia el Teatro San Felipe, donde se ofrecía un gran banquete a la Guardia Nacional y se esperaba una buena sesión de oratoria. Era en aquellos tiempos en que nuestro amigo Julio M.^a Sosa empezaba su carrera política pronunciando discursos en todos los clubs partidarios. Para entretener la marcha, sin duda, compusieron esta estrofa:

Sería terrible cosa
que en el momento de entrar
oyéramos resonar
la voz de Julio M.^a Sosa.

Y cuando entraron al teatro, tenía la palabra, efectivamente, el actual Director de *El Día*.

Otras personas, no menos dignas de respeto, tampoco escapaban a este flujo poético. Teníamos, y tenemos por supuesto, grande estima y consideración por ellas; pero en aquel entonces le habiéramos hecho un chiste o una redondilla a N. S. Jesucristo que se nos hubiera cruzado al paso. ¿Cómo podían escapar dignísimos caballeros a este desborde de alegría juvenil, si era una tentación para nosotros cualquier actitud política y hasta la simple

enunciación de un nombre? Y he aquí los resultados de algunos de esos accesos de buen humor:

Un excelente caballero, ya extinto, que fué tesorero casi a perpetuidad de la Comisión Directiva del Partido Colorado, se encontró cierta vez conmigo.

—¿Qué tal, amigo? ¿cómo vá esa salud?

—No muy bien; —me repuso, —creo que tengo un poco de neurastenia.

Al referir el caso a Rodó, no obstante tener este gran consideración por aquél, según se verá por la anécdota siguiente, —arguyó:

—No puede ser. .

—¿Qué cosa no puede ser?

—Eso de la neurastenia. Es cosa averiguada que la neurastenia no da sino a las personas inteligentes.

Pues este mismo Rodó que, por hacer un chiste, lanzaba esa ironía, en otra ocasión (y es el caso a que me referí antes) defendió valientemente al señor tesorero.

Alguien, de quien se decía que había malversado fondos ajenos, atacaba duramente a aquél.

—Es un hombre que, por lo visto, no sirve más que para ser tesorero de todas las tesorerías.

—En todo caso, —observó finamente Rodó, —*él guarda el dinero; otros, se lo guardan.*

También a un señor rematador le tocó su rociadita. Fué, en cierta ocasión, a pedir a Rodó un discurso, poesía o algo por el estilo, para no sé qué exámenes. Para "ablandarlo", sin duda, algo turbado y sin cuidar mucho lo que decía, arguyó delante de nosotros: "Yo admiro la obra que están haciendo ustedes, muchachos inteligentes; pero sobre todo usted, amigo Rodó, que tiene tanto talento, etc".

Y apenas se marchó, surgió este diálogo:

—¿Quién es este buen señor?

—Es don Fulano de tal

—Pues nos partió por el eje.

—Cabal.

A veces, dábamos el santo por reinos de la ingénuca credulidad de algunos amigos, aprovechando del memoria que por aquel entonces gastábamos. Recuerdo a este propósito que habiéndonos propuesto, Rodó y yo, estudiar el griego, sin maestro, con una gramática elemental y una traducción de *Dafnis y Cloe*, que contenía el texto original, un íntimo nuestro, gran lector del Quijote, del que se sabía patrafasadas enteritas al pie de la letra, tuvo la duda de que nunca saliéramos adelante en nuestra empresa. Para sacarlo de su error y convencerlo definitivamente que hablábamos y traducíamos el griego como Messire Amyot, no aprendimos el griego, naturalmente, pero sí nos encajamos, cada cual, en la memoria, por lo que pudiera acontecer, uno de los trozos que nuestro incrédulo amigo creía saber él solo de la obra de Cervantes. Y aquí de la prueba.

—Es imposible que, sin maestro, sin diccionario y en tan poco tiempo, ustedes traduzcan nada del griego.

—¿Imposible? —exclamó Rodó; —ahora va Vd. a averlo. ¿Qué quiere que le traduzca?

—Lo que quiera; de todos modos yo no sé griego, —repuso el otro, lógicamente.

—Pero lo sabe Pérez Petit y basta. Yo voy a traducir un texto cualquiera... Mire: aquí tengo casualmente el *Quijote*... (por casualidad estaba el *Quijote* a mano)... Yo traduzco un párrafo al griego, y luego, cerrado el libro, Pérez Petit lo vuelve a traducir al castellano. Vd. comparará y verá si está bien.

—Aceptado, —dijo el otro.

Y allá se puso a la obra el gran Rodó. Hizo como que abría al azar el libro y eligió el parrafito que yo había

aprendido de memoria. Muy suelto de cuerpo, se puso a llenar varias cuartillas de papel con caracteres griegos. Era un amontonamiento infernal de letras pintorescas que no querían decir nada, por su supuesto. Concluido su trabajo, se lo dió al otro y lo invitó para marchar en mi busca.

—Llevemos el *Quijote* para comparar, — dijo.

—Es inútil, — arguyó el otro; — yo sé todo ese texto de memoria.

—Llevémosle, insistió Rodó; — así no hay discusiones.

Me hallaron en mi casa y en pocas palabras me pusieron al corriente de lo que destaban de mí. Muy suelto de cuerpo, a mi vez, con una frescura congénere de la de Rodó, empecé a mirar aquel enjambre de letras griegas escritas a capricho por mi cómplice, y de pronto rompí a leer, haciendo como que traducía: "Porque, ¿qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbudo? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregoná! ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Africa, la tercera se acabó en Asia... etc., etc.", que hasta aquí me alcanza ahora la memoria, pero en el tiempo de la burla me llegaba hasta el fin del discurso que el bueno del Cura le espetó al Canónigo.

Turulato se quedó nuestro censor, porque no sospechando la combinación y creyendo, sin duda, que él solo era capaz de aprenderse toda aquella parrufada de memoria, que oía caer lentamente de mis labios, tuvo a bien tragarse que efectivamente Rodó tradujo al griego lo

que yo tan sin tropiezos volvía a verter al castellano. Desde aquel punto y hora, nuestro buen amigo se convirtió en nuestro más entusiasta panegirista; y quiera el cielo que al leer estas líneas no se trueque, para mí, en un duro censor, que en todo esto, como en los demás casos mencionados, no hubo propósito hiriente, sino necesidad juvenil de reír un poquito.

Ved otra historia todavía. Hacía mucho tiempo que insistíamos cerca del poeta Carlos Roxlo para obtener su colaboración, sin resultado. Un buen día, se presenta Juan Francisco Piquet en la redacción, radiante de júbilo.

—Una carta que me ha dado Roxlo para ustedes.

—¡A ver! ¡a ver!

—Es la colaboración que le he pedido, — aduce Daniel.

—O una nueva excusa, — replica Carlos hipócritamente.

Abrimos el sobre, que contiene una poesía, "Cave ne cadas". La leemos. Exclamaciones, comentarios. ¡Soberbia! ¡Magnífica! ¡Es lo mejor que ha escrito Roxlo en su vida! ¡No les decía yo que nos enviaría algo para la Revista? ¡Qué buen compañero! Pero, que hermosa poesía! ¡Vamos a leerla otra vez? Y hemos ahí releendo aquel "Cave ne cadas", entre gritos de admiración. Entonces Carlos empieza a formular ciertas observaciones, críticas menudas: no lo dejamos concluir. Daniel, su mismo hermano, quiere comérselo erudó:

—¡Cállate! Es que le tienes envidia a Roxlo!

—¿Qué yo le tengo envidia a Roxlo?

—Sí, tú; en tu vida escribirás versos como esos.

Para cortar la discusión, Rodó propone enviar la colaboración a la imprenta. Así se hace. Daniel se encarga enseguida de corregir las pruebas; no quiere que vaya a deslizarse algún error. Carlos, sarcásticamente,

le recomienda que la firma "Carlos Roxlo" la ponga en caracteres bien grandes, como que nunca la Revista ha publicado versos mejores. Y aparece al fin el número.

¿Qué es esto? Nuestros ojos no creen lo que ven. Allí está la poesía "Cave ne cadas", en efecto; pero no luce al pie la firma de Carlos Roxlo, sino la de Carlos Martínez Vigil. Nos miramos los unos a los otros. Y desde un rincón de la estancia empieza a deslizarse, como una sierpe, una carcajada aguda, frenética, que no acaba nunca, mientras Daniel, tragando saliva, mastica:

—No le veo la gracia a la broma...

Esta misma poesía iba dedicada a una excelente persona que presumía de poeta. Creyóse ésta obligada a corresponder la fineza, y, cuando menos lo esperábamos, se nos descolgó con toda una serie de sonetos, una docena en total, que se titulaba "Desde la arena". El último de la serie, titulado "Los brutos", era malo de verdad, un verdadero dolor de muelas.

—¡Caramba! ¿Y cómo le decimos que este último no puede publicarse? El primer perjudicado, con semejante poesía, sería el autor.

—Nosotros le hablaremos, — propusieron Rodó y Carlos.

Y fueron, efectivamente; pero, al aducir que la publicación del soneto respondía al deseo de evitarle al autor algún disgusto, contestóles éste:

—¡No importa! ¡qué vengan los brutos a pedirme explicaciones! Yo asumo la responsabilidad de mis actos.

Tan equivocado estaba aquella buena persona sobre el mérito de su soneto, que luego lo remitió a *El Siglo* con una carta en la cual nos reprochaba un poco amargamente la no publicación de "Los brutos" en nuestra *Revista*. ¿Qué hemos de hacerle?

Esta falta de juicio o criterio estético para apreciar los propios trabajos, también lo habíamos advertido en

otro colaborador, poeta de onomásticos y banquetes. Excelente persona, como la anterior, nos tenía lisiados con sus ripios y prosaísmos. Un flemón que le salió a Carlos, fué atribuido por mucho tiempo a la lectura de unos versos de ese vate. Cierta día iba por la calle 25 de Mayo nuestro gran Rodó con el poeta liliputiense. Un caballero ajeno a la literatura y, por lo visto, ajeno también a discernir los méritos de cada cual, surgió de pronto entre ellos, los cogió por un brazo y se descolgó con esta atrocidad: — "Yo, en el medio, entre las dos columnas de la literatura uruguayana".

Cuando Rodó, con chispeante alegría, nos refirió el caso, la Musa no pudo tenerse más. Para tal poeta, tal estrofa:

Piensa, vate que te exhalas
En rimas y formas toscas,
Que a pesar de tener alas,
No son aves, no, las moscas.

Y como sería el cuento de nunca acabar, vamos a la broma con que yo me vengué de las que me venían dando aquellos excelentes amigos. Es el caso que el doctor Julio Magariños Roca nos envió, para ser publicada, una serie de pensamientos, entre los que había uno que decía: "La criatura humana sabe ser a veces un coloso con pies de barro".

Indignación de Carlos. ¡Esto no es un pensamiento! ¡Es una trivialidad! Réplica contundente de Daniel. Declaración mía de que Carlos tenía razón. Intervención conciliadora de Rodó: "hemos publicado cosas más flojas que eso"... Tras dos horas de discusión, allá van los originales a la imprenta. Daniel, que apreciaba particularmente al doctor Magariños Roca, se encarga de corregir con meticulosidad las pruebas. ¡All right! Todo está bien; marche la máquina!

Y aparece el número 23 de la *Revista Nacional* con aquel pensamiento impreso así: "La criatura humana sabe ser un coloso con pies de *burro*". ¡Figúrense ustedes que tromolina! ¡*Burro* en vez de *barro*! ¡"Eso no estaba así!" — clama Daniel — "Es que tú no sabes corregir", — contesta Carlos. Daniel se pone rojo de ira y vocifera: — "¿Qué yo no sé corregir? Estoy seguro que la prueba decía barro y no burro. ¡Aquí hay una mano criminal!"

La discusión no concluía más. Se trajo la prueba. Efectivamente, decía *barro*. ¿Entonces, cómo aparecía escrito *burro*? — "Se habrá caído la letra y los cajistas la arreglaron por su cuenta"... — explicó Carlos.

Callandito, me marché a averiguar el caso por mi mismo. Muy en secreto me confiaron en la imprenta que una vez colocadas las "ramas" en la máquina, Carlos en persona había hecho la substitución de letras. Satisfecha mi curiosidad, volví al escritorio de Rodó: los hermanos Martínez Vigil se habían marchado.

Bajo la fiebre de mi descubrimiento, sin duda, rompí a hablar en verso:

—Buenos días, señor don José Enrique

Mi amigo, tomando la embocadura, no quiso ser menos, y se soltó con otro endecasílabo:

—Buenos días, don Víctor, ¿qué me cuenta?

Puestos en este tren, por fuerza teníamos que aporrear a las Musas. Y así continuamos dialogando yo y él:

Yo—Que vengo horrorizado de la imprenta.
El—¿Pues qué ha sido? Su horror, al fin, publique.

Yo—Hay que impedir que Carlos modifique.
Su texto a los autores...

Al llegar aquí, la Musa me abandona tracionera y me quedo buscándola por el aire. Rodó, que mantiene a

la suya bien sujeta y no la deja escapar, me saca del atoladero:

El—Me impacienta
Que no encuentre usted pronto rima en esta!
En prosa o verso su pecado indique.

Yo cobro ánimos, y ya no hay quien me detenga:

Yo—En una prueba que decía *barro*.
Cambié la *a* por *u*, y escribí *burro*.
El—; Al fin, amigo, ha destapado el tarro!
¿Y contra quién se despachó el cazurro?

Yo—Contra don Julio Magariños Roca.
El—Entonces esa enmienda no me choca.

Ya ven ustedes si es cosa fácil hacer un soneto. Pero no era para hacer sonetos que yo había vuelto al escritorio de Rodó. En pocas palabras le expliqué mi propósito:

—Hay que darle una buena broma a Carlos. Le diremos que el doctor Julio Magariños ha hecho lo que yo hice, es decir, averiguar en la imprenta quién era el autor de ese cambio de letras. Tenemos que agregar que está hecho una fiera; que no quiere entender razones, y que nos ha venido a ver para que seamos sus padrinos. Nosotros le explicaremos a Carlos que hemos aceptado únicamente para procurar de evitar el duelo.

—Me parece muy bien, — contestó Rodó.

Esa misma tarde, nos llegamos ambos a casa de Carlos. Empezamos con infinitos rodeos, para ponerlo nervioso, explicándole que el doctor Magariños había estado en la redacción rugiendo y pateando; que sabía quien era el autor de la broma; que en la imprenta uno de los empleados había caído en la zoncera de decirsele; que no admitía explicaciones; que deseaba batirse.

—¡ Es una barbaridad! — agregaba Rodó. — Nadie se bate por una nimiedad semejante. Nosotros hemos aceptado el padrinzago para evitar ese duelo absurdo.

Si nosotros renunciáramos el padrinzago, como decíamos con Pérez, aquel hombre nombra otros dos, quién sabe quién, y entonces no hay solución amistosa.

Dado este primer paso, nos marchamos, dejando á nuestra víctima convencida de la realidad del duelo. Por el camino comentábamos contentos la facilidad con que Carlos nos había creído. "¡Para que aprenda a dar bromas!", — repetíamos regocijadísimos.

Volvímos por la noche a la carga. — El doctor Magariños no quería saber de arreglos. O Carlos publicaba una carta pidiéndole excusas o se batían. Comentando el caso de mil modos, interminablemente, salimos a la calle y enderezamos al café que existía entonces en la calle de los Treinta y Tres esquina Sarandí, donde hoy tiene su sede "La Industrial".

A las 9 tenemos que entrevistarnos con Magariños, — le dijimos luego a Carlos. — Usted, pues, nos espera en el café hasta que regresemos. No se mueva de aquí.

Y nos marchamos al teatro. A la salida, encontramos al otro en el café, esperándonos impacientemente. No había arreglo posible. O el duelo o la carta.

—Yo no escribo esa carta, — vociferó Carlos.

—Es lo que pensábamos. Así, pues, no hay arreglo. Por eso mismo hemos renunciado al padrinzago. Mañana, Magariños designará otras dos personas que irán a verlo en su casa. Usted no debe moverse de ella.

Aquella noche, implacablemente, dejamos a Carlos bajo la amenaza inminente del duelo.

Al día siguiente lo tuvimos prisionero todo el día, esperando los anunciados padrinos. Por la noche, nos presentamos a explicar los nuevos sucesos que habíamos ideado. Dijimos al contrincante del doctor Magariños que habíamos ido a ver a éste para presentarle verbalmente las excusas de Carlos. Pero el otro insistía en

que se le dirigiera una carta, firmada siquiera por nosotros.

— Yo no los he autorizado para eso ! ¡ Yo nos los autorizo para enviar esa carta ! — protestaba Carlos.

Disentimos toda la noche, tratando de convencerlo. Al fin le manifestamos que a nuestro pedido se había postergado el envío de los nuevos padrinos. Estos vendrían al día siguiente; Carlos tampoco debía moverse de su casa. Y nos marchamos.

Pero, aquello de tener a un hombre casi tres días seguidos con la amenaza de un duelo sobre su cabeza, me pareció un poco cruel. Ya había dado yo su "vuelto" á Carlos; ahora me tocaba hacer caer en el lazo al propio Rodó. Por la tarde del nuevo día me fuí a ver a mi primera víctima.

—¿ Qué hay de nuevo ? — me interrogó nervioso.

—Hay que no hay duelo.

Y entonces me detuve a explicarle que todo había sido una broma fragnada con Rodó.

—Pero, ahora, — agregué, — debemos continuarla contra Rodó. Vamos a decirle que molestado usted por las excusas que, sin su autorización, le presentamos ayer al doctor Magariños, y que éste no quiso aceptar, le ha enviado usted a éste una carta injuriosa, y que nos nombra a nosotros dos padrinos para el duelo que tiene que producirse. Yo me arreglaré para que Rodó no vea a Magariños. Ahora voy a verlo y luego llega usted.

Dicho y hecho. Rodó estaba esperándome en su escritorio para resolver la conclusión de la broma dada á Carlos. Yo entré desolado, enmedio de un sofocón:

—¿ No sabe lo que pasa ? Carlos ha enviado una carta a Magariños.

—¿ Pidiéndole excusas ?

—¿ Qué excusas ni qué ! Insultándolo.

Le comuniqué, atribulado, el nuevo incidente surgido.

¿Y qué hacemos ahora? Carlos quiere batirse. El otro ha recibido una carta insultante, sin saber por qué. Pedirá explicaciones. Carlos sabrá que por nuestra culpa se halla metido en ese lío. ¿Qué va a resultar de todo esto?

Rodó se había inmutado. No sabía que partido tomar. Por fin, insinuó la idea de hablarle francamente a nuestro amigo.

—Ni lo intente, —argüí yo. — Está hecho un tigre. La pegaría con nosotros. Vamos a aceptar el padrinazgo de este duelo, que ahora es de verdad, y yo me encargo de ir a ver al doctor Magariños para explicarle que todo es resultado de una broma nuestra.

—Me parece bien, — contestó mi ex-cómplice, conturbadísimo.

Cuando llegó Carlos, Rodó empleó todos los recursos de su dialéctica para convencerlo de que no debía batirse. Aquél se mostró inflexible.

—¡ Ahora soy yo quien quiere el duelo! —rugía.

Jamás en nuestra vida habíamos visto un hombre más furioso. No lo podíamos aplacar. Como yo había dicho que esa noche debía entrevistarme con el doctor Magariños, Rodó nos invitó a cenar a todos. Después de comer, salí con Rodó y nos dirigimos a casa de Magariños. Entré yo solo, según lo convenido, y éste quedó a la puerta. ¡Cualquier día entraba Rodó a dar semejantes explicaciones! Allá arriba hablé de cualquier cosa con el dueño de casa, para dejar pasar el tiempo, y luego descendí.

—¿ Tan pronto? — inquirió Rodó. — ¿ Qué hay?

—Que la hemos hecho buena, — repuse. — Por la carta de Carlos, Magariños ha averiguado lo que no sabía, es decir, que fué él, Carlos, quien substituyó la letra. Y ahora él también quiere batirse.

—¿ Qué hacemos, Señor, qué hacemos? — exclamaba

angustiadísimo Rodó. — No podemos dejar matarse a estos dos, por nuestra culpa. Hay que hablarle á Carlos.

—¿ Para qué, si el otro quiere batirse por lo del cambio de "barro" en "barro"? Mañana le manda los padrinos y esta vez de verdad. Dejemos las cosas como están y mañana resolveremos.

Al día siguiente, Carlos nos vino con la nueva de haber recibido los padrinos, un general y un diputado. Con esto se complicó más el enredo. Yo tenía que contener a Rodó, que a cada instante quería confesar el caso.

Entonces, durante dos ó tres días más, fué un ir y venir endiablado de los unos a casa de los otros. Con Carlos combinábamos nuevos enredos. Rodó, no vivía. A cada instante estaba en mi casa, para saber lo que había hablado yo con Magariños, con Carlos o con los padrinos. El no quería saber de nada. Hallábase desesperado. Sólo acertaba á repetir: — "No los podemos dejar matarse... Confíese usted la verdad... Arregle como le parezca"... Al séptimo u octavo día, caí como una bomba en casa de Rodó:

—¡ Todo está arreglado!

—¿ Sí? ¿ cómo?

—Comiendo. Hay que ir á comer juntos. Usted nos invita.

Rodó era generoso. Accedió contentísimo. Pero quería conocer el arreglo.

—En la mesa, en la mesa lo explicaré. Es un poco largo y complicado.

Y en la mesa, en efecto, reunidos los tres actores de la intrincada y complicada trama, le fué dado averiguar a Rodó que todo ello no había sido otra cosa que una broma mía en represalias por la cartita en verso de José Pardo y la supuesta menipea del doctor Angel Floro Costa contra Carlos Reyles. — Más como no había caso o sucedido, palabra o discurso, que no se convirtiera en su

espíritu, como por natural floración, en una máxima o sentencia, denunciadora de su sagacidad crítica o acaso del hondo sentido filosófico que más tarde habría de revelar, — dijo por todo comentario de aquella "fumada".

—No puede negarse que maneja usted los hilos de los títeres con soltura y habilidad. ¿Por qué no se dedica a escribir para el teatro o a político intrigante?

V

LITERATURA Y POLITICA

La *Revista Nacional*, tras de aquellas luchas de que antes he hablado y salvando todos los obstáculos que le opusieron la malevolencia y la envidia, había logrado imponerse al fin. Voces consagradoras habían llegado del extranjero reconociendo la meritísima obra de acercamiento intelectual entre los pueblos de América acunada por la publicación y aplausos halagadores y desinteresados pagaban con creces el esfuerzo realizado por los cuatro redactores. Cada uno de éstos se enorgullecía de las voces de aliento recibidas: Rodó, por las de Clarín, Salvador Rueda, Rafael Altamira, Pierre Ville, Leopoldo Díaz, Rivas Groot, Rafael Merchán, Eloy González, Mercedes Cabello de Carbonero, etc.; — Daniel, por las de Díaz Rodríguez, Rafael Obligado, Pedro Pablo Figueroa, Víctor Arreguine, Ricardo Palma, Carlos María de Pena, Joaquín de Salterain, etc.; — Carlos, por las de Amunátegui y Reyes, Adolfo Valderrama, Fidelis P. del Solar, Carlos Gagini, Mercasseou y Morán, Tomás Guevara, Alberto Bienes, Newman, Kabezón, Ernesto Quesada, de la Barra, etc.; — y yo, por las de Clarín, Altamira, Remy de Gourmont, Rubén Darío, Gómez Ca-

millo, Leguizamón, Villalobos, Casimiro Prieto, Villaespesa, de la Barra, Daniel Muñoz, etc. — El triunfo era completo: después de renir la Revista en sus páginas, durante el primer año, cuanto tenía entonces de más representativo la intelectualidad uruguaya y hecho conocer a nuestros jóvenes que recién se iniciaban en las letras y que luego alcanzaron verdadero renombre u ocuparon altos puestos en nuestro país; después de este gran paso, digo, la Revista ambicionó a más altos destinos, y por un esfuerzo constante de sus redactores, por una dedicación de todas las horas, logró estrechar relaciones íntimas con los centros más cultos del continente, con Santiago de Chile y Buenos Aires, con Lima y Caracas, con Colombia y Ecuador, con Centro América, hasta con la lejana madre patria; y así es como hoy puede verse, en los tomos II y III de la misma, poesías, novelas, críticas, estudios filológicos, cartas, etc., de Mariano José Madueño, Adolfo Valderrama, Rubén Darío, Eduardo de la Barra, Carlos Gagini, Leopoldo Lugones, Rafael Merchán, Bartolomé Mitre, Santos Chocano, Francisco García Cisneros, Ricardo Palma, Isaias Gamboa, Rafael Obligado, Fidelis P. del Solar, Salvador Rueda, Rufino Blanco Fombona, Soto y Calvo, Jaymes Freire, Leopoldo Díaz, Carlos Alfredo Becú, Amunátegui Reyes, Julio Bambill, Luis Berisso, Mario Centore, Díaz Romero, López-Penha, Casimiro Prieto, Guillermo Stock, Rosendo Villalobos, Dublé Urrutia, Pedro J. Naón, Barreto, Leguizamón, Roeber, Federico Toba!, Eloy González, Manuel Ugarte, Carlos Newman, O'Connor d'Arlach, Carlos Ortiz, Cabrera Guerra, Altamira, Rueda, Mostajo, Guevara, Tamini, Santiago Espinosa, José Pardo, Rivas Groot, Gómez Carrillo, Jara Finca, Nercasseum y Morán, Figueroa, Saavedra, y muchos otros aún que es imposible enumerar.

La acción de la *Revista Nacional* es hoy indisentible:

no sólo ofreció un estrado propicio para hacerse conocer a los escritores nuevos, no sólo despertó de su marasmo a los escritores viejos que habían abandonado las letras por otras ocupaciones más prosaicas, sino que hizo conocer la intelectualidad uruguaya en el extranjero y hasta logró sacudir de su apatía a varios pueblos hermanos, que desde entonces siguieron sus huellas. Si nuestra publicación hizo conocer, del Uruguay, los nombres hoy aplaudidos de Guzmán Papini, Pedro Cosío, Cione, Espalter, Liambías, Irureta Goyena, Constancio Vigil, José Salgado, Francisco Lacoste, Ramos Suárez, Toribio Vidal Belo, Pedro Martí, Enrique Rivera, etc., también le cupo el honor de publicar los primeros trabajos de algunos escritores extranjeros que hoy son cumbres altísimas en las letras, tales que Leopoldo Lugones, Ricardo Jaymes Freire, Blanco Fombona, Díaz Romero, Clemente Palma, Soto y Calvo, Naón, Ugarte, etc., etc. — En sus páginas por las que rueda como un soplo ardiente de juventud, en las que vibra como una ansia irrefrenable de vuelo, también se halla el revivir adborozado de canosos cóndores: don Pedro Bustamante, don Ramón de Santiago, Antonino Lamberti, Daniel Gramada, Alberto Palomeque, Guillermo P. Rodríguez, José Sierra Carranza, otros robustos talentos aún que fueron un día orgullo de nuestra intelectualidad y que en ese entonces vivían entregados a tareas extrañas a la literatura, en la ruda lucha por la vida, volvieron, por nosotros, al coto de sus primeros laureles. Y entonces pudimos decir, con muy legítimo orgullo, que si antes se conocía a nuestro país por sus dolorosas guerras civiles, ahora se la conocía, más noblemente, por su intelectualidad, de la que era heraldo la *Revista Nacional*.

Había ya cumplido ésta su luminoso ciclo y tenía conquistado los sufragios de la América entera, cuando un resoplido asnal cundió en el verjel de rosas. Don An-

tonio de Valbuena, aquel señor que vivió envenenado porque queriendo ser un príncipe de la escena de las letras nunca pasó de la categoría de clown de feria, arremetió contra nuestros poetas Elías Regules y Manuel Bernárdez, y de pasada, contra toda la intelectualidad uruguaya de la *Revista Nacional*. Para castigar, como se debía, al osado y malficiente, escribí entonces un artículo, que no llegó a publicarse: los diarios lo encontraron un poco fuerte; pero, Carlos Martínez Vigil, en la propia *Revista Nacional* (véase el tomo III, pág. 19), en carta dirigida a del Solar, le dijo a don Antonio de Valbuena algunas verdades como estas: "Es curioso el contraste que forman la opinión del autor de los *Cuentos de barbería* y la del eminente crítico español Leopoldo Alas. La verdad es que tiene gracia que aquél aseverare que " esto de saber donde hay diptongo y donde no le hay está muy por encima de la inteligencia y de la instrucción de los uruguayos", después que el severo Clarín ha dicho en uno de sus amenísimos *paliques*: " En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan a los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura. Pero hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de literatura y ciencias sociales*, que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original e ilustrada." Y agregaba todavía mi amigo en su epístola, dejando a don Antonio con una mano en la cabeza y otra donde no puede decirse: " Un señor como Valbuena, que no sabe que el verbo *deber* seguido de la proposición *de* indica probabilidad y no certeza ó precisión de que suceda una cosa; que dice *comible* por *comestible*, lo mismo mismísimo que algunos pilluelos de estas regiones; que escribe uniformemente *chavacano*, *centígrado*, *centilitro*, *óxido de plomo*, *a* *roso* y *belloso*, *Iliada*, *espúreo*, *álito*, *acostumbrara*, *latinista*,

antidiluviano, *hacer el amor*, por *chabacano*, *centilitro*, *óxido de plomo*, *á roso y velloso*, *Iliada*, *espúrio*, *hálito*, *acostumbrar*, *latino*, *antediluviano*, *enamorar*; que usa los complementos *excepción hecha de* y *por de pronto*, en vez de *á excepción de*, *por el pronto* ó *por lo pronto*; que critica el uso del verbo *ardar* como activo, pero en cambio emplea galicanicamente *extrañarse* por *extrañar* y conjuga lo mismo *vaciarse* que *extasiarse*; que ignora las diferencias existentes entre las frases *al mismo tiempo* y *a un mismo tiempo*, *sentar plaza* y *pasar plaza*, diferencias que las advierten los niños de nuestras escuelas; que ni siquiera escribe con propiedad los apellidos ilustres de Littré y Larousse; que no está más adelantado que nuestras cocineras en el uso propio de los pronombres personales; que no sabe medir un verso, porque desconoce el valor ortológico de las palabras y elementales, elementalísimas reglas de la métrica; Antonio de Valbuena, digo, no es nadie para juzgar de la intelectualidad uruguaya, cuya existencia con injuriosa estulticia pone en duda."

La paliza fué fenomenal, pero muy merecida. Estos imbéciles, de cerebro de estopa, de corazón fofo, que caminan en dos patas por un milagro de la naturaleza siendo su posición fisiológica la de los cuadrúpedos; estos infelices que de tarde en tarde surgen en España para odiar a los americanos sólo porque se hicieron independientes hace más de cien años, olvidándose que ellos mismos tuvieron una hora en su vida en que llegaron a la mayoría de edad y se desligaron de sus padres, — son los que más daño hacen a esa hermosa y santa tierra en que nacieron, porque apenas nosotros, desde aquí, por un impulso irresistible de toda nuestra sangre, tendemos hacia allá los brazos, como los tiende el hijo hacia la madre distante, ellos se encargan de darnos una ooz y de herirnos en lo más hondo de nuestro amor propio.

¿Y cómo hemos de aceptar el insulto si nosotros, los sudamericanos, de España hemos aprendido que siempre debe abofetearse al insultador?

La carta de Carlos Martínez Vigil fué enviada en sobre certificado, para tener la certeza de que llegaba a manos del destinatario. Y no se le envió un ejemplar solo de ese número de la Revista: Rodó tuvo la paciencia, durante dos meses, de remitirle por todos los correos de Europa ejemplares repetidos. Pero, don Antonio no volvió a existir.

La guerra que había azofado al país durante el año 1897, contra el Presidente Idiarte Borda; la fatiga mental que tres años de esfuerzos y preocupaciones continuos nos habían propiciado; la necesidad de ejercitar nuestra acción en otro terreno, — otras más pequeñas causas aún, — nos condujeron a hacer cesar la *Revista Nacional* con el número 60, aparecido el 25 de Noviembre de 1897. — Verdad es que, al fin de ese número, anunciábamos que íbamos a introducir una reforma en el formato de la publicación. Con Rodó, en efecto, hablamos de dar a luz una revista mensual de 64 u 80 páginas de texto, tomando por modelo la *Revue des Deux-Mondes* o *La Lectura*. Pero el temor de que fueran a creer las gentes que habían surgido desinteligenacias con los otros dos compañeros de la Revista, hizo desistir a Rodó de su propósito. Por dos o tres veces, más tarde, me volvió a hablar de la posibilidad de resucitar la publicación; pero, ya habíamos dejado de ser muchachos...

En la *Revista Nacional* lucen los primeros escritos de nuestro incomparable escritor, y en ella quedan varios que no han sido coleccionados en *El Mirador de Próspero*. A ella tendrán también que ocurrir los que quieran conocer el espíritu juvenil de Rodó.

Sus primeros trabajos son el fruto de sus primeras lecturas, — ya lo dije antes. Las páginas consagradas a

Juan M. a Gutiérrez, El Iniciador de 1838, El Americanismo literario, reflejan con fidelidad extrema la huella que en su espíritu dejaron los libros hallados, en su primera juventud, en la biblioteca paterna. Siempre, por lo demás, tuvo Rodó preferencias íntimas por todo lo de América. Mientras yo, por ejemplo, recorría todas las literaturas, con una curiosidad anhelante y un entusiasmo creciente, él, sin dejar de deleitarse con los escritores españoles y franceses que iba descubriendo, convertía de continuo sus ojos hacia nuestras cosas. Ya, en aquel entonces, le seducían Martí y Montalvo, Sarmiento y Alberdi; le interesaba sobremedura la época de la Defensa de Montevideo (de la que siempre proyectó escribir la historia), y mostraba particular predilección por la interesante figura de nuestro Mellohor Pacheco y Obes. — Pero, nuevas lecturas, debían desviar un tanto estas preferencias. En 1895, lee a Taine y Spencer, y por cierto tiempo le es infiel a Renán y Guyau. *Los orígenes de la Francia contemporánea* le causan un deslumbramiento; durante varios días cree vivir en la época de la revolución. *Los primeros principios* de Spencer, le cautivan, más que por la doctrina, por su plan lógico: aquel hilado de exposición, de refutación y de armonía entre los sistemas filosóficos opuestos, le hacen pensar en una máquina de hierro, donde cada rueda, cada báscula, cada engranaje, cada tornillo, tienen su campo de acción circunscripto y contribuyen al funcionamiento total. Después, es la *Historia de las ideas estéticas en España*, de Menéndez y Pelayo, la que solicita su atención. Como detalle, puede citarse que el tomo IX de la obra quedó deshecho, de tanto ser leído y manoseado. Por fin, con la difusión y canje de nuestra Revista, empieza a conocerse algunos de los nuevos escritores americanos, — Rivas Groot, Leopoldo Díaz, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, etc., — y entonces su pensamiento emi-

noctemente "simpático", en el sentido empleado por Gayau, se lanza curioso y enardecido por las nuevas corrientes del arte moderno. El mismo nos lo dirá, más tarde, en un magistral estudio sobre Rubén Darío: "Parecimo tener entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar en sus peregrinaciones á los poetas, á dondequiera que nos llame la irresponsable voluntariedad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad; pláceme tripular, por ejemplo, la nave horaciana que conduce á Atenas á Virgilio, antes de embarcarme en el bajel de Saint-Pol-Roux o en el raro yacht de Mallarmé." Con esta fácil comprensión, con esta predisposición innata para simpatizar con el pensamiento de los otros, le vemos abondar en las páginas de la *Revista Nacional* el análisis de los libros que llegan á sus manos remitidos por sus nuevos amigos. Son los versos de Guido Spano, *Ecos lejanos*, y de Leopoldo Díaz, *Bajo-relieves*; las *Poesías* de Soto y Calvo y los poemas de Andrés A. Matta. A veces, sus ojos ya visionarios, su rítmico verdaderamente profético, conviértense hacia la unidad espiritual de América, como en aquella breve, pero jugosa carta dirigida a Manuel B. Ugarte. A veces también, es un brusco retorno a sus primeras lecturas motivado por un libro nuevo — tal su comentario de *La novia del hereje*, por la lectura de *La loca de la guardia* de Vicente Fidel López. Díjase que su espíritu, indeciso, busca aún una orientación. Así, después de los juicios sobre Clarín, los "poemas cortos" de Núñez de Arce y un libro de crítica de Menéndez y Pelayo — cuyos temas son Guadalupe, *La Celestina*, Lope y Grillparzer, Tirso, Heine, etc. — se torna hacia un poeta colombiano, Rivas Groot para comentar sus *Constelaciones* y *La Natura-*

leza. No deserta tampoco nuestro escenario: a propósito del estudio de Menéndez y Pelayo sobre nuestros poetas, protesta virilmente porque se ha silenciado el nombre ilustre de Juan C. Gómez. A propósito, también, de las "Academias" de Reyles, escribe un magnífico estudio sobre la "Novela nueva". Y en las conversaciones con sus amigos, adviértese también esta tremenda inquietud espiritual. ¡Lo que hemos perorado y discutido, en aquel período de nuestra vida, con Carlos y Daniel, a propósito del modernismo! Eran unas polémicas homéricas, interminables, furibundas, que iniciábamos en la redacción, continuábamos en la calle y el café, reanudábamos en casa de Martínez Vigil y proseguíamos de noche, cuando, a las dos de la mañana, me acompañaban todos hasta mi casa, — aduciendo textos, abrumándonos de citas, recordando autores, exponiendo ideas y teorías, todo de memoria, como unos halucinados, como unos poseídos. Carlos con su maciza erudición de los clásicos españoles, tronaba contra los modernistas, por ejemplo, y Rodó, con su eclecticismo amable y comprensivo, buscaba los nuevos rumbos. No olvidemos que ya en esa época escribía esto en las mismas páginas de la *Revista*: "Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad." Si nos hubiera sido dado recoger los discursos, disertaciones y conferencias que a veces nos dábamos sobre temas improvisados, surgidos al acaso de la conversación, cada uno de nosotros podría editar sus obras en más volúmenes que *Les causeries du lundi* de Sainte-Beuve. Como un dato sintomático de nuestro estado espiritual y de las ideas que cada uno preferíamos, puedo citar este, bien elocuente de suryo.

Yo escribí y publiqué, por aquellos años, en la Revista mi cuento *La música de las flores*: pues bien, al lado de la opinión de los amigos que le reputaron un "gran movimiento sísmico de mi razón" y que quisieron que le pusiera una nota, atribuyendo su inspiración a un pasajero capricho literario, para que no me tomaran en todos lados por loco, surgió este fallo de Rodó: — "Es la página más luminosa y bella que se ha escrito hasta ahora y que se escribirá en muchos años. Yo quisiera haberla escrito, y si lo hubiera hecho, la publicaría sin nota alguna". El éxito que luego obtuvo ese cuento en todas partes, me evidenció que el juicio de mi noble y generoso amigo me obligaba a publicarlo sin la nota referida cuando me decidí a incluirlo en mi volumen de cuentos *Gil*.

Ese estado de ánimo, esa inquietud intelectual, ese momento sagrado en que todas las energías del espíritu buscan fiebrosamente una orientación, culminó en Rodó con aquel grande y bello trabajo *El que vendrá*, que tuvo el amistoso movimiento de dedicarme, por compartir sus gustos e ideas literarias. La aparición de ese escrito en el tomo II de nuestra Revista, fué el primer chispazo de la gloria de Rodó. Al día siguiente de publicado, Samuel Elixón, entonces Director de *La Razón*, espíritu curioso y comprensivo también, lo reproducía en su diario a dos columnas y con grandes letras titulares. Hubo entonces un gesto de asombro en todos los círculos literarios: ¿Quién es Rodó? — parecían preguntarse todos. Y a fé que a todos podía responder, por sí mismo, aquel admirable artículo, *El que vendrá*. Sin una orientación definitiva, sin señalar un rumbo determinado, había tanta realidad inquieta y sobre todo, una tan suprema belleza de la forma, que, por lo pronto, certificaba que su autor no era un quidam cualquiera de las letras, uno de esos mocitos que se

trepaban a las columnas de una publicación para hacer gestos siniescos y proferir grandes voces con el único propósito de llamar sobre sí la atención de las gentes. Quien había escrito tan gallarda página era, pura y lisamente, un escritor de raza que en breve futuro daría mucho que hacer a todas las trompetas de la fama. Era, él mismo, "el que vendrá".

El que vendrá y La novela nueva — las dos páginas más significativas de ese momento de irresolución y de inquietud que tuvo nuestro amigo antes de hallar su orientación definitiva, — fueron reunidos por su autor en un folleto que vió la luz en 1897; y aún cuando están muy lejos de alcanzar ambos la fuerza del estudio sobre *Rubén Darío*, publicado dos años más tarde, y la profundidad y transcendencia de *Ariel*, que es de 1900, tienen méritos y quilates que no justifican el despego que el propio autor sintió por ellos más tarde. "No dicen nada", — me confesó cierta vez, cuando preparaba *Motivos de Proteo* y se hallaba en el pleno dominio de sus facultades. — "Sí, dicen, — hube de replicarle; — dicen su anhelo de verdad, su aspiración hacia algo mejor que todo lo conocido, sus ansias de estudio, su amor al arte, su energía juvenil, curiosa e investigadora. Y dicen, también, que cuando usted empezó a escribir, no lo hizo como lo hemos hecho todos, con tanteos, con tropiezos, con imperfecciones: usted, como la diosa griega de la cabeza de Júpiter, salió del seno del Arte armado de todas armas, las más puras y nobles. *El que vendrá*, dice esto: que desde la primer hora, desde sus primeros escritos, Rodó fué un escritor atildado, pulero, sereno, sin máculas, sin incorrecciones, sin fealdades".

Alégrame sobre manera que esta apreciación mía confiada allá por los años 1907 o 1908 a mi noble amigo, pueda ratificarla, sin disminuirla en un punto, hoy que mi criterio se ha afirmado y hecho más ex'gente.



Rodó, desde que salió a la palestra, fué un cuidadoso concienzudo de la forma. Sus primeros escritos son de una perfección verbal que no es común sorprender en la iniciación de los grandes escritores. ¿Quién releendo alguna página de su primera juventud no ha experimentado un sonrojo y el deseo de corregirla de inmediato o destruirla? Pues yo no creo que Rodó tuviera hoy porque renegar de sus trabajos de ayer; y la mejor prueba de ello es que en su *Mirador de Próspero*, a'l lado de páginas recientes de una sin par belleza ha podido colocar, o refundir en estudios más extensos, aquellos sus primeros artículos sobre Juan María Gutiérrez y sobre el "Americanismo literario" (1).

La guerra civil de 1897, a que antes me he referido, contra el gobierno de desorganización administrativa del señor Idiarte Borda, concluyó con el asesinato de éste, realizado por un hombre del pueblo, el 25 de Agosto, día de la Independencia, en circunstancias en que el mandatario de la Nación salía de la Iglesia Matriz, rodeado de sus ministros y legisladores, después de oír el tradicional *Te Deum*. La noche de ese día, fué una noche de acongojante zozobra. Recuerdo que conjuntamente con Eduardo Ferreira, entonces director de *La Tribuna Popular*, recorrimos las calles de la ciudad, desiertas y silenciosas, sólo conmovidas a veces por el paso de patrullas armadas, haciendo reportajes a los personajes políticos de más significación, Julio y Mi-

(1) El celebrado poeta chileno don Eduardo de la Barra, que era a la vez un gramático de nota, en carta íntima dirigida a Carlos Martínez Vigil, celebraba el estilo de Rodó, aún cuando observaba ciertos detalles, tales como por ejemplo el de la extensión de algunos párrafos, preñados de oraciones incidentales, que obligaban a un esfuerzo mnemotécnico constante para no perder el hilo de la oración principal. Rodó, meticoloso hasta el extremo, le pidió la carta a su amigo y anduvo con ella varios días, para "desentrañarle toda su enseñanza".

guel Herrera y Obes, el general Máximo Tajés, etc. En todos los ánimos encontramos una profunda y trágica desconfianza del porvenir. Sólo al día siguiente me ví con Rodó y comentamos el suceso. El crimen político repugnaba a su ánimo juvenil y noble; pero reconocía que era preferible la muerte de un hombre a la de los cientos y cientos de buenos ciudadanos que con la guerra se estaban eliminando en nuestras llanuras y cuchillas. El problema, ahora, era ese don Juan Lindolfo Cuestas que, como Presidente del Senado, asumía el mando. Era un político de la misma situación caída con la muerte de Idiarte Borda; ¿podría esperarse algo bueno de él?

Los hechos se encargaron, en breve, de darnos la respuesta. El 18 de Septiembre, con la mediación de los distinguidos ciudadanos don Francisco Bauzá y don José Pedro Ramírez, se firmaba la paz con el partido en armas. Poco después, empezaba a señalar su desvinculación con el círculo político que hasta entonces había dominado en el poder. *Bordistas* y *Herreristas* se vieron poner de lado; advirtieron que su poderío había terminado; y entonces se inició la lucha. El nuevo mandatario, sin haber sentado bien el pié, buscaba una fuerza que le guardara las espaldas; los hombres del régimen caído se hacían fuertes en sus bancas parlamentarias, su último baluarte.

La *Revista Nacional* había cesado, más nuestro prestigio de escritores estaba hecho. Un día, los respetables ciudadanos don Antonio Villalba y don Eulogio de los Reyes, de larga y honestísima figuración dentro del "partido colorado", se entrevistaron por intermedio del doctor Juan Cuestas con Carlos Martínez Vigil. Querían fundar un periódico para apoyar la política del nuevo mandatario y congregar a su alrededor todas las fuerzas del país dispersas o mantenidas lejos por los

círculos hasta entonces dominantes. — Y queremos, agregaron, que este movimiento de concentración, sea hecho por ustedes, los muchachos, sobre cuya inteligencia y honestidad nadie se atrevería a poner un reparo.

Carlos Martínez Vigil contestó que él estaba con los que habían concluido con la oligarquía reinante, que había llenado de duelo al país; pero, que para cumplir esa acción periodística deseaba hablar con nosotros. No nos fué difícil ponernos de acuerdo. Al día siguiente contestábamos que aceptábamos iniciarnos en política con aquella campaña. Daniel se eliminó voluntariamente.

Así se fundó *El Orden*. Fué su redactor en jefe Carlos Martínez Vigil; Rodó, Juan A. Zubillaga y yo, fuimos de voluntarios, a completar el cuadro de redacción, que no sé si tenía además un par de reporters. Nosotros lo hacíamos todo, de la cruz a la fecha, sin sueldo, por amor al arte. Carlos escribía el editorial político y una sección "Mostacilla" verdaderamente picante por su intención, su sátira y el gracejo con que estaba escrita (1); Rodó y yo, los demás sueltos y material del diario; y cuando a mano venía, algún largo artículo, con sus caídas al sinapismo. Nos íbamos formando la mano, y poco a poco *El Orden* empezó a hacer roncha. Los periódicos contrarios, que al principio no nos tomaron en cuenta, empezaron a enfurruñarse.

(1) — Rodó que no conoció nunca la envidia y sabía celebrar los rasgos de ingenio de sus compañeros se había hecho en esta época un gran propagandista de las ironías y sátiras de esas *Mostacillas* de Carlos Martínez Vigil. Lo mismo aconteció más tarde, cuando este publicó *Apuntes de mi cartera*. Así que la ocasión se presentaba allá caía sobre la cabeza de algún prójimo una de las sentencias de Carlos. — ¿Ha leído el último artículo de X? — le pregunté cierta vez; y Rodó, sin vacilar, a contestarme: — Lo he leído, y es lo que dice Carlos: "Semejantes a los ángulos que se hacen en los quesos, hay individuos que comienzan siendo agudos y terminan por ser obtusos".

En cambio, los personajes políticos independientes, aquellos cuyo solo nombre basta para justificar una causa, don Luis Carve, don Juan Carlos Blanco, don Carlos María Ramírez, don Mario R. Pérez, don Juan Campistegui, don Francisco Bauzá, etc., nos enviaban sus cordiales frases de aplauso y nos incitaban a proseguir en la brecha. De todos ellos, yo conservo atentas y honorosas tarjetas, y Carlos y Rodó las tenían por igual. Esto contribuía a envalentonar nuestro ánimo, y ya que no pecuniariamente, con satisfacciones nos alimentábamos. Sin embargo, tanto molestó *El Orden*, que un día se pensó en darles una respetable mano de palos a sus redactores cuando estuvieran con las manos en la masa en su redacción, ubicada modestísimamente en un par de habitaciones del tercer piso de una casa de la calle Cerrito y Ciudadela. Oficiosamente, alguien nos trajo la prevención de que se complotaba aquel supremo recurso de los sombríos tiempos de Latorre y de Santos, y oficiosamente también, alguien nos mandó un indio grandote, para que nos guardara la puerta, y cuatro revólvers, para la defensa de nuestras personas. Aquellos instrumentos fueron el único fruto que hubimos de todo nuestro trabajo. Y aquí debo consignar otro detalle que marca otro lado del carácter de Rodó. Mientras los demás nos apresuramos a llenar de balas el cilindro del arma y a echárnoslo enseguida al bolsillo, esperando heroicos y denodados la agresión, que luego no llegó, sea dicho en honor de la verdad, él, Rodó empezó por revisar bien el revólver, para cerciorarse de que no portaba cápsula alguna, y así vacío, lo colocó en su bolsillo.

—Pero, hombre, cárguelo, — le observamos.

—No, podría escapárseme el tiro, — contestó.

Y así lo llevó continuamente, durante todo el período álgido de la lucha. Más lo sobrenaturalmente curioso,

es que tampoco llevaba balas sueltas en el bolsillo. El revolver, sí, no se le caía de encima.

El Orden prestigiaba el golpe de Estado para concluir con la anterior situación política y reconstituir el gobierno nacional con todos los elementos sanos del país. Aquella medida fué adoptada el 10 de Febrero de 1898, disolviendo el señor Cuestas ambas Cámaras, designando en su reemplazo, hasta que se volviera a la normalidad, un Consejo de Notables, con elementos representativos de todos los partidos.

Entretanto, habiéndose cumplido el fin perseguido por los fundadores de *El Orden*, sus redactores empezaron a dispersarse. Carlos fué a ocupar el puesto de vocal en la Dirección General de Instrucción Pública, abandonando la cátedra de Gramática Castellana que regentaba interinamente en la Universidad por suspensión del titular, señor Lasso. Rodó, a su vez, pasó a ser empleado en la Oficina de Avalúos de Guerra, y yo, por algún tiempo todavía, continué siendo redactor de *El Orden* — antes de volver a mi casa, modesto ciudadano como antes — sin ninguna especie de emolumentos. Yo he nacido, evidentemente, para trabajar gratis toda mi vida.

Pero, antes, uno de los fundadores de *El Orden*, el señor Eulogio de los Reyes, nos participó que el gobierno tenía deseos de conocernos personalmente y que nos recibiría en audiencia especial. El señor de los Reyes era un anciano respetable, con usos y prácticas un tanto flojas. Por tratar de darle a la ceremonia un relieve que el mismo Cuestas estaba lejos de exigir, me puso a mí en unas apreturas del diablo. Ahora se verá cómo fué el caso.

Llegado el solemne día fijado para la recepción, nos presentamos los tres, Rodó, Carlos y yo, en la casa particular del señor Eulogio de los Reyes, allá por la

calle de la Agraciada. El excelente anciano quedó un poco desilusionado de nosotros al vernos: esperaba que nos hubiéramos puesto jaquet. Nos dió una amable leccióncita: “Íbamos a ver al primer mandatario de la Nación, y no por el hombre, sino por el funcionario, etc., etc.” — “En fin, son ustedes unos intelectuales, todo marchará bien”. Nos invitó a salir. Respiramos.

En el carruaje — porque nos llevó en su cupé — nos hizo varias recomendaciones. En la escalera de la casa de S. E. nos hizo otras. En la antesala, nos hizo formar.

Cuando entramos al salón estaba el señor Cuestas sentado en un sofá. Nos tendió la mano, modulando un gruñido. Era un hombre feo con ganas.

—Siéntese ustedes, — nos indicó.

Pero, el señor de los Reyes, que no se resignaba a tan sumario protocolo, desenfundó unas cuartillas que llevaba preparadas y leyó una presentación de “la juventud intelectual” al primer magistrado de la Nación. Su alocución fué breve y correcta. Estuvo bien. Y aquí viene la sorpresa. Al terminar, el señor de los Reyes se volvió hacia mí, y a boca de jarro, sin haberme preparado, tomándome completamente desprevenido, dijo:

—Tiene la palabra el doctor Pérez Petit.

Yo me quedé viendo farolitos de todos colores. La sorpresa me dejó tieso, lo mismo que un tiro. El señor Presidente se había vuelto hacia mí y me miraba fijamente, esperando un discurso, que sin duda creyó llevaba preparado. Rodó y Carlos me miraban regocijadísimos.

Había que salir del paso. Tragué saliva y empecé a hablar. Dije no sé qué, — que nosotros, los jóvenes, no seguíamos hombres, sino ideas; que le habíamos defendido a él, al señor Cuestas, porque había encarnado los principios por los que todos bregábamos; que lo habíamos hecho con toda sinceridad, con la misma conque el día de mañana podríamos combatirlo si defraudaba las

esperanzas del país, — algo así, en suma. Ya se ve que el discursete no pecaba por exceso de diplomacia.

Mientras yo hablaba — dicen Rodó y Martínez Vigil — el señor de los Reyes me devoraba con los ojos y se acariciaba nervioso las patillas. Sin duda no le parecía muy político mi discurso y dudaba de mi intelectualidad. Pero, al fin, hubo de tranquilizarse oyéndole decir al Presidente:

—Así es como debe ser la juventud. Yo soy feliz de representar sus ideales. Muchas gracias.

Conversamos largo rato del diario, de literatura, de estudios históricos, de otras cosas aún. Por último, nos despidió amablemente el hombre de las cóleras famosas. Ya en la calle, el señor de los Reyes me confió que le había puesto nervioso con mi discurso. — “Siempre hay que meditar las palabras. Felizmente, el Presidente lo ha tomado por bien. Más vale así”.

De este modo concluyó la famosa entrevista. Desde esa fecha no se nos despegaba lo de “intelectual”. Así nos saludábamos siempre. Alguno insinuó la idea de ponerlo en las tarjetas de visita. ¡Pobre y buen don Eulogio de los Reyes! Era un cumplido caballero; un entusiasta partidario: no merecía el susto que le dimos.

Entretanto, la política interna se iba complicando. La fracción del “partido colorado” — los “colectivistas”, como se les designaba, — que había sido arrojada del poder, no se avenía con su suerte, y desde la llanura tramaba planes y conspiraciones contra el gobierno provisorio de Cuestas. Por fin, una madrugada, despertó la pacífica población de Montevideo al estruendo del cañón y a las descargas de fusilería que asordaban las calles céntricas del barrio Cerdón. Al cuerpo de artillería, que tenía su cuartel frente a la plaza de los Treinta y Tres, convergieron todos los amotinados, — algunos

cuorpos de la guarnición y los ciudadanos que habían prestigiado el movimiento. Era el 4 de Julio de 1898.

El motín fué dominado ese mismo día, por la tarde, después de una lucha en las calles de Colonia y 18 de Julio, — antes la había habido, durante la madrugada, alrededor del cuartel del batallón 4.º de infantería, de la calle Carmen, — en el que más sufrieron, felizmente, los edificios que los hombres. Pero, desde ese día, el señor Cuestas, apoyado más fuertemente por el ejército, su jefe de Policía, señor Rufino Domínguez y el señor José Batlle y Ordóñez con su círculo, que crecía a ojos vistas día a día, empezó a hacer sentir su mano de hierro. Hombre voluntarioso, terco, de violentísimo genio, de pasiones arrebatadas, bastante vengativo, sintiéndose más seguro en su puesto con el apoyo que también le prestaba el otro partido tradicional, el “blanco” o “nacionalista”, enemigo del suyo propio, el “colorado”, no trepidó en castigar y perseguir a los hombres de la situación caída.

La política exterior tenía también sus extrañas y emocionantes novedades. Estados Unidos de Norte América, tomando pretexto de la voladura misteriosa de su acorazado “Maine”, intervenía directamente en la guerra que España mantenía con la última de sus colonias, la isla de Cuba. En pocos meses quedó terminada la campaña: desde Abril hasta el mes de Septiembre de 1898, España hizo un postrer esfuerzo para mantener erguido su pabellón; mas su nuevo enemigo era poderosísimo y la lucha resultaba inútil y desigual. El desastre de la flota de Cavite le trajo luego la pérdida de las islas Filipinas. El heroico sacrificio del Almirante Pascual Cervera, que con un gesto caballerezo, digno de los viejos Oídes, salió del puerto de la Habana con sus buques sabiendo que marchaba a la muerte, no impidió la pérdida de Cuba. Así, en menos de cinco meses, la

nación "en cuyos dominios nunca se ponía el sol" plegó su orgulloso pabellón sobre el mar de las Antillas.

Esta ruda contienda arrojó nuestros ánimos, el de Rodó y el mío, en la mayor de las tribulaciones. Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeto al yugo de España no obstante sus viriles luchas por la independencia y la actuación gloriosa de los Martí y Maceo. Pero, deseábamos, al par, que esa libertad fuera conquistada como había sido conquistada la de toda Sud-América, por los hijos de la nación sojuzgada, y, a lo sumo, con el concurso de los pueblos hermanos. Un nuevo Bolívar nos hubiera llenado de orgullo. Pero, lo que no admitíamos de ningún modo, era la intervención de Norte América. Cierto que propiciaba la independencia de Cuba; pero no la agradeceríamos el servicio. ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la contienda de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un "asunto de familia"? En esa lucha estábamos por España: Cuba libre, sí; pero no por el favor o el interés de Norte América.

Era un poco complicado, como se ve, este modo de raciocinar; pero, era así: en nosotros, predominaba el sentimiento. Amábamos, como seguimos amando, a España, honda y profundamente; con un amor más bueno, tal vez, que el de muchos de sus hijos, que por aquí la atacan, cuando nosotros la defendemos: no es de extrañar entonces que sus desastres repercutieran como propios en nuestros corazones. Y tanto como amábamos a España, nos disgustaba Norte América. A Dewet, y a su ponderado "Iowa" y a su invencible "Massachusetts", los odiábamos cordialmente. (1)

(1) He de convenir, honradamente, en que mi juicio sobre la poderosa República del Norte se ha modificado después que estudié con más sereno criterio sus instituciones; y

De noche, paseando con Rodó, olvidábamos a Cuestas por esta guerra extranjera. Eran, entonces, sentidas e interminables pláticas sobre nuestra bella e idealista raza latina y esa otra adusta y utilitaria raza del Norte.

—Habría que decir todo esto,—exclamaba Rodó; —habría que decir todo esto, bien profundamente, con mucha verdad, sin ningún odio, con la frialdad de un Tácito.

El númen de Ariel ya soplaba en su mente.

Pero, él no tenía aún la visión completa de su obra. Continuaba comentando conmigo los sucesos; amando a Cuba libre, mas condoliéndose de los desastres de España. "Entre nosotros, los latinos, todo lo que se quiera: podemos rompernos el alma fraternalmente; luego, más tarde, nos volveremos a abrazar, y seremos todos unos, con el mismo ideal, con la misma sangre, con los mismos hábitos y costumbres, con el mismo lenguaje. Pero ese otro pueblo egoísta, calculador y frío, cuyo dios es el dólar y que antepone el interés al ideal, ese otro pueblo es el enemigo común, es nuestro futuro peligro. Y la juventud de América, que va olvidando el ideal por el interés, está en peligro de caer en sus garras. Habría que decir todo esto, ¿no le parece?"

El libro grande, el libro inmarcesible de José Enrique Rodó germinaba ya en su alma como una flor de eucaristía. Y por eso, porque es muy sentido, porque es realmente vivido, porque traduce un estado de espíritu que tuvo que ser común, en su hora, en muchos hombres sudamericanos, porque es un grito de salvación, porque pre-

mucho más aún desde el instante en que, desatendiéndose de sus intereses materiales, intervino en la guerra europea, plegándose a la causa del derecho y la libertad. Ahora es Norte América quien está con el ideal de nuestra raza, y España la que se muestra neutral. ¿Qué hubiera pensado Rodó si hubiera podido advertir estas inopinadas actitudes?

dice el ideal de nuestra raza contra el egoísmo de una raza distinta, porque encierra en lo más íntimo de su esencia un saludo a España vencida, es que de modo tan rápido y fulminante llegó al corazón de toda Sud América, de todos cuantos, conscientemente, veían y ven el peligro del Norte. Después, la genialidad de la concepción, su realización insuperable, la belleza inmortal de la forma, hicieron lo demás.

Pero, en 1898, *Ariel* vivía en forma de nebulosa en el espíritu de Rodó. Aún no se había condensado el astro rutilante que sería la nueva estrella de Bethleem de la juventud sudamericana. Nuestra política contribuía a distraerle de sus meditaciones. Luego, el Rector de la Universidad Dr. Alfredo Vázquez Acevedo, le llamó para confiarle interinamente la cátedra de literatura, que le fué adjudicada después en propiedad por nombramiento directo. "De sus lecciones sólo queda el recuerdo que guardan sus discípulos, — dice Lauxar. — No son de ellas, ó si lo son no reproducen de ninguna manera su enseñanza, los *Apuntes de historia literaria* recientemente publicados por la casa editorial de Daniel Jorro, en Madrid." Habla con verdad el doctor Crispo Acosta. En ese libro, hay bajunos ataques contra diversos escritores uruguayos, y en particular, uno envenenado y falso contra mí, — y tan mal fundamentado, que llega a decir que en mi libro *Los Modernistas* he remido todas las implacables críticas que escribí en mi primera época contra los malos escritores uruguayos, cuando en él no me ocupó más que de escritores extranjeros. Esas apuntes malevolentes no son ni han podido ser nunca la obra de Rodó, espíritu amplio, noble, demasiado benevolente a veces. Son la obra de algún espíritu mezquino, que recogió un portero, bedel o cosa así de la Universidad, español por más señas, de esos que con su torpeza sue-

len desprestigiar a su país entre nosotros, y que no ha tenido otro propósito, personalmente, que el de luchar con su librote. Un jumento gallego. Amén.

La enseñanza universitaria de Rodó no tuvo una caracterización verdaderamente pedagógica, y en ello acierta de medio a medio Lauxar; pero tampoco fué tan evaporada, como puede maliciarse de la frase que de él he transcripto. Quien habla como maestro insuperable en *Ariel* y enseña tantas cosas hondas del *yo* en *Motivos de Proteo*, es, antes que nada, un estupendo y admirable conferencista. Y eso fué Rodó. No rigió su cátedra como un dómine; no podía hacer cursar un texto a sus discípulos quien reconocía la inanidad de todos los textos de retórica y poética. Leed, a este propósito, lo que él mismo dice en *El Mirador de Próspero* sobre la "enseñanza de la literatura": esa página es una confesión. Rodó servía, más bien, para los que poseen ya conocimientos generales de la literatura y a los que puede hablarse como Próspero hablaba a sus jóvenes amigos. Por ello, no hay uno solo de los que fueron sus discípulos que haya olvidado, seguramente, su "conferencia" sobre el Dante, por ejemplo. La clase, como todas las de la Universidad, duraba una hora. Pues bien; Rodó, embriagado por el tema, habló y habló lírica y entusiastamente del poema y del hombre, y de los amores con Beatriz, y cuando volvió a la realidad y consultó su reloj advirtió con espanto que había tenido encerrados a los muchachos tres cuartos de hora más de lo reglamentario. Y éstos estaban tan pendientes de sus labios que tampoco habíanse dado cuenta del tiempo transcurrido.

En el año 1899 publicó Rodó su estudio sobre *Rubén Darío*. El éxito fué superior al obtenido con su primer folleto. En Buenos Aires, donde el poeta nicaragüense pontificaba, causó verdadera sensación. Cartas de elogio calurosísimo llegaron a manos de Rodó. Su talla cre-

cía por momentos. Un año después, con *Ariel*, iba a imponerse a América entera.

El estudio sobre *Prosas Profanas* marca la última etapa de la influencia "modernista" que sufrió el espíritu de Rodó. En ese folleto no hay sólo la "simpatía" de que habla Guyau, por las nuevas doctrinas; porque el grande escritor, con una flexibilidad notable, desertando su estilo habitual, sereno y marmóreo, para colocarse el diapason del poeta que analiza, escribe una prosa cálida y luminosa, tan luminosa y cálida como lo es la propia poesía que comenta. Tiene en ese admirable *Rubén Darío* "trouvailles" de expresión como esta: "Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia." Tiene también descripciones de escenarios que superan, es la pura verdad, a las del mismo poeta que comenta. Coged, para comprobarlo, el libro *Prosas Profanas* y leed esa bellísima poesía "Era un aire suave..." y luego abrid el *Rubén Darío* de Rodó y decid si esta página no es aún más evocadora y estupenda que la del vate: "Imagínos un escenario que parezca compuesto con figuras de algún sutil miniaturista del siglo XVIII. Una noche de fiesta. Un menudo castillo de Le Nôtre, en el que lo exquisito de la decoración resalta sobre una Arcadia de parques. Los jardines celados por estatuas de dioses humanizados y mundanos, no son sino salones. Los salones, traspassados por los dardos de oro de los candelabros, arden como pastillas de quemar que se consumen. Un mismo tono, delicado y altivo, femenino y alegre, de la Gracia, triunfa por todas partes, en el gusto de la ornamentación, en los tintes claros de las telas, en las alegorías pastorales de los tapices, en las curvas femeninas

de las molduras... Las Horas danzan festivas. Se está en el siglo del ingenio y la conversación ha desabado en leves bandadas sus trasgos y sus gnomos. Declaraciones, risas, suspiros. Pueblan el aire los pastores acicalados de Watteau, repartidos, en grupos que se eclipsan y reaparecen, en los planos de seda de los abanicos, que conversan en el lenguaje de las señas. Se oye la sinfonía de las telas lujosas. Tañe la seda su pífano insectil, el gro rezonga su voluptuosidad, los encajes tiemblan azorados... Cruzan la sala las mujeres de Marivaux. Por allá pasa Sylvia, por allá Ariminta, por allá Angélica y Hortensia. Los rostros, que semejan de estampas, y que parecen pedir, sobre las mejillas consteladas de lunares, la firma de Boucher, llevan, ellos también, esa nota de amaneramiento querido que surge en todas partes en el siglo de la artificialidad. El baile luego. Una orquesta de Italia deslíe en el aire la música de un repertorio voluptuoso. Los tacones de púrpura dibujan sobre la alfombra florida la Z del minué, o se abandonan a la fugacidad de la gavota, ó hacen la rueda en la pavana. Oro, rosa, celeste, sobre los *panniers* de las danzantes y en los trajes de sus caballeros. Todo el ambiente es una caricia y todo lo que pasa parece salir de la aljaba de la voluptuosidad."

Es una página digna de los Goncourt.

Un día, así se lo significué verbalmente al propio autor, y él me replicó sincero: — "Usted me enseñó a amar a los Goncourt con su estudio de la *Revista Nacional*, ¿recuerda?; y después los he vuelto a leer una y otra vez."

Mientras Rodó, entregado a su ensueño de arte "pin-taba" las páginas maravillosas de su *Rubén Darío*, el señor Cuestas, que el 1.º de Marzo de ese año había sido elegido Presidente constitucional, empezaba a moralizar

seriamente la administración. Todos los días despertábamos los inclitos habitantes de esta muy noble y reconquistadora Ciudad de San Felipe y Santiago con alguna novedad de bulto en los periódicos matinales. Los arqueos de caja y las revisiones de libros en las oficinas públicas dejaban en la calle de la noche a la mañana a algún mal funcionario, acostumbrado a los despilfarros de otras épocas. A otros, por incompetentes, o porque le resultaban sencillamente antipáticos al gobernante, les daba éste sin más rodeos el pasaporte. Era una barrida general. Todas las reparticiones públicas estaban fiscalizadas por aquel hombre vigilante. Un buen día, le tocó el turno a la Biblioteca Nacional, cuya dirección estaba a cargo de doctor Mascaró y Sosa.

En la bien documentada reseña histórica que ha publicado Arturo Searone bajo el título *La Biblioteca Nacional de Montevideo*, se halla una página, con la reproducción de un decreto gubernativo, que tiene atingencia con nuestro asunto. Voy a copiarla.

“En Julio de 1900 el Gobierno designó una comisión, compuesta por los señores José Enrique Rodó, doctores Juan Paullier, Víctor Pérez Petit y Elías Regules, con el objeto de realizar una investigación en la Biblioteca, debiendo proponer un nuevo plan de catalogación sistemática de las obras existentes y á ingresar en lo futuro, ya que el que se hallaba en vigencia era reputado incompleto y poco práctico. Durante el período que duró esta investigación el doctor Mascaró y Sosa estuvo suspendido en su cargo, ocupándolo interinamente el señor José Enrique Rodó. Este ilustrado y distinguido compatriota, gloria de nuestras letras, en unión de los caballeros citados, presentó al Gobierno el plan solicitado y un nuevo reglamento interno, los que fueron aprobados

por el Gobierno, siendo los que desde esa fecha se encuentran en vigencia. (1)

La resolución del Ministerio de Fomento, aceptando en todas sus partes el informe presentado por esa Comisión, dice así:

”Ministerio de Fomento.

Montevideo, Octubre 4 de 1901.

Tomado en consideración el ilustrativo informe producido por la Comisión Honoraria compuesta de los señores doctor Juan Paullier, José Enrique Rodó, y doctor Víctor Pérez Petit, nombrada por decreto de fecha 19 de Junio de 1900, con el encargo de dictaminar sobre el estado de la Biblioteca Nacional, y para proyectar la organización que debe dársele á efecto de que pueda llenar convenientemente los fines de su instituto; — oído al respecto el señor Fiscal de Gobierno, — el Poder Ejecutivo resuelve:

Artículo 1.º Apruébanse los proyectos de Reglamento y Plan de un Catálogo Metódico para la Biblioteca Nacional redactado por la antedicha Comisión Honoraria, á cuyos miembros agradecerá por nota el Ministro de Fomento el señalado servicio que han prestado á la administración pública.

Artículo 2.º Nómbrase miembros del Consejo Directivo Honorario encargado de cooperar á la tarea del Director de la Biblioteca y de complementarla en todo lo relativo á su mejoramiento y fomento, á los mencionados señores doctor Juan Paullier, José Enrique Rodó y doctor

(1) Hay que decir que los doctores Paullier y Regules no concurrieron nunca á nuestras reuniones para verificar ese estudio. Se limitaron á leer y firmar el informe.

Víctor Pérez Petit, conjuntamente con el doctor Elías Regules.

Artículo 3.º Las facultades y cometidos del Consejo Directivo quedan expresadas en el informe ampliatorio de la Comisión Honoraria, de fecha 9 de Julio del corriente año.

CUESTAS.

Gregorio L. Rodríguez.

En el año 1900, cuando el gobierno del señor Cuestas nos confió la misión que acabo de mencionar, Rodó publicó su *Ariel*. Después del éxito obtenido con su *Rubén Darío*, le entró la fiebre del trabajo. Varias veces me habló misteriosamente de que estaba preparando "algo", pero no quiso confiamme qué era ese "algo". Eso sí, una tarde, en la Confitería del Telégrafo, donde nos engullíamos varios y determinados dulces, pues en materia de golosinas nos sacábamos chispas, me dijo: — "Todo eso del modernismo está concluído; hay que hacer otra cosa. Están perdiendo su tiempo los que se empeñan en seguir la ruta de Rubén y solo cantan las "rosas rojas" y los abates galantes y los parques versallescos. Hay que buscar otra cosa." — Después, más tarde, volvió a repetirme que trabajaba en algo serio; es una cosa así como un "sermón laico"; mas no quiso confesar más. Sólo me declaró que se sentía algo fatigado de trabajar el estilo — "Lo de Rubén es una "manera" de escribir que no me va: lo hice así, hipnotizado por el poeta, y por probarme la mano, como quien dice; pero yo siento y escribo de otro modo. Anatole France: ahí tiene usted un escritor que es más sincero en su modo de decir que en las ideas que aplaude y sustenta. Don Juan Valera, otro caso semejante. Son dos ironistas, casi nunca se

sabe si ríen o no de lo que celebran; pero su estilo, en cambio, es "ellos mismos"; está todo su yo en él. Eso quisiera yo." Y más tarde aún, ya próxima la publicación del libro, me dijo todavía: "Verá usted; el libro le va a resultar una sorpresa. De su asunto hemos hablado mil veces. Pero, no le digo nada más, sino que se titulará *Ariel*." — ¿Shakespeare o Renán? — le interrogué. — "No sé nada; usted verá; creo que le va a gustar mucho."

Así guardó celosamente, hasta el último momento, el libro incomparable que debía de ser el principio de su gloria.

ARIEL

La literatura de las postrimerías del siglo XIX fué un fidelísimo espejo del lamentable estado de alma de la juventud de aquel tiempo. Aquella gran escuela naturalista — la última que, en el desenvolvimiento de las letras, sea digna del nombre de escuela literaria, — había legado a todos cuantos escribían, fueren las que fuesen sus tendencias, esa muy encomiable práctica de la comprobación de un hecho real visto al través de un temperamento; y todas cuantas capillas literarias llegaron luego para officiar en el encendido altar del arte, aún las más contrarias a la realidad, aún las más exóticas y extravagantes, por modo inconsciente las más de las veces, pero siempre con verdad manifiesta, fueron trasunto fiel del estado de alma de sus officiantes y representación viva de una modalidad social. El historiador futuro que quiera conocer las ideas morales de los hombres de aquella década desalentada e inquieta que va desde el año 1890 hasta el de 1900, no tendrá mayor cuidado que leer las obras más representativas de la literatura mundial, porque, un poco por todos lados, desde los confines helados de Noruega hasta el caliente corazón de Europa, desde la vasta y solitaria estepa rusa hasta estas regiones de América, el mal cundió, inopinado y asolador, lo mismo que esas angustiantes epidemias asiáticas que,

nacidas al borde del Ganges, surgen luego halucinantés al través del Tibet, por las rutas de Palestina, en el corazón de Persia, sobre las márgenes del mar Negro y en Odesa y Constantinopla al mismo tiempo.

Era una hora aquella de desaliento y de vacilación mundial. El alma de la juventud, aterida de noche, claudicaba sus nobles prestigios. El númen que allá en su cuna la vistió el cendal del ensueño y la arrulló con himnos de lozanía y pujanza caballereza, se rendía a los asaltos que otro número rival, hijo del egoísmo más rudo y primitivo, le traía arderamente desde la vetusta morada donde el sombrío Hobbes predicara su verbo indivisible y fatalista. Envenenados por toda una literatura de decadencia, — en la cual la mujer surgía con todos los prestigios malditos de su carne triunfal y de su corazón traicionero y la vida aparecía como una inmensa mentira sellada de apostasías e infamias, — marchaban los pueblos, jóvenes y viriles antes, prematuramente envejecidos y claudicantes ahora, hacia el tabernáculo que refulgía allá en el Norte, celado por sacerdotes de voz sonora como un río de oro y gestos rudos como el vuelco tajante de una espada, anhelantes de una verdad nueva, ansiosos de un lenitivo, mendicantes de una caridad espiritual, a todo ello compelidos por los denominados profesores de energía. Olvidaban el grito de su sangre, la armonía de su idioma, los cantos de su cuna, la diástole de su pecho señorilmente rebelde al desenfado y la grosería, el vuelo de su pensamiento hacia las cumbres floreadas de estrellas; desertaban el caso donde sus nobles progenitores ofrendaban su vida, en lances de timbre heróico, por Dios y por su dama, y rehuían en fin, con un encogimiento de hombros, hijo del hastío, el jardín esmeralda, ensangrentado de rosas, donde la fe canta sobre la blanca taza de mármol con

la monorrítmica nota del agua la vieja canción del ensueño y del amor: — la juventud tempranamente marchita por los pecados de los otros, envenenada con filtros exóticos, desvanecida por el humo espeso de filosofías disolventes, tornábase a la Babel de la impiedad y del egoísmo, al Dios del oro y al culto del medro personal, a la gran meretriz de los mercaderes que al través de todas las edades vemos asaltar los caminantes para vender sus caricias en la revuelta de los caminos y dejar una lastra bajo la sombra azul de un naranjo en flor. La juventud, cegados los ojos, tapiados los oídos, insensible el corazón, desesperaba de la vida, que es eterna creación y belleza, virilidad y triunfo, y renegaba del ideal, que es su razón de ser sobre la tierra. Todo el mal de René y de Adolfo, centuplicado por el Greslon de *Le Disciple* y el Des Esseintes de *A rébours*, estaba sobre la tierra. Las "vírgenes a medias" de Marcel Prévost ya no se conformaban con trocarse, en la unión matrimonial, en Madames Bovary y Madames Mornaines: ahora eran las curiosas pervertidas que fueron la *Claudina* de Willy y el *Monsieur Venus* de Rachilde. Graves apóstoles como Bourget, turiferarios como Lorrain, como Lemaitre, videntes como Ibsen, habían dicho la inanidad de la ciencia, la mentira del placer, la vanidad de las cosas humanas, la tristeza del ideal, el fracaso de la vida, — y aquella juventud ingénuo y crédulo, tomando para sí todo el nephente de la desesperanza, sentía agonizar su fe y decaer su virilidad en una extenuación mentida. Luego, cuando los heraldos relumbrantes de la otra raza soplaron a los vientos el secreto de la "superioridad de los anglo-sajones", proclamando el cetro del biceps, de la masculinidad del carácter, el avasallante egoísmo de la personalidad y el triunfo por

la fuerza y por el oro, hubo como una especie de resurgimiento. Y fué así la hora hipnótica de la deserción.

Caían, pues, los mármoles blancos de la sobrenatural vendimia pagana y en su reemplazo se alzaban rectilíneos rascacielos de una vulgaridad desesperante; en los parques constelados de mirtos y de rosas, se cultivaban coles y se mantenían cerdos; el humo de las usinas, entenebrece los mágicos fuegos de los ponientes de ensueño; las justas donde un caballero rendía el alma por el color de una cinta, eran substituidas por Bolsas de comercio donde cada cual le metía las manos en el bolsillo al vecino; los sabios que se extenuaban toda una existencia sobre un problema de la vida eran bafados por jovencuelos que se abrían paso rudamente a fuerza de puños al través de la multitud para escalar en una hora el trono de las satisfacciones mundanas. Lo útil substituía a lo ideal; el interés, al altruismo. ¡Miseró don Quijote, señor de todos los tragavientos y turulatos, padre de los ridículos hombres honrados y de los inútiles poetas! ¿Qué tienes tú que hacer en las modernas Cosmópolis donde la falseada virginidad se surge, la honradez se exhibe en escaparates de venta, la ilusión es la máscara de los pazguatos y el desinterés la perdida moneda del pródigo? Vuélvete a tu solar manchego, por las polvorientas rutas inquietadas de sombras y apariciones; vuélvete a tu viejo dar a oír las ñoñerías del ama y los consejos infantiles del cura, vuélvete! ¿Qué habrías tú de hacer donde no hay gigantes ni encantamientos, entuertos que enderezar ni virtudes que defender? Allí cualquier modestísimo burgués, policromado el redondo vientre por las joyas de su cadena de oro, te enseñaría con la más rudimentaria operación aritmética que en el mundo hay que ser eminentemente práctico, que más vale sumar monedas que no contar ensue-

ños, que no vale meterse en empresas y honduras sino se van llevando de antemano las de ganar un tanto por ciento, que el divino "ocio antiguo" debe ser reemplazado por la actividad febril, que el interés personal priva sobre todos los otros intereses del resto de los hombres, que en la feria del mundo todo se compra y se vende, que confiar en el fallo de Dios es superlativa tontería si no se cuenta con un buen garrote y que para establecer en fin el real valor moral entre el placer y el dolor basta comparar las sensaciones de la fiera que devora a su víctima con las sensaciones del animal devorado.

Y entonces, sobre el haz de la tierra, la falange de los utilitarios pasó vencedora sobre los cuerpos caídos de los vencidos idealistas.

Toda doctrina tiene, después de triunfar, sus secuaces exagerados e inconscientes. Detrás de los burgueses aristocratizados por el lustre del oro, llegaron sus hijos espurios, los "arrivistas".

¿Qué es el "arrivismo?" Es, pura y simplemente, la última moda del *struggle for life* que analizó Daudet bajo la figura del joven Astier. El arrivismo es un extraño conglomerado de cobardía y de audacia. Es el estado natural de los que no tienen carácter y entereza suficientes para vivir y morir por un ensueño y ostentan en cambio la fortaleza de los cínicos y temerarios. En el arrivista hay un desalentado para la lucha y un descreído para todos los actos de fé; y hay, al par, un usurpador y un bellaco que llega antes de los demás por su desvergüenza, por sus apostasías y por la grosería de sus puños. El arrivista se ríe de Colón y Galileo y reverencia a Von Bernhardi y Rosehild; no sabe de una vida como la de Pasteur, pero desea la de Heliogábalo; no concibe la industria ininterrumpida y fatigosa de la hormiga, sino el asalto voraz de la pantera; no cree en

Lohengrín, ama más bien a Falstaff. El arrivista todo lo sacrifica a su medro personal, patria, familia, hogar, honor, ideal, que la vergüenza no pone sus amapolas en los cármenes de su rostro ni el remordimiento se alza como una luna espectral en el Sahara de su alma. Para el arrivista el mundo es él, y él el sujeto central de la creación. El interés propio es la suprema ley de su existencia. Una mujer será bella si de ella puede recoger un espasmo; pero, ¿qué sensación puede procurarle ese blok de mármol que es la Venus de Milo? Concibe que haya un Asilo de Niños, mas a condición de ser él el Director del establecimiento con pingües emolumentos. Mira un rebaño sobre el verde otero o contempla un jardín silencioso tras un muro antiguo calculando la lana de las ovejitas o reduciendo el huerto a libras esterlinas. El arrivista está envenenado por la duda, el pesimismo y la indecisión; no ama el ideal; no siente el entusiasmo de la acción fecunda; no sueña, no canta, no interpreta; — el arrivista quiere conquistar en un día lo que otros logran tras una vida de continuo esfuerzo o de perseverante estudio; quiere apurar en su copa hasta el sobrante que sería la vida y la salvación de un prójimo.

“Cuando hay fe, ideal, arranque — dice ese respetable maestro que es don Rafael Altamira — ni se piensa en la derrota, ni se miden las consecuencias buenas o malas de la lucha. Se arriesga todo, ciegamente, ardorosamente, sacrificando el egoísmo individual al interés de la idea, que perdura y vence sobre montones de víctimas. Pero, cuando no hay nada de eso, el interés personal se sobrepone, y los individuos se preocupan de los tropiezos que se puedan dar en el camino, elevándolos, de la cualidad de puro accidente, a la categoría de elemento primordial, en que es preciso se piense antes que en la dirección misma de la marcha, en la meta que

debe alcanzarse. Originanse de aquí las vacilaciones, el cálculo que ahoga toda espontaneidad y sinceridad y, en fin de todo, la subordinación del fin al ahorro de penalidades en su consecución. Entre dos propósitos, de los cuales el uno se consigue fácilmente, sin lucha, sin sacrificios, sin pérdida de comodidades, mientras el otro impone todas estas cosas, se escoge el primero, sin mirar su condición moral y sus consecuencias para la dignidad humana.”

En la encrucijada espiritual a que fué también arrojada por el hallaz de toda una literatura de decadencia, morbosamente letal, la generación que en 1900 apenas cumplía los veinte años, cansada antes de haber luchado y envejecida antes de haber vivido, vió las dos sendas que huían ante su vista escudriñadora: y era la una escarpada, tronchada de zarzas, preñada de riscos, tajada de abismos, coronada de altísimas montañas; y era la otra suave e insinuante, sombreada de árboles, rumorosa de fuentes, libre de guijas, con un vergel al cabo de su huella todo vestido de pomos de oro y todo embrujado de aromas enervantes y lascivos. Entonces, echando el zurrón a la espalda y apretando los puños para la carrera fácil y provechosa, tomó la actitud del “arrivista”. ¡Ni siquiera iba a ser burgués!

A ese tiempo mismo, se abrieron los aires, agujereados por la clarinada de sol. Cundió por los ámbitos la nota broncea y viril, rebotó por los llanos, transpuso los lejanos montes, una vez más escaló el cielo y vuelta a la tierra clamó su acento el ¡guay! de salvación. En la encrucijada traidora, la juventud que ya había escogido la ruta, se debuvo un instante, y, azorada y curiosa, miró hacia el Sur. Ariel la llamaba al camino del honor y del deber, los dos nemas de su estirpe y de su raza.

Ariel,—“la parte noble y alada del espíritu”; el “im-

perio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad"; el "entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia"; "el término ideal á que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida", — Ariel es el *espíritu intus* de nuestra raza, de nuestra gloriosa raza latina.

Reine Calibán, dueño y señor de almas y de cuerpos, en esas otras comarcas fatigadas de la vida, ahitas de sensaciones, burguesamente logreras y especuladoras, todas entregadas a la sensualidad y materialidad del propio yo; — y sea Ariel para nosotros, los sudamericanos, los hombres nuevos, los espíritus jóvenes, las almas soñadoras, los corazones valientes que "vamos a pasar, como el obrero en marcha á los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo". Ariel es el alma de nuestra raza que nos llama para la realización de sus destinos.

¿Cómo se cumplirá la obra? Esa es la enseñanza de Rodó. En pie, no ya como el venerable Próspero junto al alado bronce de la inspiración shakespearana, sino más bien como uno de aquellos admirables filósofos griegos, de la época socrática, que echaban a volar sus ideas, tal que bandadas de blancas palomas, desde los amplios pórticos tempestados de mármoles, o dialogaban sobre el alma y la vida en juveniles jardines, timbrados de mirtos y de rosas y adormecidos por el ritmo de escondida fuente; en pie, junto al cristal azul que besa las plantas de su nativa ciudad, frente a "una atención afectuosa", que se dilata y propaga al través de las tierras fraternales, dice su verbo de verdad y de fe. "La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación

sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables". "La juventud que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir." "Las prendas del espíritu joven — el entusiasmo y la esperanza — corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y la luz." "Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos". Pero hablemos de la vida que os espera y recordad lo que ha dicho Guyau: "Hay una profesión universal, que es la de hombre". "Aspirad a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser." La especialización, empequeñece el cerebro humano; y ampliando hasta la sociedad este concepto puede agregarse: "La belleza incomparable de Atenas, lo impedecero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantaré la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda

suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda... Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego*,—una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia." Pero en nuestros tiempos, de actividades complejas, no podría restaurarse esa armonía. Sin embargo, ¿quién nos impide, dentro de la complejidad de nuestra acción pública, reservar en un rinconcito del alma ciertos intereses de la misma? El maestro resume entonces en el bello cuento simbólico del rey hospitalario y de la sala inaccesible su estricto modo de pensar. Que una parte de vuestro reino interior esté abierta a los extraños; que otra más breve se celee a las indiscretas miradas: a esta celda sólo llegará, sutil visitante, el *ocio* de los antiguos, lo que hoy nosotros denominamos "pensamiento", "ensoñación", "admiración".

Sentados los fundamentos de maciza sillaría, surgen las esbeltas columnas donde asentará la nave del templo. La voz grave del maestro se desenvuelve entonces en hermosísima exégesis: "De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto de contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debiera ser univer-

sal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida." "Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia." "Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno." Hombres y épocas deben tender a esa armonía entre lo bello y el deber. "La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega."

Aquí se cierra ya la bóveda sagrada, resumiendo el pensamiento de todo el templo. Como hemos visto, el maestro prefiere las cualidades que debe poseer el espíritu joven, así en el hombre como en los pueblos, para ofrecer fructíficamente una acción moral y bella. Ante el desconcierto de las generaciones por el fracaso de su idealidad y su conversión a las nuevas corrientes utilitaristas, creyó necesario la prédica de un nuevo evangelio, fundado en la energía como cimiento del nuevo idealismo. Después de encarecer el valor y la significación del entusiasmo, de la fe y de la constancia y luego de haber dicho las cualidades que deben perdurar del paganismo griego y de la moral cristiana, tiende a una armonía o acuerdo perfecto que hemmanen el deber y la belleza, para hacer más grandes y nobles a los hombres, y a los pueblos más justos e inmortales. Entonces entra al elogio de la democracia. La democracia será la fórmula del porvenir, ya que no puede aún considerarse a la democracia existente en nuestras nacionalidades una instituci-

ción perfecta y definitiva. Adviértese así que nuestro Rodó se aparta del pensar de Renán, de aquel de quien decía Anatole France que era dueño de ese arte de "enseñar con gracia." Renán, en efecto, cree "que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia." Por lo demás, es harto sabido que el eximio historiador de los *Orígenes del Cristianismo*, alma de elección, sensorio refinadísimo, cerebro bien nutrido y espíritu analizador de la realidad, sentía el mismo despego por el pueblo, por la multitud, que aquel otro exquisito y formidable Goethe, quien quería defender los derechos de los humildes, pero no podía asistir a sus reuniones porque le herían su vaho y su ignorancia. Renán, en efecto, soñaba con una República aristocrática, regida por los más sabios y mejores. Rodó, en vez, aspira a elevar toda la multitud en masa, por la educación y la cultura, hasta el nivel en que cada uno pueda ser un director de la República. Oíd como destruye preveniciones e insinúa su credo: "Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada a sí misma—sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encance sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida—la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para los luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de la bruta-

lidad de la fuerza.—La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruído las jerarquías imperativas e infundadas, no las substituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional." Pero, en nuestra América, la corriente inmigratoria tiene por fuerza que desintegrar los nuevos valores que se creen. Si "gobernar es poblar", como decía el ilustre Alberdi, esa población cosmopolita ha de pasar por el mismo crisol que el elemento natural, si se desea evitar el triunfo de una perniciosa mediocracia. De ahí que la fórmula del autor de las *Bases*, deba ser ampliada así: Gobernar es poblar, asimilando en primer término; educando y seleccionando después. Nada más peligroso para la vida de una democracia que el predominio de la "mediocridad". Desconfiad de M. Homais, cuyo atributo es el rasero nivelador. "Encumbrados, esos Prudhomans harán de su voluntad triunfante una partida de caza encarnizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo... Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envían un latigazo de cieno al carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, a la mezquina aridez del corazón; criterio sano, a la adaptación perfecta a lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto." La democracia, pues, para ser eficiente, no debe basarse en "el rasero nivelador", es decir, el que rebaja los espíritus superiores hasta el nivel de la mu-

chedumbre innara, sino, por lo contrario, debe ser el resorte de acero, que suelto con viril pujanza, eleve a la muchedumbre, por medio de la educación, hasta el nivel de los espíritus superiores. En la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, es donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad". Y he aquí, ahora, la más alta misión del Estado: "El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura." Llegamos, como se advierte, a una reconciliación con Renán, de quien nos habíamos apartado. Este reclama una aristocracia intelectual; Rodó establece "la superioridad de los mejores." No es el anti-igualitarismo de Nietzsche, que crea el superhombre con un menosprecio satánico de los débiles y desheredados; es, al revés, una aristarquía de la moralidad y la cultura, — la suma de las virtudes cristianas y del ideal artístico de Grecia, los dos factores que analizamos al principio. Y he ahí cómo el Maestro, volviendo al punto de partida, cierra su esfera en armonioso

concierto. Leed su fórmula postrera: "Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá aún más que las viejas aristocracias inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto."

He ahí la primer jornada de *Ariel*. Sé que es poco menos que sacrilego truncar así la gloriosa armonía del texto; pero, siendo imposible reproducirlo íntegro, fuerza es coger las ideas fundamentales para ofrecer una idea general. No se debe contar un seno a una mujer hermosa, decía Verlaine, resistiéndose a extraer versos de Mallarmé, si no me traiciona la memoria; pero la verdad es también que sin la autopsia no se descubren las escondidas fibras vitales del organismo. He tenido, pues, que mutilar el texto a efecto de que todos puedan abarcar de una sola mirada la idea general que preside a este libro admirable.

La democracia soñada por Rodó se aparta bastante, como se ha visto, de la república soñada por Platón; se aparta también, pero algo menos, de la aristarquía de Renán, y se acerca, por acaso, — pues no creo que el

autor de *Ariel* tuviera presente, a pesar de haberlo leído, al autor de *La légende des siècles*,—a Víctor Hugo cuando dice éste: “La grandeza de un pueblo no se mide por el número de sus habitantes, como no se mide la de un hombre por su talla: la única medida es la cantidad de inteligencia y de virtud.” ¿Es una utopía de soñador, tal que aquélla que se levanta de la obra de Kropotkine cuando pretende suprimir las cárceles y oódigos en la sociedad ideal? No lo creo. Para llegar al desideratum del sociólogo ruso habría que modificar la esencia del ser humano. Suprimidos los presidios y suprimidas las leyes no serán los hombres más buenos y mejores si no se destruyen antes en él las irresistibles impulsiones del instinto. Mientras la humanidad sea sobre la tierra, a pesar de la escuela, a pesar de la instrucción superior, a pesar de los grandes falansterios de sociabilidad y moralización, habrá hombres apáticos e impulsivos, fríos y sensuales, egoístas y altruistas, buenos y malos, generosos y avaros, etc., lo cual quiere decir, en buen romance, que nadie ni nadie podrá refrenar al que en un arrebato de su instinto se lanza a cometer un asesinato, un estupro o un robo. En vez, la educación del pueblo, la elevación mental y moral de la muchedumbre para acercarla al nivel de los espíritus superiores y constituir así la democracia ideal es un pensamiento que, por lo natural y factible, se le ha ocurrido a muchos antes que a Rodó. ¿Por qué dudar de lo que sólo depende de un porfiado empeño de la voluntad y de un soplo generoso de la virtud de amar? El maestro nos lo ha dicho admirablemente en ese mismo *Ariel*: “Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que

la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!”

En ese su admirable libro *La Démocratie en Amérique* — que nunca será anticuado porque en la vida del arte la real belleza es eternamente joven, así en el mármol de la *Victoria de Samotracia* como en las ondas sonoras de la *Pastoral* de Beethoven, así en las líneas y colores de la *Cena* de Leonardo como en el verso límpido de Horacio, — enseña Tocqueville que la democracia surgió a la vida como un trasunto de los atributos más nobles del corazón y el pensamiento y que por eso en ella están en acuerdo indestructible la confraternidad material de los seres y la armonía perfecta de todos los dones del espíritu. Al trazar, el eximio escritor, con un poder de observación pocas veces igualado — recordemos que otros más modernos, Paul Bourget en *Outre-mer*, por ejemplo, ha sido engañado por su propia visión, — y con un sentimiento artístico verdaderamente envidiable — que Jules Huret no tuvo para su bien documentado libro, — el régimen político de los Estados Unidos, pudo equivocarse al decir que la desintegración del país sería permanente y que la Unión, fundada en una autoridad federal que resistían los Estados particulares, existiendo en derecho, no sería más que un nombre vano (no olvidemos que Tocqueville visitó aquel país en la época en que los partidos políticos venían de desagregarse, y no olvidemos, sobre todo, que no pudo prever, como lo advierte Boutmy, el establecimiento de las líneas de steamers transatlánticos, el desarrollo colosal de la red ferrocarrilera, el descubrimiento del telégrafo y otras invenciones o conquistas de la ciencia que dieron nervio a la unidad más tarde, después de 1835, y consolidaron la Unión); pero, en cambio, dejó sentada una verdad inmovible en una frase hermosa como un

block de mármol: "Esa democracia ha espiritualizado la violencia", poniendo con ella en evidencia, de modo irrefutable y viril, la esencia fundamental de una institución política que reúne todas las existencias para atarlas en un haz, aún las más desiguales y antagónicas, en un supremo esfuerzo de virtud y de belleza, en un gesto eterno de gracia espiritual y de moralidad profunda. Ved los inmigrantes del siglo XVII, hombres de acción y hombres de fe, aventureros y devotos, rudos y valientes para los más opuestos climas, como los sujetos de New-Hampshire; ved los pastores adustos del credo puritano, siempre con un versículo de la Biblia en los labios, y el quaker de Philadelphia, con sus gustos de disipación, libertado en su conciencia por la ley de Penn; ved los plantadores de la Virginia, abatiendo los bosques del Sud y alzando sus florecientes ingenios de tabaco, de azúcar, de algodón, con sus enjambres de esclavos; ved el negociante de las regiones comerciales vecinas a los puertos, el futuro burgués de New York adorador del oro, tan ignorante que ni siquiera conoce el nombre de Addison, tan entregado a sus trabajos y especulaciones que no tiene tiempo para construir su "home"; ved, en fin, el tipo del settler, ese hombre joven y enérgico, audaz y aventurero, que abandona un buen día el mundo civilizado y se hunde en el desierto, en el Tennessee o en el Kentucky, al través de los inmensos bosques inexplorados, donde circulan bestias temibles, más allá de los grandes ríos que se pierden en la sombra de montañas salvajes, desafiando la soledad, o la barbarie indígena, o las adversidades inclementes de la naturaleza virgen, para rehacerse una vida y crear su personalidad propia: —todo ese turbión de seres, de las más opuestas condiciones, de la desigualdad moral e intelectual más caracterizada, han venido a bien y se

han unido en un solo credo, constituyendo el tipo del ciudadano, del hombre libre por excelencia, bajo la fuerza institucional de la democracia que ha creado su nacionalidad. ¿Qué virtud arcana ha propiciado la fusión de todos estos elementos en un solo elemento, la nacionalidad? La *emulación*, que, como dice nuestro Rodó "es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas," y la cual necesita, a la vez, "de la igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final". "Sólo un régimen democrático—agrega en seguida—puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita a considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura."

No obstante, es contra el ejemplo que nos ofrece Norte América, tan sugestivo y embriagador hoy día para muchos espíritus, que nos previene Rodó; y toda la segunda parte de *Ariel* tiende a esa finalidad. Los Estados Unidos, "encarnación del verbo utilitario, cuyo evangelio se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo", provoca la admiración de las más experimentadas naciones europeas y atrae toda esa nueva juventud que, por ser excesivamente práctica, ya encuentra vulgar y pasado de moda al burgués, y se arroja al más tonpe y vituperable "arrivismo". Y a los hispanoamericanos particularmente previene el maestro del peligro de la contaminación de ese modelo étnicamente contrario a su raza y moralmente adverso a su idealidad. "La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista mo-

raal. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla." "Es así como la visión de una América *deslatinizada* por su propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir..." Este incongruente traslado de lo que es natural y espontáneo en una raza al seno de otra distinta alarma a nuestro pensador, sobre todo por lo que tendrá de inadaptable y falso artificio. "América necesita mantener — agrega más adelante — en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aún favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad." Y he aquí que el maestro, antes de señalar los defectos de la gran nación, experimenta el impulso caballerezo de rendirle un saludo por sus innegables virtudes: "aunque no les amo, les admiro," dice. Aquellos hombres — formula entonces — "nacidos con la *experiencia innata* de la libertad", han dejado honda huella en los anales del derecho humano, "porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad"; suya es la gloria de haber revelado "la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización", el poder del trabajo; fuertes, tenaces, poseen el culto de la energía individual, y son todos ellos otros tantos ejem-

plares de Robinson; profesan amor por la instrucción del pueblo, y su cultura, que no es ni refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable para la realización de finalidades inmediatas; han salvado del "naufragio de todas las idealidades", su fe religiosa, severa y profunda; y si "no han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general", en cambio, han hecho aquélla "maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa." Pero esta raza de hombres enérgicos y libres, optimistas y conquistadores, audaces y tenaces, utilitarios y frenéticos, a los que habría que predicar, como enseñaba Spencer, el descanso o el *ocio antiguo*, no tiene ese "instinto poético ancestral" que poseen esos otros grandes utilitarios que son sus antecesores, los ingleses. ¿Cómo podrían entonces servir de modelos a los hombres de la raza latina? Oídle lo que nos dice al respecto: "sensibilidad, inteligencia, costumbres, — todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de sus facultades ideales. Pródigo de sus riquezas — porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagon, — el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. *El arte verdadero solo ha podido existir, en tal ambiente, a título de rebelión individual.* Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fau-

na expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. — Habla Bourget, en *Outre-mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help*, que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero, nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril."

Haciéndose cargo de esta especie de psicología social, tan estupendamente expresada por nuestro insigne pensador, un escritor argentino, de sólidos conocimientos y de muy recto criterio por lo general, el señor Alfredo Colmo, ha dicho en una página de la revista *Nosotros* que acabo de leer con sumo interés: "bastante harían nuestros países con imitar a los Estados Unidos y con procurar aproximárseles: tendríamos cosas de que hoy

carecemos y viviríamos una vida mucho más expansiva y noble que la que vivimos. Poseeríamos no solo comercio, industrias, caminos, obras públicas, higiene y todo el resto de la vida fisiológica; tendríamos escuelas, tendríamos cultura, tendríamos ciencia, tendríamos arte, tendríamos moral, tendríamos sentimientos cívicos y solidarios... ¡qué sé yo!"

Yo creo sinceramente que el señor Colmo ha errado en todo eso que he transcripido. Desde luego, séame permitido advertir a tan fino psicólogo, a tan curioso observador, que sería muy discutible, dado los caracteres propios de los hombres de la raza latina, que tomando de modelo a los yanquis pudieran hacerse de sus excelencias. No basta querer hacer una cosa para lograrla: hay que reunir ciertas cualidades características, naturales en la raza sajona, exóticas en la latina, y acaso por ello inadaptables a nuestros hombres. Por otro lado, es hacer muy poco favor a nuestras nacionalidades suponerlas por completo desprovistas de todas las buenas cosas que menciona el señor Colmo. Por no referirme más que al propio país de este escritor, he de hacer resaltar que la Argentina es, precisamente, la nación sudamericana que más se aproxima a Estados Unidos, y que es palmaria injusticia desconocerle que posee un intenso comercio, industrias propias, grandes obras públicas, numerosas escuelas, elevada cultura, arte, ciencia, moral, etc., etc. Sólo por un completo desconocimiento de lo ya realizado en los últimos cuarenta años por esta admirable nación, que muy poco tiene que envidiar, por muchos respectos, a las más adelantadas del mundo, no obstante su corta vida, o sólo por una inconcebible modestia, o acaso también por un desordenado afán de desear tanto que poseyendo un tesoro nos llamamos todavía menesterosos, puede decirse lo que dice el señor Colmo. Y por

fin, hay que decir que lo que aquí justamente se discute es si conviene más el "utilitarismo" de los Estados Unidos que el "idealismo" de nuestros pueblos latinos, o una refundición de los dos principios democráticos en una fórmula cristiano-pagana, como viene al fin a proponer nuestro Rodó.

Yo creo, sinceramente, que los Estados Unidos tienen todas las excelencias morales de que se nos ha hablado en *Ariel* y todas las demás que nos recuerda el señor Colmo cuando empieza a enumerar los hombres yanquis ilustres en poesía, historia, derecho, ciencias físicas, pintura, ingeniería, etc.: y si mucho se me apura, podría agregar veinte o treinta nombres más, tan ilustres como esos. Yo, como Rodó, admiro a Norte América, tal vez un poco más que él, acaso en el mismo grado que el señor Colmo. Pero no la amo de la manera como amo a Francia, por ejemplo. Y esto es lo que sobre poco más o menos se nos dice en *Ariel*. ¿Por qué? Porque esa característica no es la del pueblo yanqui, la de la raza, sino, por excepción, la de determinados hombres. ¡Ya lo creo que quisiéramos poseer los Poe, Longfellow y Walt Whitman, citados por el señor Colmo; y además estos otros novelistas y poetas que no cita: Fenimore Cooper, Nathaniel Hawthorne, Baley Aldrich, Bret-Harte, Russell Lowell, Bryant, Holmes, Stoddard, Lanier, Taylor y Hayne! ¡Ya lo creo que desearíamos poseer los historiadores Bancroff, Irving y Prescott que aquel recuerda, y además los no mencionados Lothrop Motley, Winsor y Parkman! ¡Ya lo creo que quisiéramos un Emerson y un James, en filosofía, a los que aún podríamos agregar los nombres de Bronson Alcott, Thoreau, Holland, Mitchell y Warne! ¡Y en pintura? ¡No anhelaríamos para nosotros, además del mencionado Whistler, los no menos grandes La Farge, Sargent,

Inness, Richard Millier, Mary Cassat, Frederic Fricseke, Barthold, Edwin Abbey? Pero, detrás de estos nombres, gloriosamente aislados como las cumbres, no están los millones de individuos anónimos que no tienen otro ideal que el dólar ni otra razón que la energía? En los países latinos, se arguirá, detrás de un Víctor Hugo o de un Carducci hay millones de individuos anónimos que viven a *plat ventre sur la terre*. ¡No, mil veces no! Aquí es donde está precisamente la diferenciación, el signo de la raza, el estigma sagrado de la idealidad. Observad el obrero de París, lleva un libro en el bolsillo, pero no es la Biblia; observad la "midinette" que pasa, os dice un chiste lo mismo que Mark Twain; observad el "gravache", admira un "affiche" de Steilen o de Chéret silbando una canción de cabaret que es una burbuja de champagne: es que allí la cultura, el esprit, la elegancia, la nota artística, la "manee" del buen gusto palpita en los escaparates, se enremolina en los bulevares, desborda en la conversación, centellea en los espectáculos, se respira en el aire. Es que está en el ambiente; es que rodea todos los seres, y los penetra y se transmuta a su corazón. Ved el "lazzaroni" y el banquero, y el pescador y el "facchino" de Nápoles, de Roma, de Venecia, de Milán: tienen las pupilas encendidas por el resplandor de los mármoles divinos que surgen de todas partes, a su alrededor, como hongos del arte, y tienen en el corazón las melodías de Donizetti y Rossini, de Bellini y Verdi, y cuando van a sus habituales tareas van como despiertos sonámbulos viviendo un inmortal ensueño de belleza. ¡Cómo no han de ser los pueblos latinos unos pueblos idealistas si han mamado en la cuna el ideal y toda su existencia transcurre en una ininterrumpida lección de arte?

Esto es lo que ha dicho Rodó. No ha negado, ni su

gran saber ni su noble corazón podían negarlo, — que los Estados Unidos hayan tenido y tengan grandes artistas, verdaderos sabios, eminentes pensadores. Ha dicho únicamente que el alma de la nacionalidad es “utilitarista” — y esto nadie osaría negarlo — y que son seres de excepción sus poetas y hombres de ciencia. Nada más.

Y no es contra esos hombres eminentes que se predica — porque esos, por el ideal, son nuestros amigos y los veneramos; — sino contra la turbamulta de sus compatriotas, que abominan de ellos por lo común, y sólo saben del arte cuando a Pierpont Morgan le cuesta dos millones quinientos mil francos la *Madona de San Antonio de Pádua* de Rafael Sanzio. No es tampoco que se les combata en tanto que hombres, por el hecho de ser de otra raza, porque las virtudes morales no son patrimonio de región determinada del globo; el ejemplo colosalmente, fenomenalmente hermoso que nos dieron los hombres del *Titanic*, cediendo su puesto en los botes de salvataje a las mujeres y niños, y hundiéndose ellos con el monstruoso buque en el abismo atlántico, es de una belleza heroica, de una dignidad moral, que enaltece y honra a toda la estirpe humana; — lo que hay es que no se les ama porque todo lo ejecutan en función de fuerza, tiránica y egoístamente, y desconocen el sentido de la gracia y de la delicadeza en el arte, de que nos habla Martha. Nosotros, los latinos, seremos triviales e inconstantes, un poco “Tartarín de Tarascón”; ellos franceses y rudos, un poco como aquella familia de *Les Transatlantiques* de Abel Hermant. Y bien, preferimos seguir siendo latinos, con todos nuestros defectos, y no sajones, con todas sus excelsitudes.

Esto último, no lo enseña Rodó. El, por su parte, enseña con una íntima fusión de las dos tendencias. “Sin

el brazo que nivela y constanuye, dice, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu.” Continuemos, entonces, siendo idealistas, mas incorporemos a nuestro ser la voluntad y la energía, que son las virtudes más relevantes de la otra raza. Tomemos de ella, en resumen, lo bueno; pero sin dejar de ser sudamericanos.

No quisiera yo ahora que se me tildara de exagerado y se me recordara la hermosa frase de Barbey d'Aurevilly: “la Admiración toma algunas veces un telescopio para mirar las cosas de la tierra sin que por ello las convierta en astros”; pero si he de decir con toda honestidad y franqueza mi modo de pensar, fuerza me es consignar aquí que *Ariel* es la obra más robusta, más valiente, más bellamente escrita que se ha publicado entre nosotros, y, acaso, en todo el continente sudamericano.

De “estrella del Sur” calificaría yo, si alguien me requiriera un símil, a este libro resplandeciente de una blancura inmaculada, de una idealidad verdaderamente mística: la estrella de alas de cristal, de cándidos resplandores, que se levanta en la primer hora de la mañana, cuando ya las tinieblas se desmoronan desde la cúspide del cenit y la vecindad del día pone una sonrisa de azucenas en el altar del Oriente; — la estrella del Sur, que en una hora sobrenaturalmente privilegiada se alzó sobre la onda profunda y azul del Plata para iluminar todo el continente, más allá del macizo de los Andes gigantescos, más allá todavía de los volcanes sangrientos del Ecuador y de las blancas espumas del azulado mar de las Antillas. Ante el milagro de su sin par belleza, pacificadora de almas y fuente lustral de adolo-

ridos corazones, la juventud americana, nuestra juventud, halló la ruta, su ruta, de la que pretendían distraerla los "profesores de energía", — acaso, los nuevos conquistadores de otra raza...

Ariel es un evangelio para la juventud sudamericana: su numen excelso la ha bautizado con un ósculo sereno, todo fragancia de nardos, todo diafanidad de luz. *Ariel* es la voz y la conciencia de nuestra raza.

Vayan Calibán, de bracero con Falstaff, a recorrer tiendas de mercaderes y puestos de vino picado: *Ariel* prefiere los jardines donde puede trenzar ramos de ideas. Aquéllos sólo tienen amable pituitaria para el olor del ajo; éste, se enagena con un muriente perfume de violetas. De ahí, tal vez, que mientras los otros van por el mundo regordetes y contentos, pisoteando con sus zapatos claveteados flores y corazones, el espíritu amigo de Próspero se exhala como una melodía hacia el firmamento y se desvanece al fin en la vecindad de los astros.

La mano implacable del Tiempo arrojó a los vientos errantes y vagorosos, hace ahora varios siglos, dos naciones que fueron orgullo de su época: Atenas y Cartago. Y bien; cuando la memoria de los hombres se vuelve curiosa hacia las edades muertas, no son los bajeles mercantes lo que divisa sobre las azules ondas del Mediterráneo; es, allá, entre jardines de mirtos, sobre terrazas tibias como carnes femeninas, el blancor del mármol que talló Fidias bajo el oro de los soles antiguos.

Hermosas son también las conquistas de la ciencia, la magia de las creaciones industriales; digno de loa es el esfuerzo del hombre domeñando los asaltos de la vida, sojuzgando los contrarios imperios de la Naturaleza; noble, de regia virtud, es la entereza moral: yo concibo el pueblo viril, masculino, que ensordece los

ámbitos, durante el día, con el enorme crujido de sus músculos de acero; pero no le concibo, por las noches, sin una diadema de estrellas disipando las tinieblas que se elevan ante su frente.

¡Y a nosotros, los latinos, los sudamericanos, los que tenemos nervios, los que aún veneramos la idea, se nos quiere apartar del idealismo para encauzarnos en el rebaño de los exclusivamente utilitarios, — a nosotros los que todavía no podemos ver pasar, sin una emoción, al caballero manchego por las rutas amarillas y polvorientas, en procura de un agravio que vengar o de un entuerto que desfacer!

Sigamos a *Ariel*. El viejo Tiempo arrojará a los vientos errantes el nombre de la soberbia democracia utilitaria y el del pueblo, cualquiera que sea, que haya respondido al numen de *Ariel*; y entonces, andando los siglos, cuando los dos no existan más, entonces, tenedlo por seguro, no será a Cartago a quien recordarán los hombres que vivan sobre la tierra, sino a la nueva Atenas que haya erguido un mármol entre jardines de mirtos, un mármol, tibio y mórbido, bajo los soles, como una carne femenina.

EL "CLUB LIBERTAD".—EL "CLUB VIDA NUEVA"

Es curioso advertir que toda nuestra primera juventud — y digo nuestra, porque con Rodó nos llevábamos unos diez meses de diferencia en la edad, — transcurrió entre las convulsiones frenéticas de crueles guerras civiles y de desastrosas contiendas políticas. En el año 1886, estábamos en la Universidad cursando los primeros estudios preparatorios y dando suelta a nuestro primer ensueño de ante, cuando la trágica revolución contra el gobierno de despífarros del general Máximo Santos culminó en la luctuosa jornada del Quebracho. Poco tiempo después, al penetrar una noche el gobernante en el Teatro Cíbils, un militar, Gregorio Ortiz, le descerraja un tiro que le hiere en mitad del rostro, y esa noche el terror se enseñorea de la ciudad: recuerdo que varios miembros de mi familia, emparentados con aquel vengador del pueblo, son reducidos a prisión, a deshoras, en sus domicilios, todos, mujeres y niños, y conducidos al Cabildo, donde se les mantiene incomunicados hasta el día siguiente. Luego, en 1894, es la elección famosa e impopular del Presidente don Juan Idiarte Borda: durante 21 días, violando la Constitución, los legisladores del "colectivismo", respondiendo a camarillas y círculos,

desechan las candidaturas de ciudadanos tan eminentes como don Luis Eduardo Pérez, don Tomás Gomensoro, doctor Juan Carlos Blanco, don José Ellauri, general Máximo Tajés, etc., y concluyen, por una hábil maquiación, por dar sus votos a quien menos los merecía. El despilfarro de la hacienda pública y las violaciones electorales desencadenan entonces la tremenda revolución de 1897, que pone en peligro la estabilidad del partido "colorado" en el poder. Por ese entonces, Rodó concurría diariamente a la Biblioteca Nacional para satisfacer su hambre espiritual de lectura, mientras que yo, valiéndome de la confianza que tenía en el Ateneo del Uruguay, en cuya biblioteca había estado empleado varios años, y valiéndome también de que a aquel centro no iba alma viviente, me encerraba tarde y noche entre los libros para aplacar otra hambre por lo menos igual a la de Rodó. Algunos años después, cuando mi amigo empezó a documentarse para escribir sus *Motivos de Proteo*, repitió mi hazaña, es decir, se encerró días enteros en la Biblioteca del Ateneo, con la agravante de que él lo hacía a llave, para que nadie fuera a molestarlo en su trabajo, como amo absoluto o socio único de la institución. A veces ocurrió, también, que fui a llamar a la puerta, y el hombre me contestó redondamente:—"Vuelva otro día; hoy llegué primero y el boliche está cerrado". Yo no sé a que horas almorzaba Rodó porque aunque yo adelantara el mío para ganarle de mano, cuando llegaba al Ateneo ya estaba él murado dentro de la librería. El moreno Felipe, el viejo y simbólico portero de la asociación, aquel excelente hombre que había visto sus horas de esplendor y ahora vivía las de su decadencia, aquel fiel guardián que nuestros más descollantes intelectuales trataban con cariño y que nos entretenía a veces con desconcertantes ocurrencias, nos aconsejaba grave:—"Ten-

gan cuidado; la lectura ablanda el cerebro" (1). — Quiere decir, pues, que mientras los revolucionarios "nacionalistas" o "blancos" luchaban en las tremendas jornadas de "Tres Arboles" y "Anbolito" por derrocar el gobierno de Idiarte Borda, a quien no podían defender ni apoyar los "colorados" decentes y patriotas, nosotros vivíamos febrilmente nuestra vida intelectual, repartiendo el tiempo entre la *Revista Nacional* y el estudio. Pero he aquí que los acontecimientos políticos toman de súbito un nuevo cariz. El día 25 de Agosto, fiesta patria, un joven del pueblo, Avelino Arredondo, mata de un tiro al Presidente Idiarte Borda en momento en que este cruzaba la calle Sarandí después del *Te Deum* celebrado en la Iglesia Matriz. Le sucede en el mando el Presidente del Senado, don Juan Lindolfo Cuestas, quien, para concluir con el círculo político que rodeaba al extinto Presidente, da el golpe de Estado del 10 de Febrero de 1898, de que he hablado al ocuparme de *El Orden*. Esta medida, solicitada por la inmensa mayoría del pueblo, cansado ya de la denominación "colectivista", produce un sangriento contragolpe: el 4 de Julio se pronuncia un motín en las calles de la capital, que es dominado algunas horas más tarde. Después, subsiguen la dictadura de Cuestas y su gobierno constitucional, afeados por su despotismo, sus violencias y sus agresiones a la libertad individual, con que desvaneció todas las esperanzas que la juventud había cifrado en él. Y más tarde, elevado el

(1) El otro portero, Angel, moreno también, estaba allí a título de haber desempeñado el mismo cargo en la Sociedad Universitaria, antes de que ésta se refundiera en el Ateneo. No contaba con las simpatías con que contaba Felipe, pues era más reservado y discutidor y menos diligente y sincero. Entre los dos morenos ardía latente la vieja rivalidad que existió antes entre las dos asociaciones. Cuando murió Angel, Felipe tuvo una frase estupenda: — "¡Pobre Angel! Era un buen hombre; pero tenía un corazón muy ruin".

señor José Batlle y Ordóñez a la primera magistratura de la Nación, se desatará contra su gobierno la más formidable guerra que haya padecido nuestro pobre país, la guerra de 1904. Fué la última, pero la más sangrienta y la más dolorosa: solo un año y medio después de haberse iniciado en un día primero de año hallará fin con el Pacto de Aceguá.

Decía, pues, que cuando vió la luz *Ariel*, en 1900, nuestra política hallábase rudamente comprometida. El golpe de Estado del señor Cuestas y el motín del 4 de Julio, seguido de deportaciones y encarcelamientos, habían exarcebado las pasiones. El partido "colorado", estaba dividido, deshecho en pedazos, no existía. Cada fracción campaba por sus respetos: en la casa del jefe del "colectivismo", que lo era el doctor Julio Herrera y Obes, se reunían los hombres de la situación derrocada; en la casa del doctor Miguel Herrera y Obes, hermano del anterior, se reunía otro núcleo de ciudadanos; en la casa del general Máximo Tajes, existía otro cónclave; el señor Cuestas tenía, naturalmente, a todos los "oficialistas", pero estos mismos se subdividían en fracciones, — los partidarios del señor Mac-Eachen, los de don José Batlle y Ordóñez, los del doctor Juan Carlos Blanco, etc., etc. Nadie se entendía con nadie, porque todos reservaban sus ambiciones personales. Todos se odiaban profundamente por los graves sucesos que los habían separado. Y, entretanto, el adversario tradicional, el partido "blanco o nacionalista", que se había constituido y vigorizado con la revolución de 1897 y disfrutaba, después del acuerdo con Cuestas, de posiciones y ventajas en la administración y la política, se aprestaba para la próxima contienda electoral. El peligro era inminente y real para el partido colorado. Si no se unía olvidando sus discordias y sus agravios, sería derrotado en los comicios por aquel

adversario disciplinado. Fué entonces que la juventud "colorada" tuvo la inspiración de predicar la concordia y la unión de todos los elementos de su credo, de propiciar su acercamiento: ella, que no tenía en su alma los odios y ambiciones de los hombres maduros, es la que tomó sobre sí la improba labor de limar asperezas, de apaciguar pasiones, de enaltecer el acercamiento, de levantar en fin el pendón partidario, el viejo y glorioso pendón de la Defensa, para congregar a su alrededor a los des-acordados correligionarios y restablecer la unidad y el poderío de su credo político.

Una tarde, al salir de mi incipiente estudio de abogado, ubicado allá por la calle Sarandí, tropecé con el doctor Juan María Lago, antiguo y querido compañero de las aulas universitarias. Hablamos de política, porque ya entonces era él un gran politiquero y un entusiasta admirador del gobierno parlamentario, y muy pronto estuvimos de acuerdo en la premiosa necesidad de unificar a nuestro convulsionado partido. Habría que fusionar la Comisión de la calle Río Negro con la Comisión de la calle Solís; pero, ¿cómo lograrlo? Aquella, era presidida por el señor Batlle y Ordóñez, que nunca daría su brazo a torcer; ésta, por el doctor Herrera y Obes, que tampoco daría el suyo. "Somos nosotros los que tenemos que hacer eso", — decíame el doctor Lago, — "habría que buscar una fórmula". — Ese día nos separamos así; pero, en otra ocasión reanudamos el tema, y al fin y al cabo llegamos a la conclusión de que teníamos que hacer algo, por lo menos reunirnos los más íntimos y conocidos. — "Convida a Rodó, a Martínez Vigil, a Guillermo Büsch, a tus antiguos compañeros de *El Orden*; yo citaré a varios amigos.... Veremos, — concluyó el doctor Lago.

Y así fué. Conversamos un poco y nos pusimos de

acuerdo en que éramos nosotros, los muchachos, sin actuación política, y, por lo tanto, sin compromisos, sin reñores, sin agravios que vengar, pero, eso sí, entusiasmados y resueltos, los que podíamos y debíamos provocar la reorganización del partido "colorado" y salvarlo del inminente peligro a que lo abocaba la próxima lucha electoral. A tal fin, consideramos que debíamos organizar un gran banquete, al que invitaríamos a todas las personalidades del partido, exhortándolas luego, en nombre de nuestro credo, a deponer sus diferencias y unirse generosamente para la lucha de los comicios.

La idea fué acogida con entusiasmo y se procedió de inmediato a constituir una comisión organizadora. Esta quedó integrada en la siguiente forma: Juan M. Lago, presidente; Víctor Pérez Petit, 1.º vice-presidente; Albento Zorrilla, 2.º vice-presidente; Guzmán Papini y Zas, Antonio Cabral, Guillermo Büsch, Domingo Veracierto, secretarios; Ricardo Espalter, tesorero; José Enrique Rodó, Carlos Martínez Vigil, Eduardo Pittaluga, Dalmiro Tió, Ernesto Lagomarsino, Pedro Albuquerque, Emilio Frugoni, Ubaldo Ramón Guerra, Juan Carlos Carve, Jacobo D. Varela, José P. Carve, Juan C. Blanco Acevedo, Félix Polleri, Julio María Sosa, Adolfo H. Pérez Olave, vocales.

No quisiera equivocarme, pero a nuestras reuniones no asistió una sola persona más, — y todavía, habría que descontar de esa nómina tres nombres de personas que nunca aparecieron entre nosotros. La mencionada comisión era, pues, toda nuestra fuerza cívica: no había un gato más. Pero, aquellos veintitrés jóvenes se movían y trabajan por veintitrés mil. ¡El ruido que armamos! ¡Las cosas que removimos! ¡Las dificultades que salvamos! Los diarios no hablaban de otra cosa que del "gran" banquete de "la juventud colorada". Así fuimos

caldeando el ambiente; así fué también nuestro triunfo. Dudaban algunos que arrastráramos gente, que llenáramos una mesa de doscientos cubiertos, que hiciéramos ir el teatro a nuestros principales hombres políticos. ¡Qué iba a ser eso imposible para nosotros! ¡Nos hubiéramos llevado a la rastra a los comensales y a los personajes! Y todo eso, fué la tarea de unos pocos días, porque no queríamos dejar enfriar la comida. El día antes del banquete, los veintitrés nos habíamos convertido en cuatrocientos: nos llovían adhesiones de todas partes; todos querían tener un lugarcito en nuestras filas. Escogimos el teatro San Felipe para campo de nuestra batalla; designamos por oradores oficiales a Juan María Lago, José Enrique Rodó, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y Guzmán Papini y Zas, e hicimos circular un manifiesto en el que había párrafos así: "La juventud actualmente tiene el deber y está en la oportunidad de manifestar en un acto público los deseos fraternales de unión que, aunque ocultos tal vez, laten en el seno del Partido Colorado; tiene el deber de iniciar la unión de todas las fracciones en que éste se halla dividido, pues ella es la indicada para realizar aquella iniciativa de concordia. Nadie puede negarle su adhesión, ni desconocer la santidad de los propósitos que la guían en sus expansiones ciudadanas, desde que a la juventud siempre la escudan, contra toda sospecha de egoísmo, la sinceridad, la virtud y la grandeza íntima de todas sus inspiraciones. Y, por otra parte, ella está en la oportunidad de exteriorizar sus anhelos, que conuerdan con los de sus correligionarios, porque las circunstancias excepcionales que hoy rodean al Partido Colorado, aconsejan, como salvación única de la estabilidad fecunda y civilizadora de este partido en el gobierno, el acercamiento, y más que el atencamiento, la acción unisona y tendien-

te a un solo fin de todas las fracciones del mismo, que se agitan en el escenario político del país." Y en otro párrafo: "Convocamos para esa fiesta del patriotismo y de la unificación colorada a todos los elementos jóvenes que, desde la esfera de una u otra fracción del Partido, rindan culto a los sacratísimos ideales defendidos por Rivera entre las impetuosidades de Cagancha, proclamados por Suárez en medio a los heroísmos de la Defensa, anunciados en Caseros por los clarines de César Díaz, y conducidos por Flores, entre cuadros de héroes, hasta el fondo bravío de las selvas paraguayas."

—El banquete va a ser un exitazo, — me anunciaba horas antes el amigo Büsch, — pero ustedes, los oradores oficiales, van a resultar un fracaso.

—¿Por qué? — le dije, molestado.

—Porque ustedes son literatos; y en estas cosas se necesita una oratoria especial.

Le repetí a Rodó la apreciación de aquel amigo, y arguyó, confiadísimo:

—Hasta los sillones de la platea, que estuvieran allí, alzarían los brazos para aplaudirnos. Ya verá.

Y lo ví, ya lo creo que lo ví. Cada párrafo de nuestros discursos, cada frase a veces se ahogaba en una tempestad de aplausos. En cierto momento de la fiesta me crucé con el amigo aquél y me dijo, radiante de entusiasmo:

—Me equivoqué con ustedes y me alegro

Llegó la noche memorable, que fué la del 21 de Enero de 1901. La sala del Teatro San Felipe, ubicado entonces donde hoy se asienta el palacio Tarameo, entre la calle del 25 de Mayo y la Plaza Zabala, ofrecía un golpe de vista magnífico y deslumbrador. "En medio de un lujo profuso de flores y de luces — dice *El Día* de la época — cuatrocientos comensales festeja-

ban la idea de la unión lanzada por la juventud del Partido Colorado". Se había adornado el teatro con severidad y buen gusto: rodeaban las filas de palcos y galerías, guirnaldas de lamparillas eléctricas rojas, blancas y azules — la bandera de Artigas; sobre el fondo del escenario, con letras de luz, un gran lema: "Unión del Partido Colorado"; y allí, en el balcón de las tertulias, los retratos de Rivera, Flores y Suárez. Los comensales se hallaban distribuidos en cuatro largas mesas que se tendían desde la entrada de la platea hasta el fondo del proscenio, donde, en otra mesa perpendicular a las anteriores, se instaló la comisión organizadora. A poco de haber comenzado la comida, que resultó bastante maleja, empezaron a llenarse los palcos, la cazuela y el paraíso con las personas especialmente invitadas para oír los discursos. Un diario de la fecha da estos datos: "Sin exagerar nada, puede decirse, teniendo en cuenta la capacidad del teatro, que entre todos pasaban de mil los asistentes. Entre las personas que aparecieron en los palcos, figuraban las siguientes: General Salvador Tajés, doctor Joaquín de Salterain, José Batlle y Ordóñez, General Eduardo Vázquez, General Miguel A. Navajas, Mario R. Pérez, Carlos de Castro, coronel Ricardo Flores, coronel Angel Casalla, doctor Juan Blengio Rocca, Andrés Otero, José Ladislao Terra, General Pedro Callorda, doctor Carlos E. Lenzi, doctor Juan Campisteguy, Carlos Reyles, Blas Montes, José M. Rodríguez, Felipe Lacueva Stirling, Laureano B. Brito, Eduardo Iglesias, doctor Gabriel Terra, doctor Antonio M.^a Rodríguez, Francisco García Santos, coronel Killinger, P. Comés, doctor Jorge H. Ballesteros, doctor Arturo Terra, coronel Eulogio de los Reyes, General Osvaldo Rodríguez, doctor Teófilo E. Díaz, Enrique Givogre, Pedro C. Rodríguez, A.

Barreiro, Pedro Pallares, coronel Islas, coronel Beltrán y muchos otros. Allí aparecer el señor Batlle y Ondóñez fué saludado con vivas y aplausos. Estas manifestaciones se repitieron cuando aparecieron los generales Eduardo Vázquez, Salvador Tajés y el doctor Campisteguy."

El entusiasmo de la concurrencia aumentaba por grados a medida que se iba haciendo más patente y manifiesto el éxito de la jornada. Allí había hombres de todas las fracciones, separados por los últimos sucesos políticos, y todos venían llamados por la juventud a deponer sus agravios en honor de su bandera. A cada personaje que hacía su aparición en los palcos se le saludaba con salvas formidables de aplausos. En el entusiasmo, hasta se vivió a Kruger. Pero, el ¡viva! triunfal, el gran éxito de la noche, el que luego perduró largamente y se siguió repitiendo en todas las asambleas partidarias, fué el que lanzó alguien desde el paraíso: "¡Viva el partido que no cambia de nombre!", por alusión al partido tradicional adverso, que antes se denominaba "blanco" y después "nacionalista".

Al oírse aquel grito, la sala se levantó en peso, en medio de un vocerío atonador y de un huracán de aplausos, que duró varios minutos, — que parecía no concluir nunca.

Y llegó, por fin, el número de la oratoria. El presidente del Comité organizador del acto, doctor Lago, dijo su notable discurso desde la cabecera de la mesa; pero, así que hubo concluido, en medio de ruidosos aplausos, la concurrencia pidió a los otros jóvenes que hablaran desde un palco. He aquí, otra vez, lo que nos refiere *El Día*:

"Habló primero el doctor Juan M. Lago, pronun-

ciando en nombre de la Comisión Organizadora del banquete, de la que es presidente, el discurso que va más abajo. Le siguieron el joven Guzmán Papini y Zas, que recibió aclamaciones continuas por su bello discurso lleno de energía y de cadencia al mismo tiempo; el doctor Víctor Pérez Petit, cuya vibrante oración fué motivo también de grandes ovaciones; el señor José Enrique Rodó y el doctor Carlos Martínez Vigil, cuyos discursos, que publicamos así mismo, podrán apreciar los lectores; los señores Juan C. Blanco Acevedo, Leogardo Tonterolo, doctor Albuquerque, Oscar de Palleja, Joaquín C. Sánchez, redactor de *El Deber* de la Colonia, que representaba en la fiesta a los "colorados" del Departamento, y cuyo discurso fué muy bien recibido." También, a pedido de la concurrencia, habló el señor Arturo Pozzili, en la hermosa lengua del Dante, con una oportunidad y galanura que arrancó repetidas muestras de aprobación a todos. Por último, cerró oficialmente los discursos el señor Alberto Zorrilla.

Al día siguiente, toda la prensa hubo de confesar el resonante éxito obtenido con esta fiesta, y los principales discursos fueron publicados con nuevos elogios. Juzgo interesante reproducir los párrafos más salientes del discurso de Rodó, a fin de que se le pueda juzgar mejor desde el punto de vista político.

"Aspira la juventud aquí reunida, a la unión, a la reorganización del Partido Colorado sobre la base franca de la reconciliación y la amistad de sus elementos dirigentes: unión que se realice sin restricciones de perfidia, sin injustificadas exclusiones, sin preferencias irritantes, haciendo pasar sobre las disidencias de una hora un gran soplo de olvido, y evocando, en cambio, con fuerza todo lo que puede significar un lazo de solidaridad en las conmemoraciones del pasado

y en los derrotados del porvenir. Aspira, en una palabra, la juventud, a que se consagre en el hecho el pensamiento que todos llevamos dentro del alma, y es que las disidencias más o menos apasionadas, más o menos justas, de un día, no puedan prevalecer sobre la multitud de lazos vivientes e imperecederos que crea, entre los afiliados a una gran colectividad histórica, la fe de la misma tradición, el culto de la patria profesado constantemente en los mismos altares, el orgullo cívico cifrado en las hazañas de los mismos héroes, la veneración rendida a la memoria de los mismos mártires, las inspiraciones patrióticas recogidas en las mismas páginas vivas de la historia, y, sobre todo eso, la comunidad de espíritu que procede de los recuerdos, porque es en el culto de la tradición y del ejemplo donde se recoge mucho más que en las fórmulas alambicadas de los programas, la de los principios, las aspiraciones vivificadoras de la acción.

"Bastaría ese motivo fundamental y permanente para que la unificación del Partido Colorado fuese, en todo momento, una grande idea, una bandera prestigiosa, sino concurriera a reclamarla otro motivo de oportunidad, de la más alta e imperiosa oportunidad.

"La lucha decisiva que va a librarse en el corriente año entre las dos grandes colectividades políticas del país, no tiene más que una solución posible si el Partido Colorado concurre unido, organizado y fuerte, como en los grandes momentos de su historia, a la contienda de las urnas electorales, para salvar, con su permanencia en el Gobierno, la permanencia del espíritu liberal en la dirección de los destinos de la República.

"Pero, si cegado en mala hora por el vértigo de rencores y las pasiones de los círculos, olvida esa exigencia elemental de la situación porque atraviesa y só-

lo envía fracciones dispersas a la lucha, entonces la posibilidad oscila entre estas dos soluciones, igualmente comprometedoras: o que abandone el poder, confesando en el hecho su incapacidad, a pesar de haber tenido elementos para conservarlo, o que traicione su significación y prostituya su historia arrebatando por la usurpación y la violencia lo que habrá perdido por ministerio de la ley."

Estas palabras de un partidario noble y consciente, de un espíritu justo y privilegiado, alguna vez fueron reprochadas al autor por aquellos exaltados que ni un crimen político detendría en su obsecuencia a la causa de sus amores; pero ellas son como una consagración de patriotismo y de honestidad cívica para el que no sólo tuvo la grandeza de ánimo de pensarlas, sino el valor masculino de decirlas.

Por lo demás, la prensa imparcial no tardó en hacernos justicia. Si *El Nacional* se equivocó, mal informado, al decir al día siguiente, antes que se publicara mi discurso, que yo había calificado al partido nacional de "partido de sangre, de degolladores, de traidores" (lo que era absolutamente inexacto, según se comprobó luego al publicarse aquél, — ya que para nada me había ocupado de los adversarios, concretando toda mi prédica a excitar a mis correligionarios a la concordia y a que siguieran ideales y no ídolos), — en cambio, otros órganos de publicidad, no afiliados a ningún partido tradicional, celebraban los nuevos rumbos que señalábamos a nuestros correligionarios. *La Tribuna Popular*, en su número de 23 de Enero, decía editorialmente: "Los señores José Enrique Rodó, en su discurso notable, tanto por la firmeza y profundidad de los conceptos cuanto por lo elevado de los pensamientos, lo puro del fondo democrático y hasta por la invocación de los

verdaderos grandes hombres del partido colorado, sustituida a la de los viejos ídolos de la tradición; Carlos Martínez Vigil en vigorosos períodos, y, aunque en términos mitigados y no suficientemente precisos, Víctor Pérez Petit, formularon el que debe ser en adelante programa de ideas y de acción del partido colorado, señalando a la juventud como meta el triunfo del partido por el derecho y *solo por el derecho*, y como medio la actividad cívica armónica, consciente y disciplinada, ejerciéndose en los comicios previo voto de homenaje a las decisiones de la voluntad popular legalmente manifestada. No haremos cuenta de los aplausos con que la asamblea reunida en San Felipe acogió estos dogmas en germen, porque suelen esos concursos aplaudirlo todo, sin más determinantes que el impulso y el contagio. Pero, la manifestación de tales ideas por quienes fueron elegidos para dirigir la palabra a la multitud y la vibración de tales ideas en cerebros que serán los dirigentes de esa juventud a la cual realmente han de estar confiadas la suerte y la marcha de uno de los grandes bandos tradicionales, anuncian rumbos nuevos señalados al desarrollo de la actividad cívica y promesas de mejoramiento en la situación política hasta ahora tan difícil y comprometida.' Y concluía el editorial: "Conocido nuestro afecto por la juventud en cualquier campo en que se halle, siempre que mire hacia adelante, no esquivaremos declarar que nos halagaría íntimamente la realización de los propósitos enunciados anoche en San Felipe por los oradores de pensamiento sereno, sobre las bases que pueden y deben constituir el nuevo programa del joven partido colorado. Principios y no pasiones, fuerza y no violencia por lema — según Rodó; — Ideales y no ídolos por objeto — según Pérez Petit; — Renovación y no fu-

sión en los núcleos dirigentes como medio, — según Carlos Martínez Vigil."

Así acogía la prensa, al día siguiente del banquete, nuestras ideas y así hacía resaltar la noble y patriótica labor en que nos habíamos empeñado; y júzguese si nos mostraríamos satisfechos con semejante acogida.

El resonante éxito obtenido por la fiesta de concordia que habíamos organizado y el vehemente deseo de terminar nuestra fecunda iniciativa, nos condujeron a raíz del banquete, a fundar el "Club Libertad", que por tanto tiempo después fué el faro de la juventud. En pocas reuniones, cinco o seis a lo sumo, llevamos adelante nuestros principales propósitos: nosotros no perdíamos nuestro tiempo con paños tibios, y mucho menos entonces, envalentonados con el número de adhesiones que recibíamos. Ya no éramos veintitres, ahora teníamos con nosotros, de verdad, a toda la juventud. Muchos de los que así se nos incorporaron, consiguieron más tarde subir muy alto; y algunos de los que fuimos de los iniciadores, nos quedamos en la llanura. Cosas de la política, que no enadra a todos los caracteres.

El 3 de Febrero de 1901, reunión en el estudio del doctor Lago, en aquel largo salón de la casa calle Sarandí, que entonces señalaba el número 227. Los organizadores del banquete resuelven constituir el "Club Libertad", un club de la juventud colorada, realizar un gran mitin para pedir nada menos que la disolución de la Comisión Colorada de la calle Río Negro, que presidía el señor Batlle y Ordóñez y de la Comisión Colorada de la calle Solís, que presidía el doctor Julio Herrera y Obes, y provocar así la reorganización del partido. Para constituir el Club y elegir su primera Comisión Directiva, se resuelve invitar a toda la juventud colorada a una nueva reunión.

Celébrase ésta el día 6 de Febrero. Mucha concurrencia, gran entusiasmo. Se votan dos listas, y de la que resulta triunfante, se designan así los cargos: Presidente, Juan M. Lago; 1.º Vice presidente, José Enrique Rodó; 2.º Vice presidente, Víctor Pérez Petit; 3.º Vice presidente, Alberto Zorrilla; Tesorero, Ernesto Lagomarsino; Contador, Luis Ignacio García; Bibliotecario, Francisco Costa; Secretarios, Ubaldo Ramón Guerra, Guillermo Büsch, Domingo Veracierto y Guzmán Papini y Zas; Vocales, Juan Bado, Javier Mendi-vil, Carlos Martínez Vagil, Eduardo Pittaluga, Antonio Cabral, José Chiappara, Juan C. Blanco Acevedo, Jacobo A. Varela, Juan C. Carve, Adolfo Pérez Olave, Pedro Manini y Ríos, Félix Polleri, Emilio Frugoni y Juan Francisco Lacoste.

El "Club Libertad" entra, entonces, en un período de actividad febril. Un día, una delegación de sus miembros compuesta de Rodó, Pérez Petit, Carve y Büsch, concurren a un banquete organizado por los gambaldinos; otro, dispone las medidas para el gran mitin partidario que proyecta, y todos, mantiene una endiablada correspondencia con los correligionarios del interior de la República para obtener su adhesión y el nombramiento de delegados. Además, en pocos días, porque el mitin había sido fijado para el 10 del mismo mes de Febrero — así hacíamos entonces las cosas, — organizamos las secciones y sub-secciones de la capital. En aquellos días, todos trabajábamos como poseídos. Cada uno, secretarios y no secretarios, escribió más notas que cartas Madame de Sévigné.

Y llegó el día del famoso mitin, el 10 de Febrero. No habíamos reparado, en nuestro apresuramiento y también por la buena fe con que procedíamos, que esa fecha era aniversario del golpe de Estado del señor

Cuestas, una de las causas determinantes del desmembramiento del Partido Colorado. Los hombres de la fracción "colectivista" se nos mostraron descontentos. Muchos nos predecían el fracaso del mitin. Pero, no nos amilanamos. Perseguimos a los más refractarios; les explicamos una vez más nuestros buenos propósitos; discutimos, peleamos, — nos salimos al fin con la nuestra. El mitin resultó colosal, tal vez el más grande que hasta aquel día recorriera las calles de Montevideo, y como muy pocos, desde entonces hasta la fecha, hayan vuelto a realizarse. Cuando partimos de la Plaza de la Independencia ya era enorme; al subir por la calle 18 de Julio se nos incorporó más gente todavía; y cuando regresábamos por la calle Urugutay, toda ésta, desde la Avenida Rondeau hasta la calle Cámaras era un macizo de manifestantes. Aquel acto cívico fué realmente hermoso.

Los mismos jefes de grupo no habían querido comprometerse, por temor a un fracaso, haciendo acto de presencia al iniciarse el mitin: los hallamos, durante el recorrido, estacionados en la vereda, observando; pero, así que advirtieron las proporciones inesperadas de aquella columna de ciudadanos, no vacilaron más y se nos incorporaron, en medio de colosales salvvas de aplausos, — el señor Batlle y Ordóñez, en la esquina de 18 de Julio y Río Negro, y el general Máximo Tajés, en la Plaza Libertad.

En aquel día memorable, en que por la voluntad ciudadana — nosotros, orgullosamente, decíamos: "por la voluntad de los veintitres", — se decretó la disolución de las Comisiones Directivas antagónicas y se puso la piedra fundamental de la reorganización del Partido Colorado, la parte oratoria estuvo casi exclusivamente a mi cargo. Un diario de la fecha dice: "Llegada la manifes-

tación a la plaza Independencia la multitud se arremolinó alrededor de la estatua de Joaquín Suárez. Un grito unánime pedía entonces que hablara el general Máximo Tajes. El general Tajes accedió al pedido popular y dijo: "Señores, el acto de esta tarde me prueba que la unión del Partido Colorado es un hecho, y siendo un hecho, el Partido Colorado está salvado." — Grandes ovaciones respondieron a las palabras del general Tajes. Luego, la multitud pidió con insistencia que hablara el señor Guzmán Papini y Zes y cuando alguien hizo notar que no se hallaba presente, se le rogó al doctor Víctor Pérez Petit que pronunciara un discurso, quien accediendo a los deseos del público hizo uso de la palabra, teniendo su alocución brillantes períodos, que eran continuamente interrumpidos por aplausos y aclamaciones. Una parte del público acompañó al señor Batlle y Ordóñez hasta el local de la calle Río Negro. "Llegados a ese punto — dice *El Día* — se pidió al señor Batlle que hablara, y así lo hizo manifestando sus deseos de que se realizase la unificación del Partido Colorado. El señor Julio María Sosa también dirigió algunas frases alusivas a los acompañantes del señor Batlle."

Después... es sabido lo que aconteció. Se disolvieron las comisiones de las calles Solís y Río Negro, se constituyó la nueva Comisión Directiva Nacional del Partido Colorado, con elementos de una y otra fracción, y a nosotros, los iniciadores, nos fueron poniendo diplomáticamente de lado, — a algunos, por lo menos. (1) Durante las primeras tratativas, el doctor Juan Carlos Blanco, pa-

(1) Cuando la fusión de las dos comisiones "coloradas", los secretarios de la "disidente", que lo eran los señores Joaquín G. Travieso y Carlos Martínez Vigil, se entrevistaron con los secretarios de la "oficialista", que lo eran el ingeniero José Serrato y el doctor Blengio Rocca, a fin de inventariar el mueblaje. En una habitación había, oficiando de

dre, aquél a quién defendíamos a capa y espada por "intelectualismo", fué el primero, justamente, en eliminarnos. Conversó con el doctor Juan M. Lago y le dijo con su cortesía habitual: — "Ahora, ustedes han terminado su generosa y noble tarea; ahora nos toca a nosotros, los viejos, continuar lo que ustedes iniciaron." Y así nos despacharon tranquilamente.

Sin embargo, aún tuvieron necesidad de los muchachos "líricos y soñadores", y el "Club Libertad" continuó eficazmente su gran campaña de unificación. En vano se nos había dicho que los viejos no necesitaban ya de los jóvenes y que entre ellos podrían entenderse solos. El caso es que no acababan de entenderse con todas sus influencias y con todos sus esfuerzos, particularmente en los departamentos del interior de la República. Allá, en los pueblos y villas, la desunión de los "colorados" cobraba caracteres épicos. Tal viejo caudillo, de largos sacrificios al partido, con toda la piel llena de cicatrices, a quien seguía el paisanaje, no quería avenirse con el flamante jefe político, de botas de charol y pañuelo perfumado que enviara el gobierno para hacerse director de la política oficialista; aquel viejo comandante, arrumbado y olvidado en su casa, donde se pasaba el día tomando mate con tres o cuatro amigos de los buenos tiempos, escupía por el colmillo cada vez que veía pasar al agente fiscal, muy engomado, que le había "ladrado" por "cuatro vintenes" a sus "muchachos"; un

mesa o escritorio, un ancho tablón sustentado con dos caballetes. El doctor Blengio Rocca, con su papilito en la mano, leyó pomposamente: — "Un escritorio ministro". — "¿Dónde está el escritorio?" preguntó el señor Travieso. — "Helo ahí", — replicó el doctor Blengio, señalando el mencionado armatoste. Entonces fué cuando Martínez Vigil se dejó caer con esta francesita: — "En este país, a cualquier cosa le llaman ministro". Recuerdo la anécdota como una muestra más del buen humor de mis viejos compañeros de la *Revista*.

vecino viejo no cesaba de lamentarse día y noche porque en vez de escogerlo a él para presidente de la junta local, habían ido a sacar de la pata de su herrería a un zoquete que le había puesto las herraduras a su caballo. Y así por el estilo. Todas las rivalidades de los seres humanos, que todavía, a veces, no sé porque denominan individuos sociales, se acrecentaban en los pueblos chicos, envenenados por la política. Si aquí, en la Capital, habíamos logrado realizar la fusión de los bandos antagónicos, en el interior la cosa no marchaba de manera alguna. Entonces, una vez más, se pensó en nosotros, los jóvenes. Con los prestigios que siempre rodea a la juventud y con los que cada uno, personalmente, había ido adquiriendo con sus escritos y discursos, — nos hicimos los factores indispensables de la unificación. Empezaron a solicitarnos, a pedirnos que enviáramos delegados a los departamentos para predicar la conciliación de los colorados, la necesidad de ir todos los correligionarios a las urnas y condenar el abstencionismo, que ya se pronunciaba en ciertos círculos. Era evidente que si no se realizaba la unión en los departamentos, las elecciones generales de senadores y diputados que se realizarían en Noviembre, se perderían, provocando el desastre del partido "colorado" y correlativamente el triunfo de los "nacionalistas". Entonces el "Club Libertad" inició su célebre propaganda. Eramos cuatro o cinco, nada más, los que dragoneábamos de tribunos y demóstenes; pero esos cuatro o cinco nos movíamos como si fuésemos azogue en el cuenco. ¿Qué había que ir a varios departamentos a conferenciar con los cabecillas y echarles un discursete a la masa partidaria? Pues con ir, cada uno, a dos o tres localidades todo quedaba arreglado. Es lo que decía Rodó, con mucha gracia:

—Todo el arte está en preparar un gran discurso,

aprendérselo de memoria y dejar enajados a los pueblos soberanos. De todos modos, no sabrán los del Salto si lo que les hemos dicho es lo mismo que antes les dijimos a los de Canelones.

Pero, nosotros, no teníamos necesidad entonces de ocurrir a tales artes. Nos brotaban las palabras como los granos. Ibamos, gratis, a donde se nos pidiera; tan sólo hubieran tenido que pagarnos para que nos callásemos la boca. Y eso que no éramos ricos, ¡qué habíamos de ser! Precisamente, por falta de metal circulante, solíamos pasar pellejerías únicas. A este propósito viene a mi memoria otra de las redondillas con que nos regocijábamos. Uno de nosotros, no diré quien, no por nada, sino porque soy muy reservado respecto de los íntimos amigos y no me gusta reprocharles sus cosas juveniles, no quería pasar por nada del mundo por cierta calle de Montevideo. Según parece, en esa calle vivía un sastre que le había hecho un traje al amigo en cuestión. Claro está que esta no era razón suficiente para que éste le hubiera tomado tanta inquina a esa calle: debía mediar otra circunstancia. Y esa circunstancia, conocida de los otros dos, motivó cierto día la siguiente redondilla que, como se advertirá, tiene la delicadeza de no nombrar al matrero:

Hay en nuestra población
Críticos de tomo y lomo
Que le huyen al sastre como
Si fuera un fiero león.

Bien, pues. Tan escasos de monedas solíamos andar que algunas veces, para darnos el gusto de comer tres o cuatro amigos juntos, en un hotel del centro — "comer de fonda", nos corregía Carlos Martínez Vigil, — debíamos ocurrir a expedientes extremos. Justamente, a uno de estos buenos compañeros que cierta noche de invierno

empeñó el sobretodo para ir a comer "choucroute" en no sé cual restaurant, — volviendo a nuestras mañanas de los tiempos de la Revista, — le enjaretamos este versito:

Para comer en el centro,
Ha empeñado el sobretodo:
Puede decir de ese modo
Que se lo ha puesto por dentro.

Preparamos, pues, en un santiamén, según iba diciendo, nuestro plan estratégico, reunimos fondos no sé cómo y allá nos lanzamos los oradores. Rodó, Papini y Zas, Alberto Zorrilla, yo, no recuerdo quien más, empezamos nuestra gira y muy pronto advertimos los buenos resultados de ella. Cada uno volvía como un triunfador. Rodó, que tenía muy mal oído, se acordaba de Radamés, pero no podía aprender la música para cantárnosla; en cambio nos hacía despotricar de risa con sus observaciones pintorescas sobre los tipos rurales. Es verdad también que cuando la tomaba con alguno de nuestros empingorotados personajes, lo retrataba en cuatro rasgos. Viéneme ahora a la memoria este caso: en cierta reunión política, el doctor Juan Biengio Rocca predicaba a un correligionario, excelente persona, de algunos años, de mucha fachada, que había que tomar altura, "más altura que la del pico del Illimani"; y el interpelado, que ignoraba lo que era el Illimani y que se había quedado desconfiado con lo del "pico", le apostrofó:—"Por quien dice eso del pico?"—Pues bien; nuestro sin par Rodó, después que festejamos cumplidamente la ignorancia geográfica de aquel distinguido caballero que, como he dicho, vestía muy bien y poseía una testa aparatosa, hizo con una frase el retrato del personaje: "Es un conventillo con fachada de palacio."

El éxito, entretanto, nos seguía donde quiera que fuésemos. Por mi parte, nunca olvidaré la recepción entu-

giasta que se me hizo en el Carmelo, departamento de la Colonia, ni el éxito enorme alcanzado con mi conferencia dada en el teatrillo de la localidad. El Director del periódico *La Colonia* que lo era el coronel Juan Bernassa y Jerez, envió desde la ciudad de aquel nombre al Redactor en jefe del periódico, señor Joaquín C. Sánchez, para que me presentara al público del Carmelo y recogiera mi conferencia. Toda una plana, llena de inmerecidos elogios naturalmente, fué consagrada por *La Colonia* a las fiestas que se hicieron para recibirme y a la conferencia que di. Después, en un mitán, se me obligó a hablar otra vez. Y por la noche, me visitaron varias personas de significación: el diputado don Aurelio Hernández, que me acompañaba, me sopló por lo bajo: "hábleles del general Galarza". Les hablé del general Galarza, a quien por otra parte yo apreciaba personalmente, y todos salieron encantados. Con el sistema de un discurso, ideado por Rodó, no habría quedado bien parado en el Carmelo.

Vueltos a la Capital, no se nos dió tregua. Había que seguir caldeando el ambiente para llevar a los correligionarios a las urnas. Papini y yo fuimos las principales víctimas: nos llevaban de club en club por todas las secciones de Montevideo, como osos de feria. Julio María Sosa y Pedro Manini y Ríos hacían también buen derecho de oratoria. Rodó era más remolón para este zarandeo. En el club de la 1.^a sección hablamos Sosa, Papini, Biengio Rocca y yo; en el de la 8.^a Manini, Sosa, Pittaluga y yo; allá por el Reducto, Papini y yo; en el Cordón, yo y Papini; y así sucesivamente. Hoy me pregunto con espanto si después de tanto hablar nos habría quedado en el cuerpo algo por decir.

Tantos esfuerzos y sacrificios dieron al fin sus frutos. La difícil situación fué salvada y el partido "colorado"

pudo proseguir su grande obra de reconstrucción nacional. Antes de la constitución del "Club Libertad", ya lo he dicho, nuestro partido estaba deshecho, en trizas, no existía; después de su gestión fecunda y entusiasta, se reorganizó, marchó de éxito en éxito, y hoy es en el país la entidad más representativa, la fuerza democrática que ha implantado todas esas reformas sociales y leyes progresistas que nos presentan ante el extranjero como uno de los pueblos más adelantados, en legislación, de todo el continente.

Muchos de nuestros amigos y compañeros han alcanzado después altas posiciones en política: Rodó, Pittaluga, Ubaldo Ramón Guerra, Mendivil, Zorrilla, Jacobo A. Varela, Frugoni, etc. han sido diputados; Julio María Sosa es actualmente senador; Manini y Ríos, Blengio Rocca, Antonio Cabral, se sentaron en la poltrona de los Ministros; y otros, en fin, nos hemos quedado en el llano, haciendo literatura...

No importa: en nuestra hora, cumplimos con nuestro deber. Siempre quedará ahí, indiscutible y santa, la grande, la hermosa obra realizada por el "Club Libertad". Y esto, era tiempo ya que se dijera, así, con toda verdad y franqueza, sin inútil modestia, porque en este curioso país son muchos los que muy pronto se olvidan de las cosas y muchos más todavía los que hacen lo inimaginable por hacerlas olvidar a los otros. Eramos, en aquella época, unos muchachos, unos líricos, unos soñadores; pero, lo cierto es que los muchachos, los líricos, los soñadores, acumulamos la obra que los viejos expertos e influyentes no podían llevar a buen término; la verdad es que nosotros hicimos, por nuestro esfuerzo y voluntad, la unión del partido "colorado" y preparamos su actual reorganización; lo indiscutible también es que evitamos al país, con la derrota de ese partido, quién sabe que fu-

estas consecuencias. Porque aquello que predicaba Rodó: "si el partido pierde las elecciones debe entregar el mando a su adversario" debe ser una cosa de Europa; aquí, entre nosotros, hay gente que no se entrega si antes no la muelen a palos... Y aún así, de ellos podría decirse lo que de Pericles decía un conciudadano suyo: "Cuando lo he echado a tierra, todavía hace creer a todo el mundo que no está vencido."

Del mismo "Club Libertad", disuelto más tarde, cuando el Presidente Cuestas empezó a hacer insufrible su administración, salió toda la juventud que fundó el "Club Vida Nueva", — ese noble palenque donde se realizaron memorables campañas, ora políticas, ora culturales. Rodó se nos había apartado para ir a ocupar una banca en el Cuenpo Legislativo, — no reingresaría a nuestras filas hasta 1907, en que es elegido Presidente del Club; — pero a nosotros venía Carlos Reylos, ganoso de desarrollar sus ideas, y de combatir en fecunda acción. Alberto Zorrilla, Daniel Martínez Vigil, Guzmán Papini y Zas, Ramón B. Negro, José M. Fernández Saldaña, Oscar Ferrando y Olaondo, Guillermo Búsch, Antonio Cabral, Julio Luis Granert, Ernesto Lagomarsino, Arturo Gaye, etc. estaban también con nosotros. Y, quijotescaamente, como en los primeros años de nuestra iniciación, empezamos a quebrar lanzas por el arte y la política.

En los salones del "Club Vida Nueva" — allá, por la calle 18 de Julio — se dieron notables conferencias, algunas de las cuales hicieron verdadera época. Daniel Martínez Vigil pronunció uno de sus mejores discursos, sino el mejor. Guzmán Papini y Zas ocupó la tribuna varias veces. Otros aún, comentaron libros de versos, hicieron el análisis de una novela, discutieron cuestiones de política militante. Allí di yo también, en 1902, mi con-

ferencia sobre Emilio Zola, en ocasión de la muerte del insigne escritor francés, — la cual fué luego impresa en libro. Porque ha de saberse que el "Club Vida Nueva" se preocupó de verdad de editar los principales escritos de sus asociados, poesías, discursos, estudios literarios, obras de historia, etc., contribuyendo de este modo al desarrollo de las letras nacionales. Allí, en fin, gestó aquella protesta viril y patriótica contra las violaciones de nuestro territorio cometida por Joao Francisco, el caudillo riograndense.

Era en 1903. Nuestra política se iba otra vez complicando de una manera alarmante. Los "nacionalista" querían conservar a toda costa las ventajas que habían ido adquiriendo después de la famosa revolución de 1897. El señor Cuestas, deseando gobernar sin contrariedades, y no ignorando, además, que una gran parte del partido "colorado" le odiaba cordialmente, buscaba su apoyo en los "nacionalistas" y tenía particulares deferencias con el Cordobés, — residencia feudal del popular caudillo "blanco" don Aparicio Saravia. Una política acuerdista entre el gobernante y este jefe, había impuesto una especie de dualidad en el gobierno. Ciertos departamentos de la República estaban regidos completamente por los "nacionalistas", tenían sus tropas urbanas, etc. Uno de estos departamentos, el de Rivera, limítrofe con el Brasil, tenía que padecer, como ningún otro, de semejante estado de cosas. Un buen día, o mal día, por mejor decir, las hordas riograndenses del sombrío y malafamado Joao Francisco, al amparo de una pasividad cómplice del jefe riverense, abandonaron sus cuevas de Caty e invadieron nuestro territorio para incendiar las imprentas de *O Maragato* y *O Canabarro* y asesinar a sus redactores Vares y Cabeda, súbditos brasileños refugiados en nuestro país y amparados por nuestro pabellón. El aten-

tado a nuestra soberanía era manifiesto. Pero, todo el mundo callaba por no arrojar su parte de responsabilidad a aquel jefe político y no despertar las pasiones políticas, recientemente acalladas por un pacto de paz. Sin embargo, vistas las cosas imparcialmente, los mismos nacionalistas no tenían porque aceptar la aparcería de semejante personaje. Aquí ya no se trataba de un partido político, sino del honor del país. Pero, no quiso entenderse así el asunto. Por excusar a aquel jefe político, que era un entusiasta partidario, se pretendió callar la violación de Joao Francisco.

El "Club Vida Nueva" se alzó contra todos, solo, adusto, virilmente, para defender más que los intereses del partido colorado, la dignidad nacional. Era necesario hacer sentir la protesta pública, de los verdaderos corazones uruguayos, contra semejante acto de vandalismo. Así fué como se concibió la idea de celebrar un gran mitin popular.

Para prestigiarlo, para arrancar a los mismos correccionarios de su apatía, para convencer a los timoratos, fué entonces necesario realizar toda una campaña decidida y ardiente en los clubs seccionales, llamando a todos al cumplimiento del deber. Guzmán Papini y Zas y yo, en el local de la Sociedad Francesa, por ser muchísimo más amplio que el nuestro, y Manini y Ríos y Francisco C. Betelú, en otros clubs, dimos una serie de conferencias, un poco vibrantes, que exaltaron al fin los ánimos hasta el rojo blanco. El "Club Vida Nueva", editó, después, en folleto nuestras conferencias bajo el título de *Protesta contra el crimen*, y en él, también, se hallará la crónica detallada del grandioso mitin. Porque esa es la verdad: después de tanto pesimismo, el mitin resultó un éxito. Más de cinco mil ciudadanos desfilaron por las calles de Montevideo, amarrados de su apatía por

nuestro esfuerzo, con una compostura que elogió toda la prensa. Y así, ya que no de otro modo, significamos que todavía existía en nuestros corazones el amor y el respeto de la nacionalidad.

Fué ese el gesto más hermoso del "Club Vida Nueva". Sino otro, bastaría él solo para recomendar su nombre y su recuerdo a la consideración y el cariño de todos cuantos se enorgullecen de ser uruguayos.

VIII

LOS AÑOS DE GLORIA

El triunfo de Rodó, desde la aparición de *Ariel* en librería, fué completo, clamoroso, definitivo. Entre nosotros, en muy breves días, se agotó la edición hecha por la casa Dornaleche y Reyes. Desde el exterior, donde el propio autor había hecho circular algunos ejemplares, en seguida llegaron palabras entusiásticas, juicios favorabilísimos: entre otros, uno, realmente consagrador, de Leopoldo Alas (*Clarín*). En la crítica del gran maestro que fué el autor de *La Regenta*, se contenían apreciaciones fundadísimas y elogios que hubieran enorgullecido al ambicioso más exigente. "Admira ver la profundidad y serena unción con que Rodó sabe llegar a la armonía, siempre inspirado por la justicia, siempre sincero, valiente y decidido en la defensa de sus propias ideas, pero leal con las opuestas, sin desvirtuarlas, flexible, tolerante, comprendiéndolo todo, pero predicando lo suyo. Recomiendo a nuestros literatos decadentes y modernistas, y a los jóvenes ácratas y libertarios — a los que todavía tienen salvación, no a los perdidos por la ignorancia, el orgullo y a veces el vicio, — les recomiendo el estudio de este espíritu americano tan equilibrado, sereno e imparcial, sin mengua del entusiasmo, enamorado del porvenir, pero con veneración por el pasado y con el cono-

cimiento positivo del presente." Después, refiriéndose a los Estados Unidos, agregaba el adusto crítico de *Sermón perdido*: "Y aquí es donde se muestra admirable el crítico de Montevideo, hábil como nadie, hábil a fuerza de serena imparcialidad, al enumerar y analizar todas las innegables grandezas y ventajas del pueblo yankee, sin omitir nada favorable, reconociéndoles hasta religiosidad sincera. "Los admiro, aunque no los amo", dice Rodó; y después, con penetración digna de Tocqueville, viendo más y mejor que Bourget, examina también todo el pasivo norteamericano, los defectos de su carácter, de su cultura, de sus ideales. Y estos defectos coinciden con el utilitarismo antes examinado. El interés material, el goce de bienes de pura sensualidad como fin último, y, en rigor, el ansia constante de la lucha para conseguir los medios que preparan felicidad tan odiosa y baja. Además, la falta de gracia, la ausencia del ocio helénico, de idealidad misteriosa; y con esto, el nivel democrático de la medianía triunfante, de la cantidad soberana: el número por número. — *Ariel* aconseja a la juventud hispano-latina que no se deje seducir por la sirena del Norte: el ideal clásico y el ideal cristiano deben guiarla, sin que deje de ser moderna, progresiva. Como se ve, lo que pide Rodó a los americanos latinos es que sean siempre... lo que son... es decir, españoles, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana." Como puede advertirse por esta transcripción, el fallo del temible crítico de los "paliques", no podía ser más favorable. Dada la autoridad de *Clarín* y la justa fama de que gozaba en el mundo de las letras, ese su elogio era toda una consagración. Rodó mismo, por más que tuviera conciencia de la obra que había escrito, estaba como alelado. Leía y releía la crítica del autor de *Mezchilla*, me la daba a leer a mi vez, y me interrogaba afanosamen-

te: "—¿Usted cree que es sincero? ¡Aplauda mi libro en sí o por lo que dice de Norte América?" — "Usted no conoce entonces a *Clarín* —hube de responderle; — *Clarín* sería capaz de "reventarse" a sí mismo si algún día, relejendo sus escritos viejos, se pillara en falta." — "¿No es verdad?" — argüía entonces Rodó, iluminado todo el semblante por la satisfacción. Y en seguida, con su gran candidez de niño grande: — "No sé si atreverme a imprimir una segunda edición de *Ariel*; ¿quién sabe si hay plaza para tantos ejemplares?" — "Hágala, — le contesté, — y déla como prólogo ese juicio de *Clarín*." — Rodó siguió mi consejo, y el mismo año de 1900, en los mismos talleres de Dornaleche y Reyes, se imprimió la segunda edición de su robusta y hermosísima obra.

Ariel cundió rápidamente por América levantando sonora resonancia. Aquella palabra de luz repercutía en todos los pensamientos; aquel toque de somatén por la causa del idealismo y de la nueva democracia, resonaba en todos los corazones. De Chile y de la Argentina recibió el autor cartas de felicitación, halagadoras sobre todo por las firmas que las autorizaban. En los países hispano-americanos del norte, la impresión causada por el libro fué aún más profunda. Viviendo más próximos que nosotros de los Estados Unidos, bajo el continuo temor de su formidable garra de hierro, dieron un particular sentido a la enseñanza de *Ariel*. La *Revista Literaria* de Santo Domingo, sin recabar autorización del autor, publicó en suplemento la obra reveladora: así fué como apareció en 1901 la tercera edición. Poco después, otra revista, *Cuba Literaria*, de Santiago de Cuba, en suplemento también, lanzaba la cuarta edición. El texto sagrado, como un rayo de luz, cundía por toda América, poniendo un regocijo en las

almas y despertando las conciencias a la esperanza. Y no fué aquel triunfo de la primera hora, un triunfo efímero: a medida que pasaban los años, más se penetraban los pueblos de América del sentir evangélico de las grandes palabras libertadoras. México, que ha tenido que padecer largamente de la proximidad de su temible vecino, vió en *Ariel* algo así como un justiciero alegato por su causa. En 1908, el Gobernador del Estado de Nuevo León hace imprimir por su orden, en Monterrey, la quinta edición; y en el mismo año, en la misma capital federal, México, se edita la sexta por cuenta de la Escuela Nacional Preparatoria. De este modo, a la consagración de la crítica literaria de Clarín, subsigue la consagración oficial de los gobiernos del nuevo continente. Y en España, también, *Ariel* triunfa y se difunde: en 1908, el editor Sempere pide autorización al autor y edita en Valencia la séptima edición. Más tarde, en 1910, aparece la octava, publicada por la "Librería Cervantes" de José M. Serrano en Montevideo (impresión de la casa Henrich y Cía., en Cta., de Barcelona). Por fin, la "Biblioteca Andrés Bello", que se edita en Madrid bajo la dirección de Blanco Fombona, incluye *Ariel* en un hermoso volumen de Rodó rotulado *Cinco ensayos*, en el cual además se contienen los estudios sobre "Montalvo", "Bolívar", "Rubén Darío" y el titulado "Liberalismo y Jacobinismo". — Es, como se vé, un éxito de librería único y sin precedentes en nuestra América, y un más grande éxito moral y literario.

Porque es evidente que, aparte del particular sentido que a su aparición dieron a la obra los pueblos latino-americanos más próximos a los Estados Unidos, cuyo fantasma les obsesiona de continuo, y aparte también la particular simpatía de España por un libro que

con tanta verdad y tan noble entereza combatía el "utilitarismo" de la poderosa nación que dos años antes había hecho saltar de su corona, ruda y brutalmente, esas dos joyas que son las Filipinas y Cuba, — es evidente, digo, que la inmarcesible obra de Rodó tiene todos los atributos y calidades literarias — los más altos y las más bellas — para imponerse a la crítica y triunfar del tiempo. Obra de pensamiento, es de noble estirpe, de fecunda enseñanza y de transcendencia suma; obra de arte, es de una gadamería y belleza tan incomparables, que sólo en el gran siglo de oro de la esplendente literatura española pueden hallársele términos de comparación. Por otro lado, ya hemos analizado *Ariel* en un capítulo anterior; no hay porque volver sobre ello.

Rodó y Zorrilla de San Martín son, acaso, los dos únicos escritores que, entre nosotros, hayan conquistado la gloria y la popularidad en un solo día. Lo común y general es que un artista luche denodadamente toda una vida para arribar a la meta apetecida. La historia del mundo del arte está llena con los nombres de esos pobres muchachos desconocidos que pelean bravamente con la miseria y con la incomprensión de las gentes, durante años enteros, antes de que la gloria los vista con su túnica resplandeciente. No es lo común que los laureles sean ceñidos a jóvenes frentes; su esmeralda olímpica es más propicia a las sienes de cabellos plateados. Son casos excepcionísimos los de un Goethe, por ejemplo, que nace y vive feliz, rodeado de halagos, comodidades y protecciones, venerado como un Dios desde que hace su primer gesto, perseguido por el amor de las mujeres y cortejado por los príncipes, constantemente difundido por las trompetas de la Fama. Lo corriente, lo tristemente vulgar, son esos otros casos de incomprensión o de injusticia, esas deplorables his-

torias de artifices soberanos a quienes viene a rendirse tributo cuando ya han agotado su juventud y se inclinan vencidos al sepulcro; los casos de lucha a brazo partido con el hambre y los acreedores, como el de Honoré de Balzac; de mendicante fatiga, como el de Bach, a quien en un contrato su príncipe le concedía por gracia un tanto de ración de pescado al año; de guerra despiadada, injusta y cruel, como el de Racine; de incompreensión, de maldad sistemática y torpe, como el de infinitos otros que todos conocemos.

Entre nosotros, ambiente estrecho, más fácil al chisme y a la envidia de la aldehuela que al elogio y la admiración de las grandes capitales cosmopolitas, sólo dos hombres, decía, conquistaron sin porfiada lidia el éxito y la popularidad: el inspiradísimo poeta Juan Zorrilla de San Martín, al día siguiente de recitar su vibrante *Leyenda Patria* al pie del monumento de la Florida, y José Enrique Rodó, después de la feliz hora en que lanzó a los vientos de América la primera edición de *Ariel*. Los dos admirables artifices, el poeta y el prosador, son dignos de esta sanción, — lo único que admira es que élla haya llegado de modo tan temprano y fácil. Nosotros no somos propicios al entusiasmo, nos cuesta algo reconocer los méritos de un compatriota, dijérase que nos lastima proclamar excelsitudes ajenas. Todo cuanto nos llega del exterior se nos antoja insuperable maravilla, aún cuando en la mayoría de los casos, el drama francés, la poesía italiana, la novela española y la filosofía nórdica sean una vulgaridad o, sencillamente, una tontería; en cambio, toda la producción mental del país, por muchos quilates que tenga, la contemplamos con desdén si es que no nos dedicamos a acribillarla de críticas y reparos. Eso sí, casi siempre adoptamos un tono protector: “la obra

de fulano es buena, tiene muy señalados méritos; acentúa un gran esfuerzo; constituye una gran promesa para lo futuro: pero, (aquí empieza un “pero” que da al traste con todo lo dicho anteriormente), tiene algunos defectillos que conviene señalar, algunas faltas y lunares que apuntaremos para bien del autor, que es persona inteligente y los anotará para no reincidir en ellos otra vez.” Y, a continuación, aquel “pero” se extiende en una columna o columna y media de periódico, dejando al autor y a la obra en miñangos, como albondiguilla. Esto, por supuesto, si no echamos por otro atajo y empleamos el sistema de las comparaciones para reventar a nuestros escritores en block. Así es como hemos inventado el sistema que podría denominarse de la prioridad única e indivisible: él consiste en una frasecita que todos los ratoncillos de imprenta, los envenenados, los alacranes, los ratés, los eunucos de café, los incomprendidos, los analfabetos, los presidentes de comparsa, los peleles y mequetrefes repiten como una muletilla, con fruición que les hace hinchar la nariz: “nuestro primer poeta”, “nuestro primer dramaturgo”, “nuestro primer crítico”, etc. Diciendo así, endiosando a un solo hombre, los tales no se echan más que una superioridad encima, y a todos los demás los pantean por el medio, colocándolos en el plano miserable en que ellos mismos se encuentran. ¡Viva la medianía! ¡todos somos iguales! El que trabaja y el que no produce nada, porque todo su tiempo lo necesita para hablar pestes de aquél; el que tiene talento y el que no lo tiene más que para babear su rabia, su impotencia y su fracaso sobre los que lo tienen. ¡Qué cosas no se le dijeron en vida a Julio Herrera y Reissig? Sin embargo, después de muerto, pasó a ser “nuestro primer poeta”. ¡Claro! Ya no hacía más sombra; y,

proclamándole el "primero" o el "único", reventábamos de paso a todos los demás poetas. ¿Qué cosas y qué reparos y qué críticas al menudeo no se le hicieron tragarse, aquí y en Buenos Aires, a Florencio Sánchez? Y bien, se murió el pobre bohemio, y hoy los mismos que lo vapulearon le proclaman el "primero" y el "único" dramaturgo nacional. Y ese fué también el caso de Samuel Blixen, crítico, y el de tantos otros artistas de la palabra escrita, de la paleta o del cincel, a quienes, por lo visto, no les aparece el talento sino cuando los encierran en una caja y los llevan al Cementerio, donde, evidentemente, ya no pueden seguir produciendo ni incomodando a sus semejantes.

Véase, pues, si ha de admirarnos la consagración rápida y fulminante de nuestro admirable Rodó. Por lo demás, — aunque sería innecesario que yo lo repitiera, — ese temprano reconocimiento de sus excepcionalísimos méritos no fué más que fallo de estricta justicia. En un capítulo anterior he afirmado, y cualquiera puede ratificarlo, que desde sus primeros escritos Rodó se reveló un cuidadoso extremo de la forma y un pensador sereno y grave. Releyendo sus primeros trabajos, no diré yo que se recoja la soberana impresión de arte que nos procura el *Ariel* ni la alta enseñanza moral que se desprende de sus *Motivos de Proteo*, pero sí se advertirá que ya entonces, desde esos primeros pasos, trazaba su obra con una conciencia y un pudor artístico que no es frecuente, ni mucho menos, en los principiantes. Recuerdo que disutiendo una vez, en una de aquellas memorables "labas" que nos dábamos mutuamente en los inolvidables tiempos de la *Revista Nacional*, sobre el estilo vibrante, coloreado, fascinador de ciertos románticos como Chateaubriand y de ciertos modernistas como Eugenio de Castro, me dijo: "cada escritor escribe se-

gún su temperamento: unos, impasibles y diplomáticos, serenos y hurgadores, como don Juan Valera, se producirán en un estilo puro y claro como el agua corriente; otros, arrebatados y meridionales, sensitivos y visionarios, como Rubén Darío, escribirán como en un deslumbramiento de aurora boreal. Usted se inclina a esta forma, yo hacia la primera". Y es así, en efecto; desde entonces a la fecha, Rodó no ha hecho más que trabajar su estilo para hacerlo límpido, pulcro, claro, no con un deliberado propósito de tornar a la arcaica prosa española como han creído algunos, sino con el más plausible de hacerlo bien castellano sin dejar de ser moderno. A su estilo, mejor que al de otro escritor de nuestro idioma cualquiera, podría aplicársele, en tal sentido, la hermosa observación de Anatole France, en *Le jardin d'Épicure*: "Un buen estilo, en fin, es como ese rayo de luz que en el instante en que escribo entra por la ventana, y que debe su claridad pura a la unión íntima de los siete colores de que está compuesta. El estilo sencillo es semejante a la blanca claridad."

Y es en esta belleza insuperable de la forma que debe buscarse, más que en la originalidad del pensamiento, el real y positivo mérito de Rodó. Aquello tan celebrado y repetido de "reformarse es vivir", es algo que todos habrían podido leer en Anatole France y en Enrique Federico Amiel. Pero, lo indudable es que ninguno lo dijo con tanta claridad y precisión, con tan vastas proyecciones, como nuestro Rodó — dando así cariz propio y personal a una idea antigua; — y más todavía que con precisión y claridad, con una belleza de expresión que convierte la página escrita en una inestimable joya literaria.

Pero, ¿a qué insistir? Rodó mismo no presumía de haber inventado teorías nuevas ni de ostentar ideas mo-

rales que no se le habían ocurrido a nadie. Mas, lo que nadie podrá disputarle, ni aún mismo el ironista francés ni el pensador ginebrino, es el arte supremo y no igualado con que viste esos pensamientos. En aquellos, la idea aparece desnuda y escueta, y por no tener atributos que la recomiendan a nuestro sentido artístico, muy pronto se desvanece en nuestra memoria; en cambio, esa misma idea, vestida por Rodó con el ropaje inmortal del arte, vive y perdura como el resplandor de un astro al través de la eternidad.

Y, sin embargo, no es por la forma como Rodó se impuso al principio; fué más bien por sus ideas, o por la oportunidad con que las expresó. Después, habrán venido los críticos y maestros a enaltecer las galas de su estilo único, pero, al principio, la multitud aquilató su verbo por su enseñanza. Es curioso, en verdad, lo que acontece con las obras literarias que se lanzan a publicidad. ¿Qué hace el respetable público con ellas? Lee lo que hemos escrito, o interpreta lo que ha creído leer? ¿Cuál es el verdadero fundamento de un éxito literario? ¿Cuál es su real valor y significación?

Con Rodó abordamos en más de una ocasión este tópico; y su profundo saber, su criterio reposado, su juicio minucioso, me hizo, cierta vez, algunas reflexiones amargas, que se grabaron profundamente en mi espíritu. Recuerdo que en tal ocasión se me quejaba tristemente de que muchos de los elogios que se le tributaron al publicar *Ariel* fueran motivados por su apreciación de los Estados Unidos, cuando a él no le importaba, al traer esa nacionalidad al caso, por vía de ejemplo, más que colocar frente a frente la idea utilitaria y el concepto idealista.

—Es un dolor ver lo que el público hace de los frutos de nuestro espíritu. ¿Qué intenciones, moralejas y

ocultos simbolismos no se le han atribuido a Cervantes? Cada lector antepone su sentimiento al del autor que lee y substituye su propio pensar al pensar ajeno. Usted escribe para el teatro, pretendiendo demostrar una tesis, y el público entiende otra tesis que conviene a sus miras. Yo dicto mañana una enseñanza, y el público ve en ella todo, menos lo que yo he querido enseñar. ¿Recuerda usted lo que Anatole France dice al respecto? (1) Esa substitución de personalidades es nuestra derrota moral. ¿Para qué escribimos, señor? ¿No somos unos dementes al confiar nuestros actos más íntimos al juicio de una multitud de gentes que no nos comprenderán? Vea lo que dice Montaigne, en aquel hermoso capítulo sobre "la gloria".

—Más preciso que Montaigne —hube de responderle,— fué aquel desesperanzado poeta que se llamó Saïnte-Beuve. "Toda gran celebridad en las letras —decía el autor de las *Causeries du Lundi*,— tiene su razón, buena o mala, que la motiva, la explica o la justifica por lo menos del absurdo." Yo estoy lejos de creer, con Bonald, que la literatura es la expresión de la sociedad; es decir, que el conjunto de obras de una época determinada es el fiel espejo de las ideas, costum-

(1) El pasaje a que se refería Rodó dice así: "Cuando se lee un libro, se lee como se quiere, o mejor dicho, se lee en él lo que se quiere... Estos, no aman las ideas sino por las consecuencias que de ellas derivan y por el eco melodioso que en ellos mismos despiertan... ¿Qué cosa es un libro? Una colección de pequeños signos. Nada más. Al lector corresponde deducir las formas, colores y sentimientos que fluyen de tales signos. De él dependerá que el libro sea opaco o brillante, ardiente o helado. Yo diría, si lo prefirís, que cada palabra de un libro es un dedo misterioso que roza una fibra de nuestro cerebro tal que la cuerda de una harpa y despierta así una nota en nuestra alma sonora. En vano la mano del artista será sabia e inspirada. El son que se produzca depende de la calidad de nuestras cuerdas íntimas." (*Le jardin d'Épicure*.)

lres, sentimientos y gustos de la misma; pero si se admite, como debe admitirse, la teoría del "medio", no para derivar sistemas cerrados como lo entendía Taine, sino para explicar "efectos", hay que convenir en que un público o una sociedad celebra en una obra lo que entiende que es la idea o sentimiento de su época. Se han equivocado fundamentalmente los que han juzgado la sociedad francesa de fines del siglo XIX por los dramas de Hervieu, Donnay, Bataille y Lavedan, o por las novelas de Paul Bourget, Marcel Prévost, Lorrain, Rachilde y Willy; mas es indudable que tal como veían a sus contemporáneos los dramaturgos y novelistas, se juzgaban a sí mismos los modelos de los personajes literarios. Pero, sobre todo, es de una verdad irrefutable que lo que el público, el "gros public" se entiende, celebra en una obra, son sus propios gustos e inclinaciones. Las inclinaciones y los gustos del autor, esos, como usted dice, no los adivina siquiera en la gran mayoría de los casos.

¿Cómo explicar, sino, el éxito fulminante de la *Nouvelle Héloïse*, de Rousseau o el no menos fantástico de *Le Maître des forges*, de George Ohnet? ¿Cómo justificar que la gran masa del público, la que hace verdaderamente la nombradía y popularidad de un escritor, ponga por sobre su cabeza, un día el *Quijote* de Cervantes, y otro, se enloquezca de entusiasmo con *Los Misterios de París*, de Eugenio Sue? ¿Cómo la misma sociedad que lee a Emilio Zola o Alfonso Daudet puede leer a Xavier de Montepin o Emilio Gaborian? ¿Qué es lo que se ha admirado en la *Dame aux Camélias*, en *Adolphe*, en *Fanny*, en *Quo Vadis*, en *Pequeñeces*... , en *Afrodita*, —la obra de arte o los gustos e inclinaciones del propio lector?

Plantear tales problemas importa tanto como resol-

verlos. "El grande, el muy grande éxito — pregunta Waldensperger, en su conocidísima obra *La littérature*, — ¿puede tener por causas, las únicamente estéticas? O en otros términos, ¿hay ejemplos de aplauso general hacia una novedad literaria porque ella refleja una visión de la vida, una intensidad psicológica y méritos de expresión que admite y aprueba en seguida un núcleo numeroso de lectores?" Y se responde a sí mismo el ilustrado profesor: "Esto es muy dudoso, y parece más bien que la literatura sea acogida, en semejante caso, por exageración de tendencias sociales, religiosas, nacionales, formando como el subsuelo de una vasta adhesión colectiva. Cuando en 1733 todos corren como locos detrás de *Manon Lescaut*, aún entonces se está interesado tanto por un libro declarado "abominable" como por el talento de un hombre que "pianta maravillosamente."

Ved el tan tristemente célebre *Werther* de Goethe. Mientras las *Affinités électives* pasa inadvertido y el *Goetz de Berlichingen* no encuentra editor, aquel libro de ciento cincuenta páginas, inferior, tal vez, al *Wilhelm Meister*, y sin tal vez al *Fausto*, consagra en un día a su autor e influye tan directa y positivamente en la sociedad que el pistoletazo del infeliz adorador de Carolina empieza a reproducirse, de verdad, por toda Alemania. Si el *René*, de Chateaubriand, puede reclamar la paternidad espiritual de todos los jovencitos que al entrar en la vida se creen hartos de ella, tristes y desalentados, el *Werther*, a su vez, puede responsabilizarse de todos los suicidios románticos producidos hasta varios años después de su aparición. Y no ya tan solo, en Alemania, en Italia, en Suecia, en Francia, aún en América, el libro admirable y fatal ejerce su trágica influencia. Un día, es una miss Glower, joven inglesa

hija de un maestro de baile, que se da muerte con un ejemplar del *Wolther* debajo de la almohada; otro, es un amante platónico que confunde sus lacerias reales con las fingidas del libro, salpicando con su cerebro las páginas de éste. La fúnebre lista de los que buscaron en la muerte un refugio a su desesperanzado amor después de haber leído el hermoso romance de Goethe, sería interminable. (1) Y entre tanto, ¿qué pensaba el autor de la imprevista y fatal influencia de su obra? Ved su respuesta a lord Bristol, obispo anglicano, más elocuente que todo un discurso de moral: "Con qué derecho, si os place, prohibís a un escritor de genio pro-

(1) En la interesante obra de Scipio Sighele, *Literatura trágica*, podrá hallar el lector nuevos ejemplos de esta "sugestión suicida" producida por el célebre romance de Goethe, así como la mención del conocido suicidio del doctor Bancal, y de su amante Celia Troussel provocado por la lectura de *Indiana* de Jorge Sand. Con estos y otros ejemplos, que demuestran la decisiva influencia que la literatura puede ejercer sobre la sociedad, el autor procura rebatir la afirmación de Maupassant: "No es la literatura la que ejerce influencia sobre las costumbres, sino éstas sobre aquélla. Los libros son indicadores de nuestro estado moral, como las flores son anuncio de la primavera. Decir que los libros hacen las costumbres, equivaldría a asegurar que son las flores quienes determinan la aparición de la primavera." Y dice entonces Sighele: "Sin duda, son las costumbres las que crean la literatura, pero ésta a su vez puede modificar las costumbres. Sin duda alguna los cuadros se pintan teniendo delante el modelo, pero todo cuadro se convierte a su vez en un modelo y un ejemplo... Querer negar esa influencia recíproca, ese proceso continuo e inadvertido, de ósmosis y endósmosis entre la realidad de la vida y la función del arte, parece una testarudez de fanáticos y de absolutistas, y me recuerda otros problemas sociológicos sobre los que se arrojaron tantas y tan inútiles oleadas de tinta, y que quizás un poco de buen sentido, de tolerancia, y de relatividad habría bastado a resolver. Aludo a la cuestión del genio, a la llamada teoría del "gran-hombre", que es perfectamente análoga a la cuestión de la literatura. Según Spencer, que ridiculizó la teoría del "gran-hombre", es un error atribuir extraordinaria influencia al hombre de genio; éste no es sino un producto necesario del ambiente donde surge, y por decirlo así un hijo de su tiempo, un hombre no activo, sino representativo; actor y no autor del drama histórico."

ducir una obra que, mal interpretada por algunos espíritus cerrados, libertará al mundo, a lo sumo, de una docena o dos de verdaderos imbéciles o monomaniacos que no tenían en su vida otra cosa mejor que hacer que saltarse la tapa de los sesos?"

Pues, ejemplos semejantes y moraleja idéntica podrían traerse a colación recordando *Indiana* de George Sand, *Le Disciple* de Paul Bourget, *Madame Bovary* de Gustave Flaubert. El suicidio y el adulterio geminan sobre esos libros, hermosos por otro concepto muy distinto, porque el público lector antepone sus íntimos sentimientos a la enseñanza que el escritor pretendió entregarnos. Quiso Flaubert, por ejemplo, mostrarnos las fatales consecuencias de un vulgar caso de adulterio en la burguesía, y con aquel cuadro tremendo del envenenamiento de su desdichada protagonista hacer abominable el pecado; mas quisieron luego las madamas Bovary de la vida real probar al fruto prohibido de las empolvadas marquesas de la época de los Luises y de las grandes "mondaines" de su misma época, y, puestas ya al borde del abismo, porque si se deleitaron con el pecado no vieron la enseñanza, no hallaron otra solución a su "caso" que el arsénico, como la esposa del médico rural. Quiso Zola abominar del inoesto en *La Curée*, de la prostitución en *Naná* y de todas las bajas pasiones terrenales en *La Terre*; pero, la turbamulta de erotómanos no buscó en esos libros más que una excitación a sus apetitos sensuales. ¿Mas, a qué continuar con estas citas, que pueden multiplicar cualquier espíritu medianamente culto?

El público hace, pues, la reputación de un libro o la nombradía de un autor por sus ocultas simpatías e ingé-nitos gustos. Y como suele acontecer que de un país a otro varíen las ideas y sentimientos así se da el caso de que aquí se desprecie lo que se admira allá, o viceversa.

Kotzebue e Iffland eran preferidos, en ciertas regiones de Alemania, a Goethe y Schiller; Senancour admirado en Inglaterra era poco menos que desconocido en Francia; y a la inversa, Laurent Sterne, aplaudido en Francia, era extraño en Inglaterra. En nuestros días, tenemos ejemplos bien gráficos: Oscar Wilde, despreciado y perseguido en su país, no halla fervientes admiradores para su obra literaria sino del otro lado del Canal de la Mancha. Tal como Heine, Nietzsche parece extranjero en su patria. Armando Palacio Valdés, uno de los mejores novelistas contemporáneos de España, es admirado en Inglaterra; pero en su tierra le prefieren esa cáfila de novelistas ramplores e indecentes que comienza con Felipe Trigo.

Es muy digno de tenerse en cuenta que en estas súbitas preferencias del público a veces puede mucho la razón de "oportunidad". *La Princesa de Clèves*, de Mme. de Lafayette, esa especie de *Polyeucte* de un Corneille que escribiera un romance, con su estilo preciso, vivo, sin afectaciones, surgiendo en una época en que los "bas bleus" de Brémont, de Villedieu, de Villars parecían olvidarse de la obra sana realizada en Saint-Cyr por Mme. de Maintenon, disuena vigorosamente, es como la viril protesta de un alma sana, y por fuerza tiene que llamar sobre sí la atención. *La Nouvelle Héloïse*, de Rousseau, ese libro empalagoso y sentimental que aparece en una época de franco criticismo naturalista, reúne enseguida a todos los espíritus soñadores que empezaban a fatigarse de las graves disertaciones de los enciclopedistas; y en las bibliotecas públicas se hace cola para leer los pequeñitos volúmenes de la primera edición. *El Judío Errante* y *Los Misterios de París*, viendo la luz pública en una época de resurgimiento de las ideas socialistas; *La Cabaña del Tío Tom*, de Mme. Beecher-

Stowe, explotando la cuestión de la esclavitud en Norte-América; todos los libros de narraciones de ese falso apóstol que se llama Gorki lanzados a un pueblo despertado ya a la luz por ese otro grande y verdadero apóstol que se llamó Tolstoi; los dramas de Strindberg, Sudermann, Brioux, Dicenta, estrenados en horas de inquietud social; los versos patrioterros de Béranger y los neocatólicos de Laurent Tailhade, etc., etc., — constituyen otras tantas comprobaciones bien definidas de que la "oportunidad" es factor que contribuye decisivamente en el éxito y popularidad de los libros y autores.

La protección de los poderosos, la "reclame" habilmente hecha y a golpes de bombo y platillo, ya eran señaladas por Voltaire como medio de "llegar". Baldensperger recuerda las palabras del autor de *Candide*: "Un escritor que no sea protegido en vida por su príncipe; que no pertenezca a ningún partido; que no se haga valer por ninguna cáballa, no tendrá probablemente reputación sino después de muerto". Dos nombres, hoy ilustres, comprueban este aserto del patriarca de Ferney: Gabriel d'Annunzio ha llegado pronto a la meta apetecida, no tanto por su indiscutible talento cuánto por la "reclame" un poco funambulésca de que echó mano; en cambio, María Bashkirtseff sólo fué conocida cuando sus tristes ojos fatigados se convirtieron hacia el abismo la sombra eterna.

El prestigio y la eufonia del nombre también ejercen decisiva sugestión sobre el ánimo del público. Ved los de Hugo, Zola, Rodó: parecen predestinados a la inmortalidad. Hay, en cambio, otros que mantendrían acaso extraviados a sus dueños en el anonimato si no hubieran tenido éstos entre las virtudes de su espíritu, la feliz inspiración de substituirlos por otros más musicales, poéticos o seductores: Francois Aronet, que se llamó Voltai-

re; Aurora Dupán, que fué luego Georges Sand; Anatolio Francisco Thibault, o sea Anatóle France; Rapa-gnetta o sea Gabriel D'Annunzio, etc.

Son múltiples, como se advierte, las causas que provocan el favor público para hacer un nombre ilustre; pero entre todas ellas, la menos corriente es la que procede del propio mérito de la obra. No obstante, a pesar de esas explicables aberraciones de la multitud que la conducen a admirar y aplaudir lo antiartístico, vulgar y tonto, porque está más de acuerdo con su escasa educación y sus naturales instintos, — de ahí la popularidad de los folletines estúpidos de Michel de Zevaceo y de Carolina Invernizio y el éxito de los encalambrados y lacrimosos melodramas, — algunas veces también, como atraída por mágico poder, se vuelve hacia obras inmortales, dignas de la consagración mundial. El caso de nuestro Rodó, es una de los pocos que puede mencionarse en este sentido.

Ariel fué el primer paso triunfal de su ascensión hacia la gloria. Puesta de lado la "oportunidad" de su aparición, poco tiempo después de la guerra española-norteamericana y en un momento en que naufragaba el idealismo en las luminosas capitales del mundo latino, es evidente que la belleza estupenda de aquel discurso, labrado, cincelado como una joya del Renacimiento, se abrió en medio de todas las conciencias como una gran flor de luz. Hasta los más ajenos a la literatura experimentaron la emoción de su recóndita armonía artística, — tal que un presentimiento místico. Es que a veces las almas más toscas y rebeldes sienten en lo más íntimo de su entraña, de modo inexplicable, como una anunciación, la presencia de lo bello: no de otro modo se explica el silencio respetuoso que en un lugareño provoca la vista de un fresco de Miguel Angel o de un már-

mol divino de la antigua Grecia; — no de otra suerte debe sentir el hombre de pensamientos rudimentarios y primitivos la emoción de la divinidad.

Después de ese su primer libro, cada obra de Rodó marcó un jalón más en la senda de la gloria. Su hermoso talento, vigorizado día a día, ha ido expandiéndose en una floración maravillosa. Cuando creíamos que su arte había alcanzado la manifestación suprema, nuevas modalidades, más excelsas y nobles, nos llenaban de admiración. En un escalamiento soberbio de vidente o conquistador, le hemos visto trepar por la montaña, salvar asperezas, transponer cumbres y arribar a la más alta para aureolar sus sienes en los oros solares. Sin una flaqueza, sin un desmayo, a pesar de ciertas contrariedades vulgares de la vida diaria, su corazón entero ha ido derecho a la meta apetecida, con un amor y una fe que revelan la energía de su carácter y la ideología de su cerebro. Desde el día auroral de *Ariel* comienza a ejercer, sin buscarlo, un místico profesorado sobre toda la juventud americana. Todas sus palabras, como otras tantas simientes de luz, caen en el oscuro surco de las almas para abrirse muy luego en espigas destabrambrantes. Se busca su sombra y amparo como la de una en-cina paternal; — que no obstante su juventud, tiene su ingénita bondad y su sabiduría ámplia, buen consejo y amable acogida para todos. De aquí, de allá, desde todas partes, se busca su fallo y aprobación, su padrínazgo y apoyo. Jóvenes soñadores, que aparecen vibrantes y enardecidos en el coso de la literatura, ganosos de lucir sus antes incipientes, vienen trémulos a él para reclamar el espaldarazo que los consagre caballeros; almas fraternales que van cantando por los prados de la poesía sin haber hallado aún el *acento que conmueva* los ecos de la Fama, a él se vuelven también reclamando el

prestigio de su alta aprobación; espíritus superiores, ya consagrados, le reverenciaban con respeto, porque depониendo personales orgullos tienen a honra celebrar la supremacía del Maestro. Un fulgurante círculo de admiración se trueca, en torno de sus sienes, en un zodiaco de respeto. Su nombre es ya como una bandera. Su gloria hace el orgullo de su país.

Entonces, aquí, en el Uruguay, tan cicatero para reconocer los prestigios artísticos, comienza el culto de Rodó. Los más ególatras y egoístas de los seres humanos, esas hormiguillas que se miran las unas a las otras al través de vidrios de aumento para engañar su propia vanidad — la famélica raza de los políticos, — quieren también ponerle de su parte. En el mes de Noviembre de aquel año 1901 en que Rodó se había iniciado en la política, el círculo oficialista que respondía a las inspiraciones del señor Cuestas le incluye en la lista de diputados que se va a votar. Su nombre solo dora toda la plataforma electoral y ennoblece al bando entero que con él irá a las urnas electorales. Así es elegido Representante por el departamento de Montevideo para el período legislativo de 1902-1905. Y enseguida comienza su fecunda labor de legislador.

Desertando por un momento las letras, seducido por el campo de acción que le ofrece la política, quiere desempeñar sus cometidos con virtud catoniana. Ya no hace literatura, ahora que puede hacer obra social, fecunda y útil para los pueblos. No es que traicione ni reniegue sus viejos ideales (buena prueba de que no es así, es que uno de sus primeros proyectos presentado a la rama del Cuerpo Legislativo de que forma parte, tiende a consagrar con fuerza de ley la propiedad intelectual, hasta entonces librada a los asaltos de mercachifles y bandidos); es que anhela llevar su ensueño de ideal a la

política y establecer en la práctica lo que ha concebido en la meditación. Su lirismo, su rectitud, su hombría de bien, empiezan a chocar a sus nuevos amigos. Nadie ignora lo que es la política: un ingenio repleto de esclavos donde un amo más osado maneja a látigo a los que trabajan por él: un pandemonium donde cada cual ejecuta las contorsiones más viles para conquistar un mendrugo de pan: un "steep-chasse" en el que los más temerarios, no los más meritorios, saltando sobre los cuerpos de sus amigos y concurrentes caídos van a la conquista de todas las supremacías. Para ser buen político es menester tener alma de cortesano, cuerpo de reptil rampante, cara de Dios Jano y uñas de ave de presa. Rodó era, ya lo sabemos, la antítesis de todo esto: su alma era todo luz e idealidad, su corazón todo desinterés y altruismo; sus manos honestas eran un escudo contra la maledicencia. ¿Qué podía hacer en el conclave de los histriones? Un día, se le oye con asombro contradecir la palabra de orden que corre al través de las líneas regimentadas; otro, lanzar una idea propia, que no ha sido consultada previamente con el capataz del ingenio; otro aún, reconocer una cosa justa reclamada por el adversario. ¿Qué clase de hombre es éste? ¿Qué soñador. loco han introducido en sus filas? — Es un tipo peligroso, — aducen alarmados algunos. — Es un rebelde, fallan irritados los otros. — En todo caso, — concuerdan todos, — es un "fracasado" para la política.

Naturalmente, quien no se avenía a echarse encima la librea del lacayo y aspiraba a expresar honestamente sus sentimientos para buscar el interés y la salud del pueblo, no de un círculo político determinado, no podía servir en el Parlamento. A este suelen ir todos cuantos no debieran ir, los que no se dan cuenta de las leyes que sancionan, los que no conocen los intereses y derechos

que vulneran. Si fueran los verdaderos representantes del pueblo, los que conocen sus necesidades, los que pueden juzgar sobre las reformas que le convienen, allí habría individuos de todos los gremios y profesiones. "Un parlamento debe ser el mapa político de una Nación", enseñaba aquel cultísimo y honesto profesor que fué el doctor Justino Jiménez de Aréchaga, repitiendo la frase de Girardin; pero los políticos profesionales, la nueva laya de mercaderes sin conciencia han convertido la máxima en este aforismo desenfadado: "Un parlamento es el juego de "la gata parida" de los partidos políticos". Es evidente, pues, que nada tenía que hacer allí nuestro Rodó. El Sr. Cuestas, que día a día se apartaba del pueblo, que le había consagrado en el poder, empieza a mirar de reojo al rebelde, y es notorio que no se incurrió vanamente en su desgracia. Cuando llegaron las nuevas elecciones, Rodó "no pudo" ser reelecto diputado.

Volvió a su casa, modesto ciudadano como lo era antes. Y entonces comienza para él un extraño período, acaso el más extraño de toda su vida. El que era admirado y aplaudido por todos los pueblos de América, tiene que refugiarse al calor de los suyos para vivir. Generoso y bueno, no había podido conservar nada de aquel rápido período de tres años en que sus tareas legislativas habían sido remuneradas con dietas que mensualmente alcanzaban a \$ 350. Mas bien tenía deudas, y algunos juicios y usureros empezaban a mostrarle los dientes. Guardando colosamente para sí estas miserias de la vida, ni a los miembros de su familia confía los difíciles tranques que le asaltan. Alguna vez ereo que ocurrió a mi para que, como amigo, no como abogado, le arreglara un asunto. Fué una ocasión que me brindó, y que le agradezco con toda el alma, de decirle varias y pintorescas co-

sas a uno de esos vampiros, que algunos llaman seres humanos, dedicados a chuparle la sangre al prójimo.

Este y otros tranques, así como su desencanto político, le tornaron un poco melancólico. Ya era reservado de suyo; se hizo más solitario y grave. Salía poco de su casa; y cuando salía, era para encerrarse durante horas enteras en la biblioteca del Ateneo o para divagar por las calles y alrededores de la ciudad en las horas en que escaseaban más los transeúntes. Los amigos le dimos una denominación especial a estas desapariciones de quince y más días: era "la zambullida" de Rodó.

—¿Qué se ha hecho? ¿Dónde se esconde? ¿en qué trabaja?

—Está escribiendo sus *Motivos de Proteo*, — replicaban los mejor informados, — y ha pegado "la zambullida".

Y en eso estaba, efectivamente; pero muy pocos sabían, — y muy pocos lo saben aún, — donde escribía. Creo que tiene positivo interés que yo lo diga.

Los *Motivos de Proteo* fueron escritos de 1905 a 1907 en una quinta de la Avenida Buschental, que la señora Rosario Piñeiro de Rodó posee en la vecindad del Prado. En aquel chalet, con vistas a un escondido jardinito, nuestro incomparable escritor buscó refugio contra las miserias de la vida y se entregó en cuerpo y alma a su ensueño de arte. Concurría a él por la tarde únicamente y trabajaba hasta el declinar del día. Escribía si estaba en vena; si no, que era lo menos frecuente, salía a caminar por los alrededores, buscando expreso los parajes más solitarios, en la vecindad del arroyo Miguelete. Por allí, justamente, le descubrí yo un día en que andaba, por mi lado, "conversando solo", detrás de la composición de una obra teatral. Al enfrentarnos, nos echamos a reír, pues nos adivinamos las intenciones.

—Usted no me quiere creer, — me dijo Rodó, — pero cualquier día de estos lo encierran en el Manicomio. ¿Usted cree que es de personas cuerdas hablar en voz alta cuando se está solo?

—¿Y usted se figura, — le repuse, — que es menos loco el que huye de la gente, se esconde de los amigos y se encierra en su casa para no hablar con nadie?

—Se equivoca; actualmente, cada tarde, estoy hablando con millares y millares de almas amigas.

Empezó entonces a confiarme que tenía muy adelantada su nueva obra.

—Es decir, adelantada no, porque yo mismo no sé dónde está el fin de ella: yo creo que eso no tiene ni puede tener fin. Es como un paseo que se emprende al través del infinito. Usted camina, camina constantemente, y cada vez es un espectáculo nuevo, un nuevo descubrimiento, a las veces algo que parece la viva contradicción de lo que se ha visto antes. ¿Usted cree que el espíritu humano tenga vallas? Así voy yo, por la senda, hacia nuevos horizontes, no sé donde. Quise decir, pues, al decir que el libro está adelantado, que tengo de él mucho escrito. Es un libro al que jamás podrá ponerse la palabra fin. Pero, en realidad, ¿es un libro? ¿es una obra?

Había, allí cerca, sobre la margen del estancado arroyo, un banco de piedra, roto y maltrecho por los rigores del tiempo, — último vestigio de lo que fuera, años atrás, señorial mansión veraniega de una acaudalada familia de nuestra sociedad. Nos sentamos en él y seguimos divagando. La tarde, quieta, se extenuaba bajo los callados y viejos sauces. Ni un rumor llegaba hasta nosotros. Y Rodó comenzó a decir:

—Vea esta quinta. En otro tiempo, esos senderos estaban limpios y refan al sol con los cristales de sus guijas. Los árboles, jóvenes y cuidados, lucían al sol la

gloria de su follaje. En aquel rincón la escondida fuente se denunciaba al oído con la nota monorrítmica de su chorro vertical. Allá, esos viejos naranjos, embalsamaban el aire con su aliento de azahares, y por esta obra parte, un hacinamiento de juveniles rosas restallaban como un salmo de vida y alegría... Aquí, donde estamos sentados, sobre este banco de piedra, entonces prolijamente cuidado, vendría el amo de la casa, con su esposa, con sus chicos, a la caída de la tarde, para descansar un momento y gustar de la placidez del paraje. Y todo esto había sido obra suya, virtud de su esfuerzo y de su constancia. Por el poder de su voluntad, de su energía, de su fe, había surgido esta encantadora residencia veraniega, que servía de refugio a los suyos... Pero, después, vino el otoño, el otoño de la vida, acaso, más riguroso y cruel que aquella estación del año; y todo lo que el hombre había amontonado y bien dispuesto tras largas luchas y esfuerzos, con pacienzuda calma y diligente previsión, a costa de quién sabe cuáles sacrificios, empezó a desmoronarse lentamente. Un día el hombre se fué, se fué para siempre: entonces, las rosas, privadas de la mano amiga, se agostaron; los senderos se cubrieron de yuyos y malezas; los naranjos no aromaron más; en su rincón olvidado calló para siempre la tecla del agua clara. Y este mismo banco, testigo de horas de ventura y de ensueños, se convirtió en una ruina, que es la mueca esquelética de las rocas...

Calló un momento mi amigo. Después:

—¿Para qué luchamos? ¿Por qué construimos lo que un día será disuelto en las alas de los vientos? ¿No ha pensado usted alguna vez en lo que será de sus amados libros cuando usted no sea más sobre la tierra? Año tras año, con un amor ardiente, sin trégua, los ha ido usted almacenando, poniendo en cada uno de ellos un

pensamiento, acaso un íntimo cariño; y luego, cuando llegue un extraño a reemplazarlo a usted, toda esa suma de voluntad no valdrá nada: la biblioteca se dispersará bajo el gesto prosaico de un martillero, y todo será nada, nada... Nosotros escribimos ahora, trabajamos como dementes tras una visión de gloria, construimos nuestra fábrica con todas las gotas de sangre de nuestro ser, con todas las luces de nuestro pensamiento, — y luego, una vez desaparecidos, toda esa obra que dejamos detrás... ¿qué será?

Rodó guardó silencio. Nunca, jamás, desde que le conocía, me había descubierto un tan real fondo de amargura. El, el sereno optimista, también tenía su sedimento de tristeza en el alma.

Nos volvimos, despacio, con dirección al centro, cada uno sumergido en sus reflexiones, sin cambiar una palabra. De pronto, al llegar al chalecito de su señora madre, se detuvo:

—Aquí lo dejo; aquí es donde trabajo. No lo diga a nadie.

Me iba yo, solo, en procura de un tranvía que me condujera a la Ciudad, cuando Rodó me alcanzó a mitad de mi camino.

—Hoy no podría trabajar; me voy para mi casa.

—En efecto; a menos que se pusiera Vd. a componer una elegía o a glosar el "Vanidad de vanidades"...

—Y si usted supiera... Estoy escribiendo algo sobre el poder omnívoto de la "Voluntad". ¿Cómo disuenan más palabras de ahora con las páginas de mi libro! Yo creo que me ha sugestionado el paisaje de aquella quinta muerta.

Era que, en realidad, Rodó cruzaba una extraña crisis espiritual. En medio de la aureola de gloria que ya le circundaba, su alma se hallaba en el mundo más solá

que las almas solitarias de que nos habla Hauptmann. Ya no era él aquel muchacho ingenuo, soñador y jugueteón de los tiempos de la *Revista Nacional*; su espíritu y su carácter volvíanse hacia la reconcentración y la gravedad. Sin dejar de ser sencillo y amable — porque el éxito y la popularidad nunca le envanecieron, — los años le fueron patinando con una opacidad melancólica, fruto ácido de algunos desengaños. Dotado de una sensibilidad extrema, cada choque con el exterior tuvo que despertar dentro de él una profunda resonancia. Por otro lado, su costumbre de ensimismarse para dialogar con su yo, le fué haciendo extranjero a muchas realidades de la vida: más tarde, al hallarse bruscamente frente a ellas, recogió siempre una impresión amarga o melancólica.

—¡Qué cosa más triste es el elogio de los que sabemos que no nos entienden! — me confiaba cierta vez, en uno de nuestros paseos. — Cuando me adula un zoquete, me da vergüenza, por mí!

Entretanto, su gloria crecía. Viviendo en el retiro, trabajando en una obra de la que no daba noticia a nadie, — yo nunca pude sospechar que quien me confesó aquellas amarguras en la vieja heredad del Prado estuviera escribiendo en ese entonces, precisamente, ese himno entusiástico al poder de la voluntad que se intitula "La Pampa de Granito", — solo, aislado, reconcentrado y hoscó, todos los prestigios y homenajes se abatían sobre su pensadora frente. Desde los cuatro puntos cardinales de América llegaban todos los días cartas, periódicos, revistas, consagratorios de su personalidad. Los "nuevos", acudían a él para obtener un prólogo, que le sirviera de título de presentación; los viejos, los escritores consagrados de nuestro país, ni pretendieron siquiera competir con él. Los más tiesos ególatras, se inclinaban ante su

autoridad. Otros hombres, cultísimos, de cerebro bien nutrido, de fama bien conquistada, exigentes hasta lo inconcebible cuando se trataba de otorgar títulos de suficiencia, le profesaban profunda estimación, rayana en el respeto. Y nuestra juventud, cuando se cruzaba con él en la calle, cedíale la voreda, descubriéndose respetuosamente, sin conocerle ni tratarle, a su paso. Todos le amaban y reverenciaban; los mejores y los más buenos; los más ilustres o conocidos. Cierta vez, en un banquete ofrecido a un representante diplomático que se marchaba a Europa, así que llegó la hora de los brindis, instaban todos los comensales al doctor Evaristo Ciganda, orador de grandes prestigios por su facilidad para la improvisación y por la galanura de su frase cálida y expresiva, para que hiciera uso de la palabra. Tras algunas excusas, iba a decidirse aquél, cuando entra en ese instante en la sala del banquete el autor de *Ariel*, quien, por quehaceres urgentes, no había podido llegar sino a los postres. Pues, ya no hubo caso.—“Aquí está el Maestro —adujo el doctor Ciganda;— ¿quién se atrevería a hablar en su presencia?”

Igual consideración guardábanle las personas más caracterizadas de nuestra sociedad. — “Es el Maestro de la juventud americana, y aquí, en el Uruguay, el de todos” — solía repetir el doctor Joaquín de Salterain, que no dispensa un elogio a cualquier recién llegado. — Y hablando de las ideas vertidas por Rodó en su polémica *Liberalismo y Jacobinismo*, dirá el doctor José Pedro Ramírez, que siempre expresó lo que quiso con soberano talento: “Esos son los principios que yo siempre he profesado, pero que nunca hubiera podido decir con tanta precisión y galanura”.

Era en 1906. La Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, respondiendo a sus íntimos sentimientos y a

sus más íntimas ideas liberales, en un momento en que en nuestro país hubo como un resurgir de las antiguas polémicas del Ateneo del Uruguay, decretó la eliminación de todos los crucifijos que había clavado en las paredes de las salas de hospitales la secular dominación religiosa. “Las salas del dolor no son santuarios de una fe determinada”, — pensó aquella Corporación;— “aquí no hay ni puede haber otra religión que la universal religión del sufrimiento humano”. Y todos los crucifijos fueron retirados.

Rodó, liberal, pero espíritu prematuramente amplio, sereno y tolerante, se rebeló contra aquel úkase de la Comisión de Caridad, y en carta publicada en el periódico local *La Razón*, de fecha 5 de Julio de 1905, calificó de “jacobinismo”, no de “liberalismo”, el gesto expulsador. A su vez, el doctor Pedro Díaz, leader del partido liberal, hombre joven de vastísima preparación, de sólida inteligencia y fácil verba, pero irreconciliable enemigo de todo lo que tiene relación con el credo católico, salió a la palestra para defender a la Comisión; y en el “Centro Liberal”, el día 14 de Julio, refutó bravamente las ideas vertidas por Rodó. Este, sin cejar en su primer pensamiento, escribió entonces las “Contrarréplicas” que informan hoy su libro *Liberalismo y Jacobinismo*.

Confieso que en esta materia he disentido fundamentalmente con mi ilustre amigo. Así como creo, sin ser un jacobino, que la imagen de Jesucristo, que está bien en un templo cristiano, no está en su sitio en la sala de un Hospital, donde son conducidos hombres de todas las ideas y creencias, liberales y católicos, ateos y creyentes de cuantas religiones existen sobre el haz de la tierra, — así creo también que Rodó adujo un muy débil argumento cuando equiparó la expulsión de los crucifijos con el retiro del retrato del educacionista nacio-

nal José Pedro Varela de las escuelas públicas que pudiera decretar algún día la intolerancia religiosa. No. En aquel caso, la medida está justificada: a una sala de hospital entran hombres cristianos y católicos, que verán complacidos la imagen de su Redentor; pero entran también liberales o mahometanos, o lo que fueren, hombres que no comulgan con aquel credo. ¿Por qué entonces imponer a todos un rito que sólo aceptan una parte de los pacientes, aunque constituyan los últimos el mayor número? Pero, en el caso traído como contraposición por el insigne autor de *Liberalismo y Jacobinismo*, la cosa varía de aspecto. José Pedro Varela, reformador de la educación popular, no persigue ideas ortodoxas o heterodoxas, porque tal no era su fin. Reforma y regenera la enseñanza según un criterio pedagógico racional y científico, y deja aparte la enseñanza religiosa para que otra escuela la practique de acuerdo con sus cánones. En las escuelas públicas se enseña a leer y escribir y a contar, y todos cuantos conocimientos pueden ser útiles a la niñez o para prepararla a estudios superiores. Si los padres desean, luego, que sus hijos practiquen la religión católica o la protestante, escuelas privadas, seminarios e iglesias existen para ello. El Estado, que es la asociación de individuos que practican los más variados credos religiosos, no puede tener un credo o religión determinado. La enseñanza, pues, debe ser libre, así como la religión.

Esto es lo que olvidó o desconoció Rodó. Y lo desconoció, acaso, porque él era, ante todo, un espíritu tolerante. Colocado en un plano realmente superior, todas las diferencias humanas le parecieron debilidades de nuestra mísera contextura material, y jamás pudo explicarse que los hombres se destrozaran entre sí por ideas o principios sobre cuya verdad, las más de las

veces, nada saben.—“Yo creo en esta doctrina y tú creas en esa opuesta: mas, ¿qué sér humano es capaz de discernir con exactitud y justeza cuál de los dos está en lo cierto?”—He ahí toda la metafísica de Rodó. El principio de la “relatividad del conocimiento humano”—y su derivado lógico: “el hombre no podrá nunca conocer lo absoluto”,—que informa toda la filosofía de Herbet Spencer, es la suprema ley de nuestro gran escritor. Fuera de esa comprobación de nuestra imposibilidad física e intelectual para investigar las primeras causas o tener exacto conocimiento del bien y del mal, no existe otra realidad sensible en nuestro espíritu. ¿Por qué, entonces, debía preguntarse Rodó, esa intolerancia entre los hombres, esas luchas y disputas, esas contiendas que a veces han salpicado de sangre las páginas de la historia? ¿Qué daño puede traer un crucifijo en una sala de hospital?

Por pensar así, aparecía Rodó como un espíritu sereno y contemporizador,—y a las veces intangible. Sobre todo el turbión de sus semejantes, que pasan su existencia polemizando y combatiendo por ideas políticas, religiosas y sociales, él surgía, tal vez, como el único intangible. Más, si todos hubieran pensado como él, ¿dónde quedaría el progreso, dónde el desenvolvimiento de las ciencias? No es el indiferentismo contemplativo quien engendra la evolución de los seres y de las instituciones: es la lucha de las ideas, el choque de las pasiones, el combate de los hábitos y costumbres. El pueblo que cristalizara toda su especulación espiritual en un gesto de indiferencia hierática, sería un pueblo muerto para la eternidad. En vez, la evolución y el progreso son las obligadas resultantes de la integración y desintegración de las ideas más opuestas: la verdad surge siempre del choque de dos afirmaciones contrarias, como la luz del choque de dos piedras.

Ese dogmatismo, que en tal circunstancia combatió arrogantemente nuestro escritor, fué no obstante practicado por él en su ulterior predicación moral, y casi siempre en sus juicios y escritos literarios. Y buena fortuna es que haya sido así, porque de otra suerte toda esa grande y magnífica obra que nos ha legado, repleta de enseñanzas y de comprobaciones positivas, sería enorme farrago de frases anodinas y de aspiraciones empíricas. Lo que más vale en Rodó son sus afirmaciones; lo que más conforta el ánimo son sus absolutas. Cuando expone, o comenta, procurando no zaherir ni lastimar a nadie, es frío, glacial; en cambio cuando expresa valientemente su modo de pensar e insiste varonilmente para hacérselo compartir, entonces aparece como un vidente, como un apóstol, como el noble Próspero frente a la teoría sagrada de sus jóvenes discípulos.

Es que la afirmación, siempre, es una virtud cardinal del espíritu humano. La negación es sombra; la afirmación es luz. Afirmar es denunciar una fuerza y una voluntad; es conocimiento y vida; enseñanza y ejemplo. Todo lo que vive y ama, cuanto en el mundo lucha por la perpetuación y el triunfo de la realidad, es afirmación. La negación, hija de la duda, conduce al *nihil*, a la muerte total. ¿Que de la afirmación puede resultar un error? Y bien; otra afirmación contraria, más fuerte y justa, decidirá el punto, restableciendo el equilibrio. ¿Qué valor tendría el *Ariel* si el autor no hubiera puesto tanta fe y convencimiento en sus predicaciones?

“Eso es querer imponerse”, — arguyó cierto criterio contemporizador y amable, en memorable ocasión, para rechazar la obra fecunda y sana que en el campo de la crítica literaria venía realizando Leopoldo Alas contra las medianías y nulidades; y el insigne crítico de *Ensayos y Revistas* replicó entonces con esta observación de una lógica contundente y fundamental: “Pues es cla-

ro; es querer imponer racionalmente lo que se tiene por verdadero. Cuando un filósofo expone su idea, que juzga verdadera y cierta, se sobreentiende que su pretensión es esta: — Los que quieran pensar bien, deben pensar como yo. — Es qué quieren imponerse? No. Lo absurdo sería decir: — Yo pienso así, pero es porque quiero: lo que digo es verdad, para mí; ustedes pueden pensar lo contrario, y también será verdad. —”

Liberalismo y Jacobinismo produjo sensación en nuestro medio. Altas mentalidades, como el citado doctor José Pedro Ramírez, hicieron llegar su parabién al esclarecido escritor. El señor Arzobispo de Montevideo, doctor Mariano Soler, también le remitió una cariñosa y elogiosísima carta. Los partidos políticos adversos a aquella tendencia netamente liberal que se iba pronunciando desde las alturas gubernativas y que hallaría más firme y resonante expansión con el gobierno del señor Batlle y Ordóñez, se plegaron decididamente a la bandera tremolada por Rodó. En un instante, se acreció a ojos vistas la nombradía de nuestro preclaro ingenio. Pero, en rigor de verdad, debo decir que fué este el único momento en que la Fama, haciéndose eco de las pasiones políticas y de los intereses de capillas, sopló en su trompa sin considerar para nada el mérito artístico e ideológico de la obra.

Más justos y puestos en razón eran los homenajes que, ya sin segundo, venían a Rodó de todas partes de América y España consagrando su obra literaria, sin tener en cuenta para nada causas ajenas a ella. Un día era el Ateneo de Santiago de Chile, que le remitía su Diploma de miembro correspondiente; otro, el Ministro español don Antonio Maura y Montaner, quien, en nombre de su Majestad, le enviaba la medalla de oro conmemorativa del Centenario de Zaragoza. En 1905, es designado Socio Honorario de la Sociedad Educa-

cional y miembro de la Comisión del Centenario de Cervantes; en 1907, se le elige Presidente del "Club Vida Nueva," con lo que reingresa a la política militante, siendo después proclamado y electo diputado por segunda vez, durante la presidencia del doctor Claudio Williman, para el período 1907-1910, y al mismo tiempo, es designado miembro de la Comisión de Propaganda del 4.º Congreso Científico Panamericano; en 1908, el Conservatorio Labardén, que me encarga a mí la organización de un concurso de obras teatrales, lo designa a él, con otros escritores, jurado para dictar el fallo correspondiente; en 1909, forma parte del tribunal del concurso para proveer la cátedra de literatura de la Universidad, y es en este año, también, que publica sus *Motivos de Proteo*; en 1910, es reelecto por tercera vez diputado para el período 1910-1913, la Academia de Letras do Río Grande do Sul le envía su Diploma, lo mismo que hace la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y en Setiembre, representando con el doctor Zorrilla de San Martín al Uruguay, va a Chile para las fiestas del Centenario de la independencia, pronunciando en el Congreso aquel memorable discurso de hondísima repercusión; en 1911, es jurado del Certamen de prosa con que se conmemora el primer centenario de la batalla de las Piedras, y desde Caracas el señor Ministro de Fomento le comunica que el Presidente de la República de Venezuela le ha propuesto para la condecoración del Busto del Libertador, en la 3.ª clase, — creada por el Congreso del Perú en 1825 y adoptada en Venezuela por decreto legislativo de 11 de Marzo de 1854, — por su representación en el Congreso Postal de Montevideo; en 1912, la Academia Nacional de Historia de Venezuela le otorga el diploma de miembro correspondiente, y, por su admirable estudio sobre Bolívar, los descen-

dientes del Libertador le envían una sentidísima carta, y el señor Ministro de Relaciones Exteriores le anuncia el envío de una pluma de oro y de un riquísimo album con que lo celebran los escritores y personalidades más descollantes de aquel país; en 1913, mientras es eliminado de la lista de diputados por su desinteligencia con el señor Batlle y Ordóñez, (electo, segunda vez, Presidente de la República) es elegido Presidente del Círculo de la Prensa de Montevideo, y publica el *Mirador de Próspero*; en 1914, por su admirable ensayo sobre "Montalvo," la Sociedad Jurídico-Literaria del Ecuador lo nombra miembro correspondiente, e igual honor le confiere la Academia Nacional de Historia de Colombia; en 1915, el Presidente de Chile le envía la medalla "Al mérito" de 1.ª clase, por su delegación a las fiestas del Centenario, y, en nuestra Universidad, forma parte del tribunal en el concurso de gramática Castellana; en 1916, el Centro de Estudiantes de Derecho de Montevideo le designa socio honorario, así como el Ateneo de El Salvador; y en 1917, va a Europa, enviado especialmente por la gran revista bonaerense *Caras y Caretas*, y allí se trunca brusca e inesperadamente su vida, en plena gloria, cuando su espíritu excelso, más vigoroso y libre que nunca, se aprestaba para comunicarnos sus *Nuevos Motivos de Proteo*...

Es un turbión de distinciones, de homenajes, de premios, de aplausos, que agigantan su personalidad. Pero él no se envanece ni cuida mucho de todo eso. Sigue siendo el Rodó de antes, un tanto más serio y menos tímido, porque los años y la vida lo han afeccionado, pero no por ello menos sencillo y cordial. A veces, rescita en él, como una llamarada, aquel espíritu retozón que le animaba en los buenos tiempos de la *Revista Nacional*. Vale la pena que refiera aquí,

por lo menos, un caso, de pocos años ha, para que se le conozca más íntimamente.

La Empresa encargada de lanzar en Sud-América la celeberrima y absurda "Biblioteca Internacional de Obras Famosas," con el agregado de unos volúmenes referentes a estos países, encarga a Rodó la recolección de materiales uruguayos. Un día me cruzo con él en la calle: se para, me da cuenta de su cometido y me pregunta qué composición en verso quisiera ver publicada en la "Biblioteca."

—Ponga lo que Vd. quiera, — le contesto; — "Los potros," por ejemplo.

—¿"Los potros"? — contesta — ¿Está en la *Revisita Nacional*?

—No, — replico; — usted debe confundir con un soneto de Papini, "Mi caballo," que me dedicó y fué publicado en la *Revista*. Yo le voy a mandar una copia de mi soneto.

—Ah, muy bien.

Y nos separamos. Y se fué Rodó, y con toda la intención de un Miura, para hacer rabiarse un poquito a nuestro común amigo Guzmán Papini y Zas, según me confesó más tarde, cogió en la *Revista Nacional* el soneto de este inspirado poeta, le puso mi firma al pie, le borró la dedicatoria y lo envió a la celeberrima "Biblioteca." Allí pueden ustedes verlo publicado, en el tomo XXIV, pag. 11,867.

Desde entonces ese hermoso soneto ha hecho fortuna. Periódicos, revistas, semanarios lo han reproducido con una furia sin igual, con elogio o sin él, con grabados alegóricos o sin grabados, — pero, eso sí, siempre, cada vez, sin fallar una sola, con mi firma al pie. Hasta la popular revista *Caras y Caretas*, que siempre me ha abonado bien y honestamente mis colaboraciones, quiso reproducir un día el dichoso so-

neto, para no pagarme nada por él, como que ya no era inédito, — y allá apareció "Mi caballo," una vez más, con un bonito fotograbado y mi firma al pie.

—¿Qué dice Papini? — me interrogaba Rodó, cada vez que aparecía una nueva reproducción del famoso soneto. — Debe echar más hispas que una locomotora.

—Está resignado, — hube de contestarle. — Hay cosas que no tienen remedio. Aunque yo y él, de común acuerdo, rectificáramos el error, nadie nos haría caso. Mañana o pasado nos morimos ambos y el soneto continuará reproduciéndose como mío.

Tam resignado estaba y está hasta este momento el inspirado poeta de *La Sirenetta* que no hace muchos días aún, él mismo renunció a una paternidad que le es, sin embargo, indiscutible. Hallándose en una peluquería, cayó en sus manos cierta revista ilustrada donde, una vez más, se reproducía el ya célebre soneto "Mi caballo," con mi firma al pie, naturalmente. El figaro que le servía, conociendo sus gustos literarios, quiso serle agradable:

—¿Está leyendo el soneto de Pérez Petit?

—Es verdad — contestó Papini; — estoy leyendo el soneto de Pérez Petit.

¿Qué hacer contra la fatalidad? ¿Para qué discutir contra ella? El mismo Papini se ha declarado vencido. — Pero hoy, al dar cuenta de esta travesura de Rodó, quiero cumplir un acto de justicia, impuesto por los más elementales deberes de lealtad y honestidad literarias, restituyendo a su legítimo autor el soneto de marras. El cual, con la firma que le corresponde al pie, bien vale la pena que sea reproducido una vez más, como yo lo hago ahora aquí:

MI CABALLO

Tiene el bello alazán en que paseo
nerviosidades de bagual salvaje
y alegrías de sol en su pelaje,
en que una seda del Oriente veo.

Cuando agita en su artístico escarceo
los ternos brillos de bruñido herraje,
tiene todo lo extraño de un miraje,
que se pierde en un vivo centelleo.

Ese hermoso corcel, por la mañana,
bajo un arco poliféromo de bruma,
al detenerse frente a la ventana

donde me esperan con delicia suma,
rinde homenaje a una gentil sultana
vertiendo rosas de argentada espuma.

Guzmán Papini y Zas.

Cuando el Concurso de obras teatrales, ideado por el Conservatorio Labardén, de Buenos Aires, Rodó me colocó también en un trance apurado, — pero esta vez no por broma, sino por su descuido.

Hé aquí los antecedentes del asunto, consignados ampliamente en la siguiente carta:

“Buenos Aires, Enero 27 de 1908. — Señor doctor Víctor Pérez Petit. — Montevideo.

El Conservatorio Labardén de esta capital, institución que se propone fomentar empeñosamente el desarrollo de un arte dramático propio, estimulando vocaciones, ayudando esfuerzos individuales y facilitando el acceso a la escena de erantos ensayos merezcan el dictámen y la sanción del público, tiene pendiente, como acaso usted sepa ya, un concurso apoyado por el Superior Gobierno de la Nación, con premios instituidos por él, concurso cuyas obras comenzarán a representarse en la primera quincena de Marzo.

“Considera el Conservatorio que por razones de identidad de raza, de idioma y de historia, las Repúblicas Argentina y del Uruguay se orientan hacia los mis-

mos rumbos intelectuales y que, en ocasiones como la presente, ambas deben estrechar sus vínculos por el intercambio de ideas y de impresiones artísticas. Ha pensado en asociar a esta fiesta de la inteligencia a los escritores uruguayos, abriendo un concurso que se efectuaría en Montevideo, simultáneamente con el nuestro. La brevedad del tiempo disponible, solo permite solicitar para la oposición proyectada obras en un acto. Pero tal restricción, esta vez impuesta por las circunstancias, habría de ampliarse en torneos futuros, que podrían efectuarse paralelamente en los dos países y en condiciones idénticas.

“Para el actual, el Conservatorio ha formulado las bases que más abajo se detallan, y que somete a la aprobación de usted y demás miembros del jurado. A fin de que el concurso argentino y el oriental puedan verificarse a un mismo tiempo, entrelazándose y correspondiéndose en su desenvolvimiento, el Conservatorio Labarden se propone estimular a una compañía local para que se traslade a Montevideo con el objeto de representar allí las obras del concurso uruguayo alternadas con las obras del concurso argentino.

“Otra compañía representaría al mismo tiempo en Buenos Aires las obras del concurso argentino, alternadas con las del concurso uruguayo. Conseguiríase de esta manera el objeto de solidaridad y correspondencia artística que ha tenido en vista el Conservatorio al organizar el nuevo torneo.

“Las bases de la mencionada oposición, serían las siguientes:

“El Conservatorio Labarden abre un concurso dramático en la República Oriental, con sujeción al siguiente reglamento:

1.º Podrán concurrir a él únicamente escritores

uruguayos, sin exclusión de los residentes en la Argentina.

2.º Las obras que se presenten a disputar el premio serán inéditas, constarán de un solo acto, en prosa o verso, estarán escritas a máquina o a mano pero de manera perfectamente legible, y serán entregadas bajo recibo al jurado que se designa, antes de las doce de la noche del 29 de Febrero próximo.

3.º No es indispensable que los autores guarden el incógnito. Podrán hacerlo, sin embargo, los que así lo deseen, firmando sus trabajos respectivos con un lema que se repetirá, acompañado del nombre propio, dentro de un sobre lacrado, adjunto al manuscrito. No se abrirán los sobres correspondientes a las obras que no se representen, las cuales serán devueltas a sus dueños, cuando el concurso haya terminado.

4.º Todas las obras serán representadas, salvo aquellas que el jurado considere absolutamente irrepresentables.

5.º El premio correspondiente a la obra vencedora será de dos mil pesos moneda nacional argentina, cantidad con la cual contribuye el Conservatorio Labarden.

6.º Compondrán el jurado los señores José Enrique Rodó, Samuel Blixen, Víctor Pérez Petit, Carlos Reyes y Carlos Oneto y Viana. Serán atribuciones del Jurado:

- a) Designar las obras que habrán de representarse.
- b) Disponer, de acuerdo con el Conservatorio Labarden, que como ya se dijo hará representar simultáneamente en Montevideo y en Buenos Aires las obras del concurso argentino, el orden de representaciones.
- c) Salvar prudencialmente cualquier dificultad reglamentaria no prevista, que pudiera sobrevenir, y hacer cumplir estrictamente las siguientes bases.

7.º La adjudicación del premio se hará solemnemente en acto público, de acuerdo con las ceremonias que el jurado establezca.

8.º El jurado dará su fallo cuando las representaciones hayan terminado.

"El Conservatorio Labarden solicita y se ha permitido contar de antemano con la colaboración de usted, tan ligado a nuestro ambiente artístico por los repetidos éxitos en los escenarios de esta capital, para que contribuya al éxito del torneo. Ruégale, en consecuencia, quiera prestigiar en los círculos pensantes de Montevideo esta iniciativa, poniendo de manifiesto los altos móviles de solidaridad intelectual que le han determinado, haciendo propaganda en favor suyo, aceptando el puesto de miembro del jurado que se le confiere, recabando igual aceptación de los señores Rodó, Reyes, Blixen y Oneto y Viana, y dando la mayor publicidad a las anteriores bases.

"A la espera de su respuesta, y con las expresiones de nuestra alta consideración, saludamos a usted, y por su intermedio a los señores miembros del jurado, muy atentamente. — *Gregorio de Laferrère* presidente; *Juan Pablo Echagüe*, secretario".

Todo esto no podía ser más sencillo, ¿verdad? Pues ahora se advertirá como las cosas más sencillas del mundo se complican de un modo endiablado.

Con mi crónico e infantil entusiasmo por nuestro teatro nacional, tomé la iniciativa del Conservatorio Labardén como cosa propia. Inmediatamente me puse en campaña e hice el llamado a los autores, publicando en la prensa las bases precitadas. Y aquí tropiezo con la primera dificultad: Rodó acoge con entusiasmo la idea; pero Blixén y Oneto Viana renuncian sus cargos de jurados. Escribo a Buenos Aires y de allí me responden que reemplace a los renunciantes por quien juzgue

conveniente, y además que sea de lograr de nuestro Gobierno un 2.º y 3.º premio. Invito al doctor Elías Regules para integrar el jurado, el que acepta; pero, al mismo tiempo, renuncia Rayles. Rodó me jura que con tres personas bien intencionadas y trabajadoras nos sobranos para dar cima a la empresa. Sigo su opinión y ya no me preocupo más que de conseguir los otros premios. El Presidente de la República, doctor Claudio Williman, me promete el uno; la Municipalidad me contesta que verá de dar el otro. Con esto y con las obras que ya empiezan a recibirse, creo inocentemente que hemos triunfado. No hacíamos más que empezar.

El plazo para la recepción de las obras termina; se labra el acta correspondiente, y, para facilitar la tarea, divido todas las obras recibidas sesenta en total, en tres grupos y las distribuyo entre los tres jurados. Yo leo las que me corresponden y se las paso al doctor Regules; el doctor Regules lee las suyas y me las pasa a mí. Cuando él y yo concluimos con la segunda tanda, se las pasamos a Rodó, y le reclamamos las que a él le correspondieron en el reparto. No había tenido tiempo de leer ninguna. Se quedó, pues, con todas.

Entretanto, una novedad de bulto: el Conservatorio Labardén, es decir, mi amigo el señor Leferrère, me envía al Sr. Enrique Arellano para conferenciar. Este se compromete a traer a Montevideo el cuadro dramático que ha de representar las obras y además a dar el *primer premio*.

—¿Cómo el 1.º premio? El primer premio lo da el Conservatorio, — observo a aquél.

—Ya no lo da, — replica el Sr. Arellano; — luego, le escribirán a usted.

Me escribe, en efecto, el autor de *Las de Barranco*, noticiándome que por inconvenientes surgidos allá, en Buenos Aires, el Conservatorio Labardén renuncia a

organizar el concurso. Converso con Rodó y éste me contesta sin vacilaciones, con un entusiasmo que me contagia:

—Lo haremos nosotros solos; no necesitamos de nadie.

—Bueno, pues, lea las obras.

—Voy a empezar a leerlas *la semana que viene*. Ahora estoy concluyendo un trabajito.

Continúo mis gestiones con el Sr. Arellano y éste se compromete a traer su compañía a Montevideo y a representar las obras. Empiezo entonces a urdir a Rodó para que me devuelva las que tiene en su poder; pero aquella dichosa "semana que viene" no llega nunca.

Quien llega, es la compañía del señor Arellano, que se instala en el teatro Solís y empieza su temporada. Me voy a ver a Rodó, un tanto alarmado.

—¿No podríamos dejar el concurso para el mes que viene? — me pregunta con una flemma digna de un holandés de los bordes del Vecht.

—Pero, la compañía está ahí. No se puede perder un día. Hay que entregar las obras que deben representarse, — aduzco desesperado.

—Pues esta noche las leo todas, — proclama heroicamente Rodó.

—¿Todas? ¡Son sesenta!

—¿Sesenta? ¡sesenta obras? Pues ésta noche las leo, las sesenta, aunque mañana me quede paráltico.

Me marcho, bastante desanimado. Al día siguiente, aparece Rodó en mi escritorio, exultante.

—Aquí están las obras; pero le advierto que no son más que cincuenta y cuatro.

—Eran sesenta, — replico.

—¿Está usted seguro?

—Aquí tengo el apuntecito. Véalo.

—Bueno, entónces he perdido seis. No le hace.

—¿Cómo, no le hace? — exclamo, pegando un brinco.

—Entre todas estas otras cincuenta y cuatro no he hallado más de seis tolerables. No se ha perdido el Perú, seguramente.

—¿Ha leído anoche las cincuenta y cuatro obras?

—¿Yo? ¡Está usted loco! ¿Por quién me toma usted a mí? He leído una escena de cada una, y gracias: cincuenta y cuatro escenas. Es demasiado para un hombre solo.

—¿Y qué ha sacado usted en limpio?

—Que si las hacemos representar todas, nos matan.

—¿No hay nada bueno, entonces?

—Sí, cuatro o cinco aceptables. ¿Qué opinan Ud. y Regules?

Le muestro nuestros apuntes, que coinciden con los de él. En consecuencia, ordenamos la representación de *El Credo* de Cortinas, *El Tordo*, de Candú, *Cabecita Loca*, de Scarzolo Travieso, *El pobre hombre*, de Bahrens, *El deber de amar*, de Frugoni y otras pocas más.

El público no nos mata, según el pronóstico de mi amigo; las obras, con pocos ensayos, van pasando. Los que sí quieren matarnos, son los autores de las seis obras perdidas. Entre ellas hay dos que yo había señalado para ser representadas: una, de Julio Herrera y Reissig, creo que se llamaba *La Sombra*; otra de un joven Rossi, me parece. Les digo que Rodó ha de tener los libretos. Van a ver a Rodó.

—¿Qué yo tengo las obras? Se las he devuelto todas a Pérez Petit, — les contesta muy suelto de cuerpo. ¡Este Rodó tenía, a veces, unos desplantes formidables! — Luego, se viene a verme, y me cuenta regocijadísimo la entrevista.

—¿Sabe? Se los he soltado a usted porque tiene fama de hombre de mal genio. Con medio estornudo, los

despacha usted. — Yo tendría que hablar un día entero y no los convencería.

¡Lo que tuve que hablar yo, a mi vez, para explicarles que la pérdida de sus obras no me era imputable! Se marcharon furiosos, sin crearme, naturalmente, porque le habían creído antes a Rodó.

Mas no concluyeron aquí las peripecias. El público, cansado de la compañía, que era bastante maleja y cansado de las obras, que eran, salvo dos o tres, como la compañía, no iba al teatro. El empresario no podía pagar la nómina. Me pidieron que le saliera de garantía en el Banco de la República, a fin de abonar la quincena. Consulté el caso con Rodó.

—Hay que terminar el concurso de cualquier modo. Yo no tengo plata; pero, si quiere, vamos a buscarla entre los dos.

Yo salí de garantía por ochocientos pesos; más tarde por otros doscientos. Al finalizar la segunda quincena, la compañía se marchó para Buenos Aires, en derrota. Yo tuve que pagar al Banco, como un angelito, y para hacerlo, pedí por ahí dinero en préstamo, que tardé más de tres años en devolver, con una hilacha de intereses. Por meterme a fomentar el teatro nacional.

¿Y saben ustedes el final de la aventura? Tuve que gestionar del Gobierno la entrega de los tres premios, otorgados a *El Credo*, *Cabecita Loca* y *El pobre hombre*; pero, como el Gobierno demorara en hacerme la entrega, por esa manía del expedienteo administrativo, no faltó un periódico que preguntara, en grandes titulares, si yo no estaría, con ese dinero en el Banco, disfrutando de los intereses.

Pero, Rodó, sí, se metió, en un concurso de novelas, organizado por la "Biblioteca Renacimiento", de Madrid. Era incorregible.

—¿No está usted escarmentado? — le pregunté un día, aludiendo al concurso dramático de Solís.

—No sabe usted lo que se disfruta leyendo los originales de personas que escriben "hombre" sin "h" y aspiran, sin embargo, a un premio de un millar de pesos. Es un placer de los Dioses.

El placer se lo llevó él, mi pobre amigo, algún tiempo más tarde. Ya se habrá advertido, por lo que llevo dicho, que Rodó era un tantico desordenado. En el vestir traducíase su falta de orden y prolijidad: allá, en los tiempos de la *Revista*, solía salirse sin corbata a la calle; ahora, ya en la edad madura, se olvidaba los puños de la camisa en la barbería o restaurant donde se los quitara para lavarse las manos. En sus papeles, jamás había logrado poner orden, ni en sus libros tampoco: a veces necesitaba uno para controlar un dato, pero era casi seguro que luego iría a pedirlo a un amigo o a la Biblioteca Nacional, porque, teniéndolo como lo tenía en su casa, no sabía nunca donde lo había dejado. ¿Qué mucho, entonces, que extraviara los papeles de los otros u olvidara las citas que se le daban? Y esto fue lo que le aconteció una vez más con el desdichado concurso organizado por la "Biblioteca Renacimiento", de Madrid. Hacía qué sé yo cuanto tiempo que tenía que reunirse con los doctores Zorrilla de San Martín y Vaz Ferreira para suscribir el fallo; mas nunca se acordaba de hacerlo. Un día, uno de los señores que se había presentado al concurso se amosó de veras. Importábase mucho aquel fallo porque la lotería de sacarse el primer premio en un concurso, con semejante jurado, le tenía mucha cuenta, pudiéndole al fin servir de "reclame". una vez en su vida, las firmas de los tres maestros. Entonces, como no había forma de lograr la comparecencia de Rodó, el hombre no halló otra venganza mejor que poner cual digan dueñas a nuestro eximio escritor, en

un periodiquito que él escribía para su solaz personal. Antes, me había insultado a mí y hecho circular el papel por todas partes: de algunas de América, me escribieron preguntándome quién era mi Zoilo. Naturalmente, el mismo caso que le hice yo a este señor que no conoce nadie en Montevideo, le hizo Rodó. Pero, cuando me encontré con éste en la calle, le saqué a colación la furibunda arremetida del otro:

—¿Y qué me dice usted, ahora?

—Verá usted, — me contestó Rodó. — La vez pasada, *Caras y Caretas* ofreció un premio de diez nacionales al que supiera decir quién era el director de la revista *Apolo*. Yo voy a ganármelos ahora..

Así terminó la aventura, en el silencio, porque nadie en el país se percató de que una hormiguita había querido pelear al león. Mas, lo cierto es que en materia de concursos, Rodó era realmente incorregible. Si le hubieran designado jurado para otros diez, los hubiera aceptado más alegre que unas castañuelas.

—Los concursos son para los fracasados, — solía decir; — los que valen, no necesitan de ellos para recomendarse al público. Hay que tomarlos, pues, como un pasatiempo encantador.

Alguna otra vez hubo de sufrir el eximio autor de *Ariel* — que debió haber sido persona inviolable para sus compatriotas — las arremetidas de la envidia, de la inepticia y aún de la pasión política. Cuando ya nadie le disenta en España y América, aquí en su país, los gozqueillos de la crítica y los afiliados a capillitas microscópicas, pretendieron discentirle, — eso sí, muy entre íntimos y solapadamente. Un señor que sigue poniendo los ojos en blanco cuando nombra al señor Montesquiou de Fesenzac, se declaraba fastidiado por el estilo "siempre igual", "frío" y "sin coloraciones" de Rodó.

Otro, que ha bebido toda su ciencia en la biblioteca de Sempere, peroraba en una mesa de café sobre el "falso apostolado de Rodó" y su "aristocratismo anacrónico". Algunos chicles de esos que hacen literatura en la sección "crónica social" de los diarios y entre las damas de los sarnos y rifas de beneficencia, encontraban que el autor de *Motivos de Proteo* es un escritor anticuado, un "clásico rancio", que vive fuera de su época. Por fin, la pasión política, que todo lo envenena en nuestro país, cogió la oportunidad en que Rodó, desde Europa, enviara a un amigo de esta una tarjeta postal con la Torre inclinada de Pisa y una breve frase alusiva a nuestra política interna, para dedicarle un soneto furibundo, lleno de burlas y reticencias, sembrado de espinas y alfilerazos:

"Es una gracia que nos mueve a risa...
El autor de *Motivos de Proteo*,
Que hace un rato dejó a Montevideo,
Terreno blando, por desgracia, pisa..."

Sonríe ante el donaire Monna Lisa;
De oreja a oreja ríe don Titeo;
Y ante tan inaudito devaneo,
La misma Torre tiene una sonrisa..."

Torre inclinada! Símbolo bizarro,
Gracias a tí se ha destapado el jarro!
Ya de Rodó, rodó la gracia toda,

Y de tanto rodar perdió hasta el taco...
La oposición de risa está beoda...
Y hasta se inclina *El Mirador de Baco*..."

He transcripto este desahogo poético porque deseo destruir la malevolente insinuación que encierra. Desde tiempo atrás, por el carril del chisme, personas que no podían decirle otra cosa a nuestro admirable escritor, dieron en propalar la especie de que se hacen eco los últimos versos del soneto transcripto. Pues bien; los que hemos vivido en la intimidad de Rodó, podemos asegurar

que jamás le vimos beber más que agua. Alguna que otra vez, por raro caso, tomaba en un café o confitería, algún licor, escogiendo el curacao u otro así muy dulce y empalagoso, pues gustaba de los dulces extraordinariamente.

Contrastando con estas actitudes de los enemigos políticos y de los literatuelos fracasados, tenemos ahí el fallo unánime de cuanto intelectual es gloria de España y América: fallo definitivo, consagrador para el excelso autor de *Motivos de Proteo*. Si hubieran de recogerse los elogios que le han tributado cuantos han leído con ánimo imparcial sus admirables escritos, se integraría un volumen más grueso que el presente. Ahora mismo, en ocasión de su muerte, una de las mejores revistas sudamericanas, la revista argentina *Nosotros*, le ha consagrado al inmortal artífice de *Ariel* todo un número, en el que cantan sus loas escritores de todos los países de nuestro continente. Pero, ¿es que ya no valen ni hacen peso, contra los desmanes de los recién venidos, los juicios suscriptos por nombres tales que los de Clarín, Altamira, Juan Valera, Miguel de Unamuno, Luis de Araquistain, Cristóbal de Castro, Rafael Barret, Rubén Darío, y cien otros españoles y americanos ilustres? ¿Es que puede discutirse siquiera la autoridad de estos cerebros, que son hoy los dirigentes de las letras castellanas? ¿Es que puede tolerarse que el pontífice "Cualquiera" y el monarca "Uno de tantos" de que se habla con tanto acierto en las páginas de *Ariel*, vengan a poner en tela de juicio una celebridad que los más buenos y los más sabios no osarían tocar?

No! sobre esta clase de detractores literarios, hace tiempo que se ha hecho oír la voz de la justicia. Los Zoilos, Moevius, Cecchi, Green, Lander, Fréron, Biré, no son citados como no sea para recordar su delito y

repetir a las nuevas generaciones, — que de otra suerte no los conocerían, — que esos fueron los nombres de los que pretendieron salpicar de lodo los nombres de Homero, Dante, Shakespeare, Milton, Voltaire, Víctor Hugo. — Rajan, pues, y fulminen al indiscutido e indiscutible autor de *Montalvo*; echen de él para bajarlo del pedestal a que lo subió la admiración unánime de sus contemporáneos: ante esa rabia demoledora, ante el gesto iconoclasta, la posteridad, encogiéndose de hombros, repetirá las excelsas, las definitivas palabras que el mismo Rodó, sin sospechar que un día sería él también víctima de semejantes atentados, dejó estampadas en el pentélico del *Ariel*: “En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa.”

IX

MOTIVOS DE PROTEO

Si *Ariel* puede ser visto como un diamante de limpi-
simas aguas engarzado primorosamente por hábil joyero para que más puras resplandezcan sus luces, *Motivos de Proteo* no admite otro término de comparación, en su grandeza soberbia, en sus profundidades alucinantes y en la vastedad de sus confines, más que como el mismo océano. Libro enorme y hondo, recortado de enseñas azules, salpicado de islas florecidas, eternamente grave y armonioso, todo animado de ocultas inquietudes, todo vestido de ondas éclicas de luz, inmenso, fascinante en la amplitud de un horizonte que nunca se alcanza, sin orillas conocidas, sin puerto de arribada, es el libro-océano por excelencia. Tiende a los vientos todas sus velas el alma del lector y sobre el cristal infinito, allá se va, como aventurera nave, emigrada a otras regiones, hacia otros cielos, siempre sobre la misma onda azul y vagorosa, al través de archipiélagos de armonía y de soledades angustiadoras de silencio. La luz brilla en lo alto; debajo de la quilla se arremolina el misterio. Y el alma viajera, contemplando las ondas y las nubes, divaga por la inmensidad detrás de un inacabable ensueño, de un indefinible misterio, de una aleccionadora filosofía.

El alma humana es el “mar sin orillas” del dramaturgo. ¿Quién demarcará sus confines, quién descenderá a sus abismos, quién contendrá sus cóleras bravías en la cin-

tura de un dique? Arriesgados buzos del alma, osados conquistadores de ese mar, los graves y reconcentrados filósofos, alguna vez han llevado sus carabelas hasta las sirtes de la Razón, y otras, también, metidos en escafandras escudriñadoras, han descendido a los abismos del Yo. De tales exploraciones, regresaron luego con los ojos visionarios y los oídos plenos por el cántico eterno de las olas; pero sus labios terrenales, impotentes para traducir a humano lenguaje lo que hirió sus corporales sentidos, tuvieron un inmenso balbuceo incomprensible. Los míseros burgueses que nos quedáramos en la buena calma del puerto, no pudimos conocer nunca, exactamente, la grandeza de sus visiones, los inenarrables secretos que habían bordeado. Y al oír sus narraciones un poco incoherentes, comenzamos por dudar del equilibrio de sus facultades mentales.

Una vez más, al través del vasto océano del alma, un airoso bajel ha zarpado, tajeando las ondas con su quilla atrevida. Mas, esta vez, el capitán que lo tripula, no pierde de vista la brújula y el compás, no sueña ni se extravía, no va tampoco en procura de las fabulosas columnas de Hércules. Busca solamente los arrecifes de coral para hacer descender allí sus marinos y desentrañar los secretos que se aduermen como encantados por el paisaje submarino. No es un metafísico, no es un psicólogo: no quiere arribar a la desconocida playa opuesta para descubrir la Divinidad tremenda, origen de lo creado y lo increado; no pretende tampoco huronear en los repliegues del abismo la conciencia del yo: es un amable moralista, un curioso de aventuras, un geógrafo de aquel océano, que se alegrará observando las calidades de las tierras que descubra y sabrá, de cuando en cuando, plegar sus velas al amparo de una isla, encendida de sol, timbrada de armonías, constelada de flores y de ho-

jas, para dar un reposo a sus gentes y ofrendarles con un ensueño o una parábola al borde de una fuentejilla que gorgea.

Y el navío lleva en su proa no un nombre, sino un lema, — que es como la esencia de su aventura y la proclamación de su destino. “Reformarse es vivir”, se ha dicho, un día, aquel tripulante, fatigado de la inactividad de su aldehuela costeña, harto de la quietud del puerto. Cansado de ser siempre el mismo, sobre el mismo rincón de la tierra, bajo la cúpula del mismo cielo; ganoso de horizontes nuevos, de nuevas sensaciones que le cambien el ser y le vistan de fiesta las ideas; aventurero y libre como la golondrina, como el viento errante, como la onda que se va hacia las lejanías, quien sabe dónde, — suelta las amarras, leva su ancla, y, tendidas las velas al cielo como salmos de esperanza, parte. “Reformarse es vivir”: ley del progreso, condición de la vida, aspiración de las almas, que son luz, por la luz eterna de que proceden...

Yo no sé, en América, de libro más grave que este libro-océano que se llama *Motivos de Proteo*. Alguien ha aseverado que no tiene metafísica, ni siquiera psicología. Cierto. Pero tampoco su autor ha pretendido construir un sistema filosófico completo ni investigar la esencia de Dios o la naturaleza del alma. Sólo ha procurado aleccionarnos moralmente con los descubrimientos hechos en sus viajes. ¿A qué pedir, entonces, lo que no ha sido el objeto de la exploración? ¿Sería lógico reclamar de un poeta un curso de paleontología o de un químico una égloga? La metafísica de Rodó no va más allá del positivismo de Comte, modificado por el “evolucionismo” de Herbert Spencer; pero, ¿a qué más, si creyendo en la inanidad de las especulaciones filosóficas para investigar la primera causa, no procura descubrir la

existencia de Dios o la indestructibilidad de la "fuerza" y la "materia"? ¿Qué su psicología margina a Ribot y no llega hasta Boutroux y Bergson? Verdad también; mas ¿a qué se entraría por los puertos cerrados de los sistemas filosóficos si no busca desentrañar la esencia de la razón como Kant, ni explicarse el fenómeno de la memoria como Reid o Locke, ni hacer la exégesis de la conciencia como Maine de Biran o Hartmann, ni analizar el fenómeno del sueño como Jouffroy o Maury, ni estudiar la sensibilidad como Bain o Spinoza? Claro y evidente es que nuestro autor no persigue, tendenciosamente, más que un fin de moral teórica, desentrañando ciertas características de la personalidad.

Ved los puntos capitales de su disertación: Necesidad de la transformación personal en el tiempo. — El conocimiento propio como antecedente de la acción; — Exégesis de la vocación; — Renovación del yo por la lectura, los viajes, las conversaciones, el medio, etc. — Disciplina de la renovación y emancipación; — La fuerza de la voluntad, etc. Son todos temas, que aun cuando hundan sus raíces en la psicología, sólo se expanden y florecen en el campo de la moral teórica. Y eso es Rodó, ante todo y sobre todo: un pensador, un moralista.

No que busque el principio del placer como Platón y lo halle en la utilidad como Bentham; ni mucho menos que explique el bien y el mal por la doctrina de la "simpatía" como Adam Smith; ni menos todavía que se arroje a las distinciones del "imperativo categórico" y del "imperativo hipotético" como Kant:—su filosofía, en cuanto es moral, no es especulativa. No ha querido ni buscado construir un sistema filosófico, repetiré una vez más, — aún, cuando hurgando muy en lo hondo, un espíritu analítico pueda advertir que el espíritu de Rodó no es un caos anegado de contradicciones como el de Nietzsche, por ejemplo: una suprema armonía, muy re-

cóndita y muy ténue, rige, en efecto, todas sus especulaciones, y así, el que se entrara hasta esas reconditeces para desentrañar la ocultas correlaciones, hallaría no sin cierto asombro, que no hay tal ausencia de metafísica y psicología, y que esta moral, que es lo más ostensible del grave pensador, no subsiste sin una profunda raigambre. Para llegar a determinadas conclusiones esperituales, de orden ético, no es posible edificar en el aire; aunque no se manifiesten principios metafísicos, ellos están, en esencia, en el alma del pensador. Y he ahí por donde los que se han dolido de que Rodó no construyera un sistema propio, pueden llamarse a sosiego y declararse satisfechos. Sería absurdo, por otro lado, que pensador tan medido y profundo como el autor de *Ariel* y *Motivos de Proteo*, hubiera trazado sus disquisiciones sobre la personalidad del escritor, por ejemplo, sin haberse construido antes, en el reino de su alma, todo un andamiaje propio, personal, de "primeros principios".

Rodó, ante todo y por sobre todo, es un idealista. Después, es un optimista. Por fin, en un campo más vulgar, es un espíritu investigador, tolerante y sereno. Nunca se dejó atraer por la doctrina materialista, que tan seductoramente supieron predicar Hartmann, Moleschott y Büchner, — y que alcanzaron gran boga, precisamente, en la época en que él cursaba sus primeros estudios filosóficos en la cátedra de Daniel Martínez Vigil (que era un convencido materialista). Mas tampoco el espiritualismo clásico, ni la religiosidad fundamental de un Balmes o la ideología más científica de un Victor Cousin, le convencieron. La duda religiosa que en el espíritu de Renán suscitaron las exégesis arqueológicas, lingüísticas e históricas, y la duda más difusa o delirantemente de un Guyau, le apartaron, desde un principio, de uno y otro extremo. Comulgó con estos dos maestros y moldeó, sin quererlo,

su espíritu para la enseñanza evolucionista de Spencer. La impresión profundísima que los *Primeros principios* produjeron en él, creo haberlo dicho antes de ahora, decidió de su pensar futuro. No que aceptara al pie de la letra todo el cánón de la escuela denominada "positivista", pues tenía sus reservas para ciertas conclusiones de Darwin y de Haeckel en el orden "naturalista" y varias otras en el espiritual sobre las afirmaciones de Ribot y Stuart-Mill. Es que su "fe innata" — llamemos así a su sentimiento propio, — era congénitamente idealista. Admitiendo la "relatividad del conocimiento humano" y la imposibilidad de averiguar lo absoluto, se declaraba, conscientemente, "positivista", mas inconscientemente, entre el materialismo y el espiritualismo filosóficos, se inclinaba hacia el último. Quiere decir que entre la eternidad o indestructibilidad de la materia y la eternidad y preexistencia de Dios, hubiera admitido no a Lucrecio, sino a Aristóteles.

El idealismo formal de Rodó procede de su propia textura mental y sentimental, más que de su primera educación y que de sus lecturas del admirable filósofo del *Phedon*. Si hubiera respondido a las ideas que le inculcaron de niño, toda su metafísica concluyera en el catolicismo; si hubiera seguido las inspiraciones de su venerado Platón, acaso algún día hubiera llegado a la enrucijada enigmática del deísmo y del panteísmo. Pero, su pensar propio, su modo de logilizar, y, más que nada, sus innatos sentimientos, — vida sensorial y afectiva, — le inclinaron decididamente al idealismo. Por eso, más que nada, Rodó vivió una vida espiritual y de arte. Por eso, casi siempre, se desentendió de la realidad y fué el hombre menos utilitario que se puede concebir.

Sin haber estudiado profundamente a Hegel — casi me atrevería a decir que no digirió más que la *Estética* de

éste, — coincidía con él en ciertas ideas generales, apartándose de otros profundos maestros del idealismo tales que Hume, Schelling y Fichte. Algunos no dejarán de advertir la contradicción que plantea este caso de un espíritu razonadamente "positivista" que se entra por los campos del filósofo de Jena, el menos materialista de los filósofos románticos. Pero es que, en arte, Rodó no obedecía más que a las sollicitaciones ocultas de su propio sentimiento. Otros son razonadores en esta materia; se dicen a sí mismos: — "mi cánón filosófico da por verdad tal principio y por mentira cual otro; luego, esto debe agradarme, aunque no me agrade, y esto otro que me atrae debe serme completamente repulsivo". — Rodó, en arte, no respondía a maestros ni a reglas fijas. Iba donde le llevaba su corazón, siempre de acuerdo con su sensorio. Así, por ejemplo, sentía una gran admiración por el autor de los *Rougon-Macquart*; pero nunca se decidió a admitir que la literatura fuera regida por los métodos experimentales de Claudio Bernard, según lo predicaba Zola en *Mes haines*, *Una campagne*, *Le roman expérimental*, *Nouvelle campagne* y otros libros de crítica, que ambos nos sabíamos de memoria. ¡Lo que hemos discutido, en aquellos lejanos años de la *Revista* sobre estos tópicos! Celebraba a *Madame Bovary*, a *Le père Goriot*, a *L'Assommoir*; pero, íntimamente, se deleitaba más con los *Natches* o *Nôtre-Dame de Paris*. "Es usted un idealista inconsciente," aducía yo, furibundo; — y él protestaba: "entonces son idealistas Alfonso Daudet y y Edmundo de Goncourt." En el fondo, acaso teníamos razón los dos.

Rodó, decía, no llegó a empaparse en la *Fenomenología del espíritu*, y no pudo, por consiguiente, comulgar con aquello de que la conciencia ordinaria se desarrolla en conciencia especulativa, pasa por diversos grados hasta

elevarse al conocimiento de que la verdad no es una subjetividad, sino la encarnación real de una idea absoluta, y que esa verdad, en el estado abstracto, es la propia Idea. Según el filósofo de Jena, no debe afirmarse que "todo se piensa", sino "que todo es pensado". Por tal modo, el conocimiento de las cosas no es entonces relativo, como en Kant, sino absoluto: las cosas vienen de lo absoluto, y ese absoluto, ya lo he dicho, es la Idea. Como se ve, es este uno de los puntos esenciales de la doctrina de Hegel, que aquí se aparta una vez más de Fichte y de Schelling. Ahora bien; esa Idea, al encarnarse o exteriorizarse, se transforma en la Naturaleza. Esta realidad, consciente, al volverse sobre sí misma, es el Espíritu. Hay algo, en el fondo, de la vieja teoría de Plotino, o de las reminiscencias, en virtud de la cual el alma juzga de las cosas por la armonía congénita que la liga a la suprema Idea con que estuvo en contacto antes de encarnarse.

Si a la luz de estas claras nociones, sintéticamente expuestas aquí porque cualquier espíritu medianamente culto se las sabe de memoria, se analiza la obra literaria de Rodó, desentrañándose su esencia especulativa, fácilmente se advertirá que él era, ante todo, un verdadero idealista, y lo que es más, un idealista de la escuela de Hegel. Dentro del "positivismo" racional de Rodó, existe latente un gran fondo de "idealismo" empírico, — como, por lo demás, existía en el mismo Hegel esa fusión del ser en las representaciones del mundo subjetivo. Y de ahí que toda su estética sea fundamentalmente idealista.

Siendo esta la contextura espiritual de Rodó, nada nos debe extrañar su tendencia al género del "ensayo" filosófico, tan poco cultivado en nuestra América. En Europa, y en nuestros tiempos, ~~se cultivó~~ claras inteligencias que se especializaron en tales estudios morales. No hablemos de Carlyle, Nietzsche y Ruskin, que están en la memoria de todos; pero, más cerca de nosotros, podrían

han existido

recordarse los nombres de Enrique Federico Amiel, de María Bashkirtseff y de Rémy de Gourmont; y más cerca todavía, los de Schuré, Edonard Rod, Unamuno y Altamira. El género "ensayo", cultivando literariamente una alta idea de moral, tendenciosa o científica, cual lo hace Rémy de Gourmont en la *Culture des idées* ("Le paganisme éternel", "La morale de l'amour", "La Création sub-consciente", etc.), — tuvo, pues, sus cultores en la vieja Europa. Los mejores libros de Maeterlinck, — *Le Temple enseveli*, *La Sagesse*, *La Mort*, etc., — responden a esos gustos y preferencias espirituales. Pero aquí, en América, fuera de Emerson, Montalvo, Martí, Alberdi y acaso uno o dos más que en este instante no vienen a mi memoria, nadie se inclinó a este género de especulaciones. Más impresionables que razonadores, más emotivos que logistas, los escritores de América han sido, por lo general, poetas y escritores descriptivos. La idea de consagrar un montón de cuartillas a un estudio sobre la "Confianza en sí mismo", como lo hace Emerson en *Veinte ensayos*, no se le ha venido jamás a las mientes a los que tienen las pupilas deslumbradas por el sol de Junín y los oídos plenos por los fragores del Niágara y el Tenquendama. América ha tenido numerosos Olmedos y Andrades, pero ha sido más desamparada de Rodós y Rafael Barret. La imaginación priva sobre el raciocinio; el tropo sobre la idea. Dijérase que toda la vida espiritual es un trasunto de lo que ven los ojos, no de lo que se entra por los surcos del cerebro. Repasad mentalmente la obra de los literatos de América y comprobaréis esta supremacía de la imagen sobre la idea. Por lo demás, es lógico tal modo de ser. Los hombres nacidos bajo nuestro clima, eminentemente tropical, no pueden producirse en literatura y filosofía, como los hombres de los climas fríos

y brumosos. Habría que citar aquí una vez más las gráficas y decisivas palabras de Taine.

Hacia el "ensayo" fluó, pues, naturalmente, espontáneamente nuestro Rodó. De la admiración acendrada que muy luego nos mostró por aquella cumbre excelsa del pensamiento americano que es Juan Montalvo, podemos ya deducir sus íntimas simpatías. Pero, reconcentrado y profundo, se entró más hondo en el género de lo que lo hiciera el eminentísimo autor de los *Siete Tratados*. Menos intransigente también en la lucha de ideas, más tolerante y amable en sus ensayos de polémica, mostraríase con características extrañas en absoluto al autor de la *Mercurial Eclesiástica*. Y por eso, mientras vemos a Montalvo abordar en uno cualquiera de sus Ensayos — la "Nobleza", el "Genio", la "Belleza en el género humano" — una materia y extraviarse casi de inmediato en un dédalo de cuestiones y materias derivadas, secundarias, ajenas al tema primitivo — ¡eso sí, con una gracia y un arte estupendos, que hacen más fácil o más atrayente la lectura—en Rodó sólo advertimos al razonador frío, ordenado, metódico, que no quiere apartarse de su tema, que lo analiza por todas sus faces, que nos obliga a pensar con él entrándonos hasta la misma entraña del asunto. El mismo Rodó, en el estupendo y nunca bastantemente aplaudido estudio que ha escrito sobre el gran ecuatoriano, ha dejado bien expuesta la misma idea que vengo esbozando. Véanse sus palabras: "El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anunciaba en el título persiste apenas como el hilo ténue y velado por la fronda, que entaza, alrededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se hecha de

ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde continuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo, que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a substancia y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la *Nobleza*. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre, se pasa a discurrir sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto a describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego a encarecer los extremos de que es capaz el amor a la ciencia, y en la siguiente página a pintar un insecto primoroso, y de esta pintura a las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término al ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto." Y ahora comparad, os lo ruego, la manera ordenada y dialéctica con que Rodó desenvuelve sus ensayos. Buscad en *Motivos de Proteo* el hermosísimo estudio sobre la *Vocación*, por ejemplo. El tema fundamental jamás se aparta un milímetro de las barbas de su pluma. Aún cuando aparezca, en determinados momentos, alejarse un tantico, es sólo para arraigarse aún más en el espíritu con la virtud de un corolario, de un ejemplo, de un distinguo o de una anécdota. Rodó comienza evidenciando el arraigo inconsciente de la

Vocación, y los ejemplos que nos da con Malebranche y Wagner, luego con Wálter, el gran anatomista de Koenigsberg, con Albino, el famoso capitán del reinado de Cómodo, no sirven más que para reforzar su tesis; de seguida entra a considerar la excepción que podría objetarse a ésta, la "ausencia de vocación una y precisa, por universal difusión de la aptitud", y en una serie de estupendos retratos, que en el orden pictórico sólo admitirían parangón con los de Rembrandt y Velázquez, nos presenta esas figuras de múltiples aspectos, asombro de lo siglos, que fueron Salomón, Juliano, Alfonso el Sabio, Cornelio Agripa, Diego Hurtado de Mendoza, Leonardo de Vinci, y en un particular sentido más estrecho porque solo se refiere al saber de una civilización o de un siglo, las figuras de Aristóteles, de San Agustín, de Tomás de Aquino, de Rogelio Bacon, de Raymundo Lulio, de Dante, de Leibnitz, de Diderot; vuelve entonces a su punto de partida, cerrado el ciclo de la digresión (en el que ni por un instante olvidó su tema fundamental) y comprueba que "a medida que las sociedades avanzan y que su actividad se extiende y multiplica, como el árbol que crece, dando de sí ramas y ramúsculos, es ley que la vocación individual tome una forma más restringida y concreta." Es evidente que la especialización del espíritu en determinada rama del arte o de la ciencia, se impone de modo fatal a medida que la ciencia y el arte van extendiendo sus dominios y alcanzando profundos no sospechados antes. Hoy, por ejemplo, resultarían inconcebibles los hombres-enciclopedias: ya no es dado encontrar el Maquiavelo que diserte en veintidós idiomas diversos, el Leonardo que profundice todas las ciencias y artes, aún las de los juguetes mecánicos, y el Miguel Angel que por igual maneje el cincel y la paleta sobre blocks de mármol como el *Moisés* y sobre lien-

zos como el *Juicio final* de la Capilla Sixtina. En el dominio científico esta especialización es más evidente y el ejemplo que nos ofrecen nuestros galenos más ilustrados y competentes es decisivo. Mas al llegar aquí, no creáis que nuestro ensayista se ha extraviado en su divagación. Muy al contrario, su idea fundamental, al cabo de su senda caprichosa, vuelve a la carretera que le conduce a sus molinos. El hombre, desde niño, revela a los observadores las características de su futura inclinación espiritual: Cervantes, recogiendo pedacitos de papel que llevan letras impresas; Buonarotti, extasiándose antes las canteras de mármol; Murillo dibujando sobre las paredes de la calle con un trozo de carbón; Fogatier, amasando en un pueblucho de Auvernia figuritas de barro, — son otros tantos ejemplos reveladores de la vocación. En el examen de esas precocidades, digámoslo así para no parecer muy dómimes, hay comprobaciones evidentes y sorpresas no menos grandes. Walter Scott, Tattgrain, Lafontaine, son casos convincentes; pero los casos de Beethoven y Federico el Grande, desconciertan un tanto. Es que en la manifestación espontánea de la vocación hay prematuras fluctuaciones que desorientan a los psicólogos poco avisados. El caso del autor de la *IX Sinfonía* abominando de la música en su infancia, como el del Gran Federico, atemorizado por el ruido de las armas, más que presagios negativos deben ser vistos como oscilaciones del espíritu que, a la manera del péndulo, buscan su normal entre los puntos vecinos del centro de gravitación. Pero siempre, en los espíritus verdaderamente predispuestos, la vocación triunfará. Aún contra todas las oposiciones exteriores; aún contra la muy fundamental y decisiva de la acción paterna. Nuestro ensayista siguiendo tenazmente su idea madre por todos los vericuetos por los que se desliza y escapa, consagra un hermoso párrafo a este tema de la "oposición

paterna". Luego, consagra otro párrafo al hecho "provocador", partiendo del *anch'io sono pittore* del Correggio, frente a un cuadro de Rafael; y luego otro sobre el estímulo de la conversación o de la lectura; y luego otro aún sobre la "vocación truncada por deficiente voluntad", enfrascándose en una admirable divagación sobre el "amaneramiento"; y otro sobre el exceso de amor que paraliza la actitud"; y otro sobre el paso de una vocación a otra; y otro aún sobre la lucha entre la actitud individual y la resistencia del medio, *et sic de ceteris*. Es una madeja que va desenvolviéndose sistemática y razonablemente, sin un tropiezo, sin una vacilación, sin un error. De esta manera, el "ensayo" o estudio sobre la *Vocación*, el más original, el más bello y el más documentado de todo el libro, es seguido desde sus orígenes hasta su completa realización: explicando como se hereda y trasmite de generación en generación, y cómo, convertida en dón del individuo, se anuncia o se oculta desde la infancia; cuánto el amor puede influir en su revelación; lo que para ella valen la lectura, la conversación y el ejemplo; los obstáculos y sirtes con que se tropieza al buscarla; lo que puede malograrla o entorpecerla; sus derivaciones, sus influencias, etc.

Según vemos, al "bello desorden" de Montalvo, substituye nuestro Rodó el "método racional y lógico". No aborda éste un tema como pretexto de extemporáneas y caprichosas divagaciones; sino para dilucidarlo y agotarlo hasta sus más extremos límites. De ahí que algunos críticos, como ya el anteriormente citado señor Colmo, se manifiesten un tanto quejosos de la escurpulosidad y meticulosidad del autor de *Motivos de Proteo*. Véase lo que nos dice este escritor: "Cuando se dice a un joven "descubra su vocación", "afirme su vocación", "cultive su vocación", se le da un excelente consejo;

pero se lo echa poco menos que por tierra cuando luego se le acumula toda una serie de consideraciones y de hechos que muestran vocaciones prematuras, tardías, contradictorias, de puro azar, amplias, especializadas, cambiadas, múltiples, falsas, pasajeras, o versátiles." "Por lo menos, — agrega el citado crítico — yo no me figuro a qué me atendería yo en el supuesto de tener que decidirme entre ese maremagnum de situaciones tan diversificadas y plenamente contradictorias."

Háseme de permitir que una vez más contradiga las opiniones de este ilustrado escritor argentino. El libro *Motivos de Proteo* no es ya un libro a la manera de *Ariel*, es decir, una obra destinada a la juventud para proclamar un credo o dictar una enseñanza. Es ante todo y por sobre todo un libro de alta especulación espiritual en el que el autor dialoga con otras almas hermanas de la suya. No pretende enseñar; certifica hechos. No se ha impuesto una labor pedagógica; ha hecho un "ensayo" sobre la "Vocación", como hubiera podido hacerlo sobre un escritor cualquiera, sobre un suceso histórico, sobre un problema de moral, sobre una doctrina científica o sobre un postulado de la filosofía. No habla, entonces, a la juventud, como lo haría el viejo Próspero, a fin de definirle lo que es la vocación, suggestionarla con ejemplos y concluir conceitándola a que "cultive su vocación" o "descubra su vocación"; sino que, artista y ético al par, se propone disertar sobre un tema, seguirle en todas sus derivaciones, perseguirle en sus más apartadas consecuencias y obtener al fin, aún por las mismas excepciones, sus normales características. Convenimos en que no es este un estudio para los jóvenes y los profanos. Convenimos también, si mucho se nos apura, en que tampoco lo es para los espíritus superiores dados a este género de graves estudios. Pero

su ausencia de pedagogía y su falta de novedad, ¿empequeñecen en algo a su mérito? Con semejante modo de pensar habría que condenar, desde luego, las nueve décimas partes de todo lo que se ha escrito en el mundo. ¿Qué podría decir un escritor, crítico o filósofo moderno sobre los hombres, libros y doctrinas del pasado que ya no haya sido dicho en todos los tonos y medidas por los que le precedieron en el caso de las letras? Entretanto, hablar bien y con elegancia sobre cualquier tema, siempre será motivo de regocijo intelectual para los que lo pueden hacer por una particular "vocación" de su espíritu, y al par será regocijo y deleite de los que oyen esa conversación o discreto que, por ser bella justamente, tiene ya un título exclusivo de originalidad.

A nadie se le ha ocurrido hasta ahora censurar a Carlyle porque haya consagrado largas páginas a Goethe, Johnson y Burns; o a Montalvo porque haya discreto sobre la "Nobleza" o la "Belleza"; o a Maeterlinck porque haya dedicado todo un libro a la "Muerte"; y, sin embargo, sobre tales temas, ¿cuántos autores han escrito antes que ellos? Con los libros que se han hecho sobre el autor de *Fausto*, asegura González Serrano — y no tiene para qué jurarlo, pues se lo creemos a piés juntillas — habría para llenar toda una biblioteca. ¿No podría decirse lo mismo respecto del Dante o de cualquier idea o principio de moral? ¿Y es que cada cual pretenda ser absolutamente original y enseñar algo a sus lectores? No; es que en esta vida de las letras, todos, quien más quien menos, experimentamos la necesidad de exteriorizar nuestros entusiasmos, nuestras sensaciones por el libro, el hombre o la idea que nos ha procurado un momento de deleite cerebral. El hombre del vulgo que en un museo, frente a una tela, se produce en interjecciones admirativas, y el sencillo burgués

que a la salida del teatro repite entusiasmado por millonésima vez el comentario que otros individuos anónimos han dicho antes que él, realizan a su modo la obra crítica del escritor que todavía en el siglo XX escribe unas cuartillas sobre el *Quijote* o sobre la existencia del alma.

Por lo demás, antójase enormemente injusto que se reproche a nuestro ensayista ser por demás profuso en sus adquisiciones y mostrarse interesado por todos los accidentes y facetas del tema. Comprendería la censura por lo contrario, es decir, porque dejara sin análisis alguna de las fases de la cuestión o problema que ha escogido; pero moverle pleito por su manera de agotar el asunto, no, francamente, no lo concibo. Y, sobre todo, cuando se advierte que en esas incidencias, en esas escapadas por las veredas y vericuetos que ramifican de la arteria principal, es donde, a las veces, aparecen las más estupendas bellezas de nuestro escritor. Ved, por no citar más que un ejemplo, el parágrafo LXXII de los *Motivos*. El ensayista nos ha puesto ante los ojos toda la falanje divina de los que tienen el "don"; pero, adviértase bien, de los consagrados, de los triunfadores, de los que, por haber escalado las cumbres de la gloria, acaso por eso, hoy nos concertamos todos en reconocerles el "don". Pero, bruscamente, una muy íntima y dolorosa interrogación se inerusta en el espíritu del ensayista. — "¿Y nosotros?" — clama la otra falanje, la de los ignorados, la de los que también tenían el "don", pero que por una u otra causa, no se les ha reconocido, no se les ha celebrado. Y he aquí que entonces el insuperable maestro, dando suelta a su más íntima simpatía e incurriendo en una de esas divagaciones que ahora se le reprochen, escribe esa página estupenda de "los mármoles sepultos", una de las más bellas de su libro, y

una de las más injustamente descuidadas por la crítica, sin duda porque el autor no la destacó con un título como a las otras parábolas.

"Cada vez que, por revelación de la casualidad, como cuando se iluminó de hermosura el campo venturoso de Milo, o de la investigación sagaz, que impone a la avaricia de las ruinas sus conjuros, la civilización recupera una obra de arte perdida o ignorada: una estatua, un bajorrelieve, un vaso precioso, un frontón, una columna, el mismo pensamiento me obsede. De la idea de ese objeto ganado, para la gloria y la admiración humanas, al reino de las sombras, pasa mi mente a aquellos otros que aún permanecen ocultos, entre el polvo de grandezas concluidas, en soledad agreste o profunda prisión: allá en el Atica, en sus llanos gloriosos, y sus colinas purpúreas; en Olimpia y Corinto, ricas de tesoros arcaicos; bajo las ondas del mar de Jonia y del Egeo, o bien bajo el gran manto de Roma y las lavas seculares de Nápoles. Transparentando la corteza de la tierra y las aguas del mar, ilumina mi espíritu ese seno oriental del Mediterráneo, donde hunden sus áncoras eternas las rocas sobre que alzó sus ciudades la raza por quien empezó a ser obra de hombres la belleza; y en una rara, hiperbólica figuración, tierra y mar se me representan como una inmensa tumba de estatuas, museo disperso donde la piedra que fué olímpica, los despojos de los dioses que, en seis siglos de arte, esculpieron los cinceles de Atenas, de Sicione y de Pérgamo, reposan bajo la agitación indiferente de la Naturaleza, que un día personificaron, y de la humanidad, que fué suya...

"Dioses caídos, dioses de mármol y de bronce volcados por el ala del tiempo o el arrebató de los bárbaros; hechos para la luz y condenados a la sombra de un misterio sin majestad y sin decoro, su imagen me suspende

en una suerte de angustia de la imaginación. De su actual sepulcro, algunos resurgirán, quizá, en la deslumbradora plenitud de su belleza; intactos, salvados, por misteriosa elección, de los azares que se conjuran para su abandono: como esos pocos que la humanidad ha podido reponer enteros sobre el pedestal, con entereza no debida a restauraciones profanas, y que perpetúan, en la promiscuidad de los museos, la actitud con que ejercieron su soberanía desdeñosa sobre frentes no menos serenas que ellos mismos... Otros, despedazados, trunco; devueltos, como tras el golpe vengador de los Titanes, a las caricias de la luz; vejados por la superstición, tumbados en los derrumbes, mordidos por el fuego, hollados por los potros que pasaron en la vorágine de las irrupciones, entregarán a la posteridad un adorable cuerpo decapitado, como la Nice de Samotracia; un torso maravilloso, como el Hércules de Belvedere; y su invalidez divina hará sentir a los que sean capaces de reconocer su hermosura, la especie sublime de piedad que experimentaba, en presencia de los infortunios de estirpes sobrehumanas, el espectador de Esquilo o de Sófocles...

"Pero los que más me conmueven son aquellos que no resucitarán jamás; los que no han de incorporarse ni al llamado de la investigación ni al del acaso; los que duermen un sueño eterno en las entrañas del terrón que nunca partirá el golpe del hierro, o en los antros del mar, donde el secreto no será nunca violado: detentadores de una belleza perdida, perdida para siempre, negada por cien velos espesos a los arrobos de la contemplación, y que, persistiendo en la integridad de la forma, a un mismo tiempo vive y ha muerto."

Convengamos todos en que sólo por la belleza única

de esta página simbólica, perdonaríamos a Rodó su divagación.

Es que *Motivos de Proteo*, además de ser una obra de ensayos morales sobre la "personalidad", es una grande y soberbia obra artística. Por su estilo, únicamente, merece la inmortalidad. Trabajado con la paciencia de un antiguo lapidario o la de uno de aquellos meticulosos cinceladores del Renacimiento, ese estilo de Rodó no tiene igual, no ya sólo aquí en América, sino en la misma España de nuestros días. Jacinto Benavente tiene cierto sabor de castellano puro y elegante, pero, la misma forma en que por fuerza han de traducirse sus trabajos de dramaturgo, le arrebatan la mayor parte de la frescura que debiera poseer su estilo. Ricardo León, el celebrado autor de *Casta de Hidalgos* y *El Amor de los Amores*, es quien más se acerca a nuestro ilustre compatriota por el giro en sí es no es arcaico de algunas de sus frases, por la riqueza de su vocabulario y por el amor y el respeto a las venerandas reglas gramaticales. A quien más se aproxima Rodó, por sus nobles, serenas y elevadas condiciones de estilista, es, evidentemente, a don Juan Valera. Si descartamos las afiladas ironías y las escondidas burlas con que el espíritu travieso y pesimista del autor de *Pepita Jiménez* matizaba su prosa escultural, rítmica, de una composición neoclásica, toda la labor del estilo resulta asombrosamente parecida entre uno y otro escritor. Rodó escribe como un Quintana modernizado, con el mismo respeto de la gramática y del diccionario. Los centelleos de la imaginación propios de toda la literatura romántica, que tomaron plena carta de ciudadanía en las letras con el triunfo de Chateaubriand, y los juegos malabares y funambulésicos de los decadentes, no tienen nada que ver con él; así como nada tiene que ver con él el estilo conciso y

gráfico de los naturalistas, ni el vibrante de los oradores, ni el tendencioso de los graves dómjines. Rodó parece haber adiestrado sus armas a la sombra de los maestros y puristas de todo el clasicismo español. Sí, como él mismo nos lo ha dicho con un donaire y elegancia inimitables, en cierta parte de *Motivos de Proteo*, don Alfonso el Sabio, tomó una lengua balbuciente "y, como sentándola sobre sus rodillas", la enseñó a vincular vocablos, a modularlos, a discernirlos, — él, el propio Rodó, coge esa lengua, ya adiestrada en soberbias justas del pensamiento por los Fray Luis, Quintana y Pineda, y la maneja con arte tan desenvuelto y propio, con una oportunidad y llaneza tan únicas y sorprendentes, que sin dejar de ser él quien es, es decir, un contemporáneo nuestro, a las veces se nos antoja uno de aquellos prosadores del siglo de oro que legaron a la literatura hispana las páginas más bellas y gloriosas de que pueda ésta enorgullecerse. Lo que Rodó escribió de la prosa de Montalvo, acaso lo fuera más propiamente aplicado a él mismo, — toda vez que con ser muy elevado el arte del gran ecuatoriano, no está del todo exento de ciertos mínimos lunareillos que más raramente aún se encuentran en el autor de *Ariel*.

En efecto, en el estilo de Rodó hay características que ratifican de modo indubitable lo que vengo diciendo. Es un estilo límpido, sereno, armonioso como un chorro de agua cristalina: no tiene un cabrilleo ni una sombra que denuncie la presencia de esos vicios gramaticales que se denominan solecismos, barbarismos, galicismos, etc. Tan puro y primoroso es que a fuerza de caer sonoro y límpido en la inviolada taza de mármol, su arrullo nos aduerme a las veces, como aduerme la nota monorrítmica del agua que cae en el jardín. Algunos han deseado en tal o cual ocasión, que el artista marmóreo e

incommovible que es Rodó dejara traducir, siquiera por instantes, una crispación de sus nervios o un relampagueo de su pensamiento. La impassibilidad de su prosa, que solo tiene igual en la de aquellos mármoles con que se rodeó la vida espiritual del mundo heleno, exaspera a algunas almas modernas, hechas a la emoción, acostumbradas al centelleo, propicias a las explosiones del color y a las onomatopeyas orquestales. Pero fuerza nos es admitir, amigos míos, a Rodó tal cual es, tal cual le hacían las características de su temperamento. Hombre reposado, sereno, un tanto frío, muy meditativo, muy pensador, eminentemente tolerante, y, por sobre todo, caballeresco y bueno, no podía mostrarse fogoso y combativo como un Laurent Tailhade o un Clarín; no podía producirse hiperbólico y enmarañado como Víctor Hugo o Mallarmé; no podía traducirnos sus pensamientos con la suelta verborrea de un Castelar. Fatalmente, ineludiblemente, su verba tenía que ser y fué clásica, impecable, magestuosa y límpida.

“Para quien guarde diferenciado el sabor de cada uno de los prosadores del gran tiempo de la lengua — escribe el mismo Rodó en su insuperable ensayo sobre el autor de los *Siete Tratados*, — la lectura de Montalvo es como múltiple y maravillosa evocación. Un rasgo rememora al uno, otro rasgo al otro; y de esta manera, sobre el fondo de aquella prosa, dorada de gloriosos reflejos, se ven pasar, como procesionalmente, sus sombras augustas, con tanta gracia y reverencia invocadas en la introducción de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Por allí Granada, por allí León, por allí Quedo, por allí Malón de Chaide, por allí Saavedra Fajardo... Esta obra de selección y concierto de las varias piezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las

suntuosidades de la lengua se compararían con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsain, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de las Indias. Nadie hubiera podido manejar con mejor tino aquellos tesoros. Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos y maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento instintivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que siendo tan moderno y curioso en su pensar, y reflejando su obra ideas de tan esparecidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, la guialba a completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor acopio y variedad de ideas ateniéndose tanto a la tradicional integridad y pureza del idioma.”

¿No os parece, al leer estas líneas, que estáis leyendo una crítica sobre el estilo del mismo Rodó? También y tan justamente se aplican al autor de *Motivos de Proteo* esas reflexiones y advertencias, que ocurre preguntar si en la acendrada admiración que Rodó sentía por Montalvo, no había, en lo más íntimo de su entraña, por modo impremeditado e inconsciente, un reconocimiento de las propias facultades. Al aplaudir al ecuatoriano dijérase que el uruguayo defiende sus creencias y gustos más íntimos y secretos. En esa loa hay como

una confesión de la hermandad espiritual del criticado y su crítico. Renán decía, en una de las páginas de *Cahiers de jeunesse*, que “nosotros admiramos lo que coincide con nuestro modo de pensar. Cuando hallamos en un autor expresada con fuerza la misma idea que hemos tenido, entonces le admiramos. Esto no quiere decir sino que: “Es de mi parecer, luego, yo estaba en lo cierto.” Admirar, es, por lo común, descubrirse uno mismo”. Pues esto que aquí dice el autor de la *Vie de Jesús* respecto de las ideas, puede extenderse, respecto de la forma literaria, al caso de Rodó y de Montalvo. Aquél celebra en éste sus propias cualidades y la admiración que le profesa es un a modo de reconocimiento o de descubrimiento de sus características de estilista.

Leed el *Ariel*, una de las contadísimas obras contemporáneas escritas maravillosamente; leed *Montalvo*, ese ensayo que vale por las obras más completas y hermosas; y leed, en fin, las parábolas que lucen en *Motivos de Proteo*, como islas encantadas en medio de la inmensidad del océano—la “Respuesta de Leucónoe”, el “Monje Teótimo”, “Los seis peregrinos”, “Hylas”, la “despedida de Gorgias”, “la Pampa de Granito” y “Otoñal”,—y decid si esas obras maestras de dición y de pensamiento tienen par en esta misérrima literatura contemporánea fabricada a base de trianones, rosas versallescas y otras zarandajas y cascabeles decadentes. Es que Rodó, artista, está por encima de los caprichos de la moda y de las sorpresas de ultramar. Consciente y fecundo, no admite sino lo que ha pasado por el crisol depurador de la más atenta crítica y no propaga sino aquello que antes armonizó con su indiscutible buen gusto.

Y en este punto no caben admitirse reservas o distinguos. El buen gusto literario de Rodó es algo que debe

aceptarse axiomáticamente. Quien ha escrito “Los seis peregrinos” y “La pampa de granito”, es más artista, más emotivo y más refinado, que todos los jóvenes melencólicos y presuntuosos que pasaron por las capillas secretas o prohibidas de la moderna Lutecia.

El doctor Crispo Acosta (Lauxar), ya anteriormente citado en este trabajo, ha condensado con felicísimo acierto estas cualidades de Rodó escritor. “José Enrique Rodó, — dice, — no es un escritor espontáneo de expresiones fáciles y vuelo arrebatado. La reflexión serena, cualidad de filósofo que distinguió en el mundo a la juventud madura y eterna de Grecia, es el carácter eminente de su obra lozana y vigorosa. Toda ella está iluminada por una radiación clara de ideas encendidas en el calor del entusiasmo y meditadas con sosiego de gestación perfecta. El señorío de la inteligencia imperturbable se extiende en ella a todas las cosas y las aquieta con orden supremo en lúcida armonía. Ningún desconcierto de inhabilidad o abandono altera su equilibrio clásico.” No puede decirse mejor. El estilo de Rodó es un bloque de mármol tallado con la geometría invariable de un Miguel Ángel.

Ya he dicho el esfuerzo y la lidia que representa este trabajo de la forma literaria. El mismo Rodó, por otro lado, se ha encargado de revelárnoslo en aquella página de *El Mirador de Próspero* que lleva por título “La gesta de la forma”. “Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista! Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis;

tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndolos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone amenuado que la devolváis la libertad que habéis querido arrebatársela, para que convoquéis a otra, que llega, huracán y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor... Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a nuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón..." Y un poco más adelante, esta observación justísima: "Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tábido aliento del alma... La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser."

¿No advertís, en la misma construcción de esos párrafos, el trabajo que el escritor se ha dado para ser preciso, claro, convincente, para expresar bien todo su pensamiento y no otro parecido o semejante? El adjetivo que ilumina un nombre propio, como el color ilumina y da vida al dibujo; el relativo que estrecha los dos términos de una frase, como el tendón que liga dos miembros sin atentar al movimiento y función de cada cual; el verbo que pone en movimiento todo un período, hasta su aparición inanimado, como la corriente eléctrica que anima de repente a un cuerpo muerto; hasta las mismas armonías y disonancias de los vocablos, que se buscan o rechazan, para dar más color o fuerza a lo

que se debe expresar, — todo es arte y estudio que emplea nuestro gran escritor para hacer su prosa verdaderamente artística y su verbo hermoso. Por otro lado, encuentra a veces símiles y figuras, tan felices y acertadas, tan bellas y sugestivas, que para sí las quisieran, en los días de Pascua Florida, toda la turbamulta de parnasianos, decadentes y empingorotados neo-románticos. Al analizar *Ariel*, en uno de los capítulos anteriores, he tenido ocasión de reproducir varias de una belleza realmente soberana. Ahora, que vamos analizando *Motivos de Proteo*, recojamos algunas sueltas, de entre esas otras mil que Rodó ha dejado caer de sus manos con la despreocupación de un Crespo. Habla de Alcibíades y dice: "Nadie más olímpicamente inmutable en su realidad de vivo mármol jovial." Juzga a Juliano y al mundo antiguo que se derrumba, y falla: "ese titán rebelde lo recibe en sus brazos extendidos, lo mantiene en alto un instante; y cuando vencido del peso lo suelta, se precipita tras él y su sombra inmensa sirve de cauda, en la memoria de los tiempos, a aquel mundo desorbitado." Refiere la odisea de "los seis peregrinos", y de Idomeo dice: "cuando allá, en la profundidad del horizonte, un ave o una nube pasaban, o se descubría el triángulo blanco de una vela sobre la línea oscura del mar, el alma del neófito parecía tender presurosamente hacia ellos sobre el riel de una mirada anhelante..."; y de Merión: "pero en los ojos de Merión, heocio que llevaba en el semblante los rasgos de la sensualidad, el vino había dejado un toque de luz cálida". Narra la parábola del "Monje Teótimo" y describiendo el paisaje, anota: "Todo era inmovil y muerto en la extensión visible, a no ser un torrente que precipitaba su escaso raudal por cauce estrecho, fingiendo llantos de la rosa..." A las veces, una reminiscencia del divino Horacio se desliza

en su prosa, tan bella como los mismos versos del amigo de Mécenas: "¿Nunca, apurando tus recuerdos, te has dicho: si aquella extraña intención que cruzó un día por mi alma, llegó hasta el borde de mi voluntad y se detuvo, como en la liza el carro triunfador rasaba la columna del límite sin tocarla..." (Odas, Lib. I, Oda 1, *Sunt quos curriculo*) Otras, es Virgilio, quien con la poesía de sus églogas le inspira: "... y no se oyó más que la áspera quejumbre de la garrucha del pozo, mientras el sol de la tarde tendía las sombras alargadas de meditador y el esclavo, juntándolas en un ángulo cuyo vértice tocaba al pie de la estatua cabizbaja de Hipnos. (Eglogae, I, *Majoresque cadunt altis de montibus umbrae*). Pero, más que en las palabras evocadoras, más que en las frases felices, nuestro autor se nos muestra consumado artífice en los lienzos y cuadros donde, por sus proporciones y desarrollo, puede trazar y desenvolver el lento giro de su cineel, los vuelos magistrales de su verbo sugeridor. Analizad su disquisición sobre el barco que parte sobre la soledad azul del mar (XXXIV); sus reflexiones sobre un simbólico vuelo de pájaros (XXXVI); sus consideraciones sobre el techo familiar (C II); releed todas y cada una de sus parábolas, particularmente las tituladas "La Pampa de granito" y "Los seis peregrinos" y decid cuándo y dónde el más grande de los artistas, el más consumado de los maestros dió suelta al enjambre alado que anida quieto en los casilleros del Diccionario con más arte y donosura, que no parece sino que en la armoniosa teoría del vuelo todos los primores y elegancias del dibujo proclaman la gloria de la luz y el movimiento.

Pero volvamos al pensamiento del libro. Rodó plantea este aforismo: *reformarse es vivir*. Es una frase que no tiene mucho de extraordinario; sin embargo, ha hecho fortuna. ¿Es por su originalidad? No lo creo: antes que

él, con otras palabras, repitieron el mismo concepto diversos escritores, de muy distinto valer literario. Anatole France, por ejemplo, en *Le jardin d'Epicure*, tantas veces citado en estas páginas, ha consignado: "La inestabilidad, sin duda, es la primera condición de la vida; todo lo que vive se modifica sin cesar, pero insensiblemente y casi a pesar nuestro." El conocido publicista liberal que se ocultó bajo el pseudónimo de "Dom Jacobus", dijo en el prefacio de su no menos conocida obra *La Iglesia y La Moral*: "Transformarse o perecer; tal es la ley de los hombres y las sociedades." Eugenio Pelletan lo ha repetido en casi todas las páginas del *El mundo marcha*, ese libro vibrante, compuesto para rebatir una desesperanzada acusación de Lamartine contra el progreso. Enrique Federico Amiel en su celeberrimo *Diario íntimo*, consignó (2 de Diciembre de 1851) que: "quien calla es olvidado; quien se abstiene es cogido por la palabra; quien no avanza, retrocede; quien se detiene, es adelantado, anticipado y aplastado; quien deja de crecer, ya declina; quien desiste, abdica: el estado estacionario es el principio del fin, el síntoma formidable y precursor de la muerte". Y agrega aún el admirable y doloroso filósofo ginebrino: "Así, pues, vivir es triunfar sin cesar, es afirmarse contra la destrucción, contra la enfermedad, contra la anulación y la dispersión de nuestro ser físico y moral. Vivir es, pues, querer sin descanso y renovar cotidianamente su voluntad". Por su parte, Lannelongue ha dicho: "La contemplación satisfecha del presente no tiene ninguna significación, puesto que ese presente ya es pasado. Vivir no es gozar egoístamente de lo adquirido material o intelectual y complacerse en una situación estacionaria." Y antes que éstos, Goethe nos había enseñando que "la naturaleza, en el desarrollo orgánico de los seres, marcha sin detención ni descanso, y maldice todo lo que retrasa o

suspende su movimiento," Huroneando un poco más hondo, acaso encontraríamos la esencia del "reformarse es vivir" en Marco Aurelio y Lucrecio; pero, ¿a qué insistir en ello? Rodó mismo no tuvo jamás la pretensión de haber descubierto un postulado original, como han dado en suponerlo algunos de esos admiradores cuya admiración más lastima que ennoblece. Lo que es grande y bello, lo que es fecundo y fuerte, lo que tiene vitalidad propia, es el desarrollo que Rodó ha dado a esa valiente afirmación. El "reformarse es vivir" con que abre el portal de su magnífico libro, — o, como él mismo dice más adelante (XC): "la aptitud *protéica*, llamando así a la virtud de renovarse y transformarse merced a esa facultad de adaptación que hace del hombre ciudadano del mundo", — es la condición esencial de la vida, la ley del progreso. Oídle: "Esta piedra fué fragmento soterrado de un tronco. Descompuesta la substancia vegetal, cada molécula que ella perdió en disolución secreta y morosa, fué sustituida al punto, y en su propio lugar, por otra de sílice. Cuando la última partecilla orgánica se hubo soltado, todo fué piedra en el conjunto; mas ni una línea, ni un relieve, ni un hueco, ni un ínfimo accidente de la construcción interna del tronco faltaron en la conservación de la apariencia. Esta es la superficie del tronco, con sus grietas y arrugas; éstas son las fibras corticales, éstas las capas leñosas, y éstos los radios que van del núcleo a la corteza, y éste el obscuro y compacto corazón del árbol. Aún cuando ese artificio de la naturaleza se hubiera consumado ante un espectador perenne, éste no hubiese reparado en él; tal ha sido la lentitud, tal la perfección, de la obra. Todo está intacto en la apariencia; todo ha cambiado en la substancia. Donde hubo el resto de un árbol, sólo hay un trozo de piedra." Pensadlo bien, y advertiréis que este proceso simbólico de las almas es toda la historia de la vida sobre el planeta. Cuvier, Geoffroy-

Saint-Hilaire, Humboldt, no nos enseñan otra cosa al examinar la evolución del reino vegetal y del reino animal, al penetrar en los secretos de la mineralogía.—*L'Anthropogénie* de Ernesto Haeckel, basada en los principios de embriología y de filogenia humanas, constituye el cuadro más completo de esta evolución de las células vivas. Es indiscutible, pues, que nuestra transformación personal, moral y psíquica, así como la animal, es ley ineludible del progreso. Pero aquí ocurre preguntar: ¿cómo lograrla consciente, para hacerla más útil para nosotros y más digna de nuestra estirpe humana? Aquí es que se ciementa el primer jalón de nuestro desenvolvimiento. El hombre para renovarse, mejorando, ha de conocerse antes a sí mismo.

Narra Platón en su *Protágoras* que reunidos una vez los siete sabios en Delfos, escribieron con letras de oro en el templo de Apolo: $\Gamma\upsilon\theta\eta\ \sigma\epsilon\sigma\upsilon\tau\omicron\delta\alpha$. Los latinos tradujeron la leyenda por el *Nosce te ipsum*, que muy luego los señores eruditos atribuirían, vez a vez, a Sócrates, o a Chilón el espartano, o a Tales el milesio. Nuestro Rodó, enfrascándose en el conocimiento del *yo*, no se preocupa de exégesis etimológicas o históricas. Artista, antes que nada, va derecho al concepto y penetra en su entraña con una bonita parábola, "La respuesta de Leuconoe", y con dos análisis soberbios, el de Marco Aurelio y el de *Peer Gynt*. Por tal modo nos enseña, sin adusta gravedad, antes bien con todos los encantos y atracciones de su verbo, la necesidad fundamental de ahondar en la conciencia de sí mismo, para construir o rehacer nuestra propia personalidad. Augusta es la personalidad del gran emperador que por hacer mejor su vida no dejó un día de examinar su *yo*; hermosa es la enseñanza que Ibsen nos ofrece con su ilusorio personaje; pero más fuerte y alocucionador es todavía el ejemplo de aquel Sóstrato que

construyó por orden del más grande de los Tolomeos el Faro de Alejandría, cuando por el poder de su voluntad, de su altiva energía en afirmar su yo, arroja su nombre a las edades venideras, salvándolo del naufragio que le imponen el poderío de un rey y la labor destructora del tiempo.

Así, por modo inconsciente, Rodó nos conduce desde el estudio que tiende a demostrar la necesidad de que el hombre se conozca a sí mismo, hasta el estudio que proclama la virtud del esfuerzo personal y consciente. "Hombres hay, — dice, — muchísimos hombres, inmensas multitudes de ellos, que mueren sin haber nunca conocido su sér verdadero y radical; sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda." Por estas faltas de observación, de autoanálisis, ¡cuántas bellas fuerzas y facultades no habrán quedado malogradas! Pero venga aquí el hombre que sepa y quiera conocer su personalidad, y rehacerla si fuere menester, procure reformar cada día su esencia para convertirla en más grande y vencedora, levántese altivo para imponer su voluntad a las fuerzas enemigas e incontrastables, y se verá entonces si el nuevo *Peer Gynt*, al comparecer al fin de su vida ante el Gran Fundidor, o sea la Justicia immanente, no salva su nombre, como Sócrates, del piélago del olvido, o no arranca del fondo del mar, para convertirla en una patria, otra tierra de Holanda, ejemplo vivo y sobrenatural del poder de la voluntad en el hombre.

Este ensayo sobre la *Voluntad*, último capítulo de *Motivos de Proteo*, no por suscinto desmerece en belleza ante aquel otro sobre la *Vocación*, que antes analizamos. Más breve que éste, más sintético, menos transcendental

y completo, acaso satisfaga al señor Colmo, que tanto se ha dolido de la minuciosidad de nuestro escritor; pero lo cierto es que, comparando este estudio con el anterior, es cuando se advierte lo injusto de esa crítica. Evidentemente, dadas las palabras preliminares de *Motivos de Proteo*, que se nos ofrece como un libro "en perpetuo devenir", es de creer que en el espíritu de Rodó debe haber estado siempre arraigado el propósito de ampliar este ensayo sobre la *Voluntad*.

En efecto, hasta el menos lince puede advertir todos los puntos esenciales que podría haber abarcado este estudio si su autor le hubiera concedido una atención semejante a la que prestó al ensayo sobre la "Vocación". Analizando y distinguiendo aquellas dos facultades que Malebranche dió como las fundamentales del espíritu humano, fuerza le hubiera sido separar la actividad consciente (voluntad) de la inconsciente (instinto), y entonces hubiera discutido esa tan importante cuestión que ha planteado Bain en *Sens et entendement* ¿cuándo y cómo se convierte el instinto en voluntad? Penetrando después en el estudio de este sentimiento o facultad, nos hubiera dicho, justamente, cuando es sentimiento (reflexión, deseo) y cuando es facultad (determinación, ejecución). Forzoso, entonces, era que nos mostrara los caracteres del acto verdaderamente volitivo, a fin de desentrañar su origen; y así entrara al clásico debate durante tantos años sostenido por la escuela espiritualista y la determinista alrededor de la libertad moral. Y como nuestro autor se nos ha mostrado tan propenso a las digresiones, aquí abordaría todas las causales que pueden contrariar esa libertad tan celosamente defendida por Aristóteles, Kant y Leibnitz: el carácter, las pasiones, el temperamento, las costumbres, la educación, el medio en que se vive, etc. Vuelto luego al tema fundamental, el autor nos diría cuando se confunde el deseo con la voluntad (teoría de Locke) y cuando la

voluntad con el amor (doctrina escolástica). De seguida abordaría el análisis del sentimiento de la responsabilidad, que es como el atributo de la personalidad humana, y así cerraría el ciclo de su admirable obra, poniendo de manifiesto una vez más que el "reformarse es vivir" contiene estas tres características: la conciencia de sí, la inteligencia que nos hace discernir lo bueno de lo malo, lo útil de lo falso, y la voluntad, que nos mueve a la ejecución.

Pero, ya que Rodó no nos ha dado este ensayo completo — y crea el señor Colmo que así estaría mejor — acaso por no dar inusitadas proporciones a su libro, acaso porque destinaba tal complemento a *Nuevos motivos de Proteo*, concretémonos a comentar o glosar su breve análisis.

El cual empieza con un hermoso preámbulo sobre este postulado: "vivir es un arte". "¿Qué más es la educación, sino el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad?" — dice el autor. Entonces, para certificar su idea, coloca frente a las vidas anónimas e incoloras de los que viven vulgarmente, sin luchas de mejoramiento espiritual ni ansias de buscar una razón de ser a su existencia, esas otras vidas de las almas electas, constantemente en función de fuerza, que son un ejemplo de indestructible belleza. "Las grandes existencias, — dice Rodó, — en que la voluntad subyuga y plasma el material de la naturaleza con sujeción a un modelo que resplandece mientras tanto en la mente, son reales obras de arte, dechados de una habilidad superior, a la cual la sustancia humana se rinde, como la palabra en el metro, la piedra en la escultura, el color en la tela". Y enseña los ejemplos reveladores: "Así, en Goethe la obra de la propia vida parece una estatua; una estatua donde el tenaz y rítmico esfuerzo de la voluntad, firme como cincel con punta de diamante, esculpe un ideal de perfección su-

rena, noble y armoniosa. La vida de San Francisco de Asís está compuesta como una tierna y sublime música. Para encontrar una imagen a la vida de monarcas como Augusto o como Carlomagno, sería preciso figurarse uno de esos monumentos cíclicos de la arquitectura, que encarnan en la piedra el genio de una civilización: templo clásico o cristiana basílica. El arte de la vida de Franklin es el de una máquina, donde la sabia e ingeniosa adecuación de los medios al fin útil, y la economía de la fuerza, alcanzan ese grado de conveniencia y precisión en que la utilidad asume cierto carácter de belleza." Como se vé, hay cierto ideal pagano en esta fábrica de vidas que nuestro escritor ensueña como límite de la perfectibilidad humana. A sus claros y luminosos ejemplos, podrían acumularse los de las vidas de Pasteur, Fernando de Lesseps, Leverrier, Tolstoi, Madame Curie, el explorador Nansen, y tantas otras aún que han dignificado la estirpe humana.

Pero, ¿cuáles son los caminos que han de conducir al hombre a esta regeneración que convierte una vida en un fanal y un apellido en un ejemplo? Rodó nos menciona dos solamente en las postrimeras páginas de su libro; mas quien haya leído con detención *Motivos de Proteo* habrá encontrado varios otros, no menos dignos de cuenta. En efecto, en el párrafo LXXXVI, se nos ha dicho la virtud emancipadora de los viajes. "Reformarse es vivir; viajar es reformarse;" en el subsiguiente, se nos ha repetido el poder arcano de la "soledad", que ya había solicitado la documentada atención de Montaigne; en el párrafo CXIV, se nos habló de la "perseverancia"; en el CXVI, de la "sinceridad consigo mismo", etc. Son todos estos elementos ciertos de la regeneración individual, virtudes disciplinarias que vigorizan el yo, arrancando a las veces a un individuo del seno de la multitud para subirlo sobre un pedestal glorioso. Pero, ningún elemento más eficaz y decisivo que la "vo-

luntad". Si la fe en sí mismo y la esperanza que abre sobre las ignotas perspectivas de la vida todas las floridas ventanas del castillo interior, constituyen reacciones vigorosas para el ser humano, el poder de la voluntad, arte de acero capaz de conmover un mundo, es casi la condición indispensable del éxito. "La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza", dice Rodó. Y abordado así el tema capital, el insigne artífice nos muestra con ejemplos históricos (Mucio Scevola, Campanella) y con una estupenda parábola la virtud soberana de la voluntad. Lee esa página rotulada "La Pampa de Granito", una de las más fuertes y bellas de todo el libro y entonces comprenderéis el real significado del parágrafo CLIII, consagrado a Holanda. "Palmo a palmo, ese pueblo (el holandés) quitó su tierra a las aguas; ola por ola, rechazó el embate del mar; día por día, sintió que faltaba para sus movimientos el espacio; bajo sus pies, el sustento; en torno suyo, el hálito y el calor del terruño: como despierta el huérfano y busca en vano el regazo de la madre; y día por día, los rescató con esfuerzo sublime; día por día; tuvo tierra de nuevo; como si, al amanecer de cada sol, hundiera el brazo bajo el agua, y allá, en el fondo del abismo, tomase a la roca por sus crestas, y la alzara de un arranque titánico, y la pusiese otra vez sobre el haz de la onda..." ¿Qué ejemplo más alto y noble, más convincente y decisivo podría aducirse, en efecto, de la virtud formidable de la voluntad humana que ese que nos ha dado el pueblo holandés, pacífico, soñador, laborioso, constante, porfiado, sobrenaturalmente voluntarioso *construyendo su patria* — es la verdadera expresión — con los "polders" de Beemster, de Harlem, de Schermer, del Y, todos esos lagos y pantanos desecados en millares y millares de hectáreas y amurallados luego por diques ciclópeos para detener y contrarrestar las furias desoladoras del mar? "Pueblo

manse y tenaz — dice Rodó — grande en muchas tareas; tejedor y hortelano, pintor y marino; pueblo donde se da culto a las flores, que manos blancas y oficiosas cuidan en competencia tras las ventanas de donde acaso se ve, si aclara la bruma, partir las naves que van a tierras caras al sol, por ébano y naranjas y fragantes especias! Como las vacas de tus establos, así tu voluntad es fuerte y fecunda; en el desvaído azul de tus ojos hay reflejos de acero que vienen de tu alma; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto a sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de heno, y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo va tejiendo, hebra por hebra, su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que huellas: pueblo donde se ama a las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como plata, y donde ríos morosos van diciendo, sino el himno, el saludo de la libertad!"

Así termina este libro que además de ser una obra bella, es una buena acción.

EL MIRADOR DE PROSPERO

Rodó nos ha dado como justificación de este libro, maiciza y admirable recopilación de artículos y estudios, unas palabras de Hipólito Taine, tomadas del capítulo que a Macaulay consagra en su *Histoire de la littérature anglaise*: "Amo, lo confieso, esta clase de libros. Por lo pronto, se puede arrojar el volúmen al cabo de veinte páginas, empezar por el fin o por el medio; no sóis el criado, sino amo, lo podeis tratar como un periódico, y en efecto, es el diario de un espíritu". Rodó hubiera podido prolongar un poco más la cita, que le es todavía, más abajo, perfectamente aplicable: "En fin, el autor, involuntariamente, es indiscreto; se descubre a nosotros sin reservas; es una conversación íntima... Somos felices con observar los orígenes de este generoso y potente espíritu, descubrir las facultades que han nutrido su talento, qué investigaciones han formado su ciencia, qué opiniones se ha hecho sobre la filosofía, sobre la religión, sobre el Estado, sobre las letras; lo que era y lo que es, lo que quiere y lo que cree."

Consultad el índice de *El Mirador de Próspero* y advertiréis de seguida la exactitud y oportunidad de esta cita. En las 570 páginas de este volúmen hallaréis al lado del estudio sobre "Juan Carlos Gómez", publicado en la *Revista Nacional* en 1895, una valiente filípica contra el "Rat-Pick", escrita en 1907; al lado del soberbio estu-

dio sobre "Bolívar", el conceptuoso discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno durante las fiestas del Centenario; al lado de un informe legislativo sobre el "Trabajo obrero en el Uruguay", una carta íntima sobre las *Moralidades actuales* de Rafael Barrot; junto al estudio de "Juan María Gutiérrez y su época", unas preciosas alegorías de Navidad; vecinos a esa obra maestra que es el ensayo sobre "Montalvo", una nota necrológica dedicada a Samuel Blixén, una página de album literario, una crítica, una impresión, una glosa, un saludo a Anatole France. Con un poco de penetración, nada más, el atento lector puede ir, al través de las páginas de este libro, averiguando los gustos y aficiones, las simpatías y antipatías, las creencias y dudas del autor, y anotar sus juicios sobre los hombres, libros, instituciones y las mil facetas de la vida.

No voy ahora a hacer esta disección porque sería menester escribir otras tantas carillas como las que llevo escritas. Ya vendrán, con el tiempo, los críticos y exégetas a revolver en el fabuloso herbario, poniendo al descubierto las mil florecillas de primorosos colores que luego serán encanto de los espíritus amantes de lo bello. Sólo he de permitirme aquí señalar algunos breves rasgos, porque tiene interés que yo complete la fisonomía moral de nuestro artífice. Ved, por ejemplo, el hondo sentimiento patriótico que le animaba cuando escribía esto a propósito del reempatrio de los restos de Juan Carlos Gómez: "Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que obscurecieron el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito." Alusión clara y precisa al precursor de la nacionalidad uruguaya, tan injustamente vilipendiado por ciertos historiadores y panfletistas argentinos y chilenos. Por otro lado,

en el hermoso y magistral estudio sobre *Bolívar*—digno, en verdad, del soberano héroe de América,—Rodó se nos mostrará más explícito en su juicio sobre Artigas, diseñando su característica y su valor como soldado de la emancipación, con un trazo breve y firme: "En el Sur, la revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil." Unas páginas más adelante, todavía será más categórico, ve-raz e irrefutable. Leed este fallo, digno de un Tácito: "Dícese allí (en una conferencia de Rufino Blanco Fombona sobre los orígenes de la América contemporánea) que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas, y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coto, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado e infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores(1) es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur, y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo pla-

(1) Esta revisión de valores históricos, deseada por Rodó, ya ha sido iniciada por fortuna en nuestro país. En libro, rotulado *Artigas*, corre impreso el debate que con "El Sud-América" de Buenos Aires mantuviera nuestro ilustre compatriota Carlos M. Ramírez. Pero, más recientemente, el Dr. Eduardo Acevedo (*Artigas*, 3 Vol., 1909-1910) y el Dr. Juan Zorrilla de San Martín (*La epopeya de Artigas*, 2 Vol., 1916) continuaron brillantemente esa revisión.

no figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín." Y aquel feliz distingo que Rodó traza entre el caudillo y el militar puede extenderse al general Fructuoso Rivera, el conquistador de las Misiones, al cual el mismo núcleo de historiadores ha flagelado sin piedad, con un criterio federal digno de los lúgubres tiempos del déspota Juan Manuel de Rozas, y a quien nuestro Rodó consagra en el discurso rotulado "Perfil de Caudillo" palabras reparadoras y de verdad como estas: "No cae sobre la memoria del general Rivera una gota de sangre que no haya sido vertida en el campo abierto de la lucha. De todos los caudillos del Río de la Plata, contando lo mismo los que le precedieron que los que vinieron después de él, Rivera fué el más humano: quizá, en gran parte, porque fué el más inteligente. En lid con enemigos desalmados y bárbaros, nunca fué capaz de una represalia cruel. Aquel inmenso corazón belicoso era un inmenso corazón bondadoso. Había para él una satisfacción aún más alta que el goce de vencer, y era el goce de perdonar." Son estos juicios, por lo serenos, exactos y meditados, los que valdrán en lo futuro en contra del apasionamiento y del rencor; y son estos juicios breves y definitivos, perdidos en el océano de la obra de Rodó, los que los críticos buscarán algún día para aquilatar el pensar y el sentir de nuestro conceptuoso escritor.

Ved otro ejemplo, que nos revela una sincera y valiosísima opinión sobre uno de los hombres más discutidos en nuestro país: "Es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó a personalidades a quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan

Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad de la gloria, nadie tiene derecho de recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya miserables criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los broncees no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden."

Ved otro ejemplo todavía, al través del cual un crítico sagaz descubrirá el hondo y serenísimo amor que Rodó profesaba a nuestra América y el alto ideal de confraternidad sudamericana que persiguió desde el primer día de su iniciación en las letras hasta aquél luctuoso día de su muerte en Italia. El verbo de Rodó resuena esta vez en la angusta sala del Congreso chileno, con ocasión de las fiestas del Centenario de la independencia, y por ello, y porque habla en nombre del Uruguay, su patria, el timbre y la entonación tienen algo de imponente y sagrado. Oídle: "Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cual es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el

de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América." Este amor de Rodó por nuestra gran tierra americana, tan bellamente exteriorizado en aquel solemne y memorable acto, palpita y se difunde en varios de sus mejores escritos, y perdura y se propaga al través del tiempo en toda su existencia. En "Rumbos nuevos", con motivo de *Idola Ford*, de Carlos Arturo Torres, ofrécenos conceptos semejantes, al extremo de que ciertos párrafos parecen una elogación de *Ariel*. El mismo sentimiento de veneración por América informa las páginas rotuladas "Magna Patria", "La España-niña", "Ibero-América", y los más serios estudios sobre "Juan María Gutiérrez y su época", "Montalvo" y "Bolívar". Es casi una obsesión; pero, en todo caso, hay que decirlo, es una obsesión noble, grande, justificada, que honra a quien la padece.

Esa obsesión, la padeíamos ya desde los lejanos tiempos de la *Revista Nacional*, y en las páginas de ésta vibra a cada instante en el bien determinado propósito de hacer de aquella publicación no una revista meramente local, sino una revista americana. ¡Cuántas veces en aquellos años de nuestra juventud, hablamos de la necesidad de estrechar vínculos intelectuales con los demás pueblos de nuestro continente! Las relaciones protocolares de nuestras jóvenes repúblicas — nos decíamos — no sirven más que para mantener ministros diplomáticos y cambiar notas de etiqueta, más insulsas y frías que las pecheras de la camisa de aquéllos. Entretanto, nuestros pueblos de América continúan ignorándose los unos a los otros, y, lo que es peor, aborreciéndose, sin conocerse, los que están más vecinos. — Perú y Chile alientan sobre el espejo inmenso del Pacífico con el resquemor tremendo de Tacna y Arica. Chile y la Argentina se observan con desconfianza al través de los Andes por problemáticas líneas fronterizas en las inhabi-

tables cumbres de la Cordillera o en las soledades inmensas de la Patagonia. En Centro-América, Honduras, El Salvador, Guatemala y Costa Rica, sin cuidarse del coloso del Norte, que desearía extender su influencia hasta el roto eslabón del Istmo, se hostilizan mutuamente en rivalidades lugareñas. Por otro lado, el Paraguay, extraviado en medio de las selvas inextricables de los trópicos, permanece poco menos que ignorado de las demás repúblicas fraternas. Bolivia, lejos de los mares que hacen la confederación de las naciones, padece del mismo olvido. Un nicaragüense lo ignora casi todo de un uruguayo, y un uruguayo ignora todavía más de un venezolano o de un colombiano. Cada república de América se ha rodeado con una especie de muralla china, viviendo su vida colonial, sin procurar conocer a las otras repúblicas hermanas. Y de este aislamiento han surgido todas las desconfianzas, todos los errores y todas las desventuras. Los pueblos que no se conocen íntimamente, lo mismo que los hombres, no se aman, no pueden amarse. El frecuente trato, las estrechas vinculaciones, el conocimiento exacto que los unos tienen de los otros, suavizan asperezas, destruyen zizafias, salvan abismos y concluyen por estrechar en íntimo abrazo a los que han nacido en la misma cuna, y viven bajo el mismo sol, y comulgan con el mismo idioma, y alientan por los mismos ideales. De esa leal fraternidad puede surgir todo el porvenir del nuevo continente. (1)

(1) Es el caso de consignar aquí que, como una hermosa excepción a lo que se dice en el texto sobre nuestras relaciones internacionales y como una fecunda iniciación de la gran obra de acercamiento de los pueblos sudamericanos, el doctor Baltazar Brum, nuestro actual Ministro de Relaciones Exteriores, acaba de realizar, en gira diplomática, un viaje a los Estados Unidos y a otros pueblos de nuestro continente que contribuirá enormemente a la más estrecha vinculación y solidaridad de estos países de América. Sin otro título, este sólo sería suficiente para que el nombre de nuestro joven e ilustre canciller sea recogido por la Historia.

Por esa grande y bella obra trabajó Rodó, trabajamos los que fuimos sus amigos y compañeros en la *Revista Nacional*, — que aunque muchachos, y acaso por eso mismo, porque éramos soñadores y entusiastas, la emprendíamos quijotesicamente con una empresa que ha malogrado siempre la tiesura de los graves ministros diplomáticos y el orgulloso estiramiento de los mfopes jefes de Estado. Ahora, sería de desear que los que vengan detrás de nosotros, no abandonen la santa labor, hasta convertir a sudamérica en el continente dueño del futuro, — espléndido cónclave de jóvenes nacionalidades, con un mismo corazón y comunes ideales. Hagamos, sí, todo lo posible porque los pueblos y los hombres de América se traten más íntimamente: el día en que se conozcan mejor, se estimarán en lo que valen, y entonces, aunados sus esfuerzos, — como en aquellos días inmortales, reverberantes de gloria, empapados de heroísmo, en que San Martín cruzaba los lindes de su patria para combatir en otra patria al común enemigo y en que Bolívar daba su sangre dentro de todas las fronteras porque todas ellas, siendo las de América, eran las fronteras de su patria, — entonces, ese día, América, nuestro continente, será la soberana del mundo.

El discurso del Centenario, llamémosle así, marca una de las cumbres más excelsas de la gloria de Rodó. Había ido nuestro eximio compatriota a la república transandina en representación de su patria, conjuntamente con el ilustre poeta Juan Zorrilla de San Martín y el entonces coronel Jaime Bravo, para asistir a la solemne conmemoración del centenario de la independencia chilena. El día 17 de Septiembre de 1910 se abrieron las puertas del Congreso chileno para la augusta conmemoración, y allí, ante los altos representantes del pueblo hermano y ante todos los otros enviados extraordi-

narios de las demás naciones de sudamérica, Rodó se puso en pié para decir las grandes palabras inmortales que, desde esa hora, han quedado como el nuevo evangelio de América. Muy pocas veces, tal vez nunca hasta ese día, la palabra humana alcanzó más inusitado brillo, más santidad en el recogimiento, más arrebató y vuelo en su predicación augusta. La atención devota de los congresales puso en estado de gracia todos los espíritus para aquel verbo que cruzaba la amplia sala como la revelación de la verdad. Una hondísima emoción anudaba todos los corazones, y a medida que el orador avanzaba en su discurso, todas las frentes parecían doblegarse. Y de pronto, fué un estallido de vítores, una descarga cerrada de aplausos, con que la emoción largamente contenida daba suelta a sus nervios. Todos estaban en pié, aclamando a Rodó. Fué un instante único, indescriptible. Es que Rodó, alma de América, había formulado el evangelio de nuestra estirpe.

De la significación y transcendencia que se dió al discurso del Centenario dan pruebas fehacientes los homenajes y distinciones que se tributaron entonces a nuestro ilustre compatriota. El presidente señor Montt envió expresamente su edecán para invitar a Rodó a que pasara a su despacho a fin de felicitarlo particularmente. El doctor Figueroa Alcorta, representante de la nación y pueblo argentinos, le abrazó efusivamente, muy conmovido. La señora de Toro Zelaya, de la más distinguida sociedad de Santiago, ofreció al incomparable escritor uruguayo una comida de honor en su casa. La prensa toda de Chile celebró el discurso de Rodó y *La Nación* de Buenos Aires lo recogió de inmediato telegráficamente para darlo íntegro en sus columnas pocas horas después de pronunciado. Posteriormente, el Presidente de la República chilena le confirió

la Medalla de 1.^a clase "Al mérito" por su carácter de miembro de la delegación uruguaya.

Ese grande y excelso amor por nuestra América, es el que ha conducido también a Rodó a escribir sobre sus hombres más eminentes y sus héroes más denodados. Fiel testimonio de ello lo poseemos con esos estupechos estudios que se intitulan *Bolívar, Montalvo* (1) y *Juan María Gutiérrez y su época*. Otros, espíritus cosmopolitas, un tanto inquietos, rebuscadores de novedades, hipnotizados por los fanales que refulgen sobre las altas torres del planeta, habrán cruzado en un vuelo olímpico la inmensidad atlántica para hablarnos de "los raros" que ponían un zumbido de rubias abejas en la gran colmena de la moderna Lutecia o para deleitarse con los ensueños brumosos de los ingenios escandinavos, rusos o alemanes. Rodó, no; Rodó, ante todo, antes que nada, quiso antonar sus loas a los preclaros hijos de su continente. Y su mano amorosa, su mano que guiaba un irrefrenable instinto de la raza, talló los bloks ciclopeos

(1) A propósito de Montalvo, viene a mis recuerdos que allá en los tiempos de nuestra iniciación literaria, mucho antes de la fundación de la *Revista Nacional*, fué Juan Francisco Piquet quien ofreció ante nosotros de "introducir" o revelador del gran ecuatoriano. Este excelente amigo, que compartió, como Félix Bayley, muchas de nuestras horas juveniles, era un enamorado de la literatura, muy estudioso, gran lector y escritor a ratos. Escogía sus lecturas con fino acierto y un indudable buen gusto, y solía sorprendernos recomendándonos libros o autores que ignorábamos. Es así como una vez empezó a hablarnos de Montalvo con un entusiasmo calurosísimo; y tanto machacó y nos celebró los *Siete Tratados* y la *Mercurial Eclesiástica*, que al fin concluyó por despertar nuestro deseo de conocer al escritor de Ambato. También fué él quien nos hizo conocer *Los Héroes*, de Carlyle y los *Cantos gállicos* de Ossian, la hermosa superchería de Macpherson. Juan Francisco Piquet publicó un volumen de siluetas de escritores uruguayos con el título de *Perfiles literarios*. Hoy es un espíritu amplio, sereno, que largos viajes por el extranjero han adiestrado sobremanera, y al que también podría referirse el artículo de Rodó "Los que callan".

de que habían de surgir las estatuas del Libertador y del Gran Ecuatoriano.

Después de las páginas inmortales de *Ariel*, acaso las más sentidas y profundas, las más bellas y duraderas sean las que Rodó consagró a Bolívar y a Montalvo. En ambos ensayos corre el soplo de inspiración juvenil que animó a aquel su primer libro. Hay el mismo acento de sinceridad, la misma emoción, idéntico cariño. — La forma helada y marmórea de los *Motivos de Proteo* cede el puesto, aquí, a otra más humana y colorista. Adviértese también que el asunto es tratado con menos impersonalismo; que el autor abandona su olímpica serenidad para atender los más íntimos latidos de su corazón; que se preocupa de sus héroes con un calor humano, verdaderamente fraternal. Por eso, en tanto que sus semblanzas de Leonardo de Vinci o de Hurtado de Mendoza, pongo por caso, hacen el efecto, en los *Motivos*, de ámplios y viejos lienzos en un museo académico, las figuras de Montalvo y de Bolívar viven, bajo su pluma, como seres de carne y hueso, doloridos y sangrantes, activos y batalladores. Un aliento recóndito de vida anima a los dos grandes hombres americanos, y ese aliento es el amor que Rodó ha puesto en el trazado de las semblanzas. Sin saber ciertamente por qué, vamos sintiendo un instintivo rencor por todas las fuerzas enemigas que combatieron a los dos preclaros luchadores, el de la espada y el de la pluma. ¿Cuándo admiramos y queremos más a Bolívar, — cuando triunfa en Carabobo o cuando se va fugitivo por el mal Caribe, renegado por sus mismos compatriotas, — cuando vence en Junín o cuando desconocido y becado tiene que abandonar Venezuela? No lo sabemos bien. Pero si exalta nuestra imaginación en su épico escalamiento de los Andes, para reconquistar la Nueva Granada, si le vemos como un cóndor sim-

bólico sobre el picacho inmenso del Chimborazo, si nos remueve de orgullo todo el ser con las dianas redentoras de Bogotá, de Quito, de Caracas y de Lima, acaso sentimos por él más profunda veneración, un cariño más humano, un afecto más indestructible y profundo cuando le vemos sufrir, víctima de la ingratitud y de los errores de los hombres, por el torpe asesinato de su lugarteniente de Ayacucho o por su propio destierro en aquel infausto año de 1829 en que perece la unidad de Colombia. — Y si a Montalvo nos referimos, ¿cuándo es que más grande le vemos y más entrañablemente le amamos, — cuando desencadena desde las columnas de "El Cosmopolita" sus invectivas por el infeno bombardeo de Valparaíso o flagela valientemente a García Moreno, o cuando, triunfante su enemigo, vése obligado a buscar un refugio, allende la patria, en el villorio de Ipiales? Tampoco, como en el caso anterior de Bolívar, podría darse fácil respuesta. Los acentos de *El nuevo Yuniús*, las violencias de la *Mercurial Eclesiástica*, las páginas estupendamente hermosas de los *Siete Tratados*, nos sacuden, nos admiran, nos deleitan; pero la verdad es que más íntimamente le amamos cuando Rodó nos recuerda que las turbas intentaron asaltar su domicilio o cuando le vemos enterrarse vivo, en la soledad de Ipiales, durante siete largos años, sin relaciones, sin amigos ¡y sin libros!

Pues bien; en el homenaje que nuestro escritor rinde a estos grandes hombres y en el cariño que pone al dibujar sus rasgos y al referir su vida, trasciende el encendido amor que experimenta por América. Así como en Taine se advierte la admiración que tenía por Inglaterra al través de los bocetos que nos da de sus grandes escritores; así como en Rolland se descubre su respeto por Alemania al través de las páginas que ha dedicado

a Beethoven, — así en Rodó trasciende todo lo que anhelaba y quería para nuestra América. Su Montalvo, escritor y polemista, está a la altura de los más eximios ingenios del siglo de oro de la literatura castellana. Su Bolívar, capitán y libertador, es el par, ni un punto menos, de los más grandes genios de la guerra. Escuchad como nos habla del héroe de Junín: "Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebató en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa a la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias, le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe, una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio, no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó su adversario, el general español Morillo, en pocas palabras: "más temible vencido que vencedor". Pero más que esta pintura de las características del personaje, con vencerá de lo que venía afirmando, este juicio definitivo con que cierra el entusiasta panegírico: "Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la Naturaleza o cría sus

raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados, y de las ciudades, veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen; todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar." Y ahora oíd como exalta el estilo de Montalvo hasta parangonarlo con el de los príncipes del idioma: "La singularidad de excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigüalla; tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de ésas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en trunco caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, deján-

dola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, le impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal." Y un poco más adelante, juzgando ya esta restauración de los viejos cuños, que no sería tipo adecuado para propagarse, agrega: "Y, sin embargo, de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular e incommunicable; ¡cuánto que aprovechar de ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca a compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugerencias, para el intento, en que ahora estamos empeñados, de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a remediar, en la sintáxis y en el léxico."

Pero, aparte de la "idea americanista", digámoslo así, que fluye de las más bellas páginas de *El Mirador de Próspero*, hay en el libro otras infinitas sugerencias que el crítico zahorí podrá descubrir para ampliar su conocimiento de las ideas y gustos íntimos de nuestro escritor. Ved su modo de ver a la madre patria en el breve artículo rotulado "La España niña"; o en el sutil y acer-

tadísimo distingo que, a la manera de Leopoldo Alas, cuando juzgó *El patio Andaluz* de Rueda, formula en otro breve artículo intitulado "Recóndita Andalucía". Ved su amor por Francia, en el hermoso discurso que pronunció en un banquete cuando Anatole France visitó Montevideo: "Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros," dice. Ved su concepto del "héroe" en la página caratulada "Garibaldi", que sirve de prólogo a la obra del señor Vollo *La bandera de San Antonio*, y en la misma, su concepto de la "patria". Ved su modo de encarar "La enseñanza de la literatura" y su aplastante paralelo entre el escritor y el retórico. Ved en la crítica de la antología del señor Manuel Ugarte los escritores que están de más y los que se echan de menos. Ved lo que considera efímero y duradero en el periodismo, en el discurso de inauguración del Círculo de la Prensa de Montevideo: "Así, es efímera la semilla de la planta; es efímero ese cuerpo leve y enjuto en que está depositada la simiente fecunda; pero, si dura poco, débese a que la disolución de sus tejidos es condición necesaria para que el germen que contiene muerda la tierra y dé de sí la planta que ha de coronarse luego con la flor delicada y el fruto substancioso." Ved en el análisis de una novela de Benito Pérez Galdós en cuál rango coloca a éste, y a Zola y a Tolstoi, y cómo es que entiende la "realidad" en literatura, fuera de los cánones de la escuela naturalista. Ved, en fin, por no hacer interminable esta nómina de sugerencias provocadas por *El Mirador de Próspero*, cómo entiende Rodó la "bohemia", en la impresión que nos ofrece sobre un drama de Payró, y el juicio que le merecen, en el artículo sobre "Ricardo Gutiérrez", el poeta emotivo y el poeta ofebre: "¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aún cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus

triumfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el ofebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Detiéndose ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero, cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artífice enamorado del ritmo y del color, aquel sér — comparable con el pelicano del mito — que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí."

Pero el libro *El Mirador de Próspero* no es, tan sólo, un libro de sugerencias: es ante todo un libro de arte. Acaso huelguen en él desde este punto de vista, algunas páginas efímeras; pero, un libro que contiene los ya mencionados estudios sobre Bolívar y sobre Montalvo, es una obra impercedera.

Bolívar es un panegírico breve y ardiente como una llamarada. Toda la vida del Libertador, que es en realidad lo mismo que un turbión, fluye de la pluma del artífice en párrafos entusiastas, pindáricos, arrebatados. Lo mismo cuando evoca a Boyacá o Junín, que cuando recuerda las defecciones de sus conciudadanos o su amargo ostracismo, un aliento de amor, grande e ininterrumpido, por el héroe, unge la prosa y no sé con qué cálidos espasmos. Se advierte de seguida que la admiración de Rodó por el gran soldado de América no es cosa de retórica o de oropel: un sello de sinceridad imponderable da realce y valor a cada vocablo. El militar, el político, el "llanero", (maestrísimo jinete, "insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape"), el diplomático de Caracas, el Alcibíades ambicioso, el escritor, en fin, (cuyas cartas encierran "el poema de su vida", "ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas

a un tono algo más lírico u oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz a las concentraciones de su pensamiento, ya a los aspectos de su sensibilidad, radiante o melancólica". .) — vive con rasgos y características indelebles ante nuestros ojos, tocado por la varita mágica del artífice incomparable. Díjérase una estatua de bronce animada por un sagrado fuego interior.

El Simón Bolívar que Juan Montalvo nos trazó en "Los héroes de la emancipación de la raza hispano-americana" (1) no vive con la vida del Bolívar de Rodó. Pero, entendámonos. El ensayo del eminente ecuatoriano es, por varios conceptos, superior al escrito por nuestro compatriota. Aquel modo particular que tenía Montalvo de desenvolver sus asuntos; aquella lijereza elegante con que iba agotando su materia; y su extraordinaria visión del héroe, su manera de traerlo ante el lector para posarlo ante todas las luces, sus valientes paralelos con Napoleón y Washington, hasta las peculiaridades de su prosa, que remata, a las veces, en breves sentencias, en aforismos conminadores, en premisas sin réplica, — hacen de esa página soberbia e inimitable una de las más altas entre todas las de la literatura americana. Rodó mismo, con todo su talento y su singular estilo, no alcanzó donde Montalvo. Literariamente, pues, la primacía continúa siendo del escritor de Ambato. Pero, en vez, en el ensayo de Rodó, el héroe tiene una humanidad, un calor de vida que no encontramos en el otro. Es que nuestro compatriota ha puesto en su tarea más amor que literatura; es que el espacio que Montalvo destinó a afirmaciones de combate (2), o a paralelos entusiásti-

(1) *Siete Tratados*, tomo II.

(2) "Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar".

cos (1), o a desmentidos fulminantes (2), Rodó lo llena tan sólo con fuego de amor, que es fuego de vida.

Si *Bolívar*, con ser tan bello, no alcanza, literariamente, a la deslumbrante página que nos ha legado Juan Montalvo, el ensayo que Rodó consagró a este excelso artífice, sólo admite parangón con el mismísimo *Ariel*. Su gloriosa arquitectura vale por todo un monumento de arte clásico. El más exigente retórico no podría ponerle reparo ni dolerse de sus líneas y medidas. Las reglas inviolables del discurso escrito, tal cual las enseñan maestros y académicos, están allí de manifiesto. El plan del *Montalvo* es proporcionado y armonioso; responde a una idea única y se desarrolla por partes equilibradas y yuxtapuestas metódicamente, con perfectísimo orden y concierto. Un templo o una estatua tienen su medida y proporción; ¿por qué no habría de tenerlos un discurso?

Ex visceribus rei. La naturaleza del asunto es quien da la medida de la extensión natural. Rodó comienza presentándonos el escenario donde actuará su héroe. Es un cuadro soberbio de colorido y de verdad. Pocas veces, con más justeza, podría decirse que la pluma del literato ha "pintado" un inmenso y fastuoso panorama con la fuerza y exactitud de un pincel de pintor. Primero es el pueblecico de Ambato, en el fondo de uno de aquellos valles que vigilan sombríos los trágicos volcanes del

(1) "Desdeñaría Napoleón a Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una hacen rebosar el universo."

(2) "Un escritor mal avisado lleva la ofensa hasta el punto de decir que Bolívar huyó cobardemente en la batalla de Junín. Como Aquiles huye de los troyanos? La victoria se le iba, y voló a cerrarle el paso... El león va y viene, se mueve en torno, bravea y se multiplica contra los que le acosan, y sucumbe o queda vencedor, pero no huye."

Ecuador; luego, es la ciudad de Quito, colonial, sobre la falda del Pichincha, con sus viviendas humildes, "arrodilladas a la sombra tutelar de los conventos" y su vida triste y monótona, apenas quebrada por la pompa de las procesiones eclesiásticas del Viernes Santo, del día de Corpus, etc. Tan real y exacto es el cuadro, que le vivimos nosotros mismos, admirando las sedas y colechas que esplenden sus colorines bajo la luz del sol, y oyendo los tambores y vihuelas con que se marca el compás a la nube de danzarines que resucitan las primitivas formas del culto hierático. Y por sobre ese cuadro de la época colonial, caracterizándolo con un estigma inconfundible, la tristeza profunda y avasalladora de los lugares muertos, de las pobres colmenas humanas sojuzgadas por el terror y la superstición; la inmensa y aplastante tristeza que se eierne sobre los míseros poblados que amenazan constantemente las cóleras de los volcanes, el miedo de Dios y el látigo de los amos sobre las humilladas espaldas del indio...

Puesto en pie el escenario, el autor cuéntanos las luchas del clericalismo y del liberalismo, que se iniciaron apenas conquistada la independencia. Entonces, al entrar el protagonista en escena, nos lo presenta, trazando magistralmente su biografía. Toda una vida ejemplar de luchas y altiveces, de lecturas y propaganda escrita, se alza del libro como una lección de moral. Montalvo vive, en el ensayo de Rodó, como esos tremendos apóstoles que el primero describió en su estudio "Del Genio" (1): "el temperamento de los varones íclicos es bilioso, teniendo su parte en él esa nerviosidad delicadísima, temblor divino de la inspiración. Individuos hay que pasan por malos, cuando abrigan el corazón maternal de Jesucristo: la bilis negra les está bañando el pe-

(1) *Siete Tratados*, tomo II.

cho, y les da aspecto de demonios a esos que no pierden quizá ocasión de echar afuera torrentes de caridad, generosidad, virtud *encarnadas* en obras de santo o de filósofo". Y eso es Montalvo, un tonante Isaías para su enemigo el dictador García Moreno y un generosísimo defensor de la libertad de los pueblos, — tan libre e independiente, que tampoco admite el liberalismo exaltado y grosero de Urbina. Aquél tremendo acusador de todas las tiranías, así de almas como de cuerpos, que un día se revolvía en contra de la intolerancia religiosa y otro destronaba con el trazo fulmíneo del rayo, al déspota entronizado por el motín militar, era, al propio tiempo, un manantial inagotable de amor para los débiles, para los oprimidos, para los desamparados. "¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad a la suerte de las domadas razas indígenas?", — dice Rodó. ¿Quién amó más a su pueblo, a su tierra, a su América, decimos ahora nosotros, que este noble espíritu, visitador asiduo del Jardín de Plantas, de París, sólo porque en él podía contemplar, durante horas enteras, la humilde ortiga de América y el vulgar gallo tanisario, evocaciones de su lejano y querido terruño?

Consagra, después, el ensayista una particular atención al enemigo de Montalvo. Con noble sinceridad, Rodó presenta al dictador tal cual era: no un déspota vulgar e ignorante, sino un varón de energía y entendimiento que impuso a su país el régimen teocrático, con todas las intolerancias de los siglos pretéritos. La figura de García Moreno espanta, pero no repugna. Es otro gladiador, a la inversa de Montalvo; pero que tiene, como él, el valor de sus convicciones. Es un hombre. Vivió en el error y cometió enormísimas faltas; la historia ha condenado sin alzada su acción. Pero, acaso, la culpa no fué de él, sino de las ideas, — de aquellas ideas que, apar-

tándose un día de las fuentes originales del cristianismo, dieron en todas las atrocidades de la intolerancia de inquisidores, reyes y concilios, — azotes y fantasmas de España y Flandes, rateros y verdugos de tierras de Indias.

La oposición de Montalvo a García Moreno, le abrió las puertas del destierro cuando éste se adueñó del poder. Entonces, en la calma muerta del villorrio que le diera albergue, empieza la labor literaria del incomparable escritor. Rodó — ya lo hemos visto antes de ahora — se detiene con particular complacencia a analizar el estilo de Montalvo, y son las páginas de ese análisis, las más bellas y profundas que acaso haya producido, como crítico, nuestro ilustre compatriota. Muy pocas veces también los más grandes críticos, los mejores gramáticos y los más documentados comentaristas, han hecho con tal arte y maestría, con tanta prolijidad y acierto, la disección y análisis de una forma literaria para comprobar el secreto de su belleza y descubrir los ocultos resortes que le dan nervio y vida, color y centelleo, armonía y timbre. Es realmente estupendo ese estudio de la literatura de Montalvo, y es estupendo, de igual modo, el acierto con que Rodó halla un símil para caracterizarla. Oídle: “Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal de ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza o de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada e indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia o de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante im-

perio de lo gracioso y de lo suave, el simple mero de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar a tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por el brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redajese a ritmo lineal y a estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; o bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador. — ¡El Cotopaxi!... ¿Por qué recuerdo ahora el Cotopaxi?... ¿No está él allí junto a la línea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofreció en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acompañamiento de cumbres, levanta al éter la maravilla de su forma un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuera obra de compás; y revistiéndolo perennemente de diamante, immaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, a un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó a tan precisos números lo grande.”

Rodó celebra, y ya se vé cómo, el estilo de Montalvo. ¿Quién sería capaz, a su turno, de caracterizar el estilo de Rodó, hecho de semejantes maravillas, tejido de tan ricos colores y centelleante de tantas ideas que no parece sino que un resplandor estelar se plasma sobre cada una de sus páginas?

LOS ÚLTIMOS AÑOS

El discurso pronunciado por Rodó en el Congreso chileno en ocasión del Centenario, tuvo honda repercusión en todos los países de nuestro continente. No diré que el eximio escritor quedara consagrado desde ese instante, porque ya lo estaba, de tiempo atrás, en Sudamérica; pero es indudable que su figura creció repentinamente de cien codos, llegando al punto de interesar hasta a los más ajenos a la literatura. Los mismos gobiernos de los Estados rindieron pleitesía al uruguayo ilustre y le honraron más de una vez con alguna representación oficial o con un pergamino protocolar. Academias, universidades y centros de cultura, se disputaron el bien de contarle entre sus miembros honorarios. La sociedad de Caracas, en un bello gesto ciudadano, le envió sus firmas en un espléndido album. Y hasta los más altos y orgullosos intelectuales, rindiéronle vasallaje, tratándole como a un Maestro, en letras consagratorias y definitivas. Hubo, entonces, el culto de Rodó. Su palabra fué repetida como los versículos sagrados. Su consejo fué solicitado como una última instancia. Los nuevos, los jóvenes, le demandaban un prólogo, que fuera a manera de espaldarazo de armas. Los ya bien reputados, empezaron a estudiar su obra y a incensar su personalidad en artículos y libros. Hasta los comerciantes quisieron poner a contribución su popularidad,

y así fué como hubo un papel de cartas "Ariel" y un azúcar "Rodó".

Por su parte, los hombres eminentes que llegaban a Montevideo no tenían más premioso cuidado que conocer a Rodó. Don Rafael Altamira, el insigne profesor que tan honda huella dejó entre nosotros por su ilustración y caballería, fué de inmediato su amigo. Igual cosa aconteció con Anatole France. Salvador Rueda, al pasar por nuestro puerto, se me dolía cada cinco minutos de no ver entre los que le saludamos abordo, al esclarecido maestro, para estrecharlo entre sus brazos. Rubén Darío, secuestrado por su empresario de conferencias en una habitación del Hotel Lanata, aprovechó la oportunidad de hallarse sentado a mi lado la noche en que yo presidía el homenaje que le tributaron los escritores uruguayos en el Teatro Solís para decirme: "Mañana se viene Vd. a almorzar conmigo y me trae a Rodó; pero no le diga nada a Guido". Hasta Benavente, cierta vez, en el Círculo de Armas de Buenos Aires, se me descolgó con esto: "Quiero ir a su país para ver las mujeres, que dicen son muy bonitas y para conocer a Rodó, que dicen es muy feo."

En 1912, Rodó hubo de ir a España, en compañía del doctor Pedro Manini y Ríos, para representar al Uruguay en las Cortes de Cádiz. No fué, sin embargo, a pesar de haber trascendido la noticia de su designación, porque se atravesaron en el camino los juegos de la política que suele descomponer las cosas más naturales y corrientes. Rodó empezaba, por aquel entonces, a distanciarse de los hombres de la situación, cuyo programa de gobierno, francamente revolucionario en múltiples cuestiones sociales y jurídicas, no le placía. De ahí que fuera repentinamente substituído por el doctor Eugenio Lagarmilla, espíritu cultísimo, de una brillan-

te actuación política, hombre de positivo valer en una palabra, pero cuya labor de juriconsulto no había llegado a España como la literaria de Rodó. No es de extrañar entonces que al arribar a su destino nuestros delegados se vieran asediados por periodistas y hombres de letras que querían conocer a todo trance al autor de *Ariel*. "¿Dónde está Rodó? ¿Cuál es Rodó? ¿Por que no ha venido Rodó?" — cuenta Ismael Cortinas, (que había ido desde aquí como corresponsal de *Diario del Plata*) que le preguntaban a cada paso. Esa premura, ese afán por conocer a nuestro donoso escritor, muestra cuánta era su popularidad en la ibérica península.

Sin embargo, la actitud adoptada por Rodó en política fué creándole una extraña situación en su propio país. Era considerado y estimado por todos; los hombres más eminentes se gloriaban con su amistad; su consejo y sus ideas eran puestos por encima de todo encarecimiento: pero él empezó a vivir una existencia de estrecheces y desengaños. Sus amigos políticos de poco antes le volvían la espalda. Por lo demás, era bastante orgulloso para solicitar nada de nadie. Se encerró en su casa y no quiso ver más que a algunos íntimos. Una noche, apareció por mi casa: — "Vengo a verlo para que me arregle un asuntito con un procurador que usted conoce". Se trataba de un vale que había firmado a un judío y que el judío quería ejecutar judicialmente. — "Pero, ¿en que diablos se gasta Vd. el dinero?, — hu- be de preguntarle yo, sabiendo que no tenía vicios ni caprichos suntuarios. — "Es una historia vieja, — me replicó; — salí de garantía y debo pagar por otro". Así era Rodó. No obstante, el caso era difícil, porque el judío, como todos los pretamistas, no entendía de razones. Me puse a considerar el caso, que en realidad apuraba, mientras Rodó revolvió en mi biblioteca. Al le-

vantar una vez la cabeza lo ví absorvido en la contemplación de un número del *Figaro Illustré* consagrado al célebre ilustrador del *Quo Vadis*, Jean Stieka. Y de pronto, olvidando su deuda, el judío y la ejecución, saltó Rodó con esto: — “¡Qué hermoso es este cuadro de Ursus dominando al toro para salvar a Ligia! ¿Dónde diablos he leído yo una escena parecida?” Yo continuaba huroneando en el Código; al fin, empecé a explicarle lo que había que hacer con el judío. Me miraba fijamente, como si me prestara la mayor atención. Concluí de hablar y satisfecho de mi plan, le interrogué: ¿qué le parece? De pronto, se puso en pié, vino a mí y regocijadamente exclamó: — “Es en Ovidio, en las *Metamorfosis de Ovidio*; a ver, ¿dónde tiene el libro?” — ¿Qué hacer con un hombre así? Le dí el libro y hasta media noche se pasó buscando en sus páginas el episodio de la lucha de Hércules con Archelaus transformado en toro. Quise volverle dos o tres veces a su enojoso asunto. No hubo forma. Cuando halló lo que buscaba, me preguntó si tenía el texto latino. Tuve que buscarle el texto latino, y luego buscarle el pasaje concordante, porque él no dominaba bien el latín:

“Nec satis id fuerat: rigidum fera dextera cornu
Dum tenet, infregit; truncaque a fronte revellit”.

Satisfecho, entonces, se marchó, encargándome que hiciera con su acreedor lo que me pareciera.

Otro día, poco después, volvió a casa. Me pidió la obra *Herculanum et Pompei*, texto de Barré, con reproducciones del Museo Borbónico y del Anticónita di Ercolano y se enfrascó en su examen; luego, me solicitó la colección de *L'Asiette au beurre* y empezó a tomar notas. Cuando terminó, le pregunté qué andaba buscando en libros tan opuestos. No soltó prenda; pero, en cam-

bio, me preguntó a su vez lo que pensaba de Ruysbroeck, cuya traducción hecha por Maeterlinck, se hallaba sobre mi bufete. Entonces, como en los viejos tiempos de la *Revista*, nos trezamos en una discusión interminable, esta vez sobre el misticismo. Ese día, al separarse de mí, me dijo: — “Hace bien hablar de estas cosas de cuando en cuando; en este país ya nadie sabe hablar más que de Battle”. Y se fué.

No volví a verlo en mucho tiempo. Supe, sin embargo, por algunos amigos comunes, que vivía más reconcentrado que nunca, agriado, descontento. Rehuía la compañía de todos; buscaba paseos solitarios; se negaba a los que iban a buscarle a su casa. “¿Qué se hace Rodó? ¿dónde se esconde?” — pregunté a algunos. Y los mejor documentados, me contestaron: — No hay forma de abordarle; cuando se le busca, huye; cuando se le habla, parece ausente. Ahora le ha dado con que tiene que irse a Europa. No sabe cómo, pero quiere irse.

Evidentemente, Rodó cruzaba una grave crisis espiritual. “Reformarse es vivir; viajar es reformarse”, — escribió en *Motivos de Proteo*. Y él estaba en ese momento psicológico: tenía que reformar lo más íntimo de su sér mediante un viaje. Las cosas del terruño le tenían harto; acaso, también estaba harto de sí mismo. Quería ser otro; experimentaba el ansia de expandirse, como un antídoto a la rutina lugareña que lo intoxicaba. “Un ambiente impregnado de sensualidad — ha escrito él mismo — prepara, ya desde las entrañas de la madre, el alma de la cortesana; la permanencia en él la lleva a su fatal florecimiento; la novedad del desierto la redime: tal es la historia de Manon”.

Una tarde, lo hallé por fin en el Ateneo. — “¿Qué se hace usted? ¿cómo no le veo por lado alguno?” — le dije. Y él: — “Ahora escribo en *El Telégrafo Mari-*

timo. Tengo que vivir. Escribo también a mis amigos de América, para que no me olviden, como los de aquí".

Rodó había consagrado siempre particularísima atención a sus correspondientes literarios. El mismo, sin secretario, cuidaba de su correo. La epístola más humilde del más desconocido de los mortales, obtenía siempre, de su parte, pronta contestación. Yo, que he sido siempre un grandísimo haragán para este género de trabajo — me cuesta más escribir una carta que un drama, — peleaba, a veces, con mi amigo. "¿Qué gana usted con cartearse con tanto zoquete". Y él a responderme: — "No hay enemigo chico; si no contesta usted una carta o no agradece el envío de un librito, un admirador menos". — Acaso tuviera razón; pero, ¿necesitaba él de todos esos admiradores? En fin, el caso es que cuidaba atentamente de su popularidad. Tenía una nómina de cuanta revista de alguna importancia circulaba por el mundo. Una vez, charlando de nuestros asuntos literarios, le referí que en una hermosa y bien hecha revista parisiense, *Akademos*, un señor Charles Barthez, ocupándose de la literatura española, citaba un juicio mío, calificándome, ¡figúrense ustedes!, de "eminente crítico". Pues bien; desde aquel punto y hora Rodó no me dejó ni a luz ni a sombra hasta que le facilité el número de la mencionada revista. Debe haberla incluido en su clásico cuaderno. — En otra ocasión, hace años ahora, le hallé desesperado. "Hay un señor Zaldumbide que ha dado una conferencia sobre *Ariel* y no puedo ponerme al habla con él." — "Pues escriba a Quito — le repuse; — es ecuatoriano y todos por allá han de conocerle. A usted y a mí, con ser tan grande Montevideo, nos llegan las cartas sin mayor acopio de señas." — "Pero, si le he escrito a él y a un montón de gente, y no puedo lograr contestación de Zaldumbide ni

de nadie!!!", repetía Rodó, retorciéndose los dedos, como lo hacía cuando estaba preocupado. Y preocupado siguió durante mucho tiempo, porque, que yo sepa, en mucho tiempo o nunca pudo ponerse al habla con el senador crítico de *La evolución de Gabriel D'Anunzio*.

Su distanciamiento con el círculo político que responde al señor Batlle y Ordóñez iba, entretanto, pronunciándose cada vez más. Por fin, al ingresar Rodó a *Diario del Plata*, cuando asumió la dirección de este diario el señor Antonio Bacchini, su oposición al gobierno fué radical. Combatió el proyecto de Ejecutivo Colegiado; pugnó por la representación proporcional antes que se reformara la Constitución; peleó contra Batlle en muchas de las iniciativas de éste. Y cuando el ardor de la lucha enconó los ánimos y el doctor José Pedro Ramírez fué agredido desde las columnas de *El Día*, Rodó no tuvo más pensamiento que concurrir al banquete de desagravio ofrecido a aquel, para tributarle, en un discurso caluroso y vibrante, el homenaje de su simpatía.

Júzguese como se quiera la actuación política de nuestro eminente compatriota, es siempre indisputable que nadie mejor que él supo mostrarse, en todos los momentos, ni más independiente ni más sincero. No hizo política para medrar, como tantos otros, sino para servir los intereses de su país. Ha hablado con verdad y mucha precisión el que escribió esto: "Quien, como él, nada esperaba de la política, ni notoriedad, ni honores, ni alicientes materiales, que fácil le era conquistar en otro campo de acción; quien, como él, debió ver tan sólo, en la política, la perspectiva de sacrificios que lo alejaban de la gestión fundamental de su vida, pudo muy bien alimentar el propósito egoísta de retirarse de aquélla. Pero, porque Rodó no sabía de sen-

timientos mezquinos ni de finalidades subalternas, porque entendía la política de muy distinta manera del concepto general y utilitario que de ella se tiene, no quiso hacerlo y consideró indispensable y patriótico no permanecer ajeno a los vitales problemas nacionales. Por eso, el nombre de Rodó será evocado siempre que se trate de la libertad de imprenta, siempre que se reenerde la legislación obrera, siempre que se estudie la iniciación de la Reforma Constitucional. Por eso el nombre de Rodó tendrá que vincularse a las grandes causas nacionales, porque siempre, desde la tribuna, desde el parlamento, desde las columnas de *Diario del Plata* puso a su servicio con fe inquebrantable, con serenidad enérgica, la voz elocuentísima de su palabra privilegiada y el sentir patriótico de su gran corazón."

Su actuación en el periodismo militante no podía menos que empeorar el estado de su espíritu. Las mezquindades de la política casera no eran para él. Alma de una sensibilidad extrema, cualquier vago desaire, el más mínimo y disimulado agravio, le herían profundamente. Sabía que grandes y nobles espíritus de elección estaban con él; pero, no obstante ello, érale imposible disimular la amargura de verse negado injustamente por perritos falderos de la crítica o pospuesto a literatoides del decadentismo más pasado de moda. Cuando hablaba de esos "parvenus", de esos zascandiles del éxito, de esos maldicientes que aprovechan de tener un diario a mano para alabarse a sí mismos y rajar en masa a todos cuantos no pertenecen a su círculo, olvidaba su habitual serenidad, y, motejándolos, reía amarillo. ¡Oh, la risa de Rodó, cuando llegó a despreciar profundamente a alguno, — él, que por temperamento, había excusado siempre las más grandes debilidades y errores! Aquella risa se la habían puesto en

el pecho la ingratitud de algunos amigos y la estulticia de los "simuladores del talento".

Durante este período de desaliento, hasta sus aficiones literarias padecían de ello. Tenía, de tiempo atrás, el propósito de ampliar su obra *Motivos de Proleto*; acariciaba, también, la idea de escribir un ensayo sobre el gran cubano Martí, para continuar la serie iniciada con Bolívar y Montalvo; — pero no se sentía con ánimos para coger la pluma. Leía, sí, continuamente, porque la necesidad de leer, para los que la experimentan, es tan avasalladora como la de dormir, por ejemplo; se documentaba; seguía acumulando notas; pero faltábale el entusiasmo para ponerse a la obra; no le venía el momento propicio de la creación. Se sentía como hueco, sin el fuego interno de la inspiración, sin el ansia irrefrenable de ponerse al trabajo. "Mañana lo haré", parecía prometerse a sí mismo, y el "mañana" no llegaba nunca, se postergaba siempre. Andaba, unos días, desasosegado y nervioso; otros, atenaceado por una abulia invencible. Tener que escribir sobre el odioso tema político, para poder vivir, cuando otros tantos temas de su gusto, en el campo de la literatura y la moral, hubieran podido emplear su pluma, ¡qué mayor martirio para Rodó! Así, la política, día tras día, nos iba robando quién sabe cuántas maravillosas ideaciones. ¡Cómo no hallarse triste, y sentirse desalentado, y maldecir de todo?

Y cada vez se encerraba más en su yo, con celoso retraimiento. No se le veía sino en el diario en que escribía. Si por acaso alguno lo descubría al fin desliziándose rápidamente a lo largo de las paredes, por cañales de poco tránsito, era inútil que se le acoplara buscándole conversación. Después del saludo de ritual, Rodó seguía su marcha silenciosamente, ensimismado en sus

pensamientos, como ajeno a cuanto le rodeaba. Una invencible tristeza le desbordaba del alma y se le asomaba a los ojos "Tengo que irme a Europa, tengo que salir de aquí," repetía a los más íntimos.

Era ya, entonces, una idea fija, una obsesión. Quería marcharse a Europa de cualquier suerte. No sabía de qué modo arbitrar medios. Visitó a algunos libreros para venderles los derechos de sus obras; aspiró a la corresponsalía de algunos diarios importantes. Sus gestiones no dieron resultado: los libreros argüían que ya no había público para nuevas ediciones de *Ariel* y *Motivos de Proteo*, y los administradores de diarios hallaban que era más barato tijearear artículos y correspondencias de otros periódicos extranjeros. Entonces, un viejo y fiel amigo de Rodó, el señor Mendoza Garibay, intentó hacer por él nuevas gestiones en Buenos Aires. Por intermedio del señor Angel Estrada se pulsó la opinión de *La Nación* bonaerense. Allí se encontró ambiente favorable; pero, antes que se cerrara trato — y Rodó lo hubiera cerrado con tal que le pusieran el pasaje en el bolsillo y le aseguraran el yantar en Europa — surgió una nueva combinación. La poderosa y popular revista *Caras y Caretas* (1) se decidía a ofrecer a nuestro escritor mil nacionales por mes a cambio de sus crónicas de viaje. — El señor Fernando Alvarez vino a Montevideo y poco después quedaba arreglado el convenio.

"Me voy a Europa, ¿sabe usted?" — repetía Rodó a cuantos amigos se le cruzaban al paso; y lo decía ingenuamente, alegremente, porque ya le había vuelto el contento al alma. ¡Me voy a Europa! Era la realiza-

(1) En *Caras y Caretas* se hallan, pues, los últimos escritos de Rodó; los mismos que hoy corren impresos en el volumen rotulado *El Camino de Paros*.

ción de su sueño, y también, la solución del gran problema pecuniario... ¡Con qué regocijo infantil brillaban sus ojos al repetir su estribillo!

¡Se iba a Europa! ¡Quién habría de decirle a mi noble y pobre amigo que se iba, sí, pero para siempre; que se iba al encuentro de la muerte, que lo esperaba allá lejos, sobre la ruta de Palermo, en Sicilia; quién le hubiera dicho que aquella idea fija de irse era, acaso, la atracción invencible de la Implacable, de la gran Demoleadora! Se iba a Europa, exultante de vida, regocijada el alma, plenas de luz las pupilas, a recorrer las ciudades y tierras tantas veces descubiertas al través de los libros, tan queridas y deseadas de lejos, para rendir allí el esplendoroso espíritu en una revuelta cualquiera del camino, a la sombra azulada de los limoneros en flor. Se iba para extinguirse, él, el paladín del ideal latino, en la cuna primera de nuestra latinidad...

Cuando aquí, en su patria, se propaló la nueva de que Rodó partía, hubo como una brusca rebelión de la conciencia pública. "Rodó se va porque no puede vivir en su país", — se adueña por ahí. Pero, esto no era cierto sino a medias. Verdad es que nuestra envenenada política le había hecho precaria la existencia al incomparable artífice de *Ariel*; pero, aún así, él contaba con su familia y podía vivir. Si Rodó se marchaba era porque tenía necesidad de viajar. Tan es esto verdad, que cuando un legislador propuso crear una Cátedra de Conferencias en la Universidad para ofrecérsela a Rodó, éste declinó el ofrecimiento porque el viaje a Europa le importaba más.

Entonces, la juventud primero y luego los más conspícuos ciudadanos quisieron rendir público tributo, en la hora de la partida, al autor de *Ariel*. Los periodistas

igualmente se asociaron al movimiento, y el Círculo de la Prensa, cuya presidencia investía yo, como sucesor de él justamente, abrió sus salones para brindarle un *lunch* de honor.

Fué una demostración espontánea, brillante, conmovedora. Acababa yo de pronunciar, en nombre de los periodistas de Montevideo, mi discurso de despedida, augurándole toda suerte de venturas y de triunfos, cuando una avalancha de jóvenes estudiantes invadió los salones del Círculo de la Prensa, que tenía entonces su sede en la Avenida 18 de Julio, para saludar a Rodó e invitarle a asomarse al balcón, pues que el pueblo quería despedirle. Y allá nos fuimos todos, al balcón, para ver a aquella multitud que aplaudía y vitoreaba a su gran escritor nacional, que ardía con el deseo de exteriorizarle su admiración y simpatía, que anhelaba oír su palabra, antes de la partida.

Y Rodó habló, habló como él solo sabía hacerlo, remontando el vuelo lejos del fangal de la política, predicando la concordia de todos los orientales. Ved como recuerda el caso el donoso periodista que se disimula detrás del pseudónimo de "Boy": "Rodó partió para Europa el día 14 de Julio de 1916. La noche antes, desde uno de los balcones del Círculo de la Prensa, dirigió unas palabras a sus amigos. Eran las últimas palabras que sus amigos habían de oír de labios de aquel hombre excepcional. Y como si lo hubiera presentado, fueron palabras absolutamente desprovistas de sentido político, o mejor dicho, inflamadas de un gran sentido político, del único sentido político que correspondía a la voluntad de un patriota que sabía mirar las cosas de arriba abajo. Rodó formuló votos porque al volver a la patria se hubiese realizado la conciliación."

No había de volver. Su enorme espíritu, ébrio de luz, sólo podía ya abreviar en la inmortalidad...

XII

LA MUERTE DE RODÓ (1)

Eran próximamente las cinco de la tarde: las calles de Montevideo empezaban a hervir de gente con la salida de los empleados de sus oficinas y la afluencia de niñas que, a esa hora, en esta estación, realizan su habitual paseo vespertino, poniendo en el ambiente otoñal algo así como una riente floración de crisantemos. Los estudiantes en huelga llegaban en manifestación por los barrios céntricos, en medio de un revuelo de banderas, conmoviendo los aires con sus voces juveniles y protestadoras. El tráfico de automóviles se acentuaba; los tranvías eléctricos cargados de pasajeros hacían sonar sus gongs. Los chicos voceaban los diarios de la tarde, disparados como saetas. La ciudad empezaba a vivir su vida nocturna.

Y de pronto, agujereó los aires la bocina de *La Razon*. Yo me encontraba allí cerca, en la tienda de libros de los señores Barreiro y Ramos, conversando con Antonio Barreiro, o Antofito como le decimos los in-

(1) Al producirse la muerte de Rodó, la gran revista argentina *Nosotros* quiso consagrarle un número extraordinario y requirió la colaboración de varios escritores sudamericanos. Este último capítulo de mi libro es el artículo que, respondiendo a aquella invitación, escribí yo para *Nosotros*, aún bajo el dolor de la tremenda desdicha.

timos, y revolviendo unos libros traídos de Europa por el último correo. Al oír la sirena, díjome aquél:

—Se hizo el acuerdo político.

Otro de los socios de la casa pronosticó:

—Alguna noticia de la guerra europea.

Antes, en los comienzos de ésta, cuando algún gran cotidiano hacía sonar su bocina, allá salía yo disparado para recoger alguna emocionante información. Como todo el mundo, por lo demás, vivía entonces en una perpetua excitación nerviosa. Pero, luego, con la continuidad de la enorme tragedia, el corazón fué endureciéndose y la curiosidad aplacándose, y, poco a poco, el silbato de atención fué dejándonos impasibles. Ahora, después de tantas horas de angustia, si bien seguimos con reconcentrado interés el desarrollo de los acontecimientos, no corremos como antes en procura de sensacionales noticias.

Pero, esa tarde algo extraño se produjo dentro de mí. Sin explicarme por qué, dejé el libro que ojeaba y le dije a Antofito:

—Voy a ver qué es eso.

—¡Hombre! ¿Todavía te atrae "la sirena"? — adujo, burlón, aquél.

—No; es que me parece que debe tratarse de algo grave.

—Tonterías...; pero te acompaño.

Y salimos juntos. ¿Qué extraño presentimiento me arrastraba? No lo sé. Yo no creo en esas cosas; pero lo cierto es que iba, un tanto preocupado, sintiendo que acontecía algo extraordinario.

De pronto nos cruzamos con un desconocido que venía calle abajo. Sin ser interrogado por nosotros, como quien siente la necesidad de expresar su estupor, aquel hombre nos dijo:

—Ha muerto Rodó.

Miré a mi acompañante, sin comprender. Durante unos instantes nos interrogamos tontamente: "¿qué ha dicho? ¿no es noticia de la guerra? ¿qué ha muerto Rodó?, pero ¿cómo es posible... qué tiene que ver?..."

Entonces, dudando, con angustia, nos precipitamos. Frente a los pizarrones del periódico se arremolinaba la gente. Algunas personas, no sé quién, me hablaron: — ¡Ha muerto Rodó!

No era creíble; seguía no creyéndolo; pero una extraña emoción me invadía. Nos abrimos paso entre la multitud. Unos señores se llevaban a un hombre que sollozaba: era el hermano de Rodó, que había acudido también, creyendo en alguna noticia de la guerra. Y leí, al pie de la pizarra: "El ministro uruguayo en Roma comunica que ha fallecido José Enrique Rodó en Salerno." (1)

Quedé anonadado, entontecido. Leía y releía automáticamente aquellas dos líneas fatales escritas con tiza sobre el hule negro del pizarrón como si no penetrara su sentido. Era tan intempestiva la noticia, tan horrenda en su brutal consición, que el asombro, la duda, la incomprensión me dejaban mudo. Entonces, mi acompañante me cogió de un brazo y me sacó de allí. Sin darme cuenta de ello, vacío, como un sonámbulo, me dejé conducir. Hubo de hablarme, de decirme algo, no sé, mientras regresábamos a la librería; pero la verdad es que ahora no recuerdo nada. Señále en silencio, sin una idea; sólo una frase revoloteaba dentro de mi cabeza, con la obsesión de un refrán absurdo: ¡Rodó ha muerto!

(1) El telegrama estaba equivocado en esto tan sólo, por desgracia. Rodó murió en Palermo (Sicilia) el 2 de Mayo de 1917.

Después, lentamente, recobré mis espíritus; pero fué para abatirme en el inmenso dolor que aquella desaparición de mi antiguo camarada de la *Revista Nacional* me producía. ¿Y cómo no había de sentir íntimamente la muerte del excelso artífice de *Ariel* si con él se iba también un jirón de mi propia juventud? ¿Cómo no llorar al querido compañero con quien habíamos emprendido, desde la misma hora, nuestra cruzada literaria, comunicándonos fraternalmente nuestras ansias, nuestros ensueños de triunfo y de gloria? ¿Cómo no sentir al que había sido nuestro hermano y confidente, al que había vivido a nuestro lado largos años, brindándonos todos los tesoros de su noble corazón y todos los esplendores de su altiva inteligencia?

¡Rodó ha muerto! Con esa bárbara, con esa tremenda frase queda dicha toda la inmensidad de la catástrofe. Es una pérdida que todavía no podemos avalorar, una pérdida para nosotros, los uruguayos, y para el mismo continente americano. Es una torpeza del Destino, más ciego y más estúpido que nunca. Es una infame, una cobarde traición de la Muerte, que nos arrebató al que a todos dignificaba, al que era orgullo y prez de la raza latina. ¿Por qué esa muerte? ¿Para qué? ¿Qué ley intransgredible e inviolable, para conservar la suprema armonía del Universo, ha exigido la prematura desaparición de un hombre bueno, de un gran hombre, todo luz, todo ritmo, todo belleza, que a nadie hacía daño, que, por lo contrario, a todos nos brindaba el límpido raudal de su sabiduría y su consejo?

Frente a estas incomprensibles y fatales decisiones del hado, la blasfemia sube a los labios como una necesidad natural del espíritu. El corazón, convulsionado por el bárbaro choque, se levanta iracundo contra esa fatalidad desconocida que tan neciamente decide de la vida de los humanos. ¿Es acaso justa la muerte de seme-

jante hombre? ¿No tenías tú, Parca mil veces proterva, obscura ejecutora de la Suprema Idiotez, dónde escoger, ahí, entre el montón, entre los que de nada sirven, entre los egoístas, los perversos, los ignorantes, los cretinos potentados? ¿Por qué suprimir ese único astro que cruzó el cielo del continente, arrastrando tras de sí todas las conciencias libres, todas las almas juveniles en un bíblico peregrinaje de amor y de belleza? ¿Para qué agostar esa flor cuya aroma, un día, pasó sobre el verjel americano y se anidó en todos los corazones como una ansia, como una exaltación de toda la raza? ¿Para qué abatir a *Ariel*, si sólo ha de aprovechar *Calibán*?

La noticia, como acontece en todas las grandes tragedias, cundió rápidamente por la ciudad. La turba estudiantil que venía en manifestación, se arremolinó un instante, se deshizo, se dispersó en todos sentidos, olvidando sus reivindicaciones, sólo atenta a aquella enorme degradación que sobre todos se abatía. La Cámara de Diputados que en ese instante iba a entrar a sesión, pareció sacudida por un choque eléctrico. En las calles se formaban pequeños grupos que comentaban el caso. La consternación era general. Y por doquier temblaban en el aire estas tres palabras: ¡Rodó ha muerto!

¿Era posible? ¿Era eso creíble? Hacía pocos meses le habíamos visto partir rumbo a Europa, lleno de vida, risueño, entusiasta, rodeado por el cariño de todos, en una misión espiritual de arte y de belleza. Era una mañana de sol, límpida, azul. El *Avón*, apartando su pesada mole del malecón de la dársena, enfilaba su proa hacia la canal del puerto. Un núcleo de amigos que habíamos madrugado ese día para llevar nuestro saludo al viajero, nos apiñábamos en el muelle, urgiendo a los marinos que disponían el vaporeito en el cual acompañaríamos a aquel hasta fuera de la rada. Al fin todo estuvo pronto, nos embarcamos y salimos tras la estela del

paquete inglés. Fué entonces una carrera desesperante. Nuestro remolcador no tenía a suficiente presión su caldera y apenas marchaba; en cambio, el *Avón* salvaba las boyas de entrada, precipitando las vueltas de su hélice. Era evidente que no le alcanzaríamos. Entonces, desaladamente, empezamos a hacer sonar la bocina del remolcador, y el capitán del transatlántico tuvo la atención de hacer aminorar la marcha de su buque. Logramos así alcanzarle y durante cierto tiempo navegamos en conserva. Los marinos y pasajeros del *Avón*, que al principio nos creyeran unos entusiastas por la causa de los "aliados" — pues a menudo se repiten en nuestro puerto estas manifestaciones cuando parte una nave amiga, — hubieron de advertir al cabo que en tal ocasión todas aquellas explosiones de entusiasmo se reconcentraban en un solo pasajero, y entonces urgieron a nuestro Rodó para que subiera al puente de mando del capitán. Subió éste algunos tramos de la escalerilla y dimos nosotros en gritar: "¡más alto!" ¡más alto!" Si nuestro amigo hubiera tenido que responder a nuestros anhelos, que en todo siempre queríamos verle más alto, seguramente habría tenido que subirse al árbol de mesana. Y así se marchó, entre la blanca palpitación de nuestros pañuelos y el adiós de nuestros corazones.

¿Le vimos partir con pesar? No. Le vimos partir con emoción, como acontece siempre que se nos aleja un ser querido; pero en lo más íntimo de nuestra alma experimentábamos alegría, orgullo, yo no sé, sabiendo que allá lejos, a todos nos enaltecería con su talento. Yo mismo, como Presidente que era entonces del Círculo de la Prensa, le había despedido en los salones de éste, en nombre de todos los periodistas de Montevideo, augurándole los más resonantes triunfos, deseándole con toda el alma las más merecidas venturas. Recuerdo mis palabras de aquella noche en que todos, periodistas y

estudiantes, políticos e intelectuales, jóvenes y viejos, amigos y desconocidos, rodeábamos al Maestro en un círculo de cariño y admiración: "Debo decir ahora, para ser absolutamente sincero y para traducir con exactitud el sentimiento no ya tan sólo de todos los periodistas de Montevideo, sino el de todos los uruguayos en general, que os vemos partir con un íntimo y muy legítimo orgullo, con el orgullo de los que poseen en el área de sus tesoros nacionales la más fulgente y primorosa de las joyas y van a lucirla allí donde las joyas son mejor estimadas y comprendidas: en el gran centro de la intelectualidad europea, en la vieja corte de príncipes poetas y de graves filósofos, entre vuestros iguales los soberanos artifices del pensamiento escrito, seréis nobilísimo exponente de la cultura uruguaya, y al honraros con nuevos triunfos, nos honraréis también a nosotros, vuestros conciudadanos, que el resplandor que orne vuestras sienas alcanzará hasta aquí para ilustrar el nombre de esta pequeña patria extrañada en un rincón del continente americano."

Al hablar así, la noche de la despedida de nuestro excelso amigo, obedecía a muy profundas convicciones. Siempre he creído que más puede para la grandeza de una nacionalidad la gloria inmarcesible de un nombre eminente, que el pasajero poderío de sus ejércitos disciplinados o el fausto transitorio de aparatosos exhibicionismos internacionales. Cuando transcurren los tiempos y se cumplen los destinos, cuando nuevas humanidades se mueven por la ruta de las humanidades desaparecidas, cuando el vendaval de las ideas modernas sepulta en los hipogeos las ideas anticuadas, no son las razas y los pueblos más pujantes los que se recomiendan al amor de los tiempos presentes, — son los pueblos y las razas que sobre el piélago enorme del olvido, sobre la inmensidad profunda del pasado, alzan como

un fanal deslumbrante, marcando los derroteros del porvenir, el nombre de un varón ilustre, el nombre de un ser privilegiado que es dignificación de toda la especie y en muy particular sentido la más excelsa proclamación de nuestra esencia espiritual. Siempre ha sido en mi arraigadísima convicción que en el definitivo balance que el historiador futuro ha de formar, vencidos los tiempos, de todos los valores morales de la humanidad, más vale el genio redentor que dijo las grandes palabras de belleza y de perdón, que el relampagueante guerrero que hizo brotar laureles en campos embebecidos de sangre; — que más grande que el orgulloso emperador que aureoleó su frente con los rayos del sol de Austerlitz, fué aquel humilde predicador de Galilea que a la vera de las fuentes patriarcales y bajo la sombra augusta de los olivos, dejó caer de sus labios la más hermosa doctrina de amor que las edades hayan oído.

El artífice de la palabra es el alma de las nacionalidades. Merced a un aeda legendario, sentimos y comprendemos todo el espíritu de aquel pueblo que se miró en el cristal azul del Egeo; merced a los tercetos marmóreos de un soberano poeta se hizo la unidad de Italia; merced a la estrofa anárquica de otro cantor, se dividió en dos la península ibérica. El poeta, el escritor, es el portavoz de las multitudes, el signo revelador de una raza, el chispazo eterno de un momento de la humanidad. En él se confunden todos los corazones, y se conglomeran todas las inteligencias, y claman todas las bocas, y restallan todos los anhelos. En él está, casi siempre, la razón de ser de una patria.

Rodó ha sido la glorificación del Uruguay. Los que antes sólo nos conocían por nuestras reyertas intestinas, por nuestras singularidades de pueblo inquieto y batallador, saben hoy, gracias al *Ariel* y a los *Motivos*

de *Proteo*, que aquí también se vive en belleza, que es siente hondo, que se sabe pensar alto. Como Juan Zorrilla de San Martín, como Carlos Vaz Ferreira, como Florencio Sánchez, como Carlos Reyes, como Julio Herrera y Reissig — séame permitido mencionar solamente estos cinco nombres representativos, — ha hecho el ilustre compatriota que acaba de desaparecer, más, pero muchísimo más, por el buen nombre y reputación de nuestro país en el extranjero que todas las exposiciones, "réclames", discursos y ministros plenipotenciarios que hemos desplegado a son de atabales y añafles en tierras extrañas. Y si hay algo que se nos envidie allá, en otros países y solares, más ricos y prósperos que nuestro solar nativo, podéis creérmelo, son estos pensadores, estos poetas, estos artífices que han sabido despertar en el templo de las almas la blanca anunciación de la belleza.

¿Cómo no sentir amarga y desesperadamente, entonces, la desaparición de Rodó? ¿Cómo no llorar sin consuelo la pérdida de un admirable artífice, que a todos nos había vestido con la luz de su sabiduría? ¿Cómo no rebelarnos contra una muerte que nos arrebató un espíritu puro, un cerebro de elección, un ciudadano digno, cuyos actos fueron siempre una lección y un ejemplo de altivo civismo? "El Uruguay no tendrá, durante mucho tiempo, un artista de la perfección verbal de José Enrique Rodó", — dijo las otras tardes, en la Cámara de Representantes, un joven legislador, el doctor Buero, en el hermoso y sentidísimo discurso con que rindió pleito homenaje al escritor desaparecido, y yo debo decir ahora que además de ese soberano artista de rara perfección verbal, había en nuestro amigo un soberano, un verdadero patriota, de una enjundia y virtud catonianas. La obra literaria de Rodó la conoce

toda América; pero su obra cívica sólo la conocemos nosotros, los que hemos vivido a su lado: y esa obra es tan grande, tan inmaculada y digna como es grande, digno e inmaculado el *Ariel*. Jamás ha habido, entre nosotros, un tan íntimo consorcio entre el pensamiento y los actos de un grande hombre público. Todo él era un fanal asentado sobre una mole de Paros. Su luz salvaba las distancias y se iba lejos, aenchiendo las tinieblas, para el despertar de las almas; pero su vida ciudadana, incommovible y blanca, quedaba entre nosotros como una realidad educadora.

En grandes, en inolvidables horas de confraternidad espiritual, he aquilatado todo el valer de este hombre de excepción. No era Rodó de los que fácilmente se entregan a la amistad de última hora. Reconcentrado en sí mismo, viviendo más su propia vida que la vida que los demás vivimos, mostrábase celosísimo de su alma, de su yo. Para que abriera su espíritu a otro espíritu, era menester ganarle previamente el corazón, y su corazón no se engañaba con falsas o pasajeras amistades. Por eso aparecía ante algunos como un hombre raro. Por eso acontecía a muchos que, tras recorrer media ciudad al lado del maestro, sólo abrevaban en sus labios media docena de respuestas a sus indiscretas observaciones. Pero los íntimos, los que habíamos vivido su juventud, los que habíamos compartido sus primeros días de afanes y de luchas, los que con él habíamos soñado y fantaseado, sabíamos de sus virtudes y orgullos, de sus dolores y alegrías. Bueno, fundamentalmente honrado, de una entereza laacedemonia, soportaba sin quejas envenenados venablos y torpes acechanzas de aldebruela. Si le apenó alguna vez la deslealtad de un amigo, nunca mancilló sus labios la invectiva acusadora. Si la miseria le persiguió tras un gesto de su al-

tivez cívica, no se dobló para demandar un socorro ni se inguió para clamar contra la injusticia: discípulo de sus propias doctrinas, aceptó el rigor de la suerte, refugiándose en su ensueño de arte como en una Thulé invulnerable. Y cuando el éxito y la gloria aletearon en torno de sus sienes, no se envaneció, no se creció, — continuó tendiendo a todós su mano premurosa y buena, en una cordial e ingenua bienvenida.

Así era este espíritu excepcional: hondo y grave en las altas especulaciones del arte; regocijado y finísimo en el seno de la amistad. Los que le han leído, conservarán siempre en el alma ese deslumbramiento parecido al que el sol deja en nuestras retinas cuando un instante lo miramos frente a frente; los que le han tratado, no olvidarán su cordialidad, su sencilla bienvenida, su innata tolerancia para todos los errores y debilidades, — esa suavidad de carácter que le hacía tan humano y tan superior.

Ahora, ya no le veremos pasar más por nuestras calles tranquilas, con su largo y anguloso cuerpo, colgantes los brazos, un hombro caído, ensimismado siempre, pérdida la mirada tras sus lentes de míope. Se ha ido para siempre, y con él una de nuestras glorias nacionales más puras y más altas. Es una pérdida irreparable, inmensa, fatal; una pérdida tanto más dolorosa cuanto nuestro excelso amigo muere en plena juventud, cuando aún nos reservaba los más brillantes frutos de su inteligencia. Y entonces es en vano que, para consolarnos, nos repitamos la sentencia de Plauto:

*Quem diu diligunt
Adolescens moritur.*

FIN

INDICE

	Página
	—
DEDICATORIA	5
I. — Un paseo nocturno	7
II. — Rodó y nuestro medio literario	17
III. — Primeros años. — La REVISTA NACIONAL	37
IV. — La REVISTA NACIONAL (continuación)	71
V. — Literatura y política	103
VI. — ARIEL	133
VII. — El "Club Libertad". — El "Club Vida Nueva".	163
VIII. — Los años de gloria	191
IX. — MOTIVOS DE PROTEO	241
X. — EL MIRADOR DE PRÓSPERO	279
XI. — Los últimos años	303
XII. — La muerte de Rodó	315



ERRATA

En la pág. 22, donde dice: *El temple argentino*, debe decir: *El tempe argentino*.